

-La justicia.  
-Espérame. Voy contigo.  
-Viajero: ¡oh, feliz viajero! Oye, pues, cómo te nombran, te aclaman y te bendicen. Te llaman santo, maestro, padre. Detente, que esto es la gloria.  
-Yo no soy héroe ni mártir. Ni vencedor ni vencido. Hay una sola manera de glorificarme a mí: seguirme.  
-Espérame. Voy contigo.  
-Viajero; ¡ah, peligroso viajero! ¿Qué has desatado en el mundo? Ese resplandor, ¿es fuego? Esa lluvia roja, ¿es sangre? ¿Qué le pasa a la tierra que tiembla?  
-La revolución. ¡Al fin!  
-Espérame. Voy contigo.  
-Viajero, ¡ay, pobre viajero! Perdiste y los perdiste. Fervor, coraje, esperanza son maldiciones ahora, ceniza, barro. Pisoteando eso te siguen. Traen sogas, hierros y leñas. Te van a ahorcar, a quemar y a desparramar al viento. ¿Oyes? ¿Ves?  
-Oigo el canto de las aves que se disuelve en celeste arriba. Veo rizos de niñitos que flotan sobre la tierra, como doradas túnicas. Siento que soy un camino; el camino que marcha adelante siempre.  
-Viajero; extraño viajero -antes de morir-, contesta: ¿quién eres? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas?  
-Vengo del dolor del pueblo. Voy hacia su redención. Yo no puede morir nunca. ¡Soy la anarquía!  
-Espérame. Voy contigo.

### BOINAS Y VAINAS

Bonafoux era algo así como un maestro de ceremonias de majestades y príncipes. Sabía hacerlos bailar ante sus lectores. Los enganchaba a su pluma, los zambullía en su tintero y los mostraba luego. ¡Y con qué gestos y en qué posturas!  
Pero Bonafoux no hay muchos. Muerto él, gran amigo, sagaz y valiente, nos hemos ido quedando casi sin noticias de ellos. Apenas si tal cual vez un cable levanta el velo de la oscuridad y silencio tras el que van resbalando poco a poco.  
Porque mire usted que marchan, o contramarchan, a menos príncipes y majestades... Los otros días, en Berlín, mariscales y cancilleres y primados de Alemania, banquetearon a Oyhanarte, argentino y radical con boina blanca. Y menos que esto ya es cero.  
Todavía ellas... (La ex princesa Esterhazi, de Austria, se ha casado con su coger, cuentan los diarios). Son más prácticas, sin duda. Antes de caer manotean el clavo que tienen más cerca y no largan aunque les quemé o las traspase.  
Pero, en final, ellos y ellas marchan, o contramarchan, a sus destinos, no más. Sólo falta un Bonafoux que hiciera en estos momentos de maestro de ceremonias. Él diría, mostrando un príncipe: a éste, por tonto, una boina. Y mostrando una princesa: a ésta, por diabla, una vaina... ¡Y tan contentos todos!

| DEL ENTREVERO · DE USHUAIA · MISCELANEA |

RODOLFO GONZALEZ PACHECO



[ Transcripción del ejemplar de la editorial Américalee.  
Reeditado por Ediciones Anarquía.  
Buenos Aires, Argentina. Junio de 2009. ]

## SEMANA DE PRIMAVERA

¡Uff!, si es lindo, aromoso, lleno de jugos el solo título: Semana de Primavera en Mar del Plata. Cómo sugiere cosas, ideas y hasta posturas, compañero... La rubia arena, la onda azul, la vela blanca... Y mujeres y niños y copas, desbordantes de gracia, de savia, de espíritu... Y, todavía, como bueyes colados a un parque, burgueses intrusos, panzudos, lomudos...

Esto, lo que se ve. Y lo que se oye, ¿qué me cuentas?... Imagínate una cítara que pulsa un ángel y la arroja en el aire, sonando, a otro ángel, que la recoge y la pasa a otro, y a otro, y a otro... Una invisible ronda de melodía: eso es el cielo...

Canta la arena bajo el talón cristalino de la ola; cantan los senos ceñidos de las muchachas –como aves presas cantan–; las cabelleras mojadas, tirantes sobre la espalda, cantan –cantan como las cuerdas de un arpa–; y cantan los blancos dientes en que rebota la roja risa –cantan como las teclas de marfil de un piano... Y cantan los baldecitos y las palas de los chicos que juegan a trabajar; sus piecitos desnudos cantan y sus manecitas que abocetan montes y horadan túneles, cantan y cantan... Una sola canción: eso es la playa.

Después, aún está lo que se huele: viento de bosque de pinos, relente de mar revuelto, aroma de mujer joven... ¡Mariscos frescos! Compañero de mi vida: esto te abre el apetito, te lo desplaza como un ajenjo. Parece que cada cosa que ves es una ostra en su concha y su jugo. –iMozo: sírvame esa rubia que canta frente a ese burgués que ronca!

¡Semana de Primavera en Mar del Plata! Cómo sugiere cosas, ideas y hasta posturas. Leyendo ayer el anuncio de su inauguración próxima, soñamos estas visiones que van escritas.

Pero no. Para apreciar el encanto, la belleza de vivirla, hay que dejar la palabra a los burgueses mismos. Copiamos de *La Nación*: Por lo que respecta a la semana de primavera, o sea a los días comprendidos entre el 29 de octubre y el 6 de noviembre, hay una alta razón de higiene y de renovación de los organismos. El invierno ha sido cruel y hemos sentido sobre esta gran urbe el aire viciado por los microbios malignos, las gripes pertinaces y las traidoras neumonías. Hay que salir a dilatar los pulmones en la atmósfera pura de nuestro gran balneario. ¡Mar del Plata nos llama!

Como ves, los llama y van. Van a escupir, a gargar, a sonarse los mocos sobre la playa. ¡Burgueses chanchos!

Me quedo con la visión de mi semana, no más. Y te invito a que la gocemos juntos, camarada –iMozo: sírvanos dos rubias (o dos morenas), como dos ostras, con concha y todo!

## EL VIAJERO

Un perro mordió su sombra y lo acribilló a ladridos. Pero él no debió sentirlo, porque siguió sin volverse. En cambio, halló ahí cerca un niño y se paró a acariciarlo. Y luego marchó otra vez; para pararse más lejos: de un árbol volaba una ave. La siguió con la vista mucho tiempo, tanto como ella tardó en no ser más que otra pluma en el ala azul del cielo.

–Viajero: ¿de dónde vienes? ¿Qué buscas? ¿Adónde vas?

–Vengo del mundo. Voy hacia el mundo. Camino.

–Espérame. Voy contigo.

Su rostro altivo da luces, como un hiero en ejercicio. Su paso firme es elástico, para el repecho y el salto. Su voz remece o golpea, según a quien se dirige. Diríase que gracia y fuerza se besan en sus raíces y suben por él trenzadas.

–Viajero, extraño viajero: ¿qué dejas atrás de ti, que los viejos acarician?

–La esperanza.

–¿Qué señalas a los mozos, que se yerguen y te siguen?

–La libertad.

–Y a los pobres, ¿qué prometes que ya nunca más olvidan?

parece ver un escultor demente, loco de genio que ha emprendido la tarea de transformar una montaña, toda ella, desde la base, que abarca cientos de leguas sobre la tierra, hasta la cumbre que horada el cielo, en una estatua: ¡la libertad!

Porque he dicho mal diciendo que él esperaba, que esperará, si no ha muerto... No, él trabaja; yo lo dejé trabajando. Estoy seguro que, si aún vive, seguirá con su cincel, su martillo, su hacha al puño.

Ved lo que hace; sobre su cama, en el tabique de tablas, ha dividido los 25 años de su condena en meses, éstos en días, y éstos, por fin, en horas. Una ringlada de signos, de palotes, que empieza en la cabecera, corre a los pies y sube, sube siempre, escalonada, abrupta e inalcanzable. Y abajo él, como en la base de un monte cuyo pico apenas si se distingue, o en el borde de una selva de 25 leguas, tirando al suelo piedras, hacheando árboles; es decir: borrando horas a medida que éstas pasan...

¿Imagináis el ardor que infla esta vida, el secreto fuego que la consume, la fe en sí propio, rayana en la locura, que significa esperar, siendo así viejo y enfermo, todavía ser libre?... Vuelve del bosque a arastrones, como un perro derrengado a azotes; tiembla de dolor, llora de frío; pero, ¡oh prodigio!, al llegar a su cama se transfigura; es joven, ágil, un semidiós que rectifica, arregla, plasma su propio destino: ¡tacha de un golpe 10 horas de esclavitud! Se sienta luego, y domina el conjunto de palotes escalonados, hasta el último, el más lejano, el fin. Y en ése ve, en ése pone, como un escultor demente que soñara poner sobre el cuerpo del Ande esculpido el rostro de un dios que sonriera al mundo, la libertad, ¡la libertad!

¡Oh, qué gran viejo! ¿Qué inefable hombre! Criminal y vesánico y hasta traicionero y flojo, decían que era. ¡Qué me importa! Yo lo pienso ahora y sólo veo en él lo que debíamos ver en todos los seres, no tocarle a ninguno, respetar hasta en los últimos, si es que es cierto que queremos una humanidad grande, varonil, bella: ¡la libertad, la libertad!

## Miscelanea

### EL MAR

Resulta que ahora también veraneo. Tengo un retiro en la costa, en un chalet con terraza y todo. Vivo entre una hosanna de agua, entre un populacho de olas, que vociferan, tiran las boinas al aire, bailan y se despedazan a mis pies.

Sí, señores, el mar resuena y me aclama; parece un pueblo borracho de servilismo: radical o socialista. Yo debo de parecerle un don Hipólito o un doctor Justo. –¡Viva!– me grita cuando asomo la nariz. Se alborota, hincha los morros en una vana prosopopeya de pavo y fuga luego gorgoriteándome ¡viva! Y allá, donde el miraje se curva fingiendo un puente celeste con barandillas de nácar, todavía oigo que sigue ¡viva y viva!...

Y vienen y van las olas. Y las gaviotas marinas revuelan sobre sus crestas lo mismo que en los cardales las alcachofas. Y cruzan barcos pesqueros con el trapo a todo viento, como en los cromos. Y bailan, braman y tiran al aire sus gorras blancas, las marejadas. ¡Todo por mí!... Y yo tan fresco y tan serio.

Creo que estoy aburrido. Si este mar no fuera sordo e imbécil, yo le diría: –Oye, viejo lavadero: yo no soy de esos que tú refriegas y purgas; ni me asombran tus proezas de saltimbanqui borracho, ni preciso todavía ese olor a fruta en cesta, a mujer rubia, que exhalas. Soy de los otros; de aquellos que se permiten el lujo de tenerte a ti y al llano, a la montaña y al bosque, a toda la tierra, ¡a toda!, bajo la tapa del cráneo.

¡Qué tanto viva ni viva! ¿Crees que soy un burgués zaino o un diputado del pueblo?... ¡Cállate!

## Palabras previas

Suele decirse que las ideas no mueren, que no se las mata. Esto también suele decirse como quien se aferra a un salvavidas en medio del naufragio: independiente de lo que ocurra, algunos pensamientos, sólo por su lucidez, no dejarán nunca de iluminarnos. Nosotros no lo creemos tan así.

En el olvido han caído mil sueños y mil ideales, justo detrás de los últimos que los perseguían. Una idea que no se encarna y se siente, que no se ejercita y no se contagia, se inmoviliza y perece. O lo que es peor, se convierte en un refugio de noveleros dispuestos a poco más que no sea sacarle rédito y vivir de ella. Lo valioso, entonces, son los compañeros y las compañeras: quienes asumen como propias estas ideas, quienes las encarnan y las sienten. Y decimos valiosos no como recursos humanos explotables para la causa, sino por que ellos son la causa: la llevan, la activan y le dan vida.

Los pensamientos pueden fortalecernos y enriquecernos el espíritu, llenarnos de entereza y dignidad donde antes solo había decadencia y sumisión. Pero esto siempre y cuando les demos vida; siempre que alimentemos la llama no sólo lo justo para que no se apague, sino con todo lo que tengamos a mano; que los hagamos carne, que los activemos.

Lo dicho surge desde una propuesta de aliento, de combatir la pasividad. Así y todo nunca y de ninguna forma lograrán arrebatarnos esta certeza: que la libertad, su búsqueda, no surge de las convicciones políticas ni se la aprende en las academias del Dominio; es instintiva, florece de *esa furia de ser contra todo lo que nos niega*.

Teniendo esto en cuenta, la propaganda no sólo es necesaria: es imprescindible. Es necesario pulverizar en el territorio de mil maneras nuestras ideas, con coherencia y sinceridad esenciales, para que sin importar la forma en que les llegue, quienes las contacten puedan reconocer la sustancia rebelde y emancipadora que contienen. Más que guías o soluciones, deben ser vitalidad e incitaciones.

Se viven tiempos difíciles, todo o casi todo a nuestro alrededor nos llama a bajar los brazos, a buscar “alternativas”, a democratizarnos y luchar *desde adentro*, a ser “realistas”. El miedo al mañana, al ridículo o a arriesgarse por algo más que no sea dinero, seguridad y estabilidad se convierte en la garantía de una supervivencia sin demasiados conflictos más allá de los previstos. Así y todo, a los desconfiados y los resignados debería alcanzarles sólo con el *beneficio de la duda*: quizás el Poder, por más ramificado y extendido que se encuentre, no controle nuestras cabezas ni nuestras manos; quizás la represión, por más agudizada y sofisticada que se presente, no siempre logre sus objetivos; quizás la victoria dependa de nuestros esfuerzos revolucionarios y no de una interpretación o análisis científico de la historia; quizás la verdadera guerra a lo establecido no sea tan reproducible en los medios; quizás y contra todo pronóstico, no siempre ganen los “buenos”.

Seguimos creyendo inflexiblemente en que podemos dar batalla; siempre nos queda fortalecernos, nos queda afilarnos, nos queda luchar. Seguimos creyendo en nosotros mismos. En nosotros y en nuestros compañeros. En la misma idea.

Refiriendonos a materializar ideas y pensamientos, también aprovechamos estas líneas para recordar al compañero Mauricio Morales y expresar nuestra solidaridad con los compañeros de Chile, quienes están viviendo una fuerte represión a causa de la muerte del compañero.

El dinero recaudado de este folleto está íntegramente destinado a los compañeros de Chile.

*Ediciones Anarquía.*

O mejor: humo de pajas.

Charlaba mucho, por lo mismo que era incapaz de un concepto. Se le Caín las palabras como de debajo de un poncho. Tristes y viejas. Por eso, para su honor, le rememoro esta hazaña.

Alguien insinuó una vez una quejumbre de perro:

–Vengo por diez años, viejo...

Y él, forcejeando por enderezar un gesto que se le iba:

–Venías de visita, m'hijo...

Y rió después como si cascara un tacho.

*Ecco* el Taitá. Decano, viejo y cansón. Y adaptado a su coyunda como un buey.

¿Su historia?... No tiene historia. De puro triste, por no morirse, está preso.

## EL CONSCRIPTO

Llegó allí a cumplir diez años, por una insubordinación en Campo de Mayo. Al empujón de un sargento había respondido con una lluvia de planazos, con su machete. Un hombrecito.

Lo vi en la guardia. Me habían puesto ahí a esperar la contestación del jefe, al que le solicitábamos que no sacara al trabajo a un compañero enfermo. Se lo pedíamos todos, pero firmaba yo solo.

Y allí estaba él. Tierno y cordial, desbordándose en las ganas de sonreír y dar la mano. ¡El pobrecito! Entre esa gente bastota, caduca de cuerpo y de alma –milicos, celadores y guardianes–, me parecía ese hombre nuevo con que la vida reemplaza, en todas partes y siempre, a los hombres viejos.

Y así esperaba. Quizá esperara también un gesto de rebelión, para rebelarse... ¡Vaya a saber! ¿Quién puede saber qué espera un muchacho de veinte años echado a agonizar a un presidio?... ¿Repechar este infortunio, cumbrearlo y volver al pago a levantar sus paisanos contra estos maulas, quizá?... ¡Vaya a saber!

Todo lo que supe fue que era un gauchito entrerriano, de las selvas de Montiel. Y que, al empujón de un bruto había respondido con una lluvia de golpes con su machete. Que esa criatura era un macho.

La respuesta a nuestra solicitud fue “el triángulo” para mí, por firmar tamaña audacia. Me endosaron otra vez, pero ésta frente a los pabellones de los penados. Entre ellos y mi ataúd, se pasea el centinela.

Alta noche, que se dilata temblando, como si una mano, que no se ve, tendiera en cuerdas, que no se ven tampoco, descomunales trapos blancos. Así la siento: alguien golpea ropa allá, sobre la playa cercana, y la pasa a otro, que la cuelga en todas partes. Mi propia garita está ceñida por una sábana que escurre el agua hacia adentro.

–¡Silencio, silencio, silencio!– Es la voz del celador que manda a calar, dormir. ¡Si pudiera! Echo el cuerpo en las rodillas y me largo al sueño...

Hasta que me alzó aquel grito. Me acuerdo ahora, y vuelvo a oírlo. ¡Qué desolación, señor, y qué pudor, y qué miedo ululó aquel alarido! –¡Mama!

Pegué con la cabeza en el techo, metí la cara hasta las orejas por la mirilla y, presintiéndolo todo, me desmandé furioso. –¡Eh! ¡Qué! ¿No oye?... ¡Qué hace!... ¡Vaya!

Y el centinela me abocó su máuser. –¡Silencio, silencio, silencio!– Y llenándose la boca con una lengua de perro: –¿No ves que es el guapito ése?... El nuevo que llegó hoy... Lo están “moviendo” los viejos...

¿Comprendéis, madres?... ¿Madres que paristeis machos?... Lo violaban. ¡Lo estaban haciendo hembra!

## LA LIBERTAD

Veinte y cinco años le faltaban todavía que cumplir a uno de los actores de la sublevación de a Isla de los Estados. Tiene, tenía entonces, más de 60, y hacía unos veinte y tantos que estaba preso. La mala vida llevada, los castigos recibidos y el vicio, en fin, habían hecho de aquel hombre algo tan limitado y doliente que nadie, por más buena voluntad que pusiera a su favor, podía esperar verle libre.

Él esperaba. Y si aún vive, seguro estoy que sigue esperando. ¡Oh, qué gran viejo! Lo pienso ahora y me

espiaban a uno sus ojos, de luz fría e inmóvil, como los de los felinos.

Un lindo animal de guerra... que se había empeñado en ser un buen animal de paz. Por que ésta era su tragedia; el vía crucis que repechaba el “28”: quería ser bueno; domar su agresiva bestia, allí, donde todo y todos –la ley, sus ejecutores y los propios compañeros– la desafiaban y la azuzaban. Y así vivía, agonizando en la lucha de su alma con sus instintos; como un domador enjaulado con un tigre. Doloroso cuerpo a cuerpo, en que la fiera caía, cansada, al fin, pero nunca completamente vencida...

No sé si era este espectáculo, que trascendía de su vida, como un lampo de otra vida, o si era algo más concreto: su varonil salto al medio de todo malentendido, parando insultos o hachazos, lo que le daba prestigio. Pero ante cualquier desmán de que se le hiciera víctima, no había más que un comentario. –¡Sabrá ese zaino, al hombre que ha castigao!... –Y este aparte, cuando la gresca era entre ellos. –L’iba a hundir l’hacha hasta el ojo, pero estaba él... –¿El “28”?... –¡Y quien, si no!...

Y no había flojos allí. Llaneros o montaraces, se habían “desgraciao” peleando. Y todo lo consentían, todo, menos desmentir al gaucho de chiripá y lanza en ristre, agazapado en cada uno.

Pero estaba él... Moreira –el de la leyenda–, luchando consigo para ser Cristo –Cristo, el de la fantasía. Allí, en Ushuaia, sobre la nieve, y preso.

En el bosque, hacheando robles. Del ramaje esqueletoso, ausente de hojas y nidos, penden goteras de hielo. Y así es que, al golpe del hacha abajo, contra los troncos, responde una armonía cristalina, arriba, desde las copas. Como si de cada rama volara cantando un pájaro.

El día es un árbol también, con ramazones de viento, sonoro y frío. Nuestro guardián se chamusca en un fuego de asar osos. Y más allá, como a tiro de pistola “matagatos”, nos apuntan seis fusiles.

A las nueve descansamos. Apenas unos minutos, para retomar el empuje, sorber un mate y cruzar, a media voz, una esperanza o un duelo. Pero ese día lo que cruzó fue una puteada rajante.

¿Qué había, anterior a entonces, entre el “80” y el “5”?... No lo sabía ni lo supe. Solo vi los ojos de éste, encandilados de furia. Y, en el aire, el relámpago, de su hacha.

Pero estaba él... Cuando me paré, ya había barajado el rayo. Y, enmarañado de cicatrices y luces, cantaba, lento y dulzón. –No, pues, ch’ amigo. No hay que peliar entre hermanos.

Ni se dio cuanta el guardia ni nuestro esbirro. Cuanto a nosotros, como si hubiera pasado un ángel... Pero yo me acordé luego que había visto brillar, bajo unas cejas cerdudas, la luz de una puñalada; luz de colmillo de perro...

Y la noche de ese día murió el “28”. Dormía, dicen cuando al grito de: –¡Tomá, por metido a redentor!– lo pasó el puñal del “5”. De parte a parte. Como un lanzazo. ¡Jesús Moreira!

## T A I T A

Me lo tengo en el recuerdo como en un cromó. Alto y bastote. Y con un perenne gesto equívoco que no alcanzaba a fijársele en la gelatina que era el rostro.

Burdo y desmazalado, al andar parecía que se empujaba. Los nervios le erraban pie, me supongo; se le iban como varillas infijas.

Y era bueno, con una bondad de trapo. Siervo de todo servicio. Con ser tan grande, cabía en un puño, enterito.

¡Pobre Taitá! La suerte lo aporreó de muy cachorro. Por eso sólo una modalidad le era propia: la de agacharse. Vivía esquivando sopapos imaginarios.

Era decano y, por ende, militaba en la reserva. “Cuartelero” era. Dentro de los pabellones hacía prodigios de abuela. Viejo y cansón y bichoco, andaba lo mismo siempre, de aquí allí, como si lo rempujaban.

Adaptado a la coyunda, no era una vida su vida. Era un saco de desdichas sin expresión y sin cuño. De tener alma, la suya debería estar en bosquejo: notita como de tacho que allá, al fondo de su entraña, de oírse tiritaría.

¡Pobre Taitá! Entre ese montón de bravos, tallados a filo de hacha, él era lo que no es: niebla y desgano.

## Prólogo

“No acaba de comprenderse al anarquista. Y esto se debe –parece una paradoja– a su propia sencillez, su rectitud, su coherencia.” Lo dice González Pacheco en su cartel “¡Meta y meta!” y lo reitera en su trabajo sobre Barrett. Y aunque él haya merecido, fuera de nuestro campo, en ocasión de su muerte, y después, menciones honrosas y bien intencionadas, sobre todo como escritor y dramaturgo y orador –soslayando el contenido ideológico, claro está–, y también como hombre de vida y obra coherentes, lo cierto es que no resulta posible reconocerlo en las imágenes que de él se trazaron. Con todo haber sido expresiones de buena voluntad, de simpatía. Tocados por la nobleza de su vida, todos se expresaron, si no siempre con justeza, aunque fuese parcial, sí noblemente.

Pero el hombre, el hombre anarquista que fue él, antes que todo y que nada, está en ellas ausentes. ¿Cómo hablar de vida y obra coherentes, si se soslaya el contenido ideológico de su producción, de la que es aliento y sangre, tan imprescindiblemente vitales en él como hombre que como pensador y artista? ¿Y cómo comprender al anarquista si se lo ignora precisamente como tal? “No es ponerlo en difícil –él lo ha dicho–; sino que lo entrañable tiene que ser comprendido con las entrañas.” De ahí que sus compañeros, que saben, como Pacheco, “de qué cosa, tierna y brava, está hecha esta firmeza anarquista que nada mella ni nada merma: de pueblo, de fondo de humanidad, de amor que nunca reniega de los hombres”, y a quienes les “basta comprenderse y saber qué quieren”, hayan sido los solos en dar su fiel estampa, aunque no de cuerpo entero.

Trazar su estampa cabal, en la admirable simbiosis del ser y de sus creaciones –criaturas suyas; como él, hijo de sus obras–, en sus aristas personales y su metabolismo espiritual, en el sentido cardinal de su vida y de su obra, en la flor y el fruto brindados y la prometedor simiente, es aventura, más que ambiciosa, hartó difícil, aun para un anarquista. Para mí, por lo menos, lo es. Pero lo intentaré, sin entrar en lo circunstanciadamente biográfico ni en lo anecdótico; para lo que ofrece abundante material una vida activa como la suya...

No hablaremos aquí del poeta dramático –ya lo hemos hecho en el prólogo a su *Teatro*– ni especialmente del escritor y el orador personalísimos, todo eso que él tenía de añadidura, como la luz, calor; vistoso plumaje, el ave cantora; belleza de forma, la expresión del pensamiento justo. Calor, color y belleza que en Pacheco daban realce y brillo a la libertad y la justicia, sustancia de su pensamiento y su vida. Antes, y más, que la belleza, la justicia, y con la justicia la libertad, sin la cual no hay justicia ni tampoco belleza. Consagrado a aquéllas, fue una bella vida la suya. Erguida y cortante como su prosa; íntegra hasta el fin, como su vigor intelectual, todavía en la plenitud. Dramaturgo, escritor, orador... sí, sí... Pero ésas fueron, son, plurales cualidades de una personalidad singular. Lo sustantivo en él fue, es, el anarquista. (Fue como persona; es, como obra, que permanece).

“hablo como hombre y no como artista. Como hombre a quien no interesan los frutos ahora. Porque sabe que hoy, aquí y sobre la entera tierra, la vida está en las semillas.” (“Cine Argentino”). “Yo soy autor teatral como pudiera ser autor de un homicidio: por corazonadas o circunstancias de la vida. Paso por eso como el que, en su camino, pasa aquí un charco y allá una cumbre. Pero lo que yo amo está más adelante, más adelante...” (“Teatralerías”).

Nació Carlos Rodolfo González Pacheco, según registra su partida, el 9 de agosto de 1882. Ni alumno modelo ni chico desdichadamente modoso, que hacen la delicia de ciertos padres, su infancia se deslizó travesamente entre sierras y valles, los de su Tandil natal. De sus travesuras da algún reflejo el cartel “La Plata” y de su contracción a la escuela el cartel “Dolores”: “¡Eran tan tristes las clases! Nos salvamos gracias a esto. Y hoy sabemos que la vida es grande...”

Seguramente afecto a la lectura desde la adolescencia. Apenas mozo fue ganado por el anarquismo, que

imantó para siempre su pensamiento y su vida. Y empezó a hablar a sus copoblanos desde una tribuna –lo cuenta era la conferencia “Santa Cruz”, del tomo II– a principios del siglo, antes que, si no a escribir, a publicar. Porque debió haber gastado algunas plumas quien lo hacía con tan firmes rasgos desde sus primeras publicaciones. Rasgos titulábase, precisamente, su primer libro, de prosa y verso, editado en 1907. Rasgos eran.

Ya colaboraba en nuestros periódicos y pronunciaba arengas en los mitines. Los viejos lo observaban con complacencia; con entusiasmo lo escuchaban o leían los jóvenes. Era un valor nuevo, activo y original. Y, para mejor, propagandista-escritor y orador, no escritor-literato ni orador-divo, que tanto proliferaban entonces entre los avanzados.

“Lo que cubría el horizonte, brotaba hasta sobre los mármoles de las mesas, con una fuerza de maciega del trópico, tapando la realidad como una glorieta el sol, era la literatura...” “Todos eran anarquistas; como si escribir fuera, no más, ser eso. Mas no por lo que esta idea, doctrina o temperamento lleva en su tuétano como latido cordial, fiel a la libertad y fervoroso de la justicia, sino por su irradiación externa, disonante, huracanada, épica...” “Os hago gracia del recuento y del recuerdo de cuantos eran entonces dinamiteros del verbo –explica Pacheco en su conferencia sobre Ernesto Herrera–. No hay que ser cruel nunca y hay que creer en la sinceridad de los jóvenes siempre...” “Y en este ambiente falso, verbal, pintado, apareció Herrera.”

Así apareció también Pacheco, en un contraste que los años fueron acentuando.

Igual había pasado en España, en la ampulosa y retórica literatura finisecular, contra la que reaccionó la llamada generación del 98. Pero allá eso no ocurría entre los avanzados, ni menos entre los anarquistas, cuya prosa tomaba diapason en Salvochea y Lorenzo, en Mella y Tárrida del Mármol, en Prat y Pellicer Paraire, autor este último de las admirables Conferencias Populares sobre Sociología y creador, en Buenos Aires, del Instituto de las Artes Gráficas.

A poco lanzaría con Antillí, en San Pedro, *Germinal*, el primero de la brillante serie de periódicos que dieron, en gran medida, la tónica de la prensa anarquista del país. Y luego *La Mentira* (órgano de la patria, la religión y el Estado), con Federico A. Gutiérrez (el oficial de policía a quien el viejo Ragazzini había contaminado de anarquismo en sus frecuentes estadas en el Depósito de Contraventores; periodista de talento y buen poeta que había popularizado el seudónimo, Fag Liber, con que firmaba sus colaboraciones en *La Protesta* y el valioso libro *Noticias de policía*). Más luego apareció *Campana Nueva*, con Antillí, al que siguió el vespertino *La Batalla* (*La Protesta* aparecía de mañana), promovedor de la gran campaña del Centenario contra la Ley Social y la de Residencia, que soliviantó a los obreros y congregó mitines nunca vistos en la Argentina. Extraordinaria fue también la represión que se desató: cerrojazo general a toda la prensa y las organizaciones nuestras, detenciones en masa, deportaciones, además de las infaltables torturas. Pacheco fue a parar, con muchos compañeros más, al presidio militar de Ushuaia. Sus recuerdos de entonces integran un capítulo de este tomo I.

A todo esto, conferencias por todo el país, en plazas, locales obreros y salones. Y controversias. Su verbo acertaba con la vena de lo genuino, ganando en profundidad, eficacia y belleza. Al par, su prosa se iba afinando, al adquirir, con el dominio de la dinámica de su estilo, precisión y serenidad, mayor concisión y más riqueza. La plétora de ideas se echa de ver siempre, remansada ahora en ritmo menos áspero, aunados el pensador y el poeta en el feliz logro. Antes sólo era intensidad; ahora es también dirección, la que “constituye asimismo una fuerza, y no tan sólo la intensidad”, como dice Barrés, citado por Barrett. Así logra sentido y conciencia de su fuerza y, con ella, mayor responsabilidad.

Vuelto de Ushuaia, con Foppa sacó *Libre Palabra*, y después *El Manifiesto*, con Antillí, que dejó para irse, siempre en propagandista, a México y Cuba, y atravesar el charco hasta España. Estuvo de regreso en agosto de 1914, y entró en la redacción de *La Protesta*.

Antillí, su camarada-amigo de siempre, purgaba desde fines del año anterior una condena de tres años, por la Ley Social, a causa de un artículo sobre Radowitzky, en el cuarto aniversario de su atentado. Terminada en 1916 la condena de Antillí, él y Pacheco reanudaron, con *La Obra*, la línea de sus notables periódicos. Por esa época, con más intensidad que anteriormente, recorrió el país en jiras de conferencias, con

## EL CUCHILLO

Gauchos, y de armas llevar, eran todos –o habían sido– los pupilos del Presidio Militar. Hombres caídos allí por delitos de indisciplina o audacia. Pero más en su ser ahora, como rebeldes vencidos, que cuando, como milicos, los mandaban a vencer las rebeliones del pueblo.

El hábito les lloraba. Las cabezas y los hocicos al ras, daban la sensación de una ausencia: las barbas y las melenas. Y con yo no sé que suerte de rencor o de bochorno arrinconados en los ojos: cual si todavía sintieran en el medio de las “aspas” el sablazo de la ley que les desarmó la vida. Cuchillos rotos...

La diana nos voló el sueño como un sombrero. Pasaba rejas adentro, nos metía bajo las mantas sus grito. – ¡Arriba, arriba!– Y tiritando, aturridos, saltamos para vestirnos. Ya listos, formamos de dos en fondo frente a la guardia. Requisa, numeración, media vuelta. – ¡Al monte! ¡March!...

Fue entretanto, en lo que duró esa práctica que vi a aquel hombre. – ¡Eh, che, Taitá!– y le di un codazo al más viejo de los presos. – ¿Quién es ese? ¿Viene o sale?

– Ese... Aura te digo. Callate. Vamos.

Me volví para observarlo, él seguía en el mismo sitio, inmóvil. Parecía un poste; una talla de ñandubay; una figura en un palo, en la que se había esculpido, con el genio del creador, el filo de su herramienta. Pensé que, si lo golpearan, sonaría a acero.

¿De dónde saltó aquí?... Ya va para un mes que estamos en el Presidio, y nadie me habló de él, ni lo he visto. Y ahora, de pronto, aparece, seco, empacado y vibrante, como si se desnudara de una cintura...

– ¡A ver, Taitá, por favor! ¿Me vas a decir quién es?... ¡Hombre rogado!...

El Taitá se concentró. Su rostro color de barro, flácido y turbio, se hizo un cascote. Enhebraba sus recuerdos. Luego empezó a repararlos, como un rosario.

“Ése”, era el viejo Ramírez, de los “fundadores” del Presidio Militar, cuando éste, antes de la sublevación estaba en “La Isla”. Había hecho treinta años ya, y le quedaban a hacer dos tiempos indeterminados. Dos vidas más... Pero se iba. El jefe había conseguido – ¡al fin! – lo que tantos gestionaron todos sus antecesores: sacarlo, echárselo afuera, en libertad, indultarlo.

¡Malhaya!

Ahora hacía como tres años que estaba engrillado siempre, solo en su celda, a cadena. Pero, ni así. Lo mismo era el centro, el filo, la punta de los motines. Su voz, sus gestos, sus ojos, horadaban los tabiques dando órdenes de pelea. Les hacía blandir las uñas, como cuchillos hasta los más infelices.

No quiso trabajar nunca. Par él no se habían escrito los reglamentos, ni con sangre le entraban las disciplinas. Era un harnero su pecho, de los balazos, y su cara un palo hacheado. Todo inútil. Herirlo era darle temple. Salía de los castigos más duros como un hierro de los dientes de una lima: siempre más nuevos. Por eso lo echaban ahora. ¡Malhaya!

– Hombre, mejor para él. No veo porque te disgusta su libertad. ¡Envidioso!

– ¡No seas bagual! Comprendé... Ése era el acero nuestro. Con él aquí hasta engrillao, a cadena, como un perro, había siempre una voluntá orejana; un fierro desnudo y listo. Ahura, ido... Pero, ¿no ves los muchachos?...

Miré. Por el camino nevado, les huía el piso, como un arroyo. Flotaban, al parecer, vacíos, huecos, ausentes de su alma gaucha. Cuchillos rotos.

## JESUS MOREIRA

Era alto, y parecía más, porque todo en él era empinado: la frente, el pecho, el andar. Vibraba vitalidad como un animal de guerra. Imaginad a Moreira – Moreira el de la leyenda –, pero allá, en Ushuaia y preso.

Había nacido en corriente. De este origen guardaba aún, como un perfume en un frasco, el decir lento y dulzón. Su lengua ruda mecía las palabras como una hamaca. Y al terminar los períodos, gemíanle en la garganta no sé qué espasmos; se le enmarañaba el rostro de cicatrices, y de ahí, de entre esa maraña, lo

Ocho o diez horas a la intemperie y de noche. De este suplicio, cuando termina, te sacan tus compañeros en sus brazos o a la rastra. Y, para que te desentumas, te ponen cerca del fuego de las estufas; lo cual es peor todavía que entumecerse; porque la congelación, al fin, insensibiliza; pero la vuelta al calor, a la vida fluida, te produce unos dolores de cuchilladas en los huesos vivos.

Mas no extrememos la nota. Dios aprieta, pero no ahoga. También contra estos demonios –el plantón, el plomo, el palo–, lucha tu ángel de la guarda, y a veces vence. Este enviado del Señor, allí es la nieve. De pronto empieza a caer, caer y sube, sube hasta un par de metros. Y entonces hay que abrir las calles de la cocina y los baños; pero, como no se pueden abrir también hasta el bosque, los presidiarios descansan... Y helos ahí, felices hombres, hartados de ocio y maíz; con toda su vida negra entre un paréntesis de poesía blanca...

Sólo que, al final de esto, hay otra bomba de tiempo: que, con tanta dicha, engorden. La gordura viene a ser como el cuerpo del delito. Presupone sangre rica, satisfacción de vivir y, sobre todo, el secreto florecer de alguna actitud audaz, tal como mirar derecho, a la cara, a los guardianes, o cantar en el trabajo, o reírse mientras lo están garroteando. No puede ser; hay que evitarlo; enflaquecerlos a toda marcha.

El ingeniero Muraglia, un criminalista eximio, con cátedra en Buenos Aires y tribuna en la Soborna, y miembro de no sé cuántas academias europeas, dio, seguramente, después de pestañados estudios, con un sistema infalible. Pasados los temporales, hacía conducir, por tandas, los penados a la playa, y los ponía a desescombrar casquijos de entre la escarcha. A cavar, mas no con palas o picos; a zarpazos y arañones; con las manos.

Hizo escuela y quedó el método que, en su honor, lleva su nombre. Y es que, en efecto, no falla. Bastan dos o tres días de esta tarea, para que los diez o quince de la internada, al calor de las estufas y de los sueños locos, se te derramen en goterones de sangre por las puntas de los dedos. Y por ahí y en su lugar te entre el frío. El viejo frío del principio; aquel blanco perro crespito que te muerde, que te hiende, que te enflaquece.

## EL CENTINELA

El centinela, en Ushuaia, es un máuser con un dedo en el gatillo. Una puntería que no acaba de afinarse. Un fusilador que os mete, antes que su balazo en el pecho, su intención fusiladora en el alma.

Se apodera de su víctima en el puerto. De aquel primer desconcierto, que fue tu primer porrazo, te sacó él, te alzó, apuntándote. –¡Marche!– Y tras de ti marchó el fusil gatillado.

Después... Todo trabajo se aguanta. Romper piedras, hachear troncos, abrir vías en la nieve, se aguanta. Los insultos del guardián, el silencio que te impone y ese mortal ritmo idiota de toda labor forzada, se aguantan. El hombre es duro, y aguanta. Lo inaguantable, hasta hacerse una obsesión de gritar, es él; él acañonado a tu vida, a tu nuca o a tu frente. ¿Cuándo te descerraja?...

Esto es lo que nunca sabes, ni él, el centinela, seguramente, tampoco. Porque conviene aclarar que no se trata de un monstruo, de frío esbirro. Es un conscripto. Mas nada tienen que ver sus jubilosos veinte años con tu angustia ni su crimen. Podría matarte y seguir pensando en su novia. Él no es su máuser; está tan lejos, humanamente, de ti, como el mismo gatillo que acaricia.

Y eso es lo trágico. Y esas es la técnica: tenerte sobre un abismo sostenido por un dedo. Un dedo que puede también cansarse, distraerse y apretar. ¿Cuándo?...

¿Y siempre así?... ¡Siempre! Hasta la asqueante letrina donde la puerta cortada transversalmente, deja tu rostro en la línea de su fusil gatillado.

Te recibió y te tuvo ahí; mas, por fin, llegó la hora de que te largue. Y entonces te lleva al puerto, como te trajo del puerto. –¡Marche!– Y marcha. Marcha, pero sin volverte, ni cuando estés en el barco, mientras se divise Ushuaia; pues, si te vuelves, verás sobre el blanco de la playa un punto oscuro que sube o baja, según las olas bajen la nave, o la suban. Es él: te sigue apuntando...

breves descansos entre una y otra y las interrupciones motivadas por el estreno de sus obras de teatro, iniciadas con *Las Viboras*, en setiembre de 1916.

El 5 de mayo de 1919, a cuatro meses de la “semana trágica”, un edicto policial sobre publicaciones anarquistas las clausuró: *La Protesta, La Obra...* todas. Pero a menos de tres meses de esa fecha, la gente de *La Obra* quincenal, con el concurso más activo de Anderson Pacheco y Bianchi, sacaron *Tribuna Proletaria*, diario de la mañana nada menos, con el que se libró triunfalmente la batalla contra la desviación de la llamada dictadura proletaria, como se había debelado antes la débil desviación guerrillera y la incursión camaleónica. La actuación de Pacheco fue, en todos los casos, relevante.

Y entre campañas de conferencias a lo largo y a lo ancho de la Argentina, viajes a Montevideo en actividad militante y fructuosas jiras a Chile, en 1923, y en 1924 al Paraguay, donde lo sorprendió el ciclón de Villa Encarnación, en el que dio pruebas de su entereza bajo las furias de la naturaleza, como las diera siempre bajo las furias de los sicarios del Estado; entre periódicas detenciones, la más larga bajo Uriburu, que aprovechó para escribir *Juana y Juan*, y una condena a seis meses, en 1926, por un artículo sobre Wilckens de que se hizo cargo, que no cumplió pues prefirió *veranear* para no *agarrar viaje*, mantuvo su colaboración en *El Libertario, La Antorcha* y otra vez *La Obra*.

¡Cuán intensa vida en una vida! Y de qué calidad.

La obra de Pacheco –la del militante y la del artista, siempre militante– tiene una vivencia que no ha amenguado ni amenguará, con mucho, el tiempo. Son letras vivas, que trascienden la percedera actualidad con valores permanentes. Se explica: escritor sustantivo, cuyo pensamiento florecía en bellas síntesis, su producción no desmerece con la cambiante actualidad sin historia, pues sólo tomaba de la actualidad lo permanente. Y explica algo más: su repugnancia de todo posibilismo. La finalidad de hacerlo revivir en la continuidad militante de su obra, justifica esta edición de un buen acopio de sus Carteles y de las conferencias que escribió en los años últimos para ser leídas. De su actuación de orador, tan larga como su militancia, nada se ha recogido, que sepamos: ni una conferencia, ni una arenga. Lástima grande, pues el orador era en Pacheco importante faceta de su personalidad. Pacheco ha sido oído por más gente que leído, y muchos le han leído por haberlo oído. El escritor remachaba la atracción del orador, sin desmerecer a éste, que tenía sobre aquél la ventaja de la presencia personal, la tónica de una vida irradiadora de energía y, por tanto, de entusiasmo y optimismo.

Fue un baqueano, para el que no había noche encapotada, cerrazón de horizontes, encrucijadas ni espejismos, tierras inexploradas ni tampoco tentación de vados o atajos fáciles pero comprometedores, que le extraviaran el rumbo. Frente a la guerra y la revolución, ante el camaleonismo sindical o el colaboracionismo gubernista, como en España, no falló nunca su sentido de orientación anarquista. Los extraviados, que le llamaron petrificado, y los flojos o medradores, que le dijeron retardado, hubieron de volver sobre su error aquéllos y descubrir su desvergüenza éstos.

Baqueano siempre discutido mas acertado siempre, al que nunca se le perdonaron del todo sus aciertos. Ésa fue, si no su amargura –no era hombre de amargarse–, su melancolía. La de tantas energías distraídas de la lucha contra la burguesía y el Estado para polemizar con los desorientados. Fugaz melancolía, sin embargo, pues fue siempre combatiente jovial. La gravedad no entraba en el estilo de su vida y de su obra. Ni la solemnidad en ningún trance, ni en el de la presentida muerte.

No fu escritor de razonamientos menudos, de disquisiciones prolijas. Iba al meollo del asunto y sustentaba su juicio, entre dos conceptos medulares, con una afirmación o una negación, cuando no con una parábola que las involucraba. Parecía que su prédica habría de ser, por ello, de difícil captación y, por tanto, de imposible popularidad. No fue así. Escritor y orador de sentidos y de esencias, sus oyentes o lectores no dejaron nunca de captarlos, entre las imágenes y los conceptos, con natural predisposición. Es que Pacheco, baqueano de rumbos, lo fue también del espíritu popular. No sólo en su tierra, por afinidad de idiosincrasia, sino donde quiera actuó. De ahí la singular eficacia de su acción proselitista.

Si como propagandista Pacheco no dejó de encarar ninguna cuestión, como militante no le hurtó el cuerpo a ningún entrevero. Con talante jovial y serena firmeza entró en todas las contiendas, ideológicas

y de las otras, seguro de su posición. Fue así hombre de coraje e inspirador de coraje. Bien afirmado en su ideal, su pensamiento, aligerado de todo lastre de dogmatismo o de presunción, se remontaba en amplio vuelo. Estimaba que lo deseable no es la tolerancia sino el respeto. Respeto al hombre en sus derechos, que incluyen el de su dignidad y el de la integración de su personalidad, las dos formas esenciales del espeto de sí mismo. Espetarse en sí mismos y en los demás. Ésa es la fórmula del convivir a que aspiramos. Solidaridad se llama.

Tenía, como todos los anarquistas, fe en el hombre.

*“¿En que fia el anarquista; a qué carta juega su fe y su vida; en qué cosa, en fin, tan serena y tan segura, ha clavado su esperanza incommovible?... En el hombre. Él cree en el hombre.”* (“Los hombres”). *“La maldad es sólo una circunstancia sobre la tierra.”* (“De hombre a hombre”). *“Lo más difícil de la obra anárquica es reencarnar en el hombre la confianza en sí propio. Serenarle. Barrerle del alma no sólo la loca esperanza en una fuerza suprema, sino, igualmente, la desesperación por su debilidad humana.”* (“El Mesías”).

Toda concepción autoritaria, sea religiosa o política, hace hincapié, en cambio, en el pecado original, la maldad ingénita y, por ende, en la necesidad de prevenir y reprimir. No fue otro nunca, ni es, el pretenso fundamento del poder. *“El pesimismo ha nacido –dice Pacheco– con el primero que tuvo el emperrado interés de capatacear al hombre. Y se propagó en aquellos que no podían soportarle su alegre espontaneidad ni su florecer confiado. Y reventó en todos esos que niegan que cualquier vida, aun la más ruda y humilde, puede hacerse por sí sola, y crecer y mejorarse, hasta ser alta y ser bella.”* (“Los capataces”).

Ello señala posiciones diametralmente opuestas. Confiar en el hombre o no. Estimar su liberación una esperanza a su alcance o creerlo irredimible, eso es lo cierto, al desplazar su redención al otro mundo. De ahí las divergentes conductas.

*“Hay un modo de perder y hay un modo de ganar a los hombres para la libertad: metiéndolos en un puño, como reses en un brete, o despertando en ellos el dormido ser sagrado que todos llevan dentro. Uno es expeditivo y autoritario; el otro es fraterno y entusiasta... De éste seguiré cosechando fe en su destino el pueblo. Porque aquél mana y éste siembra.”* (“Bésalo”).

Somos, por ello, entusiastas. *“Los anarquistas tenemos el entusiasmo de la vida.”* Y confiamos, sentimos, sabemos que: *“Sobre todas las catástrofes, el hombre salvará al hombre.”* (“Aquí habrá revolución”).

El anarquista *“sabe que es un tipo todavía minoritario, de posición casi siempre opuesta a la mayoría. Su crecimiento en la historia como hombre nuevo entre el histórico pueblo sometido y embaucado es la feliz consecuencia de su posición siempre guerrera. A la ceñida coherencia entre su hacer y su ser le debe toda su vida, tan hondamente dramática como rica en eficacia.”* (“Acción directa”).

Se explica así que los anarquistas, o quienes encarnaran antes que ellos una posición similar, hayan sido la bestia negra de todas las persecuciones, el enemigo común sobre el que confluían los odios de todas las demás corrientes. ¿Por qué? Por ser el anarquismo, precisamente, la única corriente en la historia que no se pliega, que no pacta, que no se desvía, que no contemporiza. Y como no es posible conquistarlo haciéndolo entrar, abierta o subrepticamente, en el juego de la política, como ha pasado con los republicanos bajo la monarquía, y con el marxismo desde la escisión de la Primera Internacional de los Trabajadores, no basta perseguirlo a sangre y fuego, arrancar sus raíces y guadañar sus obstinados brotes –porque siempre brota–. No basta, no. Hay que difamarle, cerrarle el acceso a la comprensión del pueblo mediante la calumnia, acumulando sobre él execración y asco por todas las infamias y crímenes que se le atribuyen.

Y cuando algunos de sus militantes logran romper la costra de fango y de escupitajos con que los ha cubierto la difamación general y hacer resplandecer a los ojos de todos su grandeza de alma, la nobleza de una entera vida, que nada espera del cielo ni de los hombres sino que se liberen, entonces se les tacha de ilusos, de irredimibles utopistas, de líricos extraviados. Pero ello ocurre, si ocurre, como ha sido el caso de Reclus y Faure, de Gori y Malatesta, de Salvochea y Lorenzo, de Kropotkin, Librado Rivera y los Flores Magón, y como lo ha sido también del mismo González Pacheco, y tantos más, cuando a esa grandeza y esa nobleza se han aunado una gran capacidad intelectual o artística o hechos de gran relieve. Porque, si

la muchedumbre, el pueblo. Al comicio de los árboles, el comicio de los hombres. ¿Por qué no?... Ojos, las hojas; brazos, las ramas; banderas e himnos, las aves.

Hoy, a tanto tiempo de aquello, la comparación también a mí me resulta un poco traída a la fuerza. Pero entonces... Arrebatado de un mitin, por pedir la libertad de nuestros presos sociales, aún me sentía sacudido por un viento luminoso. Éramos 80 mil, llenando las calles y plazas, desde el Paseo Colón hasta las escalinatas del Congreso. ¡Libertad! Y volaban las enseñas, resplandecían las pupilas, y la sagrada demanda rompía las bocas. ¡Libertad!

No. No era una trasnochadura esa asociación de imágenes. Aquel monte, bosque o selva tenía que estar allí trascendiendo soplos cósmicos, con su maraña revuelta de rugidos y aletazos, y embanderando de cantos... ¿Por qué no?...

¡Pues, porque no! Porque así como nosotros no éramos ahora pueblo, muchedumbre o multitud, estos árboles de Ushuaia eran también presidiarios. Presidiarios de plantón. Sin hojas, nidos, ni viento. Presos de arriba y de abajo, por el hielo y por al nieve. Con toda su vida presa...

Mas, como estaba en imágenes, barajé esto otra: ésa era la libertad. La libertad en la Argentina. Una selva congelada.

## VERANITO

Como todo allí responde a un solo fin: martirizar a los presos, han ubicado el presidio en un cañadón. Nieve que cae, no se va, se funde en témpanos. ¡Y cae! Cae y te encierra, como en una celda blanca; blanca desde el piso al techo; de un blancor que reverbera. Suelen abrirse paréntesis de viento o lluvia; pero son como llaveros que no dieran con la lave, y se van. Y vuelven a caer los copos, livianos y cegadores.

Pues su resplandor te ciega. De esta ceguera radiante aprendí yo a defenderme con otra ceguera negra, de barro. Con barro sobre los ojos mataba esas llamas frías, que me quemaban también hasta el cañadón del cráneo. ¡No ver! No ver era para mí una dicha casi cósmica; como tirarme a dormir sobre el corazón ciego de amor de la tierra.

¿No hay verano?... Hay algo que quiere serlo, pero queda en veranito. Dura un mes; cuando más dos. Llega como un sembrador que sabe que no podrá aquerenciarse. Mas, ya está ahí... Y ara una loma, y la siembra; cava un témpano, y lo fluye, y desentume la selva, que retoña en algún tronco. En verdad que hace prodigios, que te daría gusto verlos si tú no estuvieses preso y condenado a sufrir la contraparte de todo, en todo; hasta en la naturaleza.

Porque así es. Su sol derrite la escarcha, pero, como abajo hay hielo, cada bache es una trampa en que resbalas y caes. Licua la nieve en los techos, que filtra por los tabiques hecha agua sucia, que pudre las pilchas de tu camastro. Y así vives aquel tiempo, maldiciendo sus porrazos y hediendo a perro mojado.

El veranito en Ushuaia... Planta en el médano, suspira en el robledal, canta en la onda. Pero para el presidiario es también otra condena u otro sarcasmo. Y como a tal lo recibe y lo despide. –¡Porquería!

## LOS CASTIGOS

El palo, el plomo, el plantón son las tres bombas de tiempo que te mantienen en vilo. Nunca sabes ni por qué ni cuándo can a estallar. Sabes que ahí están. Tampoco están en el orden en que yo las enumero; su marcha hacia el estallido puede también alterarse. El resultado es el mismo: el plantón, el plomo, el palo.

El garrote va a tu lado; te señala la tarea en que has de emplearte; te vigila renegando como si, cuanto más las horas pasas, más fueran creciendo en él las ganas de garrotearte. Distante cinco o seis metro, el fusil, que tú has visto gatillar, te apunta, inquisitivo y alerta, por si el del palo te erra. Y puede que salves de éstos un día o un año, pero, lo que ya es difícil, casi imposible, es que del plantón escapes.

Porque éste se da por una simple mirada, que siempre se te interpreta como de protesta o de odio; o por encogerte de hombros cuando te insultan; y hasta por resbalar en la nieve y darte un golpe. ¡Plantón!

a las veces entra a saco bosque adentro. Cuando regresa –ibandido!– deja en el aire su sal y en el suelo su resaca. Pero nos roba la leña...

Entre ese mar que es pirata y aquella montaña blanca como holocausto, funciona el aserradero. Allí trabajamos los forzados. Volteamos robles pomposos como palacios, y hacemos leña. ¡Mucha leña para tanto frío!

Grita la sierra su canción de acero. Suena un tallido de cuchillo, el hacha. Y alrededor de nosotros se arremolina la nieve, la chispería; como se hacháramos témpanos.

## EL FRÍO

Estoy en penitencia en “el triángulo”. Esto es, de plantón, bajo la nieve, dentro de una garita con esa forma. Lo que no sé es cómo han hecho para hallarla a mi medida: justa por todos lados; hasta en el ventanuco que me enmarca el rostro. Parece mi ataúd.

Los copos caen en bandadas de pajaritos blancos. Se posan sobre mi caja y ruedan hasta mis pies. Se amontonan tiritando.

Enfrente trepa el presidio, desde la playa nevada, en dirección a las cumbres. Salpicado por la escarcha, me da la idea de un monstruo que ha salido de la mar, chorreando espuma. Y cuando rompe sobre él un bandazo de neblina, creo que resopla y anda.

¡Si yo pudiera imitarlo! Andar también; removerme. Porque empiezo a sentir frío. Un frío en ráfagas, que me desnuda a tirones.

Miro la noche. Es blanca, lívida, exangüe. El resplandor de la nieve la llena, como a una copa, de una agua helada. Pienso que un grito o un golpe bastarían para romperla o desparramarla. Mas, ¿quién se atrevería a tanto con este frío?...

Sigo mirando. Por encima del presidio, surge el paisaje. Se tiende como a morir, plano y yerto, hasta topar la montaña. Y ahí se yergue, abre dos alas blanquísimas: se diría que va a volar... Pero no: no fue más que un estertor, sobre el que cae, aterido.

Y el frío me acosa. Ahora es un frío congelado. Un frío de bolsa de hielo.

Busco la altura. Allá un picacho se emboza, como un anciano en su capa. Cierra los ojos, reniega, sacude sus barbas canas. Ya no se ve...

Pasa un rato, y reaparece, como una visión de mármol. Pecho abajo, la ventisca rueda en torrentes sombríos. Polvo de cinceladura, de entre el que sale la estatua más fría y más blanca.

Y nieva y nieva. Revuelan en torno, y se posa, los pajaritos helados. Siento, a través de las tablas, el frío de sus piquitos de vidrio. Me hincan, me cavan, me hienden.

¡Si pudiera dormir!... Pero es como si arrastrara, bajo los párpados yertos, toda la luz de los témpanos. Flamea y me quema, dentro del cráneo, el paisaje. Blanco, blanco, blanco. Soy una copa de escarcha. Un gesto, una voz, el más leve movimiento bastaría para romperme. ¡Lo sé!

Sé que estoy acorralado: que no tengo más salida que por los ojos. ¡Ah, si tuviera tierra! ¡Un puñadito de tierra para cubrírmelos! Y, como no tengo barro donde esconderlos, los lanzo a lo alto. ¡A lo alto! Y sobre el pico más alto –el grito de la montaña más frío y más alto– encuentro el cielo...

El cielo azul... ¡Oh, mi madre! Fue igual que si me besaras; como si me recogieras. ¡Qué dulce paz!

Me hundí, me dormí de pie. Y debería estar soñando con lo mejor de la vida, porque me despertó el centinela. Zamarreaba mi ataúd.

–¡Eh, vos! Callate. No se puede cantar.

## LA SELVA

Se asciende trillando nieve, se corona una lomada, y se desciende hasta el pie de la montaña. Ahí está el monte. Y aquél era el primer día que trabajaríamos ahí.

El monte, el bosque, la selva... Y asociaba estas imágenes a otras, que me parecían sus pares: la multitud,

no, ni se trata de hombres oscuros, como los hay a millares, no dotados de tales condiciones ni puestos en evidencia por circunstancias relevantes, por más grandeza de alma y nobleza que acrediten, entonces es necesario redoblar contra ellos la calumnia y el escarnio.

No es la persecución temporal, que a veces se descarga más furiosamente sobre los adversarios más próximos –hermanos enemigos–, que representan un peligro inminente en la disputa del poder, como les ocurrió a los radicales bajo el régimen, como le ocurrió al socialismo político en todo el mundo y le suele ocurrir al comunismo autoritario. Por terrible que sea, no es una persecución a fondo ni permanente, porque se sabe que esas corrientes transan, entran en el juego. La historia lo ha probado. Rusia lo confirma. Uno mismo es el juego de todas ellas. El anarquismo vuelca la mesa de juego y aspira a que entren a tallar los hombres en la edificación de su vida liberada, mandando a paseo a todos los tahúres. “*El poder, cuya esencia no varía, sino en su apariencia física, con las encarnaciones que sufre*”. (“Camisas negras”).

Cuanto venimos diciendo muestra que en el anarquismo, como en Pacheco, no todo es sociología; es también filosofía, por ser, sobre todo, un sentido de la vida. “*El anarquismo es, primero que todo, una posición: el hombre libre. Por querer serlo es su lucha con el medio, mundo o trasmundo, metafísica o prejuicio que le niegan o le oprimen. Su doctrina es un sentido, no un tópico: un resplandor de su sangre y no una entelequia sociológica*”. (“Durruti”).

Lo primero que se destaca en el anarquismo –a pesar de la teoría mecanicista que cundió en cierta época con el auge del prestigio de la ciencia y que Malatesta rebatió concluyentemente–, es su posición contra todo fatalismo. La interpretación marxista de la historia peca de fatalista. Ni la revolución es fatal ni, de verificarse, ha de tener necesariamente cierto sentido. La descomposición innegable del capitalismo puede abrir camino a múltiples perspectivas. El fascismo fue una tentativa. Otra, el soviétismo, sólo ha significado un cambio de estructura: el binomio Capitalismo y Estado se ha trocado en el Capitalismo de Estado. Ni siquiera es novedad, pues primitivamente ha habido regímenes semejantes: el imperio incaico, por ejemplo.

Así como toda concepción autoritaria desprecia la capacidad del hombre para regirse a sí mismo, desprecia igualmente la voluntad humana como factor histórico, negando toda validez, por predeterminedada, a la iniciativa humana. “En el marxismo existe el sentido de una fatalidad y la exaltación de una voluntad. Cada vez que la fatalidad pasa por encima de una voluntad, desconfío” –dice Malraux, por boca de Kyo, el militante comunista, en “La Condición humana”. El anarquismo desconfía desde siempre. “*Deterministas a medias* –dice Pacheco– *fiamos en la voluntad sobre todo*”. (Conferencia “Anarquismo”). No somos solamente producto del pasado, una consecuencia, un efecto. Somos causa también y no admitimos que se relegue la voluntad humana a una suerte de mecanismo predeterminedado como todo. El hombre cuenta como factor. Y por contarlo, como ninguna ideología lo hace, el anarquismo asume una posición divergente en absoluto con la de todas las corrientes. En ese factor, y en la acción directa que de su efectividad resulta, funda su criterio sobre la política y el Estado, sobre la revolución y la nueva construcción social. Contra todo mecanismo, religioso o político.

“*Seguimos siendo mesiánicos. Deísmo o materialismo no son más que el revés y el derecho de la antigua medalla. Depositar un exvoto a los pies de dios o en los cuernos del diablo es variar la dirección de la mano, pero no el móvil*.” (“El Mesías”).

Eso designa una posición sociológica, y también una conducta y una filosofía. Penetra una vida, y no sólo intelectualmente. Por ello, la anarquía, además de ideal para después de la revolución, es una tesis para antes de la revolución y para la revolución. (Dice Adrián en “La Inundación”: “*No hablo de pobres ni ricos. Hablo del hombre... Todo no es más que una sola fatalidad... Si no hubiera quien recuerda que es también fatal ser hombre*”). El anarquismo lo recuerda.

Pacheco tenía, como hombre y como militante, una posición consciente y coherente ante la vida y la humanidad, y eso es también filosofía, no sistemática, naturalmente, pues no era filósofo profesional ni aficionado, como no era tampoco, como categoría aparte, un intelectual.

Ésta es mi estampa, para mí psicológicamente fiel, de González Pacheco. Hombre libre, por fiar en los hombres. Y grande y coherente, por libre. Libre y bien logrado.

“Somos libres –dice Bergson– cuando nuestros actos emanan de nuestra personalidad entera, cuando la expresan, cuando tienen con ella esa indefinible semejanza que se encuentra a veces entre la obra y el artista”. Si parece escrito expresamente sobre Pacheco.

Al recibir la noticia de los levantamientos rusos de 1905, Reclus exclamó alborozado en su lecho de moribundo: ¡Al fin! No fue entonces. Cuando la revolución española de 1936 –la más grande y profunda tentativa revolucionaria de la historia–, Pacheco partió para España. ¿Al fin? Pero tampoco fue entonces. De su experiencia habla uno de los capítulos del tomo II, fruto de una madurez pletórica y depurada. De allá volvió a reanudar su actividad de siempre, para morir, casi doce años después, años de difícil militancia, el 5 de julio de 1949. Y ahora, con estas ediciones, sus letras vuelven a reanudar la batalla de toda su vida.

*Alberto S. Bianchi*

levantó como plumas, con un dedo, al ras del “Pico Sarmiento”.

¡Hablaba! Era, sí, una frase blanca, de apóstol encanecido, esa llanura de hielo que hizo rodar desde la cumbre hasta el agua. Y el salto con que empuñó en el aire aquel torrente para abatirlo como a un martillo, en un boleo chispeador, contra un glacier de la costa, fue una parábola neta, justa, remachada. Y el borbollón espumeante, torvo y ruidoso, en que le vimos precipitarse en seguida, sin duda que no fue más que un tartamudeo genial de esos que lanzan el cuerpo, el alma, la vida tras una idea que se escapa.

¡Oh, sí, hablaba! Voz de gloria era ese bloque celeste, hinchado de ligereza, en que apareció de pie, más luego. Y la raya, el estallido de azufre que parecía morderlo, hendirlo, desde el vértice a la base, era un vaticinio nuestro, un *nihil* revolucionario. Y el chorro, la catarata, contenida en el vacío, helada al caer, ¡oh!, eso no era voz ni frase: eso era un gesto rebelde, de asceta voluntarioso, frente al agua del canal ondulante y sugestiva como una mujer de espaldas.

¡Hablaba! Palabras rudas y crespas, martillazos de elocuencia, rimados y sucesivos, era, ahora, esa cordillera de la que se levantaban como ecos, como pelusas las águilas. Y aquel tumulto de rocas, de cascos y resplandores con que pretendían taparnos el paso al mar, era la trama y el fondo sobre que desataría su más potente oratoria; la más plástica y henchida de cosas gauchas...

¡Señor!... Y fue justamente ahí que surgió la cumbre roja, de llama o sangre llameante. Como un aullido de sol, de viento, de tempestad, de volcanes. Como la lengua de un orador reventado.

Después... Nos volvieron a la popa a los presidiarios. A nuestra nube de hollín. Hasta Ushuaia.

## RUMBO AL PRESIDIO

Desde el portalón del barco miramos salir el sol. Macizos, como de lirios, las cumbres se tocan de tules rosas. Bajo el cincel de la aurora, quedan talladas, y humeando.

Vibra el aire, batido por las bocinas, como una cuchillería. A estribor, se acuna el bote que, por tandas, nos debe llevar a tierra. Bajamos y nos conducen.

Tierra, para el caso, no es más que un modo de decir. O de desealarla; como a la libertad, cuando se pierde. Allí no hay tierra: todo allí es nieve: el suelo, el viento, los bosques y las montañas.

–¡En marcha!– gritan. Marchamos. Bruñido el piso, y sonoro, parece que se nos huye. Marran fijeza los pies y el vacío nos amaga unos tarasconazos de perro blanco.

Refracción de luz de espejos, la claridad nos envuelve como un sudario. Se pega al rostro, pasa la piel, toma el sitio de la carne sobre los huesos. –¡Rediez, qué frío!– Y me paro y miro el cielo.

–¡En marcha, he dicho!

Marchamos. Resuena el piso y nos huye. Juega a hacernos zancadillas. Un juego como a la taba: a caer de cara o de culo.

Caemos. Caemos, no sé cuantas veces, hasta hacer las treinta cuadras que hay del puerto hasta el presidio. Y sobre cada porrazo, el fusil del centinela, que nos apunta.

Y el grito: –¡En marcha! ¡En marcha! ¡En marcha!

Marchamos. Tundidos, rectangulados, y con los brazos abiertos, como alas rotas, marchamos.

## EL ASERRADERO

Grita la sierra su canción de acero. Suena un tallido de cuchillo, el hacha...

En aquel sitio, la selva empieza a trepar las cumbres. Del grueso del robledal se desprende una línea de retoños. El viento los desmelenan y la nieve se les sube a medio cuerpo. Pero avanzan.

Retorcidos de tanto pelear la muerte y amagando puñaladas al infinito, ascienden. Y aquí uno y allá otro, hasta los que caen retoñan en robles nuevos. Alguno he visto, solo y bello, en la cumbre toda blanca, igual que en una trinchera, entre nubes de humo, un héroe. Y yo –quizá obsesión de poeta–, pero mismo yo he sentido como un clamoreo de vítores partir de la Madre Selva.

El mar refunfunia abajo, donde el robledal empieza. Castiga lomos remisos y desmorona a los débiles. Y

## HIGOS PINTADOS

Antillí: Ésta es mi “Ushuaia”; el rincón más frío de la Argentina, adonde somos echados todos aquellos para quienes la patria no es madre, sino madrastra. Éstos son mis recuerdos. Te los dedico.

Seguramente, no tienen lo que yo busco en los otros: calor de entraña o de surco. Pero tenía que contarlos... Resígnate a recibirme, en vez de un plato con higos, estos higos pintados en un plato.

Por lo demás, tú lo sabes: yo no soy un escritor. No sé si no puedo; sé que no quiero. Intelectual de oficio... ¡Ah, no! Por nuestra anarquía, todo; hasta escribir. Profesionalmente, nada. La profesión anula al hombre.

Hermano mío: Lo que sobran son palabras, y lo que faltan son hechos. Vida en rama o vida en fruta. ¡Gestos! Los gestos hacen la historia, si el que los tira, se tira también tras de ellos: a remacharlos.

No dramatizo. Éste es un país de aluvión, con más casquijo que tierra, más grava que humus. No bastará la simiente para restarle aridez; será preciso entregarle, sobre las ideas, la sangre, la sangre. ¿Por qué saldríamos vivos de aquel infierno?... Muertos de frío, o fusilado, hoy seríamos para el pueblo algo más que expresidarios. Su esperanza, tal vez: su bandera, quizás...

Volvamos la hoja; pasemos. Para deseos frustrados basta con estos recuerdos. Estaban en mí, quemándome; hasta que los manoteé y los arrastré a estas páginas. Pero no se arrastra el fuego. Verás al leer: mucho que debió ser luz, encendido dolor, protesta ardiente, se me quedó en el tintero, o se me hizo humo.

Cada cosa en su día, amigo. Y las emociones, como las flores: del tallo al pecho. O como las frutas: de la rama al plato. De no, son esto, y no más: higos pintados.

[Agosto 1911]

## VISION FUEGUINA

Sin duda, para más seguridad, nos encerraron a popa, en la carbonera, a todos los presidiarios. Pequeño el barco, y el piso móvil y oscuro, íbamos como en el seno de una tormenta. Lo mismo que en una nube, silenciosa y sin destino.

Un día, por fin, a los muchos, nos abrieron la escotilla. El aire, la luz, el cielo –tres aves– bajaron a nuestra cueva. Sobre sus alas subimos a la cubierta...

¡Oh, señor! Nosotros somos del llano. La cumbre golpea en nuestras espaldas; queremos y ejecutamos en línea de puñalada o balazo. Y, psicológicamente, nuestro nivel es el miso de los pastos, fugitivo y ondulante.

No importa que alguna vez una pasión o un ideal nos pongan de cara al cielo, como a onda que sube por un picacho. No importa. Cumbreado que aquello sea, nuestro destino caerá de nuevo tendido al largo, como indio sobre la cruz del caballo. Al ras del viento y la lanza.

Nosotros somos del llano. Flechas de ese arco que abren sobre el infinito la pampa y el horizonte. Piedras que desprende el Ande. Y en el trabajo o la guerra, como arma o como herramienta, no concebimos sino la que se afila o se encaba sobre la marcha... Cuesta abajo...

Con esta psicología, plana, llanera, tendida, calculad nuestra sorpresa a la faz de los canales fueguinos... Allí están el viento y el agua, la aurora y la catarata, el trueno y el refusilo, la nuca y las brillazones, lo que ciega y lo que aturde, lo que rueda y lo que canta –itodo lo nuestro, pampeano, gaucho!-, pero de piedra y de hielo. Y vertical y cimbreando. Contenido n una línea de arenga, de ola, de estatua. ¡Plástico, enorme, cuajado!...

Fue un golpe sobre la cara. Prorrumpimos en un ¡oh! De esos que tajan el cuello y levantan la cabeza como un punto al aire. Un punto que, con el cuerpo debajo, decapitado, abre un signo de admiración palpitante...

Mudos, temblando de asombro, seguimos como un discurso el paisaje. ¡Hablaba, sí! De orador de multitudes, sonoro y despenachado, fue el gesto que hizo rayar a mil metros por arriba de nosotros. Nos

## Del entrevero

ESTOS CARTELES...

*Nada de lo que los inspiró está muerto ahora en nosotros o ha sido en nosotros rectificado. Todo lo que ellos atacan o acarician, sigue igualmente de pie, cerrado o fluyendo. Los hechos que ellos comentan son nada más que un pretexto para destacar nuestra alma frente a la entraña burguesa.*

R. G. P. (De Carteles de ayer y de hoy, 1928.)

## DESTINO

Tallado en la vida he traído yo el anarquismo. Como el rosal su rosa, o su espina el cardo. Y esto lo saben también cuantos se me atravesaron; se rompieron las narices contra esta verdad de piedra: ¡Soy anarquista!

Es de verdades así, con raíz en las raíces, que se enguirnaldan las plantas y que las ubres maduran. De engañifa, las vaquitas de aserrín y las flores de papel, sólo encantan a los niños y a los cursis. Nadie va a poner con eso jardín ni establo. Y yo he venido a poner establo y jardín.

En la naturaleza no cuentan los diletantes. Bajo toda condición y a cualquier hora, vaca, matojo o higuera, van a lo suyo. Y yo también. No lengüeteo una torta ni vomito mi destino. Que vaya o venga, quien quiera, con el cuchillo o la pala, darme vuelta la pisada, verá lo que debe ver: que allí pisó un anarquista.

En realidad, contra mí no hay nada externo que valga: ni caricias ni violencias, ni verdades ni mentiras. Todos los hombres del mundo que me enrostraran a coro su juicio adverso, no harían variar un ápice mi anarquismo. Que ellos lo quieran o no, yo he de hacer siempre lo mío.

¡Siempre! Claro que mejor aún si en este quehacer me encuentro con compañeros. Éstos son los que yo quiero más, también siempre. Pero si lo que hay en ellos, como anarquía, se niega, relaja o funde, yo voy a seguir lo mismo: siempre anarquista. ¡Siempre!

Tallado en la vida he traído yo el anarquismo. Como el rosal su rosa, o su espina el cardo. Destino de ellos. Destino mío.

## LA PROPIEDAD

Yo no pido más que una cosa en arte: “Propiedad” en lo que se habla, se escribe o pinta, siquiera sea para echar a luz obras ajenas, “pilchas” de otros. Por sobre toda nota circunstancial, de erudición u oportunismo, prima y campea una, inmanente, absoluta, poderosa: es aquella que se arranca de la carne y brama, y así es eterna, malgrado nos vuelque en ella, como en un vómito, pecho y entraña. Orear de luz de fe las pequeñas grandes cosas que nos sacamos de adentro, y darlas, fuertes y enteras, a la expectación del mundo, es ya cumplir un destino; es batir cercano al sol la pluma de águila que nos tocó en avío.

Buena o mala, la obra, cualquier obra, no vale por el populachismo que la sanciona, sino por la voluntad de triunfo con que se incuba. Lo perdurable es el gesto, la firma orgánica, que es lo que llega hasta el pueblo como un hachazo. Flor de fiebre, vibración la más honda y la más pura, de ella habla y responde el temperamento, porque es en él que se enclava como sobre una peña una bandera. Ni ley ni escuela, entonces, para el genuino artista, fuera de la escuela y ley sustancia. Hasta las piedras son flores, cuando es su nervio que exulta y labra policromías de ensueño en las artistas ingratas... Cumbre o sima, valle o fronda, cualquier cosa, pero fuerte y propia; así aquel gran humanista de cuya tienda se sabe que tenía una puerta al llano y un ventanal a las nubes: Víctor Hugo. Triunfo, derrota u olvido, nada son, pues,

nada dicen, frente a ese capullo de oro, gloria de orgasmos, que se hace rosa o espino en la boca del artista, y en ella lacta, como en el surco el barbecho, calor de nido, hálito y tufo de madre. Tal en mis labios sensuales el adjetivo: breve, recio y sonoro, como un hondazo. Propio. Mío.

[1911]

### PRIMERO: LA LIBERTAD

La cuestión no es alcanzar el sentido o el dominio de los complejos sociales. Ni estar al día en política o en arte, o en una o en muchas ciencias. Esas son otras cuestiones. Se puede ser elemental como un niño, o simple como un salvaje y, sin embargo, querer lo que es, en definitiva, primero siempre: la libertad. Ser libre.

El anarquista no hace caudal ni tabú del genio ni del estúpido. Ni vota a aquel ni veta a éste. Sabe que el más desvalido de luces y de coraje, lleva también en su sangre, grano germinador, un dorado ensueño: ser libre. La libertad.

La libertad... Ser libre... No sé qué de eterno y grato pasa por el corazón del hombre cuando un esclavo se yergue a decirle a su tirano: ¡Vamos a ver: la libertad aquí! Se acabó ya tu siervo: ¡ahora soy libre!

Cada vez que esto acontece, algo se agita y aflora en la humanidad. Escéptica, vieja, exhausta, siente que en alguna parte le renacen los botones de su vigor juvenil. Y es porque la libertad es una fuerza con alas: nos remece y nos remonta desde todos los abismos.

Y es bueno que deba ser conquistada, igual por el individuo que por los pueblos. Ella, como la vida, nos dice: ¡Tómame! ¡Poséeme! No me doy más que a los bravos, que me quieren y se atreven.

Los débiles se acomodan y apesébran. Y así vegetan: a poco amor, a poca dignidad, a poco pasto. Sobre estos no se rehará ni el fervor ni el carácter de la especie. Son las aguas pantanosas, sin fluir de sí, que el hombre libre debe remover con varas; valerosamente.

A no ser cursis. A no hacer una cuestión de estar al día en política o en arte, en una o en muchas ciencias. Esas son otras cuestiones. La primera es tumbar esto: la tiranía y el tirano, y cuanto impide ser libre. Primero: la libertad.

### ¡A VER! ¡A VER!

Comprender es inclinarse. La flor que va para fruta se dobla a tierra. Y ya en sazón, los racimos se doblan hasta las ramas. Los conocimientos pesan como espigas en la frente. De aquel frío disertor, tan alto que fuera Fradique Mendes, lo que nos queda en la mano es su deshielo, que él dijo: ese rodar como de agua sobre la aridez de nieve de su talento.

Anarquismo es libre examen. La ausencia de autoridad que involucra el vocablo, lo testimonia. Decimos que a mayor gobierno propio, de adentro, menos gobiernos extraños, de gobernantes. Decimos que delegar el poder ya es perderlo. Y decimos que usando la libertad, o si queréis, abusando, es la única forma de libertarnos. Y no hay nadie, aún no ha nacido, que nos convenza que somos malos, nosotros, precisamente, y que los que nos gobiernan son los buenos.

Anarquismo es libre examen. Queremos saber porqué hay gente, tanta gente, que manda. Queremos saber si nuestro mal, que nos viene del sistema, puede tener solución, fuera de él, excluyéndonos. Tanto valdría volverse contra la lente o, como la vieja aquella, contra el espejo.

¡A ver, a ver!...

El anarquismo es una forma de interpretar las relaciones sociales, de hombre a hombre, reaccionando contra cuanto las cohibe o las violenta. Negamos, pues, rotundamente, los “crímenes anarquistas”. Hay anarquistas que matan, porque hay hombre como los reyes que, ya con vivir, ofenden al ciudadano, lo pierden. Pero el crimen es el crimen. Cristo azotando en el templo a los mercaderes es un símbolo que a Reclus, el anarquista, le parecería violento. Y al autor de *La Montaña*, en cambio, vosotros le hubierais crucificado, por peligroso.

está hecha la ola, la piedra que tiene en pie la montaña, seamos conscientes de esto para que nuestra alegría de hacer aun más humildes cosas por la Anarquía –escribir un manifiesto, pegar un grito, repartir un folleto o un periódico– no decaiga, renazca siempre.

No es el caso de ponerse este dilema enfrente: o todo o nada. Todo no se puede, compañeros; nada es la muerte. Algo, algo cada día, cada hora es lo que vale, lo que cuadra a la planta en la tierra, al monte en la altura, al hombre en la batalla. Hagamos algo, pues.

“La Antorcha”, Nº 304

Ocho conscriptos fusilaron a dos criaturas de Avellaneda. Los mandó el mayor Rosasco. Sobre dos pechos inermes, abrieron ocho bocas de las que saltaron ocho salivazos rojos. Las escupidas calientes no cayeron en la tierra ni en el aire, sino en las frentes de esos ocho soldados. Son también ocho balazos de los que llevarán las cicatrices mientras vivan.

Sí. A poco que lo mediten, verán que ellos están también acribillados; acribillados de desprecio público, de indignidad humana, de asesinato alevoso. Que está tan muertos para el amor y la paz entre los hombres, como los dos muchachos que fusilaron. Y que el fusilador de todos fue ese mayor Rosasco.

“La Antorcha” Nº 302

Las revoluciones de fondo y de magnitud sociales no sólo desatan fuerzas que no previmos; son, una vez desatadas, ingobernables. No oyen más voz ni atienden más directivas que las que interrumpen las bocas amordazadas por siglos, y que ahora gritan lo más bajo y los más alto que tiene el hombre; una salvaje mistura de barro y luz, amor y odio. Son cataclismos. Como no puede preverse hasta dónde un terremoto va a destruir todo lo creado y aflorar todo lo inédito, tampoco puede preverse lo que una revolución va a ahogar en sangre o va a crear en sangre. Lo único previsible es esta paradoja grotesca y trágica: los primeros que bandean son los que envejecieron labrando el cause y el plan para contenerla. Kropotkin constató esto, y así lo escribió días antes de su muerte. Su vieja Rusia paría una Rusia nueva que desbordaba todas previsiones. ¿A qué hablarle, si no oiría? Y aunque oyera, ¿cáso podría entenderle? Esto apunta para su mujer y su hija que le instan para que diga la palabra de su ciencia entre aquella desafortunación de los instintos. ¡Cuánto dolor resuma esas carillas postreras que le recoge en un libro Ricardo Baeza!

Entonces, ¿nada? ¿Queremos decir con esto que está demás cuanto se haga como balance o arqueo del Debe y el Haber sociales? ¡No! queremos decir que todo, no sólo en ese renglón de la economía, en filosofía también, y en arte, es necesario plantearlo con ese otro hombre a la vista: el de la revolución; revolucionariamente. De lo contrario, si giramos lo que extraemos de una realidad burguesa, ello nos dará soluciones de su misma esencia y corte. En economía, y en todo.

De “Moler bien y para todos”, La Obra, Nº40

## De Ushuaia

*Las razones del gobierno para mandarnos a Ushuaia no se discuten aquí. En la guerra como en la guerra, dicen. Y de mí yo sólo afirmo que, entonces y hoy, igual pego con los pechos en la gloria que aguantando un tiro. No vivimos la tragedia: la elaboramos. Como caña de maíz, es la visión de la espiga que nos preocupa.*

*Lírica espiga que nos dará el pan mañana...*

*Nos remitieron a Ushuaia por no fusilarnos, dicen. Yo digo, y no me desmiento, que nos fletaron a Ushuaia de puro flojos. Pretendían contagiarnos sus temblores y, para esto, nos arrojaron desnudos sobre la nieve. Y*

*no hubo caso. ¡Qué ha de poder la nieve con nosotros, hombre!*

*Ser presidiario, al fin, no es el destino del hombre. Y menos es su destino ser carcelero o jefe de policía. Todo eso no es panes sino una forma de valer del no-valor.*

*Se deturpa el instinto y se le infama, aspirando a perpetuar en carnes vivas modos de la decadencia. Quiero decir: preso y todo ha de tener, el que valga, un destino superior a su desdicha. ¡Lo tenemos!*

Mientras fue un modo, no más, de defenderse los obreros de sus amos, un fenómeno social, un abrazo de la corriente, estuvo bien; cuando pretendió afirmarse, detenerse, ser la base de un nuevo ciclo histórico, una causa y una sociología, se ha perdido.

Las ideas anarquistas lo atacan y lo baten, no para destruirlo, sino para centrarlo de nuevo, ponerlo en su verdadero pie de una de tantas cosas que sirven a la libertad del hombre; no la única.

Grandeza, he ahí lo que le faltó, no en el fin, sino en el medio al sindicalismo; fervor por la causa humana; fe en la liberación total. Quiso ser fuerza, no más, y no supo que a donde no hay amor no hay potencia. No hablo ni pienso nunca bien de los haraganes, los artistas y los sabios. Era sólo para los trabajadores su paraíso. ¡Y no, no! De ser, tiene que ser para todos, ¡para todos!

No se abren ciclos históricos con ideales más pequeños que aquellos que les son contemporáneos. La cuestión no es obrera, sino humana; el trabajador es el hierro en la montaña, pero en ella hay también mármoles y granito y otros metales. El ideal grande, el que tiene el porvenir seguro, es el que todo lo abraza, lo ilumina todo y todo lo ama. ¡El comunismo anárquico!

**“La Antorcha”, Nº 51**

Lo que se aspira, lo que se sueña, es tan importante, por lo menos, como lo que se hace. La historia no alza cadáveres ni se nutre únicamente de gestos; perpetúa ideas, alumbra definiciones. Lo que pasa de pueblo un pueblo, de siglo en siglo, no es sólo el cálido oleaje de la sangre de los mártires, sino también el concepto, cada vez más alto, cada vez más amplio, de la libertad humana.

**“La Antorcha”, Nº 88**

El pensamiento es una virilidad; una fuerza que vive alerta, que no cae en ninguna trampa ni tradicional ni contemporánea. No hay mujer, sea la gloria, la madre o la amada, que le ciña el cuello y lo avasalle. Podrá aparearse, seguirlo, unirlo como la Magdalena los pies al Cristo, pero domesticarlo y tenerlo a su servicio, ¡nunca!

**“La Antorcha” Nº 45**

Se olvida fácil y a cada rato que la anarquía no es una consecuencia, sino un principio; no es una deducción, sino un ideal de fondo; no nace en dadas etapas de progreso o retroceso, sino en la misma eterna vida. Se espigan las resultantes burguesas, que han de ser, lógicamente, contrarias a la libertad humana, cuando lo que debería espigarse son las posibilidades de ser libres, aun cuando todo, determinismo o realidad histórica, estuviera en contra. Pues no es política lo que hacen los anarquistas, sino filosofía.

No nos interesa nada adonde marche o regrese la economía contemporánea, pues de antemano sabemos que ella será consecuente al derrotero inicial, que es siempre una sujeción al dios, al rey, al amo. No podemos, ni aun forzando nuestra buena voluntad, avizorar panoramas libertarios, sobre campos roturados y sembrados por esclavos. Que tal sucede con el progreso actual de la ciencia, de la industria, de las artes.

Y esto no es ir ni volvernos contra la luz o la higiene o el maquinismo; no es saltar a la caverna o a la vida nómada; no es no lavarnos la cara o viajar a pie o a nado. Es solamente querer, antes que todo y por siempre, la libertad; partir de la libertad; no asentar ningún problema sino sobre este pizarrón ardiente: la libertad. Y es de ahí que parte, que crece, que difunde entre el pueblo el comunismo anárquico.

El industrialismo, en cambio, se afirma en esta premisa, de cuño absolutamente marxista: lo actual es bueno, sino en lo que es, en lo que podemos hacerle parir. Prolonga al bien, lo que hoy es mal; da por cierto y aceptado que el progreso burgués debe abortarnos al fin el progreso humano. Es evolucionista, en una palabra.

**“La Antorcha”, Nº 131**

El hombre no es solamente egoísmo. Dentro de él, y por arriba, latente e imponderable, como razón y nostalgia, hay su inquietud y su ideal de lo noble y de lo justo. Y a ello debemos lo mejor que hay en la tierra: la ciencia, el arte, el trabajo. De esa generosidad, que está también en su sangre, vivimos más que de pan. O, por lo menos, tanto. Aquello es su tragedia, su círculo; ésta es su espiral, su drama. Juguete de lo económico, que él mismo crea, o determinante de su destino, que debe crearse: he aquí el dilema que, cada vez más agudo y rotundo, planta una guerra a muerte entre autoritarios y libertarios.

**De “Extranjeros en España”, La Obra, Nº 24**

Ayudar es ayudarse. El esfuerzo que se pone en la obra revolucionaria, no cae a un pozo, sino que se alza y se suma a un impulso de la vida. No muere tragado por el vacío, sino se alarga y se aclara en el torrente idealista. Es la gota de que

Es peregrina esta tesis: “hay que arrancar de raíz las ideas disolventes, y aun evitar que arraiguen...” ... No se arrancan las ideas, amigos. Como la luz, están fuera del alcance de las hachas. Son expresiones vitales, como el calor. Hachad la vida social, si queréis desarraigarlas. Hachad y hachaos.

¡A ver, a ver!... ¡Oh, pequeñez de pequeños! Ofrecéis tan poca tela, que no atina dónde cortaros uno. Quizá tengáis el corazón muy ladino, pero los que es la pluma... Sois zurdos, desmuñecados, tartamudos psicológicos.

¿Qué hacer?... Probad a criar fuerza, más fuerza aún. Y aprended de aquel bilioso de Asniéres a tallar lodo con daga.

¡A ver, a ver!...

[La Habana, Cuba, junio de 1913]

## RETORNO

Sucede con las ideas, las nuestras, las anarquistas, que no siempre tienen la virtud de alzada, de gallarda arremetida que deseáramos; que a veces traen, como noción sustantiva, una humildad cicatera desesperante; que en vez de saltar desnudas como bombas en la calle, se aprietan a la penumbra, se respaldan, y apenas si dan un paso que ya no lo traigan de años como rumiado. En cambio, a veces sucede que brotan hasta en las piedras, cantando; que los conceptos más limpios se quedan como clavados al aire; que les dan forma y color, modeladura vital a los proyectos más vastos, como a obras de arte. Sucede con las ideas, las nuestras, las anarquistas, todo esto. Y sólo aquellos que estamos por convicción y por fe, en el trabajo de echarlas camino adelante con el pecho y con las manos, podemos decir si es dura la alternativa de atacar, hoy una roca melódica, bajo el pico, y mañana hundir la garra hasta el pelo bajo el barro...

Siempre fue así, sin embargo. Las ideas trascendentales, los esfuerzos varoniles para descujar de su alveo a los más viejos conceptos, cumplido que es el momento de selección y cosecha, es de ley que sufran crisis, recesos inesperados...

Pero esto, que es privativo de todas las obras grandes, es lo que más desanima a los luchadores nuevos: les hace cambiar el paso, cuando no pararse en seco, desorientados. Y es de verlos, taciturnos ante la tierra con tanto ardor ¡ay! labrada, clamando por los esfuerzos que se les pierden como granos en el barro. Si hasta añoran el obstáculo, la mala broza rampante que obliga a accionar, al menos, el hacha desmontadora. Y tristes y desolados en la inmensidad vacía, otean, buscan molinos en que ir a estrellar sus vidas como unas lanzas...

Almas de sacrificados, románticos como cristos, no saben de expectativas ni de compases de espera: o el triunfo definitivo de sus ideas maduras por sus esfuerzos como un tragal por el sol, o la renuncia, la muerte en una cruz como un reproche a la tierra...

Siempre fue así, sin embargo. La siembra de las ideas no puede eludir la ley que rige la vida. Y ley es que todo esfuerzo, llegado a su plenitud, recese, retorne a su antigua fuente, para otro esfuerzo. Y para otro. Pues la moral labradora no nos la dan las cosechas percederas, sino la tierra, la Eterna...

Todo lo grande recesa. Todo lo grande retorna. Y estas ideas, las nuestras, son grandes entre las grandes.

Suceda lo que suceda.

[La Habana, enero 1 de 1914]

## ¡VAMOS, MUCHACHO!

Eres una torre nueva entre un viejo caserío: fino, alto, fuerte; la realización de un sueño que ha tenido a su servicio a los más nobles obreros. Para que te alzaras tú, ha andado la humanidad miles de años de rodillas. Por ti murieron los héroes, agonizaron los sabios, deliraron los artistas. Y la esclavitud y el látigo, han padecido por ti todos los trabajadores.

Sobre esa marea montante de sangre y lágrimas, de audacias y humillaciones, te alzas y te sostenemos,

por arriba de nosotros: como un puño o una luz... Y tú ni peleas ni alumbras. ¿Qué haces, muchacho?... ¡Vamos! Echa a vuelo el corazón en la torre que te hicimos. Nuestro bronce eres. Llama a rebato... o a misa. Pero, ¡llama!

Me estás pareciendo una hacha en una vidriera. Llevas en ti, martillados, el mineral y el relámpago, y no osas ni hachear los vidrios de los convencionalismos que te encarcelan. ¡Vamos, muchacho!

¿Qué fatiga descansas, qué salario disfrutas, qué amor o qué pena cantas o lloras, tú, el inédito e intacto?... ¿Dónde están tu hierro roto, tu cicatriz o tu triunfo?... ¡Vamos!

No tienes nada en la tierra, aunque poseas hacienda, siervos, libros y palacios: pues no los creaste, no es tuyo. En cambio, lo tendrás todo, aunque seas un vagabundo, con hogar bajo los puentes, si lo quieres y te atreves. Tendrás lo que y o ¡-ay!- no alcanzo; aquello para lo que te ha alzado la humanidad: ¡para que lo alcances tú!

No esperes a ser más fuerte, o a saber más. Tampoco ello podrá ser mientras no te entreveres y no yeres. (Todos somos un error que quiere rectificarse, o una debilidad que aspira a fortalecerse). ¡Vamos, muchacho!

Torre nueva entre el viejo caserío: ¿te habrán levantado en vano?... ¿Para que fueras sólo esto: apenas un esqueleto fino, alto, bello, habrá avanzado hasta aquí, desde la caverna, el hombre?... ¿Para esto sólo ha soñado, amado, y edificado; cantado y llorado tanto?... ¿todo el dolor de su vida, la sangre que la salpica, el fervor que la ilumina, su muerte y su renacer, no traían en su cimera más que a ti tal cual te veo: impasible, mudo, estéril?...

Niego, protesto, te grito: ¡Vamos, muchacho! ¡Vamos!

## CARTELERIAS

De un tiempo ahora, los burgueses se han empeñado en hacernos una competencia que nos revienta. Mercaderes y políticos nos invaden las paredes también. Las llenan con sus carteles.

Sin plata para costearnos grandes tiradas de diarios, todavía teníamos a ellas para meter nuestras letras. En cualquier pequeño hueco dejábamos nuestros sueños, como quien deja un puñado de clavos. Sabíamos que quien los viera una vez no se los arrancaba más, ni con tenazas, del recuerdo.

Por ejemplo: Pasaba un preso, tirado de una cadena, como un perro, pero al volver una esquina le salía al paso esta palabra nuestra: ¡libertad!, y ya no iba solo más, huérfano del todo, hacia la cárcel. Volvía del taller, moribundo de cansancio, el esclavo asalariado, pero al entrar al suburbio leía en un rinconcito: ¡anarquía!; y era un abrazo de amigo, una caricia de amada, una flor húmeda y roja caída entre sus manos secas y oscuras. Dormía en el portal del rico, el miserable, y a la alta hora en que los *niños* tornan al lecho borrachos, se sentía despertar como por un aleteo de pájaros: eran papeles, carteles, negras letras que revoloteaban por asentarse, como sobre una bandera, en la pared que teñía la aurora: ¡comunismo!

Así era, hasta hace poco, la cosa... Y nosotros convencidos de tener un público que, por apuro o cansancio o poca luz, no podía deletrear, lo primordial, lo pristino, le dábamos, de lo nuestro, lo primero y lo último, lo que es más virtual que el arte y más fuerte que la filosofía: esencias, resinas, síntesis. Si; para ese lector anónimo que tufa mugre, resopla angustia o masca enconos, bajábamos a las napas de la vida y surgíamos luego con pepitas de oro virgen, puñados de mineral y vasos de agua. Nuestros carteles eran para ese sólo.

Porque un cartel –saberlo, burgueses bárbaros– no se hace con ingenio, ni con ciencia, ni con gritos, ni con músicas. No se pinta ni se escribe. Es lo vivo, lo palpante, lo cálido. ¡Se pare! Debe hablar de dolor, cuando hable, no con la boca, sino con las heridas; y no ha de pedir justicia, cuando la sueña, sino que debe salir a hacerla, ¡a cumplirla!...

Pero, decíamos: ya no va quedando sitio para los nuestros. Todo el que hay resulta poco para los de los políticos y mercaderes. Hasta aeroplanos remontan para arrojarlos desde las nubes. ¿Qué hacer, entonces?...

como un pañuelo, en que tomaron calor de nido las audacias primerizas, los pensamientos humildes que son más luego las piedras básicas de las personalidades.

Salgamos de ahí, y la patria no aguanta un golpe de crítica sin venírsele al suelo, cuarteada. Desde lejos, de otra tierra, extraños, cuando la idea necesita concretarse a un punto, a una síntesis primaria y consoladora, se ve claro esto. La querencia es nuestra patria. Su tiranía es romántica, de recuerdo, magnificada en la carne. En ella están, desde la madre que nos late en la memoria como un viejo corazón, hasta el amigo que se nos enrosca en el pecho con sus brazos leales.

Y entre esos dos polos, un mundo de pequeñeces queridas y añoradas. Y nada más.

La patria de los patriotas es muy otra. Edificada de afuera, contra nosotros, cada paso en su grandeza pisa en nuestra libertad, apunta el cañón de una tiranía a nuestros pechos. Conspira para anularlos más allá todavía de sus fronteras. **(Hijos de italianos) “La Protesta”, 8-9-1915**

La calle, la lucha, el deseo de aparecer en la arena, también listos y resueltos a todo evento, no pueden ser un motivo para negarnos. Si para actuar nuestras vidas en necesario empalidecerlas, olvidar fines y sueños, al demonio la actualidad, camaradas. Más vale pegarse un tiro.

**(Anarquismo y anarquistas) “La Protesta”, 19-12-1915**

EL CRIMEN DE AYER.– El crimen de ayer... ¡Ah, sí! Nosotros sabemos bien que en el cuerpo de la humanidad hay todavía cavernas, grutas y lúgubres hendiduras llenas de fieras; que somos como un planeta, del cual apenas si algunos pocos audaces conocen sólo la costa, la playa, pero que conserva todo el interior inexplorado y salvaje. Y nosotros sentimos –no odio, no– piedad, dolor y vergüenza por aquella parte humana que mora y clama en la sombra.

El crimen de ayer... El crimen de ayer es, pues, tu crimen, mi crimen, el crimen de todos los que se sienten hombres. De todos, porque no fuimos capaces de redimir esa parte de nuestra naturaleza, limpiar esos eriales de víboras. Sí, sí, hermanito que matas, madre que descuartiza su nene, chico que robas llorando: perdónanos. Perdónanos de no haber ido a vosotros todavía con amor, con cultura, con verdadera justicia.

**“El Libertario”, Nº 9, 7-8-1920**

RADIOTELEGRAFIA.– Hay en el universo recónditas simpatías que se buscan para unirse, a través del lodo estéril, la sombra huraña y la onda amarga. Y el empeño de los hombres consigue arrojar a unas en los brazos de las otras, a que se hablen como novios, de boca a boca...

Veamos sólo la grandeza, el futuro de la ciencia, la etapa que señorea el genio. Se anda, se aclara, se lucha. No todo es desolación, mentira y crimen. Se sensibiliza el orbe y se le arrancan arrullos que nadie más, nunca más, podrá acallar. Es otro amor que despierta, prisionero todavía del sistema que nos rige, pero ya mirando, con mirada melancólica, la lejanía infinita, el porvenir del hombre. Veamos esto y no cavilemos mucho. Podríamos caer en la cuenta de que, en vez de besos, nos mandarán a través del aparato orden para que nos fusilen, los burgueses. No cavilemos.

Cara al ideal, esperamos, luchando siempre, aquel día que, por arriba del mar, horadando montes, de parte a parte del globo, venga o vaya la onda que diga: ¡Hermanos: es la hora de la Anarquía! Ya hay una boca más para recoger y transmitir el grito.

EL JUEGO.– Jugar es decadente. Es darle beligerancia a una fuerza que todo hombre viril echa de sí cada vez más lejos: el azar. Poner en manos de la casualidad el destino. Hipotecarse a la suerte, al hado y a lo que salga. Sólo pensar que nuestra felicidad no depende de nosotros, de nuestro esfuerzo constante, audaz, ya nos repugna. Y a más que hay que tener el valor también de ser pobres, mientras la mayoría sea miserable. En esto, como en tantas otras cosas, ningún hombre de conciencia debe querer ascender mientras quede el pueblo abajo.

**(Ladrones) “La Antorcha”, Nº 9.**

AMPLITUD.– Habrá siempre, entre nosotros, distintos modos de ver una misma cosa. Y debemos alegrarnos que así sea. No ha sido por uniformes, sino por independientes, que han avanzado algo nuestras ideas en el mundo. ¡Libertad, libertad! Que ella sea, en nuestras relaciones, lo primero y lo último.

**(Nuestro Congreso) “La Antorcha”, Nº 20.**

SINDICALISMO.– El sindicalismo en sí no ha dado más que fracasos hasta ahora. Se ha engañado y nos ha mentido. Ni tenía la fuerza para la revolución, como creía, ni el amor a la libertad, como nos dijo. Era excluyente y sin ideales. Partía de la esclavitud para llegar al predominio. ¡No amaba, no amaba!

El hombre ha nacido para cantar. Remolino de fuego o nudo de agua, todos llevamos una canción sumergida. Mas, como nada se da por gracia a nadie, el canto solo florece y se aroma desde la sangre y con sangre. Es como otra semilla, que debe romper la tierra, y romperse ella también, para lograrse en la flor. Eso cuesta y eso vale. Y eso es lo que nunca quiso pagar aquel varón lindo. Que cante el diablo, o su padre. Él no bien logró expresarse, emuló, en gruñir, al cerdo. Arrancó de una chanchada.

Acordaos como fue. Francia arde y se carboniza bajo los fuegos cruzados del pueblo y la aristocracia, que se tiran a matar. Es su Gran Revolución. Las dos puntas de la vida –tiranía y libertad– chocan entre la llamas, y cantan. Mas él, como si gruñeran: ni las oye ni las ve. Él atiende a su negocio, que debía ser vender lutos. Hasta que esa fogarata declina y es pisoteada por la bestia cuartelera. Y ahí es cuando aparece él. Sobre esos franceses flacos, que lo habían perdido todo, avanza este guarro orondo, que ni peleó ni cantó, pero que engordó con todo; bravura y miedo y derrota. Con todo. Hasta con aquello que no se puede comer: “los derechos del hombre”, que no fueron más tampoco que los derechos del chanchito.

De esa marranada arranca el burgués cabal y clásico. Después... Sacad el saldo de cuantas revoluciones ha habido. Contareis la misma historia: el primer acto transcurre bajo este mismo signo, o consigna: ¡Carnear al cerdo! Mas al segundo y siguientes, no os canséis campeándole por peñas y matorrales. Mirad a lo alto; al balcón donde se empinan y entonan los que han vuelto a esclavizarnos. Y puede ser en el Kremlin, como en cualquier otra casa, “Rosada” o “Blanca”: entre esos, y cada vez más espeso y más feliz, de juro que le halláis a él.

No es político. No “dentra”. Pero lo consiente todo, si el va a la parte. Y aunque no vaya; le gruñe, pero le es fiel. Porque él sabe que el gobierno, a cualquier viento que gire, estará siempre en el centro. Y entonces se mira en éste como el chanchito en su chanchada. ¡Lindo varón!

## ASI SERA

Será así, en la sociedad futura: Un hombre, de esos que sienten la dicha sembrar y contemplarse en la reunión de las plantas, tomará el trozo de tierra que pueda labrar él solo; o, mano a mano, con otros rigurosamente afin. Orientando, desde el vamos, hacia la gran abundancia, no descansará hasta convertir su prado en una plaza de sombra, un campo de pan o un bazar de fruta. Y orientando, desde el vamos, hacia la gran libertad, abrirá su mundo al mundo, sin exclusión y sin cálculo.

Compañero de los hombres, lo primero que atraerá será su feliz campaña. Verá crecer en las gentes, como otra siembra lograda, la simpatía en tallos llenos. De donde resultará que, aun a medio crear esa isla de su esfuerzo individual, empezará a producirle flor de amigos.

No tendrá porque temer depredaciones ni abusos. “Nadie roba en su bolsillo”. El daño, presunto o real, que hoy podrían hacer los pobres si los dejaran entrar por un momento, no más, en las fincas de los ricos, cesaría por completo si los dejaran entrar de una vez y para siempre. Porque no hay tamaño estúpido que destruya, mate o ciegue la fuente, el árbol o el surco que le dan pan, sombra y agua.

Los que habrá, quizás, sean éstos: los egoístas mediocres, que pretenden apropiarse lo que pertenece a todos. Se les dejará de lado, sin amigos ni campaña, a que vegeten y mueran como plantas sin sol ni aire. Y, quizás también, haya otros: productores que no quieran producir más que para sí y los suyos; los hombres que habrán perdido su fe en el hombre. Y a éstos habrá que esperarlos hasta cuando se recobren en su íntegra humanidad.

Así será, y no de otro modo, el mundo del porvenir: un florecimiento de islas del esfuerzo individual. Dichoso de contemplarse cada uno en su obra, se orientará, desde el vamos, hacia la gran abundancia y hacia la gran libertad. Será así.

## FRAGMENTOS

LA PATRIA.– La patria, para los que no la amamos en esta expresión política de los patriotas, es el hogar, y de éste, lo que los sentimientos magnificaron románticamente. La querencia es nuestra patria. Rincón del mundo, pequeño

Presos: escribir con vuestras uñas en las piedras de las celdas: ¡Libertad! Mendigos: grabar con mugre sobre los pulidos cedros de las puertas de los ricos: ¡Comunismo! Obreros: acompañar las caricias de vuestras manos a la materia rebelde, como una madre al hijo que duerme, con este canto: ¡Anarquía!

Y, finalmente, camaradas carteleros: no es el Espacio lo que interesa, sino el Tiempo; más vale lo que más dura, no lo que más abarca. Darle al pueblo pepitas de oro virgen, puñados de mineral y vasos de agua: esencias, resinas, síntesis. Y reiros luego de todas las cartelerías burguesas.

## LOS LEÑATEROS

Fue siempre, toda la vida, virtud de los leñateros talar a ras de la tierra el árbol de que hacen leña. Un golpe de hacha, o cien golpes, y la planta se derrumba como un dolor en el suelo. Cae con ella la promesa del retoño, el calor de muchos nidos, y la claridad sonora de los gorjeos. Que sólo en las ramas verdes abren las aves al aire la rica flor de sus pechos...

Fue siempre, toda la vida, virtud de leñatero ésa: voltear árboles, hendirlos, hacer de sus pompas líricas un montón de huesos secos. Lo que se queda del árbol, el tronco vivo, y lo que vuela del árbol, la claridad del gorjeo, no le interesan. A él le interesa la leña. Un golpe de hacha, cien golpes, y la planta derrumbada como un dolor en el suelo...

Sin embargo, ahí está, ahí, en lo que queda en la tierra y en lo que vuela, el sentido de la vida, el sentido eterno...

Leñateros de estas selvas –ide nuestras selvas!– los policías, los jueces, se han propuesto derrumbarnos de hace tiempo; hacernos leña. *Meta* hacha. Es decir: *meta* cadenas. Y, no hay para qué negarlo: nos han raleado las plantas, nos han desojado el tronco de muchos retoños verdes y han hecho de los mejores, más buenos y más concientes, montones de huesos secos. Pero el sentido de Ideal, la voluntad creadora, nuestro destino anarquista, sigue aquí, y aquí se queda como clavado en el suelo, cuando no volando al aire en nuestras ideas...

Fue siempre, toda la vida, virtud de los leñateros talar a ras de la tierra el árbol de que hacen leña. Y siempre, toda la vida, fue privativo del árbol brotar de abajo, cubrirse de nuevas hojas y dar albergue en su pompa a la claridad sonora de los gorjeos. Que sólo en las ramas verdes abren las aves al aire la rica flor de sus pechos.

Árbol, flores, claridades: he ahí nuestro patrimonio, frente al avance de filo y testarudez de los que se han empeñado en hacernos leña.

Árbol, flores, claridades... *Meta* hacha, *meta* leyes. Es decir: *meta* condenas...

[1914]

## LAS PRISIONES

### *Escuela de fakirismo*

Para conocer las cosas, no hay más remedio que desmontarlas las piezas, una a una. En bloque, informes, en símbolos, si bien pueden darnos la sensación, no nos darán el conocimiento nunca, y éste es, para nosotros, lo realmente interesante.

Mirad las religiones, fundan su poderío en el rito. Y el rito es como una onomatopeya de nuestras carnes aullantes. Iniciarse es conocerlo y conocerse.

No hay más remedio que desmontar la vida. Partir del grano de arena al bloque entero; abrazar con el pensamiento la montaña. Y traspasarla, hendirla de claridad, si es posible.

Bueno. Yo he estado preso infinidad de veces. Un día, diez días, quinientos días. Puedo hablar de una montaña de días, entonces: ¡veinticinco años! Sobre esto, al menos, no se me negará conocimiento...

¡Ah, caramba! Para mí, no es un símbolo la cárcel. Yo he desmontado sus piezas, pacientemente, una a una. ¿Queréis que os diga qué es un hombre, salvo que sea santo o genio, después de un año preso? Os daré un rayo de luz para que iluminéis el bloque entero.

Ante todo, el preso lleva un sello sobre la frente: el de la paciencia. Espera que pase el tiempo, que vengan y vayan horas. Vive asomado sobre un reloj de arena.

La cárcel es una escuela de fakirismo. En ella se aprende a dormir despierto. Y se desea no soñar cuando se duerme. Contra los sueños se gruñe, como los perros al sol contra las pulgas.

De pie, se arrastran las chanclas, perezosamente. Y se dejan caer las cosas de la mano nada más que por no darse el trabajo de mandar a los dedos que aprieten y las retengan. Y hasta se pierden placeres como el de comer lo que a uno le agrada, por no desempaquetar las viandas o llegarse adonde están.

Os digo que la cárcel es una escuela de fakirismo. Se anda, se marcha a la picana. Y aun así, han de dársele al recluso dos o tres golpes de clavo para que camine. Al aire libre o la luz, prefiere la sombra de los rincones. Dos varas de suelo para acurrucarse como un perro, es un ideal. La gloria es que nadie, ni por nada, le moleste.

Vive una especie de sonambulismo. El oído es tardo, porque la inteligencia misma es perezosa. Toda palabra le llega como de mil leguas subterráneas. A veces una pregunta, en voz baja, le hace rebotar de un brinco como si le hubieran reventado un cañonazo.

¿Los libros?... Sobre esa masa sin nervio, no hay palabra que se fije con resaltes, de relieve. Leer es como abrir la boca y tragar, sin refinamientos ni selecciones, siempre el mismo engrudo. Hasta las metáforas, esas frutas de la vida, pierden allí su sabor. Son como tambores que no suenan y sobre los que, sin embargo, él ve agitarse furiosamente los palillos. Oye por los ojos, como los sordomudos.

Os repito: la cárcel es una escuela de fakirismo. Yo he estado un día, diez días, quinientos días. Atento sólo a mi reloj de arena. Calculad veinticinco años que han de pasar, hechos granos de minutos, por la ampollita de cada uno de los diez encausados de Berisso. Si no son santos o genios o anarquistas medulares, saldrán idiotas, cretinos, perdidos para la vida. Esto os lo dice mi conocimiento, compañeros.

Y el ideal os dice más: que hay que defenderlos. Y defenderse. ¡Abajo las escuelas de fakirismo!

## LA GUERRA

Seguramente, señores: la guerra es, fue siempre, en todos los tiempos, un modo de la barbarie. Pero no lo que tenemos de ayer y de hoy en los nervios, protesta de ella. Protesta lo de mañana, lo de pasado mañana. Es el Ideal que protesta: este limpio y blanco Apolo que vive sobre nosotros, arriba, al frente, adelante...

Somos estatuas prendidas por las espaldas al bloque de oscuridad del pasado. Las ideas, los pensamientos nos tallan, nos rectifican, nos van sacando a la luz en el tiempo y el espacio. El universo moral es como un campo infinito que se desdobra al arado. Como una preñez de siglos pariendo granos...

Frente a este limpio concepto de humanidad, a este desdoble de fuerza que va desde el aluvión al hombre, del instinto a la conciencia, al guerra es una bestialidad. Porque es volverse a la selva, a la sombra, en cuatro patas...

¿Imagináis el dolor, la desolación, la pena de quien después de pelearse con su piedra año tras año, buscándole el trazo vivo, la veta que le humanice como una sangre de estatua, se la encuentra una mañana fundida a la masa inerte, en la oscuridad, de espaldas? ¿Imagináis? Pues la guerra es mucho más. Es darse vuelta en la vida, dejando en el sitio en que antes estuvo la talladura del pecho, la visión hueca del anca...

Sí, seguramente, señores: la guerra es, fue siempre, en todos los tiempos, un modo de la barbarie. Pero no lo que tenemos de ayer y de hoy en los nervios, protesta de ella. Protesta lo de mañana, lo de pasado mañana. Es nuestro Ideal que protesta.

Pero el ideal es un arma, también. Tira más lejos que el máuser. Digo, cuando quien lo nutre quiere que arraigue en la tierra como una planta, que circule entre los hombres como una sangre. De otro modo, los ideales son pistolas que tiran por las culatas.

Y si el Ideal es un arma, nosotros, los idealistas, hemos de entrar en la vida como en campaña; peleando

ni acción audaces a que entregarse.

Contra ellos: la vida es fuerza. Fuerza en el macho, que se abre paso peleando. Fuerza en el grano, que brota hasta entre las piedras. Pequeña fuerza, quizás, pero que, centrada a polos, puede remover montañas.

Tampoco es cuestión de números. La capacidad de un pueblo para batirse y vencer no se la debe contar como matón del Estado cuenta su tropa. Ése cuenta como aquel que mandó a Cristo; o como el juez que hizo envenenar a Sócrates; o como el otro también, de las horcas de Chicago. Cuenta verdugos, sicarios o pretorianos, cuya eficacia matona es pareja, por la estúpida, con la de quien voltea el árbol para bajar el ave.

Yo cuento desde el volante de la evolución que mueve a la savia y a la sangre. Con esa evidencia, digo: no se puede entrar de nuevo en el grano el brote, ni la hoja en la rama ni en la gema el fruto. Imposible volver más el espíritu a la nada. Fue cumbreado por la vida, y no hay tiranos no esclavos, ni guerra nazi ni paz marxista que puedan bajarlo nunca. Ni aunque guadañen el mundo.

Sobre todas las catástrofes, el hombre salvará al hombre. Porque lo ha salvado está ahí: ondeando en la vasta tierra, en altas o en bajas varas, como capullo o espiga, su pensamiento o su acción. Un fuerte y gentil destino brilla en su frente y lo empuja al entrevero otra vez. Y a oro, por lo etincelantes, vuelven a sonar sus gritos. Y como remotes de águila, por la altura que dominan. Vuelven a ser sus ideas.

Contra todos los prudentes, y los matones, también, de cualquier laya de Estado: aquí habrá revolución. ¡La haremos! Y triunfará. Porque la libertad triunfa siempre; hasta sobre su derrota. Como aquel fénix de la leyenda vieja. Y porque en el pueblo, la vida es fuerza.

## AMIGOS Y COMPAÑEROS

Somos pueblo. Abajo estamos. La causa de la revolución es causa propia.

Mirar desde arriba, y luego, a través de esa mirada, decir lo que debe hacerse para que haya más justicia, no es tarea nuestra. Para eso están, y en lo suyo, los pensadores bien inspirados, cuya buena voluntad tampoco desconocemos pero que no son ni quieren ser anarquistas.

Son gente de arte o de ciencia, que tiene el bello coraje de la amistad. Son amigos. Como a amigos se les ve bajar a nuestros locales e ilustrarnos de lo que ellos conocen más, o más aman. Y en horas tristes o bravas, de convulsión o de pánico, igualmente, como amigos, se han erguido algunas veces a protestar contra quienes nos negaban el derecho hasta de tener ideas. No porque apreciaran más a las nuestras que a las suyas, sino porque saben que ellas ennoblecen cuanto encienden: pueblos o revoluciones.

Aunque malos, estos hombres existen en todas partes. Desean, como nosotros, la libertad y la justicia; pero siempre desde lo alto; bajando a las muchedumbres; tal como ellos mismos bajan, con lo más bueno que tienen, a darnos un testimonio de ese deseo. Como amigos.

No son revolucionarios. Han unido su destino al de la ciencia o el arte, y es justo que quieran eso, más que lo nuestro. Y serían a sorprenderse, tan dolorosamente, si fuéramos a llamarles para una pelea a morir por algunas de estas cosas que, para nosotros, son de pelear hasta la muerte. Están aparte, y arriba.

Abajo estamos nosotros: los compañeros. Y aquí es el peonar, iguales en la anarquía, desde el que quema el rastrojo al que cava y al que siembra. Porque todos somos pueblo. Y la causa de la revolución es causa propia.

## EL BURGUES

¡Lindo varón! Viene a ser el revés de Martín Fierro: no “dentra” en ningún barullo, y en todas las listas “dentra”. Es el gordo de la historia. Parecería que es el único parásito que asimila hasta los sustos.

Parecería. Porque tampoco se asusta. Sería extremo, y el es el centro. Y como no hallo en lo humano nadie con quien compararlo, que no sea a él mismo, recurro al reino animal: esta entre el león y la liebre; entre el miedo y la bravura. Él es el chancho.

Si las ideas son cultura, hacer de ellas una cosa puramente intelectual es caer en eso, no más: en un intelectualismo bancarrotero. Tenerlas y manejarlas no adelanta la conducta de nadie y, menos, de uno, aunque tal vez adelante mucho la intelectualidad. Que así está plagado el mundo de todo tipo de intelectuales irresponsables. Por un absurdo dualismo, lo cultural vive en ellos divorciado de lo psíquico.

La sola virtual cultura, que nos da a los anarquistas una superioridad, es la de los sentimientos. La idea es, para nosotros, por sobre todo, *ideal*: vida sentimental íntimamente exquisita. Lo cultural se nos hace, de inmediato, psicológico; como a las plantas, nuestras hermanas, se les hacen, también, flores y frutos las savias. Y tal será para todos en “el verano fructoso y fraterno” que, para esta humanidad que ahora aquí otoña, soñara aquel Pietro Gori.

Pero mientras: ¡cómo cuesta! ¡Cómo hay que pagar con sangre y angustia, hasta enloquecer, esta facultad idealista!... Como acaban de pagarlo estos cinco ladrilleros de San Martín. Que no eran intelectuales; pero pagaron así: con toda su juventud, apresada y torturada, su amor a una sociedad más justa y libre: más culta.

Conmovido, los saludo. ¡Salud, queridos hermanos! ¡Salud a la idea anarquista, que vosotros saturasteis y alumbrasteis con vuestros fuegos y vuestros jugos! ¡Salud a la libertad!

### LOS CAPATACES

¿En qué infeliz experiencia reposará el pesimista su criterio negativo de todo valor humano?... ¿Y en qué examen de conciencia se graduó de profesor de esa materia infeliz?... ¡Vaya a saberlo! Lo evidente es que ambas posturas son como la boca y la cola de un mismo perro: tanto como aquella ladra, ésta se encrespa. Y entre las dos corroboran lo que él cree de sí y los otros: que en este mundillo, lleno, hasta estallar, de incapaces, el solo capaz es él. ¿Capaz?... ¡Capataz, también! De capataz es su entraña.

Sí, señor. El pesimismo ha nacido con el primero que tuvo el empujado interés de capatacear al hombre. Y se propagó en aquellos que no podían soportarle su alegre espontaneidad ni su florecer confiado. Y reventó en todos esos que niegan que cualquier vida, aun la más ruda o humilde, pueda hacerse por sí sola, y crecer y mejorarse, hasta ser alta y ser bella.

Porque “hay tiempos de lechuza y hay tiempos de halcón” –ponía sobre sus libros Gonzalo de Reparaz. Mas para los pesimistas sólo hay un tiempo, y él no es ni el de pelear ni el de aprender, sino el de sembrar la duda en el corazón del pueblo: para que nunca sea el tiempo de aplastar a los tiranos. Por éstos capatacean, contra de la libertad, que es a la aquellos le temen siempre, y más que a un terremoto.

El pesimismo es un perro que sólo corre al que dispara. Y ése es su triunfo infeliz. Porque nadie, por su gusto, va a tirarse a un precipicio. Nadie que no esté loco o sea imbécil. Ni al caos social ni a la guerra tampoco, hasta hoy, marchó nadie que fuera por su real gana. ¡Nadie quiere! Pero ladra él, y atropella, y es el marchar y el tirarnos. Campo atrás, y alrededor, ésta es la absurda verdad que señorea y nos humilla. Y de esto es que hay que erguirse y saltar a lo que venga. ¿Qué más malo puede haber? ¿Y a quién le asusta el futuro, cuando el ideal anarquista ya fue expresado y echado campo adelante?...

¡Adelante! Una libra humanidad sólo puede reposar sobre un criterio optimista. Lo primero para el hombre es tener confianza plena en su vida libertada. Y lo segundo y siguiente, mandar al coño, o más lejos, a todos los capataces.

### AQUÍ HABRÁ REVOLUCIÓN

Como en la planta, en el hombre radica fuerza. Y culpa suya será si no la emplea como debe: encumbrar la flor o el fruto. Es cosa que me entra menos que una agua a un coco, que porque esté desarmado deba faltar en el pueblo fuerza revolucionaria.

No falta, ni faltó nunca. Pero sobran los prudentes; que alardean su prudencia, igual que las cicatrices en la cara de matones: para evitarse entreveros. Tipos que le cortarían al águila real sus alas. Y que le destenirían al faisán sus plumas de oro. Y todo porque no tienen fruto ni flor que cumbrear, ni pensamiento

para adelante. La paz es para mañana. Para pasado mañana.

¡Viva la guerra social!

[1914]

### CONTRA LOS CAUDILLOS

No estamos para encauzar a los hombres, amontonándolos a un punto de orientación, de acuerdo con nuestros modos de ver, personales. Esto, que cumple completamente a todos, todos los caudillos, no cumple nunca a los anarquistas. El caudillismo no sólo es malo por lo que concreta a la tiranía, sino que es peor por lo que disuelve, para sumárselo a sí, a los demás, que no tienen personalidad distinta y fuerte contra las sugestiones.

No. Lo que queremos es revelarle a cada uno su propio origen, hacerle luz en todas las caras de su medalla. Y sobre todo, los anarquistas, aparecer consecuentes con la Anarquía. Esto sólo dispone más voluntades para la revolución que cuanto se haga para sumarse los otros a uno; aunque uno sea el Revolucionario.

No hay que creer que los más grandes agitadores del pueblo lo son, lo fueron, por lo que sugestionaron, hasta engeguercerlas, las multitudes. Ésta es una calumnia histórica, como tantas. Lo son, lo fueron, por lo que llevan en sí una doble luz: bajo una se muestran ellos, cabales; con la otra alumbran a los demás, les ponen de manifiesto sus propias fuentes de fuerza. Y extraen, de lo que era pueblo, chusma y masa, hombres de acción, distintos y voluntarios.

Para nosotros cada hombre es un valor real. De él puede extraerse un aporte que servirá, cuando menos, a su vida. Y cuando más –¡piensen esto los caudillos!– un compañero.

El caudillismo puede ir hasta la revolución. Pero nosotros queremos ir, también, a la Anarquía. Porque somos anarquistas...

### CORAZONADAS NUESTRAS

¿Qué malos hombres y mujeres son éstos, que aun sobre sus vidas hoscas y hurañas, dispuestas sólo para el satanismo y la impiedad, saben encontrarse la boca de agua, cantarina, más clara y fresca, cuanto más secas y ardientes se aparecen en la superficie?... ¿De qué raíz tan oculta para los ojos de todos, les brota ese tallo verde y flexible que ondea sobre ellos como sobre una aridez de cumbre helada?... Y ¿qué loca, oscura fuga de bestias ha arrasado sus jardines al punto que cualquier gota o flor les brilla como una estrella en el pecho, como un diamante de alto mérito incrustado en la herramienta?...

Son anarquistas. Sus vidas se apartan, del nacimiento a la muerte, de todas las otras vidas. Forman cauces originales y propios a muchos metros de hondura; se unen por debajo de la tierra y de los mares, a piedra y fuego, como las cordilleras andinas. Y como éstas, aparecerse en la superficie es afirmarse por los siglos de los siglos...

¡Ah, nuestros actos de sociabilidad, camaradas! Puertas de hogares abiertos, bocas de aguas cantarinas. Una colmena en que las propias abejas empujan, sobre la tierra, panales blancos. ¡Corazonadas!

### EL PENSAMIENTO ANARQUISTA

Nada justifica la abstención nuestra en ninguna parte. El pensamiento anarquista es actividad, valor y proselitismo. Esa misma energía que baja a la entraña de la tierra o sube en un vuelo sobre las nubes; pero libre.

Nos caracteriza un fin sociable, de abarcación y remonte. Ninguna idea, hasta ahora, cargó una vida más móvil, más voluntad exaltada, al par que una fijeza final más distinta. Aunque a veces, como en los versos del poeta, de ella se puede decir que la luz ha oscurecido la antorcha...

Oscuros y vibradores nos mostramos casi siempre los anarquistas. Y esto, que quiere tomarse por un puro fuego fatuo que el viento rueda y apaga, no es más que la resonancia de nuestra profundidad. ¡Os digo que desconfiéis del fondo de las ideas que no tengan exaltaciones de superficie!

La exaltación es lo actual. Es el deseo de proselitismo sofocado; agua que se derrama del vaso. Siempre una nota de fuerza, un aire vivo, igual que ese que desatan, sobre las letras inertes y el bloque frío, los artistas superiores.

El anarquismo requiere de esos estados de las conciencias, ahora. Si ha de invadir los dominios de la vida, necesita sacudirla y exaltarla. Sacudirse y exaltarse.

No es sólo una creación de la inteligencia; lacta en el viejo fondo humano y desde allí se levanta las más altas cumbres del pensamiento. Es lo que tiene de eterno y uno, que le facilita el triunfo entre las muchedumbres. Es sencillo, a la par que majestuoso; como un vuelo.

Volar, estremecerse y blandirse; he ahí lo que corresponde siempre, contra lo que no hay excusas, entre nosotros. Mantenerse con los fuegos encendidos. Aunque a veces, como en los versos del poeta, la luz nos oscurezca la antorcha.

### PACIENCIA Y ¡META!

Por lo común, no es la causa que no se preocupa, sino el efecto. Lo externo antes que lo interno. Nos producimos, en bien o en mal, según sean brisas de frondas o vendavales de piedras que nos conmueven. Para acabar de decirlo: somos todavía bastante, bastante bestias.

Sin embargo, el triunfo de eternidad, ese que se eslabona en los siglos, avanza penosamente, y es el punto –único punto!– de referencia que permanece como un legado a los hombres a través de todos los cataclismos, es el de la razón, siempre. Todo cuanto le ganamos a los instintos oscuros, no lo perdemos en fuerza, no, señor. La fuerza, la verdadera, es paciente, metedora, como el genio. El genio es paciencia. El arte mismo es paciencia. Y así late en todo lo que producen la mano, el corazón o la médula de alguna vida; late una causa.

La causa, la causa, ha de preocuparnos, pues. Siendo ella buena, sentida y elaborada en los años, deja no más que coleen, se desgañiten gritando, te lapiden en la calle, los efectos. A hombres de talla anarquista que han recogido la tea de los geniales, la bandera de los mártires, un ideal de redención para todos –¡para todos!– no debe desvelarles sino un solo pensamiento, una única idea: llevar adelante y adelante, con los pechos, los puños y la cabeza, el legado de la vida!...

Odios, críticas y disensiones externas, son nada; menos que nada también; son efectos. Qué va uno a hacer caso de ellos... Paciencia, paciencia y ¡meta!...

### AL ANCHO, AL LARGO...

Veán, pues, que es llegada la hora de mostrar de cuerpo entero la Argentina y sus grandezas. El sol, de una cuchillada, la ha puesto al aire, desnuda: desde Jujuy hasta Mendoza, y desde allá, bajando al sur, hasta Ushuaia. Al ancho, al largo...

El rico país de los granos y las bestias, salta a la vista hecho albricias. Señorea como un regalo. Vibra oros de espigas su cabellera; desatan broches de sedas multicolores sus valles; cantan poemas mojados en fresca leche celeste, sus manantiales. ¡Oh, gloria!...

Hay un desate de gérmenes y canciones por todas partes. Las nieves de las montañas corren al llano hechas ríos dulces y tibios. Los pajaritos del bosque vuelan al cielo, se pierden, con las gargantas llenas, hinchadas de trinos, entre las nubes. El sol mismo, que es fuego en rama, lingote de hierro al rojo blanco aquí, en nuestras calles, se trueca en fina varillas, en bellas flechas doradas como para el carcaj de Cupido, bajo las hierbas y las mieses, entre los árboles.

Todo es como en los templos, imágenes: lo que vuela, lo que rueda, lo que cae. Y todo también retumba, se envuelve y se santifica en el coro de clarines, de oboes y contrabajos de los potros, las ovejas y los toros. ¡Cuerpo de dios, ésta es la hora!

Los 300 mil hambrientos, enmascarados de sol y mugre, aullantes de hambre y de penas, que hoy recorren los caminos, rodean los cercos, agonizan a lo largo de las vías, se agolpan en los poblachos pidiendo

bre de aprovechar la espiga y el rayo. Y lo que leo y lo que escucho, lo que me transporta y lo que me encierra: idea del abecedario, idea del instrumento de música, idea del tren y el avión, idea en fin, de la cárcel. Ideas, y sólo ideas, que se materializaron en las infinitas cosas que yo he encontrado existiendo, o por materializarse en las infinitas más por existir todavía. Ideas buenas y malas, frente a las que he de tener, para juzgar y elegir, también ideas.

Ideas son triunfo. Algunas hay que nacieron en remotísimos tiempos, y en el cerebro de quienes no alcanzarían a apreciar ni en su fecundidad ni su belleza. Pero en todas latió, y late, el mismo deseo de crear un mundo para los hombres. No para el burgués ladrón, ni para el ladrón Estado. ¡Para los hombres! Somos colaboradores en este esfuerzo de darle realidad a las ideas. Son la civilización. Si e hundieran o apagarán, el pan volvería a la espiga, la luz al puño del trueno, el ser humano a su antecesor primario: orangután, o quien sea.

Nuestras ideas trabajan con la humanidad a la vista. Pues, como decía Antilla, el revolucionario es la hoja que tomó a su cargo el árbol. Y este drama es nuestro poema: nos alegra y emociona mucho más que cualquier dicha de bienestar sosegado.

Ideas son triunfo. Si los hombres de manan vivirán en la anarquía, vivirán en nuestra idea; como nosotros vivimos en la de vaya a saber qué remoto antepasado. Plantar la nuestra es plantarse como semilla en la tierra: para fecundar el mundo.

### LA OPOSICIÓN

Bien está ésta en todas partes, porque se afirma peleando; menos entre políticos. No es pegarles en el suelo, sino que debe decirse: su resistencia, hasta ahora, al nazismo peronista sólo ha servido a la anécdota, alegre o cruel, pero negativa siempre. Es una oposición de ancas; de ancas de bueyes.

Sus principios y sus medios y sus fines nacen, actúan y mueren dentro del campo en que es reina esta madama: la ley. Gran señora, a la que tienen un miedo, o respeto, bárbaro. Pujan por ella, y a quienes la cumplimenta mejor. Y ni uno que sea negarla y, menos, a sugerir que fuera de ella pueda siquiera vivirse. ¡Ah, no! Sólo son a protestar que el que les golpea la vida la cumple mal, o no la cumple del todo. ¡Que hay que cumplirla!

Y yo pienso: cuando un buey se deja uncir es porque, tácticamente, se comprometió a yugarla. Se dijo: –¡Vamos a arar!– A gobernar, para el caso. Si luego, por sí o por no, mañerea o se hace el chúcaro, fatal viene a ser también que el que empuña la picana se desate en salvajadas. Todas las ancas revueltas incitan a picanearlas. ¡al surco, al surco!

Y sí, señor: desmán y crueldad es esto que a mí, de veras, me indigna. Pero esto no oculta aquello, que a nadie puede ocultársele: que en la entraña de estas víctimas había otros victimarios. ¡Otros que querían mandarnos! Por lo demás, si para ellos, lo mismo que para el buey, lo legal es enyugarse, que se revuelvan y bramen, reclamando lo del toro: ¡la libertad!, es un poquito grotesco...

No, no, no. El mal de toda la vida, para el hombre, es el gobierno; que lo que ocupe quien lo ocupe, y aun suponiendo macanas: que haya uno bueno. Cada cual padece el peor. Entonces: ¡a rechazar las coyundas, romper los yugos, negarse a surquearle el campo a esa cachonda señora Legalidad!

### ¡SALUD A LA LIBERTAD!

Cualquiera idea que sea, fuerte o fina o desgarrada es, al punto de nacer, solamente sensación. Deslumbra, alegra o angustia. Pero hay siempre una entre todas, que sentimos más que a todo –más aún que a la mujer y más aún que a las flores–, porque es la que añadimos nuestro propio sentimiento; como jugo o como fuego. Ésa será nuestro *ideal*.

Se dice, y es la verdad, que las ideas no mueren. Pero dejan de latir. Y esto ocurre cuando ya tampoco laten como sensibilidad. Parada esa volición, podrán seguir existiendo, más ya sin vigencia viva; como fantasmas o espectros. Nos son *ideales*.

etcétera. Yo, que puesto a preferir, prefiero siempre al “porqué”, de cualquier laya, que la vida me plan-tee, el “para qué” de la mía, así vengo a contestarle: ¿para qué han de estar los hombres sobre esta tierra, que es cuna y campo de acción de todos?...

1) Para borrar las fronteras. No hay problema de posición, ni otras yerbas, entre América y Europa, que no sea artificial, deducido y excitado, también artificialmente, por los que de ello aprovechan: los gobernantes. Y aun de haberlo, sería la sucia adherencia de una pertinaz barbarie, que es deber del humanismo combatir hasta limpiar.

2) “Las misiones específicas” creo que, en este caso, son las que expresa el pensamiento, florecido o madurado, como en las más altas varas, en determinados seres de cada país. Pero, específicamente, él nunca fue, ni será, continental, ni nacional, ni racial. Se puede dar, y se da, en cualquier espacio y tiempo: como en Galilea en Jesús, en Francia en Reclús o, bajándolo a la técnica, en Norteamérica en Edison. Es una eclosión feliz de lo que en todos los pueblos es instinto y sentimiento; hervor de savia y de fuerza. Todo está en todos. Mas, hasta ahora, y sobre todos, continuaban estando quienes se apropiaban todo: aquellos que vendería, o ya venden, el aire mismo en balones. Esterilizado y todo.

3) En cuanto la historia enseña, el hombre no ha hecho otra cosa que atender puentes. Así fue de la India a Egipto, y de Egipto a la Fenicia, y de la Fenicia a Grecia y, luego, de Grecia a Italia y, después, de Italia al orbe. ¡Puentes y puentes! ¿Y qué?... En la cabecera de cada puente, pregunto: ¿y qué?... ¡Bestias y bestias! Como esos que en Buenos Aires le detuvieron a usted, le ficharon y le hicieron triste, hasta el asco, su estado... Entonces: nada de puentes, que implican también aduanas. Todo de contrabando y a nado. Así, y solamente así, llegó el pensamiento libre a las más remotas playas.

4) “La nueva Europa” será, como nosotros, igual, la nueva América, por lo que pueda, y podamos, romper con toda forma de Estado: de la derecha y la izquierda, bolchevique o democrático. Eso es lo viejo. Y nosotros, cultos o incultos, los que hemos de voltear eso, para tendernos, abiertos, hacia una fraternidad sin fronteras.

## DE LA IGUALDAD

Tu igual. Mi igual. Iguales.

No todo es sociología en el anarquismo. De ser así, no podrían ser anarquistas más que los especializados en ese tema. Y no. Aparte lo que uno sepa y, aun mismo, lo que uno sienta, la anarquía también es una prolongación de ese instinto de igualdad presente en todos los núcleos sociales desde el principio del mundo.

Instinto, digo, y no ciencia, ni un sentido de ideal más alto. Instinto que me ata al hombre, hermano mío en la cuna, por la sangre y por la leche, y por la acción en la tierra. Mi igual. Su igual. Iguales.

Y cuando esta sociedad, o la anterior, o cualquiera, para mejor gobernarlo, proclama rangos y clases, títulos y jerarquías, yo a él lo proclamo. Y por entre el laberinto de razas y religiones, yo a él lo rastreo. Y si es verdad que el instinto fue alguna vez pensamiento: ¡Viva aquel que proclamó el de la igualdad humana! En mí es instinto. Independientemente de cuanto puede saber o sentir. Instinto que me echa al hombre a sacudirlo y gritarle, seguro de que tendrá que reconocermelo hermano desde la cuna, por la leche y por la sangre. Mi igual. Su igual. Iguales.

Hacer que olvide las fórmulas, echarle abajo los símbolos, cambiarle el curso a la historia: he ahí la obra anarquista. De esta anarquía que no es una ciencia, y nada más, ni un sentido de ideal más alto que cualquier otro. Que es un instinto también. El mismo instinto presente en todos los núcleos sociales desde el principio del mundo.

Tu igual. Mi igual. Iguales.

## IDEAS SON TRIUNFOS

Vivimos, literalmente, entre ideas convertidas en realidades. Ideas el pan y la luz: idea que tuvo el hom-

pan, agua o sombra, y hallando piedras, plomo o sablazos, deben darle el toque maestro, la pincelada genial, iluminadora, al cuadro. Deben trocar tanta gloria en una apoteosis magna, que llegue al cielo, se vea del otro lado del río, del otro lado del Ande, también. De todas, de todas partes.

Veán, pues, que es llegada la hora... de alzar parvadas de llamas; cocer las jugosas carnes que reclaman sus estómagos; beber agua, lavar trapos, bañarse en los manantiales. Y por fin, hartos y limpios, alegres y descansados, dar principio a cosechar... ¡Al ancho, al largo!

## LAS BOMBAS

Tenían un encanto fuerte para nosotros; de abismo y sol. Más que con hierros y fuego, se llenaban con ideas. Eran cráneos que estallaban. Y ése era su encanto trágico.

Decíamos: su móvil es la justicia. Hay que llorar mucho, entonces, antes de matar a nadie. Pues si el que las tira es uno, los que las cargamos somos todos. Su carga son nuestras penas de sangre, dolor y lágrimas. Por eso estallan así, siempre contra los tiranos: nunca jamás contra el pueblo.

Y el dinamitero era como un hermano mayor. Más aún: como nuestro padre, matando para salvarnos. Gracias a él, y cada tanto, podíamos erguir la frente, ver consternarse al burgués, y ser, por un instante siquiera, temidos y respetados.

¡Ah, sí! Tenían un supremo encanto de abismo y sol. Eran nuestras. Su estallido era el de un cráneo cargado con nuestras penas.

Pero, ahora... Ahora hablamos de las bombas avergonzadas. Ya no las carga una angustia, sino una furia. Ya no estallan más tampoco al paso de los tiranos, sino a los pies de los niños; no son justicieras ya; son criminales, bandidas. Cualquier bruto uniformado las vuelca desde su máquina sobre una ciudad que duerme, un campo de labradores, o una aldea que canta o reza. Al azar; donde caen, caen.

Estamos avergonzados. Ayer... ¿Ayer?... Todos los días los diarios nos notician las hazañas de los bombardeos burgueses. Las siembran sus aparatos –aviones o zeppelines– desde la altura. Y llueven sobre las gentes la muerte injusta y cobarde; igual que la vida de ellos.

¡Ah, nuestras bombas!... Estamos avergonzados. ¡Avergonzados!

[1915]

## LA PLAZA PUBLICA

El pueblo no posee más que aquello sobre lo que hunde el talón, resultado y voluntarioso. Sus derechos van con él, caen o se afirman, según como sean sentidos y hasta donde le valgan para la resistencia. Desposeído de todo, robado hasta del hogar, el campo de sus protestas es también raso y abierto: la plaza pública.

La plaza pública pertenece al pueblo. En ella se desemboca como a un mar con sus ansias de justicia. Cada hombre es un río de fiebre que allí desata sus olas, las funde rugiendo en la marejada. El sol cae franco y derecho en la plaza pública como una flecha de luz que nos penetra de arriba y nos clava vibrando al suelo. ¡Invita a morir de pie!

No poseemos más que aquello en que hundimos el talón resultado y voluntarioso. Y hoy es nuestra, para protestar de un crimen, la plaza pública. ¡Compañeros!

## DE LA ANARQUIA

Aquí, en estos campos nuestros, un puño cuenta lo mismo que una parábola. Y antes que por lo que niega, el anarquista vale por lo que afirma. Donde todo le resiste, por violento o por capcioso, él crea un valor superior para una vida superada: arpas de fino cristal en nervaduras de acero; puntas de sílex en las que tallan al hombre más plantado que una peña.

Evitar el dolor, capear el mal, desmontar hasta que aclare: ¡no! Eso es un paso al costado, aire y holgura para el que muere de asfixia y ya no encuentra socorro. Hay que crear una alegría –la alegría de pelear–:

iesto es vivir ascendiendo! La anarquía, como el sol, es bella, buena y fecunda por la claridad que irradia, el calor que vierte, la exaltación que desata en cuanto besa e invade: raíces, flores y labios.

Anarquistas: regocijaos de serlo. Ahogad la angustia del mundo al pantallaza de luz de una gran risa de cumbres, de una risa con reflejos y con ecos de cataratas de oro. Así, solamente así, brillará vuestro anarquismo hasta en la niebla hiperbórea. Y así, y solamente así, es que va a alcanzar el hombre esa plenitud radiosa que haga palidecer los carbones que arden en sus noches como luces malas.

Hay que amar la anarquía por lo que crea y afirma como alegría y coraje; no por lo que roe como ácido o borra como gotera de lluvia mansa.

## TRABAJO

En la tierra no hay sitio para haraganes. Inútil que busques almohada en que reposar, agujero en que esconderte, hamaca en que columpiarte, bostezando. Subas o te echas o te hundas, mientras circule tu sangre, en tu fábrica no hay paro: tu corazón trabaja. Y ni muerto te podrás “tirar a muerto”. Morir es sólo pasar a los gusanos y al humus; a otro trabajo.

Pero estás vivo y pretendes acogerte a la molicie. ¿Dónde?... Cuanto circula o se ahonda o se eleva sobre ti, está trabajando. Bajo esa costra que pisas, los gases, igual que gigantes ciegos, manotean en lo oscuro, dragan, resoplan, trabajan. Y en esa cumbre que miras, sus trabajadores son aún más bárbaros: rayos, lavas y aguaceros labran minerales crudos. Cuanto a esa selva de paz, donde los tamaños árboles parecen jefes de tribu que mandan a sus vasallos a agasajarse con lo más bueno que tengan: su miel, su leche y sus frutas, lo mismo jadea la furia, se arremolinan las savias y se retuercen y crisan las raíces y los troncos y las ramas.

El entero orbe no es más que un taller y un alambique. Y tú, dentro de él, con todo lo tuyo –brazos y piernas, y pensamientos e instintos–, tampoco eres más que su material o su herramienta. Estás condenado a hacer, a luchar, a defenderte, a vivir. Como la roca y el yuyo, el camino y el relámpago, descendes de un solo padre. Tu apelativo es: Trabajo.

Trabajo, sí. Al surgir sobre las aguas, como una yema, la tierra, ya traía escrito y vibrando el envión trabajador del oleaje. La primera brizna que ondeó sobre su arenal estéril –verde grito de esperanza– fue como el primer salario. Y aún hoy, a tantos siglos de aquello, mira hacia el mar, donde comenzó la vida, y dime si tal cual es, prisionero entre peñascos, y hundido hasta los riñones en su eterno surco amargo, no aparece todavía como un viejo Labrador: blanca de espumas la testa, su azul delantal ondeante, y el brazo en alto, arremangado hasta el codo, amagando llenar el mundo de gérmenes...

Trabajo, y siempre trabajo. Es inútil, de toda inutilidad, que busques almohada en que reposar, agujero en que evadirte, hamaca en que columpiarte, bostezando. No hay sitios par haraganes.

Mole de tu rebeldía, canto de tu dulce pena, camino de libertad de tu idea; lo que afirmes, lo que sueñes, lo que quieras, tendrás que empezarlo así: trabajo. Construirlo sobre esta cimbra: trabajo. Darle punta, filo y temple para este único destino: trabajo. ¡Ay, sí, pobre alma mía cansada!

## ¡HOY!

Al tiempo no hay que confiarle más que lo que cae en la órbita de su inercia: que pudra el fruto o herrumbré el hierro. Trabaja para la muerte. Los trabajos de la vida: abrir el surco y rejuvenecer el mundo, sólo el hombre pudo hacerlos.

La evolución en el tiempo... Es fatalismo. Es la muerte. La muerte arreando a los pueblos, de prado en prado, en busca de mejor pasto y de un corral más seguro. Llegarán los que no caigan de hambre o sed en los caminos. Mas siempre como rebaños de esquila o de matadero.

Muchachos: no hipotequéis vuestra libertad al tiempo. Trabajad para la vida. No es mañana ni pasado cuando debéis rebelaros. ¡Es hoy! ¡Es ahora!

fuego, a esa disyuntiva bárbara que es matar o morir: o morir matando.

Esta cruda realidad que despierta ahora a los pueblos, fue la angustiosa vigilia del anarquista. Desde Bakunin aquí, gritando viene. ¡Velar las armas! No hay paz dentro del Estado. Ni valor de pensamiento, sea él social, moral o estético, si no hay un valor de sangre. Porque, al fin, hay que pelear. O pelear en una guerra, o pelear en una revolución. Pero pelear. Todo acaba en este juego, en el que tendrás que ser el jugador o el juguete. ¿Jugador?... Entonces, a jugar fuerte. Quiero decir, a tirar los gestos como la taba: a clavar. Y a clavarlos de tal modo que ni con palas los pueda desenterrar ni de la psicología ni de la historia.

Esto, o lo otro: que con tu destino juegue el político. Ese hideputa que siempre comparan al camaleón, porque cambia de colores. Y no. si han de buscarle su par digan, más bien, que es un topo, renegado de la luz, que te socava la vida, hasta sacarte el piso.

Y es la hora del hombre en firme. Entonces, a maniobrar los gestos como la taba. A esto llama el anarquista. Y entre huelgas y motines y bombazos, como en campos de oréganos, planta su tienda.

## ¡AH, EL MAL!

La fauna parasitaria es numerosa. Además de la que ataca, derechamente, a toda obra afirmativa: desde el árbol que plantamos a la tela que tejemos, está la otra, del revés, que vive de oler, rastrear, legislar lo negativo. Esta honorable misión le produce leche y miel, y bollos de harina, a rodo. Con esto más: que es de esta misionería que salen, para la historia inmortal, los próceres inmortales.

¡Ah, el mal!... Más les vale a ellos un solo mal que a nosotros diez virtudes. Y en cuanto a lo que les vale, preguntarle, por ejemplo, a los chacareros, si es la langosta o son ellos los que arramblan con su trigo, como diez plagas.

Y tan orondos. Igual que los fundadores del “Casino Moderado”, que nos cuenta Rusiñol, cuando entraron a tratar los estatutos, en la parte que tocaba a lo que debía prohibirse. ¿Recordáis?... Prohibido hablar de política. Y de religión: prohibido. Prohibido mentar el ramo de los negocios, ni públicos ni privados. Y el otro ramo, el de los azahares: prohibido. Prohibidos todos los ramos que pudieran florecer en aquel bosque sin hojas. Prohibido el juego prohibido. Y el otro juego: el de leer libros prohibidos. ¡Prohibido! Y después de estos “prohibendos”, y qué sé yo cuantos más, los socios en libertad de casinear a su gusto: ¡libres!... Como los que aran y siembran: ¡libres! Con el culo al aire libre.

En lo negativo está la veta de oro de todos lo que desean parasitar con honra. Su inagotable mina. Porque los hombres prefieren que les arranquen hasta la piel de los dientes, antes de permitir que les borden una bordadura nueva, de campos y pastizales, en su derecho.

¡Ah, el mal!... El mal que endiosa y engorda toda esta fauna parásita de jueces, legisladores, curas, policías, y etc. Fauna oledora. La fauna de la costura de atrás.

## EUROPA – AMERICA

- 1) *¿Cómo considera usted la posición de América con relación a Europa, y viceversa?*
- 2) *¿Puede observarse una misión específica de la América del Sur (civilización latina) y de la América del Norte (civilización anglosajona y técnica)? ¿Cuál es el papel que desempeña América en la síntesis de la cultura universal?*
- 3) *En el conjunto de las corrientes sociales, espirituales y etcétera, de tendencia universalista: ¿cómo piensa usted que podría realizarse un puente, por arriba del Atlántico, entre el antiguo y el nuevo Continente?*
- 4) *¿Cree usted que la nueva Europa encontrará su resurgimiento gracias a los manantiales de energía del Continente americano, y especialmente de la América del Sur? ¿O bien resurgirá por sus solas fuerzas en la gran lucha social y moral en que el mundo está empeñado?*

El humanista Eugen Relgis, de paso por este limbo, nos ha lanzado esta encuesta, como un cable: a ver si por ahí subimos a mirar de frente un mundo que, infernal y todo, es nuestros; nuestro y único. Las respuestas pueden ser de acuerdo a las preferencias de cada uno: social, política, estética, económica y

logra de adentro afuera, en lo que crea o resplandece, cruel o tierno, pero virtualmente fiel a su entraña y su destino. Menos el hombre. El hombre... ¿Queréis su expresión cabal, simbolizada también? Una llave. No ha hecho más que eso en su vida: encerrarse y encerrar. Luz, aire, pan, tierra, cielo, su libertad y la de todo. ¡Bajo llave!

¡Ah, pero el genio! –decís. Cierto, sí. Éste ya es un loco arisco, que llega rompiendo puertas y hendiendo techos con la cabeza. Pero así le ha ido, y le va, por no servir, y con más vileza que los más viles, a las técnicas encerronas: despreciado y perseguido. Y si no se amansa, muerto.

Ésta es nuestra linda historia, *gracias* a la cual seguimos moralmente, en la caverna. ¿Qué se podía esperar de la tiniebla de este antro en que se ha echado a podrir a cuanto hay noblemente auténtico en la criatura humana? Lo que devuelve: miasma y sombra; su libertad corrompida. ¡Ah, señores del horror a todo lo libertario! Fruto vuestro es el tirano de la derecha y el de la izquierda, nazi o marxista. Casasteis la esclavitud con el miedo, y os dio ese engendro; esa bestia que muerde, cocea y aborrece al hombre.

En el corazón del árbol ha hecho su nido la peste, una gusanería alevosa que lo cava y desmigaja. Ya no es más que su corteza. ¿Muere por ello? No todavía. Donde le lleguen las savias, abotonará una yema o desatará una rama. Desde ahí volverá a tantear, con manos nuevas, su suerte adversa. Y hasta su postrer aliento será para crecer y crearse. Todo nos lo pueden herir: ideas, sentimientos, obras. Y pudrísenos también hasta la piel de los dientes. Pero, lo que decía el otro: si no nos mata, nos hace más fuerte.

Desde ahí, si salimos vivos, traeremos puños más duros contra este mundo caduco. Se gane o pierda a este juego, lo terrible es no jugarlo. No tener, como la planta en sus raíces, un telar de tejer flores: para el gusano o la amada; como la tierra en su hondura, un yunque en que fraguar cumbres: para el águila o el rayo. ¡Para la vida!

Donde se mire o se vaya, se topa esta encrucijada: ser o no ser. A este absoluto llegamos desde todas las distancias. Lo relativo no existe sino en relación de lo que no podemos. El hombre debe ser libre, porque la libertad está en su entraña, y vivir es libertar, libertarse. Puede. ¡Quiera!

### ¡CUMPLE LA LEY!

La democracia –en el sentido político de gobernar por el pueblo– pretende hacer de la ley un símbolo máximo. Como es creyente en su dios, quiere que creas en la ley, que vivas para la ley y sin salir de la ley. ¿No te alcanza una?... Ahí van diez, o cien, o mil, y todas enderezadas a someterse a la ley. ¡Cumple la ley!

Una filosofía que no traspasa la ley es una filosofía de servidumbre. Lo legislado es deber que el hombre pierde como derecho. A este paso, si mañana, como en los tiempos de Herodes, fuera ilegal nacer macho, habría, no más, que no hacer. O esperar el verdugo.

Así estamos: con el porvenir abierto sólo a la ley, y a sus doctrinantes y aplicadores. Todo a ellos y a ella. Y nada, o cada vez menos, a la verdad por sí misma, la justicia por sí misma, la vida, en fin, por lo que está, por sí misma, es afirmación y empuje. Nada que la ley no mida, pese, calibre y promulgue. ¡Cumple la ley!

O apela. Pide a tus representantes que te reformen la ley. ¡Pide!...Y entonces en lugar de una, tendrás diez, o cien, o mil. Un plan quinquenal entero.

Hermanos: una filosofía que no traspasa la ley, es una filosofía de servidumbre. Y la democracia es eso. Yérguete contra su ley. ¡Viola la ley! Y que en ti la ley se cumpla.

### CAMPOS DE OREGANOS

Huelgas, motines, bombazos puntan de llamas la tierra. Excepto Rusia, donde nunca ocurre nada, como en los cementerios, en todas partes la pelea sigue. O comienza.

Identificado el hombre con el fuego y con el hierro, sólo a ellos fia la conquista de su libertad y su vida. ¿Barbarie?... ¡Claro! Barbarie, pero de aquellas que le han venido empujando, también así, a hierro y

### LA IGUALDAD, PONGO POR CASO...

Son muy pocas las razones que nos ofrece esta vida, que puedan determinarnos creyentes de otra mejor, más de acuerdo con los postulados del anarquismo. Donde miremos, lo que triunfa es el engaño, la fuerza bruta, y lo que padece siempre es la verdad, el espíritu de justicia. No precisan grandes sumas de experiencia, ni muchos libros, para probarnos todo esto los escépticos. Con que nos saquen al sol cualquiera de nuestras debilidades, nos han vencido.

Mas predicar no es dar trigo. Y si lo que se predica es el descorazonamiento, la involuntad creadora, entonces es dar cizaña, más vale. Y cuanto más y mejor nos rindan con esas armas, menos debemos reconocerles el triunfo. Porque éstos sólo los deben a nuestra debilidad; y son tan fáciles.

Fácil es, ¡oh, ya lo creo!, crearle obstáculos al hombre. Ellos existen a miles, donde se mire, y no hay más que revelárselos, pegarle con ellos en los nudillos, para que suelte su pluma o su hacha de obrero de los ideales. Un poco de genio oblicuo y voluntad atrabiliaria bastan.

Lo difícil es lo otro: ponerle fe de combate en las entrañas, audacia bajo del cráneo y canciones de victoria en la boca. Mas para esto, que es ahora, en este ambiente, como amarse en una tumba, se precisa cierta dosis de un optimismo ancestral, capaz de extraer razones de vida, jugos, hasta de las piedras. Y volverlos hecho flores, frutos nutricios, al hombre.

Es claro que nada, absolutamente, justifica nuestro ideal de igualdad, pongo por caso. Todo es burgués, privilegiado, y lo niega hoy. Y a poco esfuerzo que se haga, nos probará, el menos leído, que no tiene precedentes en la tierra ni en el cielo; que el sentido de la historia le es contrario...

Mas predicar no es dar trigo. Y lo sólo que a nosotros nos corrobora anarquistas, es lo que damos de nosotros mismos, aquello por lo que hacemos vivo el ideal, latente su aspiración, tensa su voluntad engendradora. Por lo que hacemos cada día más compañeros, más iguales unos a otros los hombres.

Todo nos niega, según los libros que leen los que tanto saben. Pero es que ellos leen tan sólo letras burguesas, con ojos aburguesados y tácticos. Por eso... Otros libros y otros ojos se precisan para leer anarquismo. Y otros valores también, más altos que esos con que nos aburren, hasta rendirnos, los eruditos. El valor de la igualdad, pongo por caso, que no lo posee ninguno de cuantos por ahí lo niegan.

### LOS ESTUDIANTES

La dignidad no es patrimonio de pueblos, castas o tipos providenciales. Es el respeto de sí, la hombría moral, el valor civil por antonomasia. Y no se adquiere como la tierra, en herencia, o un título en un examen. Es cosa que hay que sudarla, como el pan bíblico.

De esto se olvidan los hombres, generalmente. Creen que los tienen en cuenta o los piensan respetables nada más que por su ingenio, su estirpe p su fortachez; que con eso ya hasta pueden eximirse de ser dignos. En fin: que cualquiera prenda de ésas va a sustituir la altivez, como una suerte de providencia.

No les sustituye nada. Y ahí están, para probarlo, los hechos: lleno está el mundo de artistas, sabios y obreros. Saben todo y todo lo hacen: pan y cultura, túneles y pararrayos. Pero, ante quienes les compran o alquilan sus facultades, ¿qué son y qué representan?... ¡Ay, señor, tan poca cosa!

No hay zurdo que no se crea apto para dirigirles, ni audaz que no los posponga, ni ratón que no los roa. Son instrumento de cuanto zángano quiera transportar su panza a lo alto, o su sensualismo abajo. Y, tengan genio o ingenio o fuerza, no pasan de ser, lo mismo, todas sus vidas, lacayos.

Y es porque la dignidad no es patrimonio de quien más sepa, sino de quien ante sí propio es más digno. Es el decoro, la hombría, el valor humano por antonomasia. Viene con la conciencia de ser, y trae un lenguaje suyo, rotundo y raso. Llama al que roba, ladrón; al que parasitea, parásito, y al que preceptúa macanas, macaneador. Y habla igualmente por la boca del obrero que por la del sabio.

Ahora parece que quiere empezar a hablar por la de los estudiantes. Han estado un mes en huelga, amotinados. Gritando en todos los tonos que sus señores maestros –los orondos catedráticos– son, sencillamente, gansos. Y esto está bueno.

Pero estaría mejor si, de estos encontronazos con las fuerzas del gobierno, sacaran otra enseñanza: la de que el propio decoro, la dignidad de vivir y pensar, no baja desde las cátedras ni se obtiene, como la tierra, en herencia. Es cosa que hay que sudarla, como el pan bíblico; que hay que imponerla también, si el caso llega. Porque, si no, por más doctores que sean y más laureles que alcancen, serán lo mismo, todas sus vidas, lacayos.

## LA COSECHA

Aún están verdes los trigos. Ni el rumor ni el resplandor, como de joyas revueltas, les maduró todavía. Eso va a lograrlo el sol, fino y paciente joyero.

Los maíces están igualmente verdes. Son mamones entre pañales de chalas. Cada grano de sus choclos es una gota de leche.

El viento acuna las chacras en que dormitan, indigestados de jugos, los maíces y los trigos. El cuidado de sus días continúa dependiendo de quienes depositaron la semilla generosa en el surco humeante. Humeante fertilidad de la tierra; humeante aliento del hombre: dos varas de humo, de las que siempre cinchó, como una yunta de bueyes, la esperanza del labriego.

Y éste también está verde. Es un niño, como su trigo y su maíz. Renace todos los años para preguntar lo mismo: ¿Qué será de mis maizales?... ¿Qué será de mis trigales?...

¡Ah, tipo inefable y trágico! Pregunta lo que ya sabía su padre, y su abuelo, y el primero que sembró. Pero pregunta otra vez y hay, no más, que contestarle como él pregunta: trágica, inefablemente.

¡Serán pan! Y pan para los bandidos de arriba abajo, desde el primer magistrado hasta el último milico. Hectáreas, miles de hectáreas, arrambadas por los amos para abastecer sus mesas. Y otras miles todavía para nutrirles la entraña, roja y caliente, a las hembras de sus goces, que así ondularán las ancas las lagartonas. Y lo que sobre, si sobra, lo echarán por sobre el mar al hambre de aquellos que ya no siembran, porque están entretenidos en degollarse o quemarse. Pan para todos –¡ay, sí!–, menos para quienes aran, engavillan, muelen el grano, hacen pan.

Su destino ya está escrito. Leedlo en los diarios burgueses. Veréis qué bien distribuida está ya vuestra cosecha.

Y aún están verdes los trigos y los maíces. Son niños aún, como vuestros niños; de cuyos también deberíais saber lo que van a ser, si no os rebeláis vosotros. Si no maduráis la vida.

## DE HOMBRE A HOMBRE

La humanidad es como una cordillera de piedra basta y oscura. El trabajo de la Idea, nuestro trabajo, consiste en traer a la luz, darle relieve y carácter, a cada uno de sus bloques. Y el triunfo, el coronamiento, podrá cantarse aquél día en que todo el peñascal integre una sola llama, chispeadota y conmovida, sobre su engarce de tierra.

Un hombre es una faceta de la montaña. Una línea de la estatua de la vida; una letra del poema de los siglos. Debemos tratarlo, entonces, con la misma simpatía que a un tema de arte o justicia.

Civilizarse no es más que abrirse a los otros hombres. Fluir de sí, en onda airosa y caliente, en pugna de ave por recorrer los espacios. Y volverse luego, pleno, henchido de panoramas, saturado de universo, al mismo punto. Para volar otra vez. Y otra...

La maldad es sólo una circunstancia sobre la tierra. Es la cáscara en el bloque, la uña en el tigre, la inconciencia en nuestro hermano. Desbastado eso, lo que queda a flor, sangrando, es un pedazo vital: línea de estatua, letra de verso, fuerza en pie.

Sobre eso debemos hacer que irradie toda su luz nuestra Idea. Ella le dará carácter, brillo y destino a cada uno. Tal se los dan hasta a la piedra el artista, hasta al fierro los herreros...

De hombre a hombre, pues, camarada, realiza tu propaganda. Y trata a tu propagado con la misma simpatía que a un tema de arte o justicia. Verás, si así te dispones, cómo tu esfuerzo descubre, enfla y planta

las embretadas, les hundían los colmillos balando: ¡Méee!

–¡Qué aburrido!

–Para los rebaños, sí. Para los pastores, no. Para ellos era una música cada día más alegre. Cuanto más iméee! Y más acorde...

–Más lana, pieles y carne para los amos. Igual que en las democracias. Te alabo la fantasía.

–¿Qué estas farfullando, tú?

–No le hagas caso, abuelito. Sigue.

–Bueno. Y así vivían felies...

–¿Los rebaños?

–¡Los pastores!... Pero, ¡ay!, nietitos queridos: no hay dicha eterna. Una noche...

–¿Qué? ¿Se rebeló la majada? ¿Rompió el aprisco? ¿Mató a los perros?

–¡Un momento! Me había olvidado decirles que aquel lugar de la tierra limitaba por un lado con la selva, por otro con el desierto, y todavía por otro con la montaña. Y ustedes saben: en una medra la zorra, en otro campe el chacal y en la cumbre mora el oso...

–Sí, ya sé: Rusia, Alemania, Inglaterra. O Churchill, Hitler y Stalin...

–Habla más alto. No te oigo. ¿Qué?

–¿Te callarás, meterete?

–Y estas fieras cayeron aquella noche sobre todos los rebaños. Rompieron bretes, despanzurrando carneros, ovejas y corderitos. Una carnicería de inocentes de que tampoco quiero acordarme. ¡Ah!

–Pero, ¿y los perros?

–¿Y los pastores?

–¡Los rebaños, digo yo! ¿No dijiste que eran tantos?

–Sí. Pero también les dije que allí no había rebeldes. La ley era balar. ¡Méee! Cuanto a pastores y perros, su energía y su coraje no eran para medirse con fieras, sino con bestias de reata. Huyeron, pues.

–¡Ah! ¡Cobardes! Pero, al menos, las majadas que se salven no les tendrán más por dueños. ¿Verdad, abuelo?

–Les tendrán. Pues su huída fue por ahí cerca, no más, y por el tiempo que tarden en repartirse el botín los asaltantes. Una vez que éstos terminen y vuelvan a sus guaridas, ellos también volverán a aquel lugar de la tierra. Enterrarán a los muertos, curarán a los heridos, y aquí no ha pasado nada. ¡Méee!

–¡Te digo que no y que no! Tú eres un viejo descreído. Dudas de la humanidad.

–¿Yo? Pero... ¿qué tiene que ver con los hombres mi relato? Ésta no es más que una fábula de animales.

–A la que yo te le pongo la moraleja: Mientras tengamos pastores, seremos, temprano o tarde, las víctimas de las zorras, los chacales y los osos. ¡Abajo todos los amos!

–Y colorín colorado...

## LA LIBERTAD

*Para Sergio, mi nieto recién nacido*

Se nace para ser libre. Recibir, o dar, la vida es libertar, libertarse. Creador o criatura, ella está en todo al principio. La esclavitud es después, cuando se quiere adaptarnos a un mundo de relaciones que ella no ha creado. Ahí es la poda y la lima, la mutilación y el retaceo. Ahí es una sola cosa, por más que digan que no o que es aquella o la otra: el miedo a la libertad.

Desde que él gana al hombre, todas las monstruosidades le parecen lógicas. Y, por rechazo, monstruosas todas las potencias libertadoras. Vive soterrando instintos, como un loco que quisiera beberse el agua que, de arriba o abajo, le anega el campo. Y no por no amarse así, rezumante, claro, fértil, sino porque ser así es ser un monstruo, también para su dios o su amo, su sociedad o su secta; para cuantos ya no tienen, ni tendrán nunca tampoco, coraje, fuerza ni amor para desatar la vida.

La identidad de la fiera son sus garras, y la del rosal, sus rosas. Sus expresiones simbólicas. Todo lo vivo se

su anarquismo. Y es la eficacia de este, la claridad y la fuerza que para él logran, que viven ellos y hay anarquía.

La guerra, esta y todas las que advienen por la existencia misma de los Estados, por más que nos interese, no es nuestra guerra. Por abajo y por arriba de la mayor o menor tolerancia que nos conceda un gobierno, está lo que, justamente, vive por lo que nosotros no le concedemos a él: nuestro anarquismo. Su dejación, por lo que llaman “la realidad del momento”, implica su negación como militancia y como doctrina. Es confesar que no es más que parola. Charlas de charlatanes.

¿Es que negamos con esto la beligerancia a nadie en este u otro conflicto? Ni en la lucha ni en la paz; nunca, a ninguno. Mas, si somos anarquistas, beligeremos desde ahí, desde el anarquismo, y no desde una deriva o adentro del sucio oleaje de los frentes populares antinazis o antialiadados.

Y todo esto porque ya, lo mismo que en otra conflagración, y cuando la Rusia y los de España se empiezan a sopesar “los realismos del ahora”, que si pesan hasta bajar un platillo es porque nosotros no ponemos en el otro el peso de la realidad anarquista. A más guerra burguesa, más revolución social.

### LA MUECA POSTUMA

Nihil en cápsulas para valetudinarios y provecos: “ecco” el escepticismo, aun en su forma más respetable, la que presume de sabiduría. Hombres que han venido a ser sus caricaturas póstumas, parapétanse en sus esqueletos como en una torre y, con la autoridad de su desencarnación, hablan despectivamente de lo que ellos llaman lírica: que es siempre lo que no aporta pan ni vino a sus vejeces. Que es sólo músculo y flor de una pasión vigorosa, juvenilmente cargada de sol y jugos.

Sólo envejecen los viejos, decía Barrett. Y envejecidos son, tengan veinte años o cien, los que tocaron la nada en todo. Son osamentas.

Desencantados de cuanto crea para su gloria la plenitud, refieren todo fervor a ingenuidad o ignorancia. Ni el amor ni el entrevero, ni el hierro ni el beso tienen resonancias ya en sus nervios roídos o destemplados. Y así somos, para ellos, locos o idiotas prendidos a la fugacidad de la lucha o del placer como al resplandor de un astro.

Son ricos venidos pobres. Hablan, pues, como fundidos. De éstos poseen la experiencia, muy respetable, por cierto. Pero un fundido será siempre un derrotado para el que no puede ser nada más que humo de pajas esta vida que yo canto y que el ideal me decora, como la aurora a la tierra: cada día con nuevas luces.

¿Sabio?... ¿Escéptico?... No, queridos; muchas gracias. Lo dejo para después; cuando haya doblado el cabo. La mueca póstuma.

### LA ZORRA, EL CHACAL Y EL OSO

*Con este título podría escribirse una fábula. Con su moraleja y todo. Vamos a ver...*

–¡Un cuento, abuelito! ¡Un cuento!

–Bien. Ahí va un cuento. Había una vez, en un lugar de la tierra de cuyo nombre tampoco quiero acordarme, varias tribus de pastores. Vivían en paz de vecinos porque todas y cada una tenía un solo interés: la explotación de la lana, la piel y la carne de sus rebaños. Cuanto a éstos, eran de una mansedumbre que podríamos decir del color de sus vellones: blanca; sin una mota ni una hebra negra. Bueno; también, apenas aparecía entre ellos uno que no fuera así, sumiso al grito y al palo, le mataban primero...

–¡Claro! Con rebeldes no hay rebaño. Y adiós pastores, entonces.

–Cállate, tú. No interrumpas al abuelo.

–... Le mataban, y la paz era otra vez. Una paz larga, que se estiraba en el tiempo como un balido: ¡Méee! Agreguen cuantas “e” quieran, que nunca podrán ser tantas como las que allí se oían. Millonadas. Porque eran varias las tribus, como ya dije, y todas y cada una con innúmeros carneros, ovejas y corderitos. ¡Méee! Era un contagio, una ley. Hasta los perros con que aquéllas se ayudaban para el arreo, la ronda y

pie, letras y líneas y estrofas del gran poema anarquista: ¡compañeros!

### ¡ANDA! ¡ANDA!

Estos burgueses han hecho una realidad de aquella leyenda del Ashaverus. El judío errante es el pobre. Y los caminos del mundo son para que ande; ninguno para que llegue.

¿Lo dudas, viejo que ya no puedes andar?... Tirate ante sus portales, o a la sombra de sus parques, o en las gradas de sus templos. Verás cómo te sacan de ahí sus guardianes o sus curas. Airados o conmovidos –¡Anda, perro! O: Anda, hermano–, la cuestión siempre será de que te arranques y andes. ¡Anda!

Y tú, trabajador de la ciudad o del campo, cansado de andar buscando trabajo: párate, que aquí lo tienes. ¿Párate?... ¡Anda, más que nunca, ahora! Por tu pan, o el de tus padres, o el de tus crios, o el de tu hembra: ¡anda! ¡Anda!

Joven rebelde, artista nuevo. Audaz filósofo: ¿tú pretendes vivir libre?... Tú, ¿crear algo más que belleza: justicia bella?... Y tú, ¿levantar la frente por arriba de los intereses creados?... ¡Ah, qué tres locos! Eso sería hacer lo vuestro. ¿Lo vuestro aquí, donde todo, desde el papel y la piedra hasta el espacio y la luz, es de ellos, de los burgueses?... ¡Anden! Anden, antes de que llegue el loquero o el esbirro. ¡Anden!

Los hombre, digo... Los niños de todos éstos, ¿para qué crecen si no es para el taller, el ejército, o el surco?... Anda, pequeñín, y tú, pequeñaza, sígueme. Vuela desde la teta al trabajo. ¡Anda! ¡Anda!

Y andarán todas sus vidas. Serán sirvientas u obreros, gañanes o prostitutas; lo que puedan. Pero andarán, andarán. Y cuando, rotos o viejos, no sepan rendirlas más, más placeres, más riquezas, todavía serán mendigos. Y será andar a pedir. Y será andar a llorar...

Que el judío errante es el poder. Y los caminos del mundo son para que ande. ¡Anda! ¡Anda! ¡Anda!

### VAMOS AL SOL

Somos de los que viven para adelante. De cada día que concluimos, nos queda apenas la fiebre, el eco, la resonancia en la nuca. Nuestra entrada en las mañanas es una entrada inocente, como de recién nacidos.

Cubrimos nuestra labor igual que los sembradores cubren sus surcos sembrados: al caer la noche. Ahí se quedan, para crecer o apagarse, nuestros granitos de luz. Ni nos preocupan, tampoco. Mañana será otro día.

Golpes de tierra en la cara, cortaduras en las manos, vientos y lluvias del cielo, son molestias que terminan donde nuestro paso corta la oscuridad. Recostamos la cabeza en el último terrón que dimos vuelta. Por eso, tal vez, nos duele al amanecer como un resabio de fiebre, un eco, una resonancia sobre la nuca. ¿Los recuerdos, los rencores?... ¡Oh!, todavía no somos viejos para eso. Tenemos una fe intensa en la vida. Tiene bocas de mujeres, tiene ideas como estrellas, tiene metáforas rubias, como pezones o espigas.

Vamos al sol. Y estamos esta mañana sobre la última palada que revolvíamos anoche. Sobre la punta del surco. Alegres. Recién nacidos.

### EL MIEDO

Las condiciones del mundo han movido de posición y de formas los fantasmas que atribulaban a nuestros antepasados. El rayo se caza al aire, ahora, igual que una mariposa. El desierto, el mar, las cumbres, se acercan, se abren, se agachan a nuestro paso.

El torvo esclavo de ayer es hoy un señor fastuoso que arrastra un botín de gloria sobre un planeta rendido, violado en sus napas más remotas. Se crece su voluntad en la medida que se alza sobre la tierra; y ya vuela. Se aguja su inteligencia, de acuerdo con lo que penetra abajo, a arrebatarles a las sirenas sus perlas y a los nomos sus metales. Y, en fin, se afirma en su genio, abrazando el universo, en menos de lo que tarda en decir: ¡yo quiero!, con un golpe de telégrafo. Y como estas conquistas son, más no sea moralmente, patrimonio universal, he aquí que hasta los más infelices sentimos sobre los huesos, a modo

de espaldarazo, el orgullo de la estirpe.

¡Somos hombres! Es decir, de la familia de aquellos que le dan caza en el aire, igual que a una mariposa, al rayo. Y ante quienes el desierto, los mares y las montañas se acercan, se abren, se agachan...

¡Oh, sí! Las condiciones del mundo se han movido en favor nuestro. Las sombras, viveros de los fantasmas que atribulaban a nuestros antepasados, no existen ya... ¡Ay, pero el miedo es siempre el amo; siempre!

No está más en el fondo de la mar, ni tras de las blandas nubes, ni en las entrañas del suelo, ni en las copas de los montes, no. Ha variado de posición y de forma: está en nosotros ahora. Se llama cárcel, hogar, mañana...

Cualquiera de estas palabras, surgidas así, de pronto, ante un hombre de este siglo, asume desproporcionadas fantasmales. Tira de su integridad con mil manos a la vez. Le manda los huevos a la barriga.

Por eso es tarea tan leve, risueña casi, ésta de los encargados de guardar el privilegio. Con que levanten la voz o pinten en las paredes cualquiera de esos fantasmas, basta para que nuestras nociones de derecho, de libertad, de justicia, vuelen y se desparramen como papeles. ¡Tenemos miedo!

Este señor que pasea el universo, lo clarifica y lo limpia como una casa, ¡itiembra! Este hombrón alza las manos, se arrodilla como un indio, implora a unos monigotes, ya ni siquiera de palo o piedra: ¡de tinta, escritos! ¡Ay, sí!

La ley, el hogar, el hambre... Transmutaciones de aquellos viejos fantasmas: el demonio, dios, el rayo... En definitiva, miedo. ¡Siempre el miedo!

## COMUNISMO

Toda obra de bien o belleza humana ha nacido de un momento bello o bueno del espíritu. Sus autores han deseado suscitar entre nosotros ideas gentiles o justas. Artesano, artista o sabio, trabajaron para todos y por simpatía a la vida. Son comunistas.

Lo cierto es que para el hombre no hay más que un móvil central, y los demás son parásitos: proyectar sobre los otros lo mejor suyo. Ni los más sombríos ascetas dejan de querer vivir, como ejemplo o como influencia, dentro de esta sociedad. No importa que, en vez de un canto, sea un anatema el que traigan; es su mensaje; tienen que comunicarlo: comunizarlo.

Nada, al fin, es para uno. Y no existe el creador que se nutra de sí mismo ni del orgullo de su obra. Ha de sacar a la calle sus creaciones, y de lo que allí susciten extraerá el pan de su vida; su real salario. Y cuanto más grande o noble sea lo que el hombre plante, tanto más se orientará también a más hombres y más mundo. Altos puentes, hondos túneles, alas que unen hemisferios: ¿Qué son? ¿Qué buscan? ¿Qué quieren?... ¡Comunismo y comunismo!

Es un principio moral, fecundo y cálido, entonces, antes que un sistema inerte de economía política. ¡Qué dialéctica, ni un corno! Se llega a él como se llega a una gracia del espíritu: labrando en nuestros instintos hasta el día que nos brote, como a un áspero peñasco un rostro de santa o santo, un nimbo, una luz, un grito de simpatía social.

Y ahora sabemos por qué, en vez de vanidad, es vergüenza lo que nos produce el pan que nos arroja el burgués en pago de nuestras obras. Vergüenza de él y de nosotros; de vender y que nos compre. Para el escritor del pueblo, doble vergüenza.

Así es. Pero que sepan también nuestros mercadores: ese pan no es el pan nuestro. El nuestro es de otros trigales. Se dora donde tu vida y mi vida, por gentiles o por justas, suscitan amor o compañerismo. Éste es nuestro real salario. Porque somos comunistas.

## ITALIA

La verde tierra del canto y de la cincelaría vuelve otra vez a poblarse de siniestras vaticinios. Parece que es inminente otra arremetida austriaca. Y ahora doblada, o cuadrada, de oscura bestialidad.

aquel trájín pudo agarrarlo la noche, y hasta puede –¿por qué no?– descolgarse una tormenta de esas que amagan hacer astillas la tierra. Solo, lejos, sacudido por los rayos y cegado por el agua, el riesgo que el hombre corre vendrá a ser el peor de cuantos afrontó y bandeó luchando: pues éste es el de perderse. Allí se verá quién es y también a dónde va: si a más o a menos, a todo o nada, a Martín Fierro o Vizcacha. Si por cuerpearle a ese infierno, tornea el caballo y lo pica, amanece al otro día en vaya a saber qué “güeya” o a cuantas leguas de su querencia... Lo mismo que el anarquista que cede al menor esfuerzo, o que se abre de su línea creyendo que volverá a alinearse cuando quiera. Se pierde. Y aunque regrese y se alinee, será un piloto sin brújula; nunca más podrá cantar que entra y sale del estrago conservando “el fiel del rumbo”.

Gaucho fue el “gringo” Colón. ¡Ese sí! Saltó a jinetear el mar, y no se apeó de su empeño hasta que alcanzó este continente. Un nuevo mundo. Como él, nosotros, igual, alcanzaremos el nuestro cuando hayamos galopado lo bastante. Como seguridad: ¿qué más quieres?... Como seguridad, a mí me basta. Monto, jineteo, galopo. Y lo que, desde el caballo, te digo a ti, es lo que a mí me repito: vale más tunal con higos que palma de adorno en una maceta. Si no eres más que una tuna, ciérrate sobre tu fruto –tu idea o tu revolución–, como pinza de cangrejo. ¡Y no aflojes, compañero!

Luchar, no intimidarse, y vencer. Como el gaucho domador. En esta imagen campera de una vida alta y alerta, desperezada y fortacha, hay toda una filosofía de afirmación que me gusta.

## COMO GUSTEIS, SEÑORES

De un perro que se lanza a la carrera, puede, al menos, esperarse que rueda sobre una liebre. Pero de un perro que gira sobre sí mismo lo más que puede esperarse es que se agarre la cola. Realizada esa proeza, debería saludar al público con uno de esos saludos que quieren decir: Señores: yo me he burlado de ustedes.

Lanzando su pensamiento fuera de él, y en todas las direcciones, es como reveló el hombre algunos de los secretos del universo. Girando como una peonza, dentro de él, lo que a uno se le revela es también otro secreto: el del pensador estéril. La decadencia de quien, con piernas para marchar, sólo sabe ahora bailar.

El prurito del análisis es un fuerte disolvente, decía Guyau. De espaldas al vasto mundo, la acción deviene contemplación; la mirada se reduce hasta no verse ya más que un mundillo personal, que se acabará por creer que es un macrocosmo. ¿Psicología?... ¡Macana! Vieja y deshumanizada posición antropocéntrica, de la que hubo que salir para conquistarlo todo: cielo, tierra y horizontes.

Los más decisivos pasos contra errores y fantasmas los ha llevado adelante la “acción” científica. Y el psicólogo, que estudia nuestra misteriosa máquina, lo es porque lleva a delante también su “acción” psicológica. Cuanto al arte, no se logra en los planos interiores del yo-autor, sino sobre los espacios del universo; llevando adelante la “acción” artística.

¿Entonces?... Entonces, o el pensamiento es acción y crea acción, o el pensador es un perro que se burla de vosotros. Como gustéis, señores.

## TODOS SON HUNOS

Como cuando la de España, y la del 14, y siempre y donde quiera que sea, los anarquistas tienen una posición frente a la guerra. No menos, sino al contrario: más que a todos los sectores les interesa un conflicto en que se juegan a vida o muerte conquistas de convivencia social que, aun no siendo las de todos sus deseos, si las pierden tendrán que reconquistarlas. Con todo que también sepan que nazismo y democracia son nada más que matices de un mismo mal, no niegan que sea mejor estar vivos que muertos.

Y ellos quieren estar vivos. Pero no sólo en su bulto o su pellejo, que cualquier garrote o bala les agujerea o les tumba. En sus ideas, que son, además, sus posiciones. Como anarquistas.

¿Cómo están en una huelga? ¿Desde qué móvil empujan toda su vida, privada o pública? Siempre desde

no sólo de ideas, sino también de sentimientos.

Escribo, pues, a los tres. Sé del proceso de que sois víctimas; lo conozco en la profundidad de su infamia y en la monstruosidad de su fallo.

Por más que los militantes estemos acostumbrados a todas las injusticias, ésta agrega, a la de todos los días, un cinismo que espanta. Del burgués, legislador o industrial, político o escritor, conocemos su mecánica mental, sus ideas y sus prácticas. La expresión concreta de su complejo económico, como quien dice. Y eso es lo que le peleamos, y nada más. El fondo vivo de su alma nos es casi siempre desconocido. Sólo de tiempo en tiempo, cuando una agudización de la lucha le hace olvidar su postura y manotear sus instintos, podemos verlo como es, en toda su crueldad y toda su impudicia.

Como ahora, frente a ustedes tres, Vuotto, Mainini y De Diago. Como antes, frente a Ferrer, a Sacco y Vanzetti y a Mooney. Como siempre, frente a los anarquistas. Ése es él. Ésa es su entraña que sube, saturando de una hediondez cavernaria la entraña de sus lacayos. Y es hierro en el que tortura, tinta en el tintero del sumariante, venalidad y sarcasmo en el que juzga. Ésa es la burguesía; y lo demás, su sistema y su cultura, no son más, con ser tan malos, que disimulaciones de sus naturaleza infame.

Estos procesos destacan, no sólo dos posiciones sociales –proletarios y burgueses–, sino también dos sentidos de la vida y dos consecuencias: el de la autoridad que llega, por cualquier vía que marche –derecha, centro o izquierda– al desprecio y la violencia sobre el hombre, y el de la libertad, articulada en acuerdos de justicia para todos. De estas dos concepciones fundamentales y opuestas partió la lucha, que es cada vez más a fondo, y más en todos los frentes, y más a muerte. Y ¡guay! si así no la vemos.

Querido Vuotto: usted me pide un *Cartel* para “Justicia”, y yo estos ordenando en mi cabeza las conferencias que voy a decir a Villa María, para donde parto el 15. ¿No le parece que, en vez de escribirle uno, sobre el papel, con tinta, talle muchos, con sangre y alma sobre el alma y la sangre de los que allá me escuchan?... Tal vez se difundan menos pero yo le aseguro que van a entrar mucho más. ¿No le parece?...

Por la magnitud del crimen de que son víctimas, ustedes encarnan hoy al preso social de la Argentina. Libertarlos es libertar la Anarquía. ¡Viva la libertad de Vuotto, Mainini y De Diago, entonces! ¡Y a la lucha por lo que sólo puede darnos esa vida: el comunismo anarquista!

Un gran abrazo para los tres, de

R. González Pacheco  
Hoy, 8 de enero de 1936

## EL DOMADOR

He aquí una imagen campera, cuya evocación me gusta: la del gaucho domador. Como él le cierra las piernas a un potro chúcaro, así ha de cerrar el hombre, siempre sobre algo arisco, los broches de su vida. Como nacer y crecer: eso es preciso.

Luchar, no intimidarse, y vencer. Que lo que en la mano tengas –idea o revolución–, lo apriete tu voluntad como pinza de cangrejo. Que te corten la muñeca, te cercenen la cabeza y te rebanen todo, pero no largues. Eso es ser fuerte.

Como el gaucho domador. Clavado como con *grampa*, parecería que ha crecido de la sangre de su bestia. Bufa ésta, se sacude y se desparrama; vuelve a juntarse, y se tiende; se planta en seco, y apelonada su furia, y rebota, y se baraja, y se sacude otra vez. Y el jinete es como un árbol que un vendaval zamarrea. Pero “¡idi ande!” No hay fuerza de dios ni maña de demonio que lo arranque.

¿Venció ya?... Todavía no. Aun tiene otro arbitrio el potro: agacharse a disparar. ¡Guardia, entonces! Porque ni el campo es orégano, sino una criba de trampas: vizcacheras y guadales; ni el cielo, un techo pintado, sino otro potrero grande poblado de cimarrones: toros de luces y caballadas de nubes. ¡Guardia! No mire más que a lo suyo, ni oiga tampoco a los que lo están mirando: un paisanaje de a pie, que se hace cruces y le hace cuentos de miedo. Luche, no más, sin intimidarse, y venza.

Y pongamos que venció: que el bruto cerril es ahora una seda entre sus piernas. Ni lo siente. Mas en todo

Italia, Italia! Así, de golpe, con la visión del cañoneo a sus ciudades, siento la angustia de ver un mármol bajo un martillo; o una voz –la de Eleonora–, que va a ser estrangulada. Es la cúpula del “Duomo”, o el “David” de Miguel Angel, o el “Corazón” de D’Amicis que serán rotos, borrados, echados fuera del mundo.

¡La vieja *gringa*! En el crucero de enconos –español e indio–, que ardía en el hombre argentino, el primer nido de paz lo levantaron sus hijos. Otros nos habrán traído formulaciones, cultura, máquinas y oro; ellos trajeron semillas. Porque el italiano es pueblo. Y de todas sus conquistas, cuando Roma conquistaba, lo mejor que le quedó, y se hizo Italia también, fue eso que en todos los pueblos hay de vegetal y lírico: el fino amor a la tierra que hace que, donde quiera que él vaya, vaya a sembrarla.

Y eso hizo aquí. Antes que el riel, plantó árbol. Primero que las industrias, devastadoras de bosques y saqueadoras de minas, él fundó chacras. Mientras los demás peleaban el Poder y las riquezas, él peleaba a los médanos su afán de vagabundear. Y todo, y siempre, cantando.

Fue el *gringo* gaucho. El que amó a las chinas tristes como a nuestros arenales: cavándolas hasta el agua de alegría de los hijos. Las empuñó de una prole copiosa como racimos. Y eso fue también sembrar.

Italia, la sembradora. La que voleó por sobre mares y montes los gentiles caballeros del Ideal: –¡Chao, Pietro Gori!–. La cuna dura y estrecha, como catre de campaña, que aventó lejos de sí tantos héroes de testarudez y audacia: –¡Chao, Malatesta!–. La madrastra de esos santos que llena con sus canciones de melancolías la pampa, como un templo, al caer las tardes. –“¡Chao, chao, chao, morettina bella, chao!–. Italia, Italia vuelve otra vez a poblarse de augurios bárbaros.

Y ella pudo conservar su gloria intacta en la paz. Entre las fogatas bélicas, ser lo mismo que un jardín protegido de cristales en una noche de tempestad. Y a la luz de los relámpagos, tras las cortinas del trueno y entre las sombras rondadas de cataclismos, seguir siendo blanca y verde, toda estatuas y praderas. Ser un alma –la del de Asís o la de Vinci– entre esa piara de bestias sanguinarias y sacrílegas.

No lo quisieron sus poetas ni sus burgueses. Ordeñaron su hirsuta loba simbólica, y le dieron a beber de su leche amarga al pueblo. Y se tornaron lobeznos los *cittadini*. Y los cinceles creadores se hicieron hieros de muerte. Ya los bellos cuerpos blancos, como de plata pulida, les brotó una pelambreira encrespada y negras. La Roma conquistadora, la de los Papas y los Césares, los legionarios y el Circo, saltó al frente, aullando guerra, en todos los italianos: desde el artista al *cafone*.

(Yo me descubro ante aquellos que ya han caído peleando por la otra Italia que labra, cincela y canta: –¡Salud, muertos de Milán, presos de Nápoles, compañeros lapidados en todo el reino!. Y otra vez: –¡Chao, Malatesta!).

Y ahora vuelve a estremecerse de siniestros vaticinios. Y así, de golpe, con la visión del estrago, siento la angustia de ver derrumbarse bajo el fuego, de lo más alto del mundo, a Italia, la sembradora, a Italia, la vieja *gringa*... ¡Ah, los bandidos!

## ¡MECAGOENDIOS!

Va un carretero con su carreta cargada hasta el tope, cuesta arriba. Lleva trigo a la ciudad. Lleva pan. Crujen las ruedas; oscila, como una troje de cañas, toda la caja; suda, como un par de herreros, sus dos bueyes. Y él, celoso de su carga, de su carreta y sus bestias, marcha a pie, al lado; cantando, cuando corona una loma, blasfemando cuando cae en un pantano.

Va un carretero entre cumbres. Con su yunta y su vehículo, forma él una sola cosa ardiente y repujadora. La conciencia de su sagrado mensaje enciende su vida tensa. Blasfema y canta...

Y, de pronto, surge ante él tamaña piedra. Rodó por la ladera y paró ahí. Le cierra el paso, le tapa el cielo... –¿Eh?... ¡Ah!...– no hay fuerza capaz de ahogarle el santo y hediendo grito: ¡Llevo pan! ¡Mecagoendíos! –. Ni de pararle el impulso con que salta para agarrarla a patadas.

Este acto, dicen los sabios, es de una incultura bárbara. Pelearse con los peñascos... ¡Hombre, hombre! Es infantil, animal, propio de carreteros solamente...

¡Qué bruto soy! También yo iba el otro día con un carrito cargado de trigo hasta las estacas. Iba desde esta chacrita que, con Antillí, surqueamos, hacia el molino, la imprenta que nos imprime *La Obra*. Llevaba pan.

Y habíamos cinchado fuerte durante quince jornadas; blasfemado entre los baches; cantando sobre las lomas. Pero ahora, con las carillas humeantes de alegre fiebre, los pesos en el pañuelo y la visión del numerito en la calle, me sentía una sola cosa rempujadora y ardiente. ¡Un carretero!

Y ocurrió al salir del *subte*, frente al Congreso, que otra parición tamaña me cerró el paso, me tapó el cielo: en los muros, las veredas, los balcones; arriba, delante, abajo; en todo y por todas partes, retratos de candidatos a diputados... Un cardumen de cabezotas imbéciles plantadas como peñascos... ¡Meca-goendiós!

## POR EL COMUNISMO ANÁRQUICO

La historia del movimiento social en esta república es la historia del comunismo anárquico. Ninguna idea como ésta ha trabajado entre el pueblo tan duramente. Toda sombra de dolor y toda luz de esperanza hay que ir a buscarla a ella. Ella lloró en nuestros llantos, se entreveró en nuestras luchas, resplandeció en nuestras bombas.

¡El comunismo anárquico!... Han paseado sobre el pueblo muchos símbolos guerreros, muchas banderas en alto: blancas, amarillas, rojas; católicas, socialistas y bolcheviques ahora. Están todavía paseando... Pero ¿qué tienen?... Mejor dicho: ¿qué NO tienen, que más que insignias de lucha, parecen papeles vanos que un viento trae y otro lleva?... No tienen peso de ideas; les faltan tinta de ideal, desgarrones de entreveros, humos, en fin, de grandeza. Les falta lo que nosotros tenemos con el comunismo anárquico: tradición y porvenir. Una madre, a la que le mataron su hombre, alzando por sobre sí, brindando al sol de la vida su hijo desnudo, podría simbolizarlo: negra de pena ella, su chico rojo de luz. ¡Nuestra bandera es roja y negra!

¡Ah, compañeros! Yo levanto mis palabras por arriba de los mares y pregunto a todos los deportados: ¿por qué os echaron de aquí? –¡Por el comunismo anárquico!... Yo me bajo hasta la tumba donde se pudren los huesos de los hombres y los niños que masacró la cosaquería argentina, e interrogo sus despojos: ¿Por qué, por qué os masacraron, siendo que erais buenos, útiles y bellos? –¡Por el comunismo anárquico!... Y yo, señor, finalmente, me allego hasta las murallas de las prisiones y clamo: ¡Eh, hermano preso! ¿hay por ahí algún obrero huelguista?... Al pronto nadie responde, pero yo siento que una mano dura y firme escribe un grito en la piedra: ¡Viva el comunismo anárquico!

Así es, aunque no lo queráis vosotros, repartidores de papelititos blancos, amarillos, rojos; católicos, socialistas y bolcheviques ahora. Aquí las cosas están para el comunismo anárquico. Porque él lloró en nuestros llantos, se entreveró en nuestras luchas, resplandeció en nuestras bombas, y porque tiene más grandeza él solo que todos vuestros ideales juntos.

## EL DICTADOR

El triunfo de este animal consiste en no permitir que se le discuta. Es, lo que es, por sus cabales. Barbariza porque puede, manda porque tiene fuerza, pega porque los otros son flojos. Y en esta zona moral, que oscila desde el matonismo raso hasta la imbecilidad cascabeleante, se identifican hermanos el dictador del soviet con el del gremio y el del imperio. Son cachorros de una misma lechigada.

Mas he aquí que donde un anarquista se alza hay siempre un dictador venido al suelo. Es matemático. Una palabra que diga, y el andamiaje de hierro se desarticula y cae. Por ello, instintivamente, a lo primero que atinan los dictadores es a que aquél les deje y se calle.

Pero esto no puede ser, compañeros. El mundo sube por horas hacia un plano de claridad y cultura. Todos queremos saber, explicarnos, ser conscientes. Los anarquistas no habían de quedar abajo en esta alzada de la vida hacia la luz. Y hablan, razonan, dan sus ideas también. Sus ideas... ¡Cómo las temen

José Hernández, legislador y hacendado, jugó en esta historia cruel el mismo papel que, en su libro, el sargento Cruz. Con “la lata en la cintura”, se echó al medio a defender a un matrero. Fue el criollo que “no conciente que se cometa el delito de matar así un valiente”. Y ese gesto le valió vivir también matreando.

–“¡Alambren; no sean salvajes!” Y con la pampa alambrada terminó su héroe. Pero quedó en la leyenda, rezumando épica y lírica; fragancia indiana. ¡Quedó! Quedó como una flor de hombre, cuya invisible presencia todavía respiramos. Todavía, para nativos y *gringos*, hacer algo audaz y noble es hacer una gauchada. Y nuestro poema máximo, igual para el gobernante que para el súbdito, para el pobre y para el rico, sigue siendo todavía el compuesto o el relato de la agonía de un gaucho que se llamó Martín Fierro.

## DOS CARTAS

### *Comaradas torturados y ofendidos:*

Sé que haréis un manifiesto protestando ante el pueblo por las terribles torturas y ofensas de que habéis sido víctimas estos días. Conozco el pretexto policial y percibo, también, el peligro que esa actitud desafiante os traerá de inmediato. En estos casos, la experiencia, esa gran cobarde, grita: ¡silencio! Pero, ¿qué hay en la vida, camaradas, más fuerte que el miedo, más delicado que el arte, superior a toda sabiduría? La conciencia, el sentimiento de la solidaridad humana, esa voz inefable y audaz que sólo se apaga y muere cuando el hombre termina como tal, para ya no ser más que una de estas tres cosas miserables: o verdugo o tirano o esclavo.

Es la voz que me dicta estas carillas. ¡La vieja voz querida! La misma voz tras cuto eco he ingresado a tantas cárceles, desde Ushuaia al Chaco, y he sido tantas veces, como vosotros, humillado y ofendido. ¡Yo la oigo todavía, y ojala nunca, para mi bien y el honor de mis hijas, deje de oírla!

Sabed, pues, que estoy siempre con vosotros; con vuestras protestas y vuestras derrotas. Sabed que yo he visto al obrero Juan Rivas, después de 53 horas de plantón, sin comer ni dormir; lo he visto en su lecho. Sabed que yo he visto a nuestro viejo Vicente Mari, con sus 62 años ennoblecidos de fatiga y de ideal, magullado a puntapiés y golpes de puño; lo he visto con más dolor y vergüenza que si me viera en ese estado a mí mismo. Sabed que yo sé, porque los que me lo reportearon son hombres de bien, que hay decenas de trabajadores rotos, pateados, moribundos de angustia en los calabozos de Montevideo. Y sabed, finalmente, que yo no puedo callarlo, que yo tengo que decirlo, aunque no abrigue ni la sospecha de una esperanza de que un juez o un ministro os reivindiquen.

Publicad, si deseáis, estas líneas. No tengáis escrúpulos respecto a mi posición literaria o de otro orden. Se vive en tanto se está dispuesto a perderlo todo. Yo soy artista, como podía ser enano o gigante, por accidente de mi naturaleza. Esto no hace al hombre, sino lo otro: mi sentido fraternal con todos los humillados y perseguidos. Es mi fraternidad que va a vosotros. Aceptadla, camaradas.

Montevideo, febrero 15 de 1932.

### *Compañero Vuotto:*

La cosa es al revés de cómo usted la imagina: en lugar de importunarme, su carta me da la oportunidad de escribirle. Hace tiempo quería hacerlo, pues mis quehaceres, realmente míos, son estar en contacto con los compañeros; sobre todo con los presos. Hacia éstos tiendo mi vida, desde todas mis distancias, con una ansiedad que, a veces, se me hace angustia. Para ellos quisiera ser lo que el agua y la tierra al pie de la planta.

¡Pobre anarquista aquel al que el dolor de los hombres importuna! O ya no es tal, o es un vencido. No es mi caso todavía. He sufrido con ustedes su vía crucis, uniendo mi protesta a la de todo el proletariado. Pero me faltaba esto, que aprovecho para hacer al contestarle: testimoniarles mi afecto, mi solidaridad,

Ideal, conciencia y destino, todo está –como en la flor el perfume y la pulpa y la semilla–, contenido en este grito. Colguémoslo de las horcas, martillémoslo en los yunques y, cuando caigamos presos, escribámoslo en los muros de nuestras celdas. Arañado, o remachado, o mordido, donde pise o pase o muera un anarquista queda un ¡Viva la anarquía!

Artistas, obreros o vagabundos. ¡Machos! Todos los que hacemos luz con los sesos, pan con los puños, caminos con los talones, hagamos de él nuestro santo y seña. Entre la sombra y el fuego, por sobre el mar y la cumbre, náufragos o centinelas reconozcámonos todos en el ¡Viva la anarquía!

Viejas, compañeras, novias; las que velan o amamantan o dan besos. ¡Hembras! Mientras reine la injusticia, el hambre y el salvajismo: –¡Viva y viva! Viva tres veces–, una vez por vuestros novios, otra vez por vuestros hijos y otra vez por vuestros nietos: ¡Viva la anarquía!

Las banderas de la tierra son las flores. Las banderas de los pueblos son los gritos. Floreced el vuestro, artistas, obreros y vagabundos. Y el vuestro también, doncellas, madres y abuelas.

¡Machos y hembras! ¡Viva la anarquía!

## MARTIN FIERRO

En cualquier guerra que sea, aun la más brutal y odiosa, el resultado es también la asimilación de un bando en otro. Y un hombre nuevo. La sangre sólo se fragua en caliente, como el hierro. Tras siglos de pelea entre el español y el indio, se fraguó el gaucho.

La llanura en que nació le dio resultado el problema de camppear y de ser libre que aquéllos le trasegaron. El sentido libertario es horizontal; como la pampa. Para alcanzarlo y vivirlo sólo precisa el caballo.

Y así es un nómada. Vive a lo pájaro, más que en la tierra, en el aire. Hasta para sus trabajos tiene que andar “bien montao”. Y cuando el amor lo apea, labra su nido también como otro pájaro: como el hornero, con paja y barro.

Cosas de español aindiado... Las prendas que más le ufanan, o admira más en los otros, son la guedeja y la vista. Porque una es como un penacho, y la otra como la sonda o el faro con el que cala él y revisa los horizontes.

Mora donde ya no hay indios, pero tampoco llegaron los nuevos dueños. Solo en la tierra de nadie. Las lejanías y el silencio cierran sobre él sus fantasmas. Y para espantarlos, canta. Contra la brujería metafísica mueve él sus versos carnales, de médula y cuño físicos. Y canta solo. Solo, aun cuando lo rodeen otros y otras, que están, como él, también solos. No sabe cantar en coro. Y aunque cante desventuras, lo que brilla en sus canciones es la luz de la aventura: su coraje alegre y solo.

“Las armas son necesarias”... Y a cada ciclo mental le corresponde una, y no otra. A él, pues, que posee ideas cortas y sentimientos en rama, debía corresponderle el cuchillo. Le llama “el fierro”, como al de marcar ganado. Y marcar será su gala, pero no de propietario, sino de macho: desde el hombre al que le puso un barbijo, hasta la hembra que una vez tendió en su poncho, son de su marca.

El sentido autoritario es vertical. Sarmiento, que era otro gaucho, mas no del llano, desatador de pamperos, sino de entre las montañas, acotadoras de espacios, lo admiró desde el destierro, pero lo combatió desde dentro. Tenía que ser. Y fue el choque de dos designios acérrimos: el de aquél era ser libre, en un campo abierto a todos; el de él, extender al campo, sobre la noción, la práctica de la propiedad privada. De cara al desierto inmenso, mandó, gritando: –“Alambren: no sean salvajes!” Desde el fondo del desierto, tumbando límites, llegó la réplica: –“Para mí la tierra es chica, y pudiera ser mayor”. Con este bárbaro, entonces, se podía abrir mundos, pero no cerrar fronteras; abatir la tiranía, pero no alzar la república. Y le planteó aquella guerra, que a él se le antojó llamarla por la civilización: como si bajar de su alta vida a los pájaros fuera civilizar el cielo.

Y él triunfó. Pero conviene advertir que habría ocurrido tal cual si hubiese triunfado Rosas. Para el caso, y apartando las palabras democracia y feudalismo, el programa y la consigna de los dos eran sólo uno: acorrallar al gauchaje, cortarle el paso y las alas: alambrar, alambrar, alambrar.

algunos! Y el dictador más que nadie; se fortifica contra ellas hasta en la piel de los dientes, y no se da, ni con eso, por seguro. Y es valeroso y osado y fuerte, por lo común. Sería capaz de rendir un toro de un puñetazo, de atropellar un ejército con el pecho descubierto, de recoger en su pañuelo una bomba con la mecha ardiendo. Pero –¡por favor, caramba!– que no le vengan con cosas de discurrir o explicar. Es superior a todo su coraje eso.

Él es un tipo de acción, nacido para poner en orden cuanto hay revuelto. Por vaya a saber qué divinas sendas, a él le bajó la inspiración de organizar, y organiza. Y usted, en lugar de andar por ahí, charlando, lo que ha de hacer es entregarle la vida para que él se la arregle en dos patadas.

Por otra parte, ¿qué quieren?... ¿No lo ha dicho él ya mil veces?... Su mandato es transitorio: un sacrificio del que él es el primero en querer librarse. Pero, antes, dejen que triunfe la huelga, o la burguesía se doble, o el Estado se le entregue. Ya están al caer. ¡No le estorben!

Sin embargo, esto es histórico: a todos los dictadores hubo que sacarlos a puntapiés, a garrotazos o a tiros de sobre su dictadura. No quieren largar más una vez que agarran. Siempre les falta un detalle, un toque de luz de genio –¡eh! ¡oh! ¡ah!– en su monumental obra.

El dictador es un pesimista de la libertad ajena. No la comprende más que a través de su libertinaje. No cree –¡qué va a creer, si él no es romántico, ni tonto, ni retardado!– que ella podría curar hasta de su locura a los locos.

Y así es, poco más o menos –o más que menos– este animal por dentro. Por fuera es su animalada: la dictadura que impone. Negra o blanca o roja.

## LAS MEDIAS ALMAS

El bien o el mal, pero entero, puesto en la tierra como un huevo: esto es lo único que puede tomarse en cuenta. De diletantes y medias almas la vida no hace memoria. En cambio, cuando un hombre se da todo, en un lamento o una obra, parece que hasta las piedras quisieran hacerle un nido en su entraña.

No la mitad de la cosa, no; toda la cosa han de entregar quienes quieran que los otros se les apareen o se les acoplen. Amor, amistad, compañerismo: ¿quién suscita esto sino los grandes amantes, amigos fieles y compañeros en toda la línea?... Y así en los demás órdenes. –Déseme entera, mi doña– le dice el gaucho a su moza. Sabe él que las medias vírgenes resultan, a fin de cuentas, más deslomadas que las hembras fáciles. Con este agravante encima: que son todavía más tristes; porque el pecado que se realiza pesa mucho menos que el que se cavila.

Medias almas, medios hombres, son todos los socialistas. De entre ellos, el más varón –Lenin, pongo por ejemplo– no podría decirse, ni en secreto, lo que Bonafoux gritaba a los cuatro vientos: –“¡Ay, señor mío, qué pena que yo no pueda servir a los sinvergüenzas!”– Y era verdad: no podía. Pero podía batirlos, reirse de ellos, hacerlos llorar de rabia, de dolor o de ridículo.

Los socialistas –yo no voy a calumniarlos– no sirven a los burgueses; son sus clásicos rivales. Pero tampoco –no voy a comprometerlos– les sirven a los obreros: son sus eternos estorbos. Ni éstos ni aquéllos pueden gemir o alegrarse por sus obras. Están justamente al medio, donde no sirven ni a dios ni al diablo.

Todos los días trae el cable esta noticia de alguna parte: “Durante el motín de hambrientos, la comuna socialista, o el soviét, o el sindicato, o el comisario del pueblo, se incautó de las cosas de comer y las puso a la venta por la mitad de su precio. La medida fue eficaz; ya reina el orden”.

Medios hombres; medias almas... Revientan a los burgueses vendiendo a dos lo que ellos tasaron cuatro. Y revientan a los pobres; les revientan en las yemas o en la base sus impulsos combativos y de reivindicación. ¡Semirrevolucionarios!

Hay que entregar, devolver: no regatear ni bajar los precios. –Déseme toda, mi doña, No sea tan... izorra!

## ¡A QUI ESTOY!

¿Veis ese brazo de río que ondea en el valle?... Al señor de estos parajes no le conviene. Por esto o aquello o lo otro, él hace bueno el derecho que tiene para secarlo. Le sale al cruce y lo rodea de tapias. Lo corta de su corriente como a una rama de un árbol.

Vedlo, ahora: es una agua presa. Aún así cabrilla al sol, satura el aire y tapiza con verdes felpas los muros que lo encarcelan. Hasta que se hunde en su encierro; desaparece... ¡Bravo por aquel señor –señor del hacha y la cárcel– que abismó un grito de claridad en la tierra!

¿Bravo?... Habrá que ver todavía hasta dónde es suyo el triunfo. Volved al tiempo: ¿qué veis?... Desde el fondo de esa tumba brota un pastizal glorioso. Es aquella agua; aquel río. Ya no camina: ahora vuela; ya no murmura: ahora canta. Tiene flores y suelta aves. Perfuma la vida y canta. –¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy siempre!

Yo digo que así es la cosa también para la anarquía: no hay hachazo que la mate ni abismo que no remonte. Es la libertad, y vuelve. Vuelve por las espirales de cuanto en el hombre es luz y pasión y fuerza. Vuelve a ganar más espacio y a cantar con voz más alta.

¡Anarquía! Rueda, como un relincho en la pampa, y el gaucho salta al caballo: se acuerda que nació libre. ¡Anarquía! Sube al taller del artista, y vuelca un pomo de vida sobre sus colores muertos: desaloja la retórica. ¡Anarquía! Llega al retiro del sabio, señor del barro y el astro, Moisés de todas las leyes y, ¿qué pasa por sus tablas, que se borran, y su frente, que se humilla?... La conciencia de que la ciencia es conciencia: si no sirve a la justicia, es otra infamia. ¡Anarquía! Duerme su fatiga triste el obrero, mas, de pronto, ¿quién lo nombra?... ¿Quién lo llama?... ¡Ella! La urgencia alegre y audaz; la barricada. ¡Anarquía!

¡Eh, señor! Bravos señores de las hachas y las cárceles: ¿qué andáis apagando gritos, afanosos de abismar claridades en la tierra? Es una tarea imbécil; lo mismo que enareanarle la boca a los manantiales. La anarquía brota y remonta. –¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy siempre!

## LAS HERRAMIENTAS

Este *cartel* tendría que hachearlo o picarlo; no escribirlo. Debería ser un *trabajo*, no un *artículo*. Una obra de esas que uno labra en palo o piedra, cuando está preso, para mandarle a un amigo que está fuera. Precisaría herramientas para hacerlo.

Y no vengas a decirme que la pluma también es. No. La pluma pinta, dibuja, garabatea; pero no para, ni ciñe, ni clava. Al menos yo ¡ay! no puedo; no sé. En cambio, una tenaza, un torniquete, un pisón... ¡Eh! Con ésas sí yo plantaría estas líneas como un tejido de alambre sobre el que igual podría subir una madreSelva, que asentarse un pajarito o resistirle el envite a un toro.

Herramientas necesito. Cada una de ellas integra una brazada de plumas como esta con que yo escribo. Negras, pesadas y duras, son las alas de esos poetas a quienes el cansancio y la miseria roban la alegría del vuelo: los obreros. De ésas preciso: no pétalos, virutas de metal. ¡Herramientas! Pues lo que quiero es una obra, necesito fierros para darle forma... Gubias que tallan, en las maderas, letras que leerán los hijos de nuestros hijos. Tenazas que sacan los clavos de nuestros muebles como un amigo penas de nuestro pecho o una compañera espinas de nuestras yemas. Y martillos, martillos como el que clavó mi mesa y me la dio terminada, lista: ¡Toma, gandul; come, escribe, arroja en ella tu cabeza estéril entre tus manos flojas!...

¡Herramientas! Guadañas que brillan entre los pastos como astros entre las nubes. Palas que extraen de los surcos, como tumores, las malas hierbas. Y picos, picos que buscan en la profunda tierra, a través de la piedra y la tosca, la napa de agua; tal como la idea anarquista, a través del error y el prejuicio, el sentido de la libertad del pueblo.

¡Herramientas! Limas que muerden alambres, alicates que los trincan, californias que los atan. Y pisones, pisones de pisonear ñandubayses... ¡Eh! Con ésas sí yo plantaría este *cartel* como un cerco, sobre el que lo mismo podría subir una madreSelva que un rosal, pararse a cantar un ave o resistirle el envite a un toro. Después lo mandaría de regalo a un alambrador amigo. –Compañero –le diría–: ya ve que no todos son

Descartados. Y quedamos que ser intervencionistas es, cuando menos, ingenuo. Pero que de los neutrales hay que, también cuando menos, estar de vuelta. Son los nazi-comunistas. ¡Otra tanda!

Hombres de ideas, que somos, respetamos las de nuestros compañeros sobre este asunto. Aunque nos parezca llano, a lo mejor ellos lo ven profundo. Y así es. Pero aún a éstos les urgimos un despiadado descarte de cuanto sea divagación o redicho. Que, a veces, los pensamientos se tienen como la plata: más, los que trabajan menos.

Y la hora es de trabajar, más que siempre, o como nunca. ¿Oís la gansería política? Desgarra el cielo a graznidos. Por sí, o por no, todos son beligerantes... ¡contra nosotros! Ventean la sangre en que ahogarnos; las llamas en que fraguar los repuestos de su máquina estatista. Pues en eso están de acuerdo: que todavía rinde poco. Sus disputas son de técnicos; por cómo expoliarnos más.

La guerra es de ello. ¿Se viene? Que llegue, pero nos halle peleando por la anarquía, desde nuestra sangre también en llamas.

La revolución es nuestra. Tarea previa: ni neutrales ni guerreros; cuadrarse revolucionarios. ¡Siempre revolucionarios!

## EL HOMBRE FUERTE

Cualquier buey, de esos que cinchan como diez toros; o cualquier militar, de esos de entrañas como diez hienas; o, si no, cualquier burgués, de esos que se asientan en la inercia como un ladrillo en un muro sobre el que pesan diez siglos, puede representar la fuerza. Porque son la mayoría bestialmente vigorosa. En el anverso de una medalla en honor del hombre fuerte podría acuñarse la facha de cualquiera de éstos.

En el reverso podría acuñarse esta otra, más buida, pero más fiel: la de uno de esos que saben que la irremediabilidad es también una manera de resistir. Y que ante todo empuje lírico –punta de hierro o de fuego en sus vidas perezosas– se empaquen como diez mulas. Y si marchan, será siempre desollando el suelo con los talones.

En el corcho se embotan las hachas. ¡Haceos de corcho! Al corazón de la piedra no llegan la voz ni el golpe de los que exigen justicia. ¡Haceos de piedra! Seréis la fuerza. Los fuertes.

Y sin embargo... Desde que el humano ser se puso de pie en la tierra, su fortaleza fue aquella que se evadió de sus garras, como el agua cantea rocas, para irse por otros cauces y ser recogida por otros cántaros. En la cabeza del hombre que ama a los hombres, y por ellos piensa y suda, perla y centellea la vida su verdadera fuerza.

¡Amar! ¡Pensar! ¿Dónde está el monstruo de opacidad o pesantez que al besar la boca amada, o lograr la bella, la justa idea, no ha sentido que su cuerpo es fluido y tierno? El pensamiento y el beso son las alas de la sangre, lo que nos alza y avanza sobre la bestia.

La fuerza y lo fuerte de hoy es lo que corta y ahoga la respiración del mundo. Fuerza de militares y esclavos; de los indiferentes y los burgueses. Fuertes son –¡ah, ya lo creo!– como peñascos y muros, ancas y corchos.

Y es ante esta fortaleza, eterna y mayoritaria, que nos sentencian los débiles: –Es fatal que seáis vencidos. Ley es que la inercia triunfe del movimiento. Empeñados en empujar un avance para el que sería preciso bandear los montes y despellejar los valles, está escrito que caeréis. Siempre caísteis.

Y así fue, y no de otro modo. Pero igualmente está escrito que os guardéis de morir estando vivos. Si todo es fatalidad, también es fatal ser hombre. Fatalismo a fatalismo, vencerá el de mayor fuerza. ¡Haceos fuertes!

## ¡VIVA LA ANARQUIA!

Las banderas de la tierra son las flores. Las banderas de los pueblos son los gritos. Pueblo somos, compañeros; gritemos nuestra anarquía.

## VELORIOS

Hay un receso también, como en las savias del árbol, en los fervores del militante. La caída de sus hojas; el desalojo del fuego por el frío. Su invierno, en fin.

No será para envidiarlo. Sentir que nos apagamos, que un viento oscuro nos hiela, que ya no hay nada que hacer más que arrojarse y dormir. Y a la suma de tinieblas, que enfrían a la humanidad, agregarle nuestro cero... ¿Dónde está la luz a que íbamos?... ¿Es que existía siquiera?... Nadie contesta tampoco; porque también nuestra voz es una luz apagada. Es como si las cenizas preguntaran por las llamas.

¡Será triste! Pero todavía hay más. Para el hombre siempre hay más, lo mismo arriba que abajo. Puede haber, pues, más invierno que este invierno personal. Y es cuando ve el bajonazo de cuanto él miró encendido, como flor o como grito de rebelión o destino, también en la muchedumbre. ¡Ah, esto ya es trágico! Porque él quería creer que el apagado era él solo; que otros ardían por ahí. Se absolvía en esa esperanza. Pero ahora mira, y es todo; todo es sombra. Pone el oído en la tierra, y nada tampoco: todo es frío. Es la noche sobre el pueblo. El enlutado silencio bajo el cual hasta las luces de los que velan sus armas parece que están velando cadáveres.

Que no hable quien no sepa de este trance. Que no me venga a decir que esta tragedia puede ser también un poema: el poema del que se tiene de pie cuando todo se derrumba. ¡Nunca! Siempre es más triste que heroico. Porque es mentira, además, que “el hombre solo es el más fuerte”. Eso lo puede afirmar sólo quien desprecie al hombre; el que no sepa, o no quiera, hacer amar en los otros los amores de su vida; amorosamente; un resentido o exhausto individualista.

La anarquía es su milicia; la lucha por un estado social que haga imposible e innoble cuanto ahora posibilita las innoblezas sociales. No hay, pues, para el anarquista, apañío ni absolución cuando el anarquismo cae. No tiene nada para tirar por la borda. Se hunde con todo.

Así es la cosa. Y así, desde unos años, viene siendo en la Argentina nuestra vida militante. ¡Qué invierno largo! ¡Qué bajonazo alevoso; sin un rellano siquiera; como por un tobogán; manoteado hacia las heces!

No precisamos que nadie nos explique esta tragedia. Ya la sufrimos bastante. Y ya sabemos también que no es con historias clínicas que nos harán de ella un poema. Quienes, diríase, lo ignora, son aquellos compañeros –muchos a través del país– hace tiempo dedicados a pláticas y consultas alrededor de esta crisis. Creen salvarla conversando. Pero se juntan, y nada. Lo que sacan son diagnósticos que más parecen partidas de defunción. ¡Claro! Es como si las cenizas preguntaran por las llamas.

No, amiguitos. Si la anarquía es su milicia –que sólo es eso–, la salud está en nosotros. Aquí, como en todas partes, lo que hay que hacer es remontar nuestra sangre; correr el frío y la sombra con el fuego de la acción y la palabra. ¡Ser anarquistas! Ésta es la hueva. Y lo demás son velorios.

## DESCARTE

Descartemos lo que ya estaba previsto también por los ganadores de la otra guerra: que la paz que habían impuesto duraría lo que durara la debilidad de los que perdieron. Como en la anterior a aquélla, la del 70, los que entonces ganaron, sabían igual. Y como en ésta, y en todas, siempre han sabido: que su razón es su fuerza.

Cuanto a decirnos que si unos, los demócratas, son malos, otros, los totalitarios, todavía son peores, es soltarnos arañas en las paredes. –¡Guarda, el cuco!– Este planteo optativo, además de pueril, es contrarrevolucionario. Lo descartamos.

Y seguimos el descarte. La guerra no ha sido nunca lo que afirman los marxistas: una fatalidad camaleona, negra o blanca, mala o buena, según quien la haga, o por qué. Es fatal, mas no en la historia, sino en la biología del Estado. Es su respiración. O la hace, o se ahoga. “El espacio vital”, que reclama Hitler, no es un capricho de loco; es el que tenía Inglaterra, y que ahora ve peligrar Norteamérica. La diferencia es de tonos o de modos; de comprarlo o de agarrarlo; de farsantes o de cínicos.

filetes, dibujos y garabatos. También sé trabajar algo. Vea esto a ver...

Pero no tengo herramientas. Con esta pluma, este pétalo, esta viruta de metal, no puedo. ¡Ay, no sé!

## ¡SALUD Y R. S.!

La pampa, que hoy han cargado de alambres como cadenas, los ricos, fue una vez libre. La cruzaban los paisanos macerando con los cascos de sus potros los trebolares. Iban, igual que las aves de selva a selva, por ancha vía sin obstáculos, de pago a pago. Como el cielo ahora, ella estaba abierta entonces a la canción y a la audacia. Era una tierra gaucha.

Pero surgió el propietario. El hierro de los machetes milicos y el palo del crucifijo católico se trocaron en postes y rejas sobre la pampa. Y fue dividida en celdas la cancha inmensa, y tuvo capataces como un ingenio y portones y ordenanzas como una fábrica... El gaucho ganó la selva o la sierra; se hizo matrero. Y es desde entonces ahora que, cada vez que dos de ellos se topan en un camino, o se apean bajo de un tala, o se guarecen de la intemperie en un puente, primero se ofrecen mutuos servicios, dividen caña y tabaco y exaltan las excelencias de sus caballos; pero al irse, al separarse, siempre, siempre, dejan caer, sobre el lacre oscuro y cálido de sus dos manos unidas, esta juramentación de cuño gaucho: “¡Güena salud y mal istinto!”

Sí, sí. Buena salud para sobrellevar la mala vida; mal instinto para vencer, aunque sea a traición, el destino fiero. A ese precio pueden seguir siendo gauchos todavía; gauchos libres sobre una pampa esclava... Y bueno. Los anarquistas no vamos para la selva o la sierra, hacia el desierto; venimos a la ciudad y a los hombres, hacia el pueblo. Traemos algo que no podríamos dejar de sembrar en él: el ideal de un mundo abierto, en el cual vayamos todos por ancha vía sin obstáculos como las aves del cielo.

Desde que esta idea surgió empezaron a cruzarse en todas las direcciones nuevas palabras también. Tenían, como aquéllas gauchas, algo de juramentación, de consigna, de santo y seña. Decían: ¡Salud y R. S.!

Sí, sí. Salud para resistir prisiones, transitar la tierra esclava, descender a la miseria y subir al sacrificio. R. S. para llegar al comunismo anarquista. ¡Salud y Revolución social!, querían decir. Y tiritando en Siberia, el mártir volvió los ojos al sol, a la libertad, al pueblo y dijo: ¡Salud y R. S.! Y dando la espalda al vicio, aclarado en su destino, el trabajador leyó en la primera página de su periódico: ¡Salud y R. S.! Y enflaquecido de fiebre, loco de amor y justicia, el héroe hizo volar un tirano y subió a la horca o al tajo, gritando: ¡Salud y R. S.!

Y Kropotkin desde Londres, entre las brumas, y Malatesta en Italia, bajo los cielos sonoros, y Pedro Gori en la mar, sobre las crestas azules –los sabios, los fuertes y los poetas–, escribían, blasfemaban y hacían rimar sus estrofas: ¡Salud y R. S.! Y el rebelde en la prisión, el herido desde el lecho y el deportado desde el destierro, a la amiga y al amigo, a la madre y a la novia, sobre la masa de afectos que les enviaban, como sobre un tierno lacre, esculpían: ¡Salud y R. S.! ¡Salud y R. S.!

Y hoy que se alza sobre el mundo el sol de la libertad, compañeros proletarios, como nunca, como siempre, gritemos: ¡Salud y R. S.! Sí, sí. Salud para resistir el último encontronazo con los tiranos y Revolución social para implantar en la tierra nuestro comunismo anárquico. ¡¡Salud y R. S.!!

[1919]

## LA SENCILLEZ

He aquí otra cumbre que tenemos que ascender. La idea, que brote de nuestros labios limpia. Que en nuestras vidas de peñascos calcinados, sea ella una agua fresca.

Los pensamientos más altos no son los más complicados. Las complicaciones residen en el proceso que han debido atravesar para aparecerse nítidos. En el árbol de la ciencia sólo las síntesis valen.

Debemos ir a las síntesis. Subir las ramas de nuestros conocimientos hasta alcanzar a los frutos. Poseer ideas fecundas aunque pequeñas. Poseer semillas.

Ser sencillo no significa ser simple, sino haber traspasado todas las dudas internas. Éstas interesan poco a la vida. Como la tosca, la greda, el barro, al pocero que cava en busca de agua.

¡Ah, seguro que cada gota nos va a costar un proceso doloroso! Tendremos que hacernos una sola cosa dura con la herramienta. Pero, ¿qué importa?... Sobre una boca de piedra es donde sabe mejor, más fresco y bendito el sorbo.

Cavemos nuestro solar hasta la napa viva. Ascendamos en nuestro árbol hasta el fruto dulce. Y en el hueco de la mano, o con una bandeja de hojas, demos lo que haya en nosotros de más sencillo. Que eso será también lo más fecundo.

### EL FORASTERO

Los burgueses habían despojado al pueblo muy lindamente. Luego, desnudo, le arrojaron al suburbio o a los campos; lo más lejos que pudieron. Y ya no contaban con él para nada más tampoco, a no ser para arrancarle cachorros para su ejército, potrancas para su monta o bueyes para sus surcos.

La práctica de esta infamia, consentida y alabada por los que medraban de ella, llegó a darles la ilusión de que el pueblo no existía; que el fruto de su trabajo era una herencia vacante que ellos podían dilapidar tranquilos. Y así han pasado las cosas por mucho tiempo. Hasta hoy que el forastero es venido.

Sí, sí. Todo esto que veis ahora, de alarma o de ira en los ricos, es apenas eso sólo: que el pueblo viene a reclamar su parte; su pan, su cama, su techo; cuanto él hizo con sus manos, alumbró con sus talentos y abonó con sus sudores. Lo suyo, lo suyo; no lo que le habían dejado: suburbio, desierto o monte, no; no lo del perro, o lo del tigre o lo del águila, ino, no! Lo suyo: isu lote de hombre en la tierra; su puesto de persona humana en el mundo!

Almas bellas, corazones inefables los de los burgueses, ¿eh?... Ved lo que hacen ante el reclamo apremiante de sus hermanos: trancan con hierros las puertas, o montan guardias sicarias o incursionan entre el pueblo a bayonetazo limpio. Matan, castigan, deportan. Y todavía se dan tiempo para proclamar a grandes voces: –¿Nosotros?... ¡Si somos lo mejorcito sobre el planeta, nosotros! Comparadnos a ese bárbaro que desordena en la calle, hediendo, rústico, zafio. ¡Chusma!

Y tiene razón los ricos. El venido, el forastero, posee todas las layas de un energúmeno. Viene de lejos, de lejos; de la miseria y de la injusticia. De una cumbre, de un suburbio, de una cueva. De donde le habían echado a perderse, a depravarse, a morirse...

Sólo que el dolor y las tinieblas tiene también sus virtudes. Sí, sí. Quien no muere o ciega en ellas, surge acerado y vidente. ¡Ni cegó ni murió el pueblo!

Hoy ha acampado a tus puertas; mañana estará “con los dedos en tus ojos y las rodillas sobre tu pecho”, burgués. Tendrás que entregar, no más, devolver y repartir. Así lo quiere y lo manda tu despojado de ayer: ¡el forastero!

### REVOLUCIÓN SOCIAL

¡No hay paz, no hay paz! Esperarla de los amos es como esperar un beso dé la boca de un cañón, una fruta de la vaina de una espada: ahí no hay más que hierro y plomo. Fuerza que debe contrarrestarse con fuerza.

Mirad sus instituciones: están cercadas, como trincheras, de un alambrado de púas que viborea en las lomas o se hunde como un azote en los valles. Detrás de ellas, los corajudos burgueses se hacen fuertes. Una espesa nube cálida cubre sus ojos; es inútil, infantil, acercarse en son de paz, con bandera blanca; ellos lo ven todo rojo, teñido `en la convicción de su prepotencia.

¡No hay paz, no hay paz! Mirad al pueblo: los hogares de los, pobres parecen tablas en un naufragio; pero no todos los naufragos lloran acobardados. Alguien entre ellos vigila, escucha y espera... Su oído, su corazón y sus nervios se abren, se estiran a recoger, sobre todos los tumultos, uno, bajo todos los silencios, algo... ¡Un indicio, una seña, un grito, y saltará al abordaje, al entrevero, a la lucha, un padre,

es preciso que yo disminuya.”– Y así han plagado la tierra de estos tremendos fanáticos, en quienes uno no sabe qué admirar o despreciar: si su frenesí mesiánico, que a veces los hace mártires, o su carencia de escrúpulos, que siempre llega hasta el crimen.

–¡Adelante!– grita Trotzky moribundo. Es admirable. Y Frank Jahson, su asesino, declara que lo mató porque no estaba en “La Línea”. –¡Adelante!– Y con un zapapico le rompió el cráneo. Es despreciable. Pero los dos son marxistas. Es indudable.

Podían ser igual nazistas, o fascistas. ¿Qué es un objeto para éstos?... La sabandija o el monstruo. Se le aplasta y: –¡Adelante!– Pero hagámosle justicia: ni Mussolini ni Hitler son los creadores del método. Empezó en Rusia; esta en potencia en Marx.

Recordarlo es indignarse. No hay adelante ni atrás, si antes no hay libertad de pararse y discutir. Si esto no hay, hay la barbarie de Jahson, que mata a Trotzky, y la barbarie de Trotzky, que mata a los anarquistas. ¡Y yo protesto!

### HOMBRE A LA VISTA

Más allá de este momento de confusión y de horror, se ve una verdad serena: el poderío del hombre. Si en lugar de ser esclavo, y destruir, él fuera libre, y creara, ¡qué obra la suya, y qué vida! Dioses e imaginarias, ¡qué pobres cosas!

¿Hará tanto mal ahora porque no puede hacer tanto bien? No creemos. ¿Le habrán degradado al punto de no sentir, ni en sus huesos ni en sus nalgas, la desolladura viva del sufrimiento? Tampoco; también lo cierto y lo firme hay que verlo más allá. Es que, quien más o quien menos, el hombre sabe o intuye que en esta oscura tragedia no hay pasado ni futuro, sino un podrido presente; que es el que revienta al fin.

Nunca hubo guerra con menos pasión humana. Las más ancestrales hordas resplandecieron siempre de alguna fe: Dios, el valor, la aventura. Como chispas de las piedras, sacaban de sus instintos estos señuelos, y los seguían. Se empinaban o caían, pero señalando alturas, distancias, luces.

En ésta no; nada, nadie. Toda es dentro de un sistema, en la cerrazón de un límite, mirando abajo. ¿Qué quiere el nazi? Matar al que no obedezca. Y el demócrata, ¿qué rumia? – ¿Para qué la violencia, si con la vileza basta? – Y la suspiración del marxista, ¿quién ignora cuál es? Envilecer o matar a los que los otros dos todavía no pudieron, o no les interesa.

Suspiro, pues, o rumiación o querer que han de interpretar los pueblos como los actores buenos una obra infame. Sólo que en ésta la infamia no es por un rato, en las tablas, sino por la entera vida y para autores e intérpretes. Es la infamación al hombre.

Mirad, tocad, si podéis. Tiempo y espacio se llenan de los despojos de un mundo hecho astillas y carroñas. Oíd relinchar los guerreros, y recordad, si gustáis, sus más malditos relinchos. – Donde pise mi caballo no crecerá más la hierba –decía Atila. Animalito de Dios. –Donde llegue el enemigo que no halle más que cenizas. ¡Quemad la tierra! –dice Stalin. ¡Qué va a comparar!

Lo que ninguno proclama, ni susurra, ni remece es que adelante o atrás de este bestial sacrificio el hombre puede ser libre. ¡Ah, no! Caverna nazi, valle demócrata, brete marxista, siempre el tumor del Estado comiéndole los sesos.

Para esto y eso es la guerra. Y el hombre, ¿qué es? ¿Cómo podríamos saberlo? El punto de referencia es ahora su poderío para destruir. Pero así y todo, pensad: si en vez de la esclavitud, viviera la libertad, ¡qué obra la suya, y qué vida!

Acendrad esto; sangradlo. Más allá de este momento de confusión y de horror, ved esa verdad eterna. Ni este crimen, ni el diluvio, podrán ahogar su destino si él se yergue de lo más hondo en lo hondo de su matriz o su semen, para la creación y la lucha.

¡A erguir al hombre! Que muera o mate, pero peleando al gobierno. Y con el hombre a la vista.

feroz esclavitud que impera en Rusia. La dictadura.

Es la doctrina. Es el Estado, en que adoran, que les factura esta mística espantablemente abyecta. Contra aquél y ésta, nosotros. Igual que Bakunin contra Marx. Siempre. ¡Toda la vida!

## YO TAMBIEN TUVE VEINTE AÑOS

Ser joven –y Perogrullo nos valga– es no ser todavía viejo. Asunto de biología. Mas, no por tal, menos bello. Es estar sobre la vida como la flor en la rama o la cresta en la ola. Graciosamente y sin culpa.

Ahora, el ideal anarquista, que a esta criatura gane o emocione, es otra cosa. No es una cuestión del niño ni del anciano, ni del adolescente ni del adulto. Es una cuestión del Hombre. Fragmentarlo puede ser optativo o generoso, como dar pan a un hambriento o la libertad a un preso. Pero ésta no es la cuestión. Sociología o sentido, él es uno para todos, y también siempre inminente. Sus diversas planteaciones devienen de diferencias de capacidad y coraje. Asunto de uno, no suyo. Él está, estuvo, estará mientras haya un ser humano que pase de niño a mozo, y hasta de válido a inválido sin dejar de ser esclavo.

Entonces, lo juvenil en nosotros se reduce a esto: a la firmeza o la audacia de la acción o el pensamiento. Y si el que piensa o acciona juvenilmente es un joven, mejor todavía; más lindo. Aunque me golpee o me niegue, a mí, más que amargura o dolor, me produce noble envidia; me revuelca, pero sobre mis nostalgias. –¡Ah chiquito! ¡Yo también tuve veinte años!

Pero esto, que es mi cuestión, cuestión de viejo, no puede ser mi anarquismo, ni la anarquía; cuestión del Hombre. Y no debe ser tampoco la cuestión de esos muchachos que andan por ahí cuestionando posiciones juveniles. Porque eso no es anarquismo; no es la cuestión.

Y será cada vez menos cuanto más hondo o más lejos tiren la red o el anzuelo para pescar lo que caiga: socialistas, bolcheviques y... (¿por qué no?) también católicos. Cada pejecito de éstos echará su gusto al guiso que, al fin, no gustará a nadie. O gustará a los que de esas mixturas medran y engordan: al tiburón demagogo y al clasista camaleón.

¿Estáis para esto, muchachos? ¡Si sois anarquistas, no! Porque tenéis que saber que en todo tiempo y espacio esto dio un tremendo saldo: traición y calumnia y muerte sobre nuestro movimiento y nuestros hombres.

Estáis para ala anarquía, que es un ideal y un sentido, y no una edad o un enjuague. Estáis para el anarquismo, que debéis hacer más fuerte, más audaz y más rotundo si es que, de verdad, sois jóvenes. ¡Para esto tenéis que estar!

Y entonces, sí, criaturas. Mi viejo potro despeado retozará en sus nostalgias. Y relinchará de envidia. ¡Yo también tuve veinte años!

## ASESINARON A TROTZKY

¡Y yo protesto! Este crimen me subleva, sobre todo, por su móvil: anular a un objetor. Es cobarde. Me repugna más que a los propios trozkistas que, para lograr sus fines, justifican cualquier medio.

Porque tampoco me olvido: desde Marx, calumniador solapado, hasta Trozky, enfáticamente cínico, habrá cuantos matices gustéis en la promoción dialéctica; pero, por debajo de eso, hay lo que les es común y que no falla en ninguno: la prepotencia. Tras sus más bonitos cuentos y peliagudas exégesis, todos acaban poniéndote una pistola en la nuca. –¡Adelante!– Y al que discute y no marcha, ellos le vuelan los sesos.

Es la doctrina también, totalitaria y ceñida hasta no dejar resquicio por donde penetre o fluya ni un presentimiento ni un imponderable. Lo saben todo y no te permiten nada. Y lo que ignoran, si no cumple a sus designios, no interesa; al menos, hoy. Lo incorporan al montón de los que arrear a que engrose “el movimiento” o se aglutine en “la masa”. ¡Y adelante!

La consigna es superar al burgués, ganarle de punta a punta, desde matar a morir. Y todo por él “el Partido”. En cada hombre de “el Partido” hay un fúnebre Bautista que sueña o clama: –“Para que Él crezca

una madre, un niño!

Y vagando por las vías, encerrados en las cárceles, sumidos en las más tristes miserias, los malos, los peores, los desechados de amor, de bien y de ensueños, comulgan todavía un credo. Sus labios secos de fiebre, hinchados de maldiciones o macerados de alcohol, se mueven, tiemblan y sangran como llagas; rezan. –¡Creo! Creo que hay una sola cosa capaz de regenerarme. Ella será como un volcán en mi vida; echará fuera de mí el pus, la ceniza, el lodo; surgiré limpio, fecundo, sano. ¡Creo!

¿Qué es esto?... ¡No es la paz, no, no es la paz! La humanidad de la Tierra y de los siglos se ha contraído en un espasmo de alumbramiento. Se huele el grito que viene y se oye el dolor que crece. ¡Es la Revolución social!

## EL FRENTE ÚNICO

Hace mucho, tanto tiempo, que deseamos todos esto: una acción conjunta y única... El pueblo, la masa mayor, inmensa, contra esta minoría de todo el mundo y de siempre: los burgueses... El aliento de miles, millones de hombres, de herreros, batiendo en un solo fierro, a una sola voz... ¡Sería la Revolución, la Social, pues!

Para los comunistas anárquicos, éste y no otro fue el fin de todas sus luchas. ¿Quién se atreve a negarlo ahora?... Son sus ideas, los peñascos de sus cumbres, los que al caer en la corriente del pueblo le han hecho alcanzar el nivel que hoy tiene. Su acción, su acero y su bomba, y esta confianza de locos en el porvenir del Hombre, es lo que ha herido a los amos, fundado la nueva sociología y empujado más allá de la casta, de la patria y de la clase, el anhelo de redención proletaria. ¿Quién lo niega?

¡Queremos un frente único! Todos los pobres –no sólo trabajadores, sino también vagabundos, presidiarios y haraganes: ¡todos!– contra este solo maldito mal: el Estado. ¡Así se hará, o no se hará jamás nunca, la Revolución Social! Pero, ¿es de esto que ahora se habla?... Caudillos de sindicatos, electos al parlamento, nonnatos de comisarios del pueblo, decirlo claro: ¿es esto lo que soñáis?... ¿Queréis un proletariado unido contra el burgués, pero autónomo en su acción y libre en su iniciativa; o, simplemente, un frente de ejército único de cuyo seríais vosotros los generales, los capitanes, los instructores?...

¡Oh, la la!... Como otras veces, igual que siempre que hablasteis de unificar las fuerzas trabajadoras, lo que queréis es un bloque contra la idea libertaria, contra el principio de negación del Estado, ¡contra nosotros, vaya! ... Confesad que es la Anarquía el clavo que os hinca el culo y del que pensáis libraros levantando una muralla de pechos de proletarios entre vuestras nalgas y nuestra punta...

Para eso os amontonáis, mugiendo y graznando, gansos de los capitolios bolcheviques y bueyes de los pesebres del sindicato... ¡Sí, sí! Ante el rayo de este verbo que alumbró el escenario social y desata ideales de independencia entre el pueblo, hacéis lo que hacen las bestias cuando truena y cuando llueve: ¡ponéis las ancas! ... Y a eso le llamáis frente único... ¡A las culatas vuestras!

## ¡A NADO!

¡Bamos como en un buque, embarcados en nuestros diarios de propaganda. Todos los días desamarrábamos de nuestros puertos una o dos, hasta tres embarcaciones, con las bodegas henchidas, como trojes con espigas, con nuestras letras. Ya más parecía una flota, dueña y señora del mar, la papelería anarquista.

Sin pretender compararlos con los buques de los ricos, estos buquecitos nuestros nos bastaban a nosotros para embarcar y mandar a los cuatro vientos, en cuatro soplos, el polen de nuestro verbo. Volaban sobre las olas. Y donde tocaban tierra, su tripulación saltaba y desaparecía, campo adentro, sembrando ideas.

Nos bastaban, ya lo creo. Si alguna vez lo dudamos, hoy ya no, puesto que vemos que los burgueses les habían tenido miedo, recelo, encono. Tanto, tanto, que no pararon hasta saltarnos al abordaje, detenernos por la fuerza y piratearnos los barcos. Y así está ahora la tripulación de nuestra flota toda presa y los

buquecitos de la propaganda de todos inmóviles; sin fuego en la máquina ni luz en el tope. Ya no hay, pues, embarcación para nuestro movimiento en la república. ¿Qué hacer, ahora, para este pueblo conciente de nuevas cosas que había construido una flota para lanzarse en pos de ellas?... ¿Desistir, cruzar los brazos y darles todavía encima las gracias a los piratas de sable y de ley?... ¡Eso quisieran! Pero no, ¡nunca! Lo que no lleven los buques, sobre las olas, lo llevaremos nosotros, braceando, a nado. ¡Salto y al agua, pues, con el polen en la boca, con la propaganda en nuestros labios! Así fue siempre el progreso: ¡a nado! Las ideas bracean y avanzan con sus solas muñecas y van más lejos que todos los motores de las capitánías. Proletariado argentino: ya no tenéis vuestros diarios; en cada imprenta anarquista, un pelotón de milicos vigila que no se muevan las letras. Vuestra flota, empavesada de rojo y negro, está inmóvil, con los fuegos apagados, presa. ¿Qué hacer ahora?... Propagar con la palabra, con el ejemplo y con el hecho. ¡Salto y al agua, pues! ¡A nado, a nado siempre!

### ¡SALUD, OH TIEMPOS!

Hay algo más que el instante de nuestras vidas sobre la tierra. Después de nosotros no está el diluvio, la sofocación por el agua y por el fuego de cuanto aliente un ideal o un sueño. No digamos: ¡ahora o nunca! Digamos: ¡siempre! Así dijeron los mártires desde sus horcas: ¡salud, oh tiempos!

Atrás y al frente, hay algo más que nosotros. La tierra, el suelo es sagrado, no sólo por lo que da, sino también por lo que guarda: manos de obreros, corazones de valientes, cerebros de iluminados. Todo eso raja el arado, cava el pocero, amasan, para su rancho, los pobres. Todo eso canta al futuro: ¡salud, oh tiempos!

Para el primer esclavo, la palabra libertad debió sonarle como una sentencia de muerte: lo llamaba al sacrificio, lo empujaba, desnudo, al circo lleno de fieras. Temblando fue. Para nosotros es ahora un clarín de asalto. Resueltos vamos. Para los hijos nuestros ya será un himno. Cantando irán. ¡Salud, oh tiempos!

La humanidad se hace grande por minutos. Se levanta en las tinieblas, despega el rostro del suelo, sube, como un gran grito, en la luz, reza en el pan, remacha sobre los yunques, escribe con humo de chimenea en el vasto cielo azul. ¡Salud, oh tiempos!

¿Quién duda del porvenir?... ¿Quién, en el umbral de la aurora, piensa en la noche?... ¿Quién nos sentencia: ahora o nunca? Los bravos, de alientos largos y firmes, ¡no! Ellos ponen la eternidad como término. Tiran el brazo adelante, tantean las sombras y dejan caer las semillas... ¡Salud, oh tiempos, en que esta siembra de amor de los anarquistas dará pan de libertad a los futuros hombres!

### JUVENTUD

Cuando uno empieza a puntear hacia la vejez, es cuando mejor comprende a la juventud. Y una vez viejos del todo, comprendemos mejor todavía a los niños. Como ya no seremos ni ave, ni flor, ni fruto, miraremos desde abajo el árbol y lo abarcaremos en toda su maravilla.

La vida es siempre nueva. Si nos envejece es sólo para prepararnos el otro cuadro, el de la juventud ajena. Baja el telón de la nuestra, nos deja un rato a oscuras, solos con nosotros mismos, en una sala fría; pero a poco lo levanta y el espectáculo sigue, la primavera vuelve.

¡Sí, claro, es triste sentirse viejo. ¡Viejo! Al principio, nos resistimos bárbaramente. Cascamos cantos, pegamos barquinazos que queremos hacer pasar por pasos de baile; tendemos, en nuestros dedos fríos, besos de nieve a fantasmas de hielo. Hacemos el ridículo y no engañamos a nadie...

Es un cuarto de hora amargo. Quedamos solos. Solos, sí, puesto que nuestro mundo interior, el primer acto de nuestra vida, se ha ido, ha muerto. Gala de la carne, calor de la voz, llamarada del deseo: *fnix*... ¿Y qué hemos hecho en todo el tiempo vivido?... una que otra inocentada y tal cual ridiculez, cuyo recuerdo nos espesa aún más la sombra que nos envuelve.

### LOS MARXISTAS

El saber no obliga a nada ni a nadie, cuanto a moral o conducta. Es una aptitud, no más, que no implica, ni con mucho, una posición buena ni mala, Por eso la fe en la ciencia es tan salvaje o grotesca como la fe en la leyenda.

O, tal vez, un poco más, aunque parezca que exageramos. No hay ni centros ni derechas que den, como las izquierdas, en que actúan –o actuaban– los marxistas, tantos y tan pueriles fanáticos. Nunca nadie creyó más en sus dioses y profetas que esta gente en el Estado y sus jefes. Nunca tampoco hubo siervos autómatas y secuaces más científicos. No nos cuesta confesarlo: cual más, cual menos, todos tienen “su” talento.

¿Qué les falla, que no enriquecen la vida con acciones o emociones de libertad o belleza? La posición, sobre todo: el hombre, que no comprenden, ni se sienten, ni se aman. Parecería que se odiaran, a tal punto se someten a los más viles y negativos martirios. En la esperanza de un mundo, que está al otro lado de Éste, matan o mueren, se cierran o se entregan con una impudicia que espanta.

Pero, ¡atención! No queremos compararlos con los mártires cristianos. ¡Ah, no! Aquéllos no sabían nada; eran inefables brutos; chorreaban simpleza humana. Éstos saben: son rematados cultos; chorrean inteligente cinismo. Había una furia de negación en los otros, que no pretendía la ganancia ni el engaño; en éstos hay una furia de fullería y de enjuague que quiere afirmar su triunfo a costa de cualquier vileza o trampa. Y la diferencia, que es entre saber e ignorar, es también entre lo repugnante y lo admirable.

Los primeros en reconocerle a Marx su aporte al conocimiento de la economía y la historia, fueron los anarquistas. Carlos Caffiero, contemporáneo suyo, extractó y tradujo *El Capital*, antes que nadie. Y Bakunin, su contendedor más acérrimo, no pensó en negarle nunca la calidad de su ciencia. Que no era tanta, como los marxistas creen, ni de ninguna manera original tampoco. Pero sistematizaba muchos conceptos y datos en una teoría eficiente. Y se lo reconocieron.

¿De dónde les nació, entonces, el repudio insuperable, que aun hoy mismo nos separa? ¿De qué rincón de la conciencia o la sangre? Bakunin se lo expresó, una de las tantas veces que Proudhon intentó reconciliarlos: –Tú sabes más que yo; pero yo soy más revolucionario.

Ahí es la cosa. Entre las aptitudes de ellos y las posiciones nuestras es el conflicto. Entre quienes creen que el hombre, que se forjó las cadenas, puede romperlas, contra quienes creen que el propio proceso histórico ha de hacer crisis en una liberación. Aquello obliga a la lucha por la dignidad humana, siempre más consciente y viva; esto obliga a un fetichismo hacia el progreso y sus técnicas, tan salvaje o tan grotesco como la fe en el Mesías.

No creemos, con Waldo Frank, que este mesianismo advenga de una secta o de una raza. Según él, porque Marx era judío, su tesis materialista no es más que un formal fraseo. Lo entrañable, que la nutre, es de vieja raíz profética. Después del industrialismo la libertad, no sería más, ni menos, que lo de Cristo, también hebreo y, como tal, mesiánico: Tras este valle de lágrimas, el paraíso...

No creemos. Es la doctrina. Es en ésta que va anejo el sometimiento tácito, sin esperanza, desesperante. Ella, la que fulmina y arrea a sus militantes, desde la altura en que, siempre, invariablemente, coloca a un jefe. Porque, donde hay dos marxistas, uno es quien manda. Ésa es la ley.

Y, cuando son millones, ése es también el Estado. Los demás son materiales, de choque o base, que ése organiza o destruye, levanta o hunde. Haga lo que haga, ahí están ellos para justificarlo a ése. ¿Qué ocurre ahora? Lo de siempre del marxismo... No hace todavía un mes estaban, codo con codo, con los demócratas. A esta fecha, lo mismo, codo con codo, forman en la otra vereda. ¡Y tan tranquilos!

Al contrario de indignación o vergüenza, los topa usted y se los halla rezumando regocijantes albricias: –¿Se da cuenta, camarada? Con esta nueva política mandamos a los burgueses de Europa a exterminarse en la guerra. Después, sobre su exterminio, avanzaremos nosotros y... ¿Se da cuenta? ¡Ese Stalin!

¡Cinismo idiota! Porque no son los burgueses los que van a aniquilarse, sino los pueblos, los pobres. Y porque, aunque fueran ellos, los ricos, el triunfo de los marxistas sería la aniquilación del Hombre; la

vemos y que no puede ser peor.; además de proletario, tema también de sociologueros y literatos. ¿Qué nos separa y distingue de los marxistas?... Que ellos ven al explotado como se lo da el burgués, y nosotros en lo fuerte o inefable que éste no pudo extinguirle. Son posiciones de desprecio o aprecio; de traer a la superficie su oculta vida, libre o justa, y que la viva, o aprovechar la indignidad en que vive para justificarse de dictadores. La eterna lucha del que ve la sociedad como un fatalismo histórico y del que ve en los hombres, y, justamente, en lo que se les persigue, las posibilidades de transformarlo. Ya era poco quitarle el fervor al que ara y al andariego el tránsito. Todavía protestaban. Era preciso infundirles una mística social que los encegueciera al punto de creer que perderse en lo mejor que tienen es ganarse en un estado mejor. A eso tiran con su etapa industrialista. El problema del gaucho es otro que el del labriego, pero ni chocan ni se eliminan. Se cruzan. Son dos modos de querer la vida: hacia adentro, arremangada, verticalmente; o hacia fuera, panorámica, en la inquietud horizontal de las distancias. No hay más ni menos en el que cava que en el que anda. Si uno enriquece la tierra, el otro la hace más grande. Ni es de hoy, tampoco, y de América, esta diversificación de amores, sino del entero mundo, y de siempre. El conflicto, como todos, lo ha creado la autoridad. El gaucho es un libertario. El labriego un justiciero. Ésas son sus realidades vivientes y sociológicas y no lo de un egoísta o un pobre diablo, que le acuño el burgués y que los bolcheviques quieren remacharles más. Sus problemas sólo tendrán solución, a través de nuestros medios, en nuestra finalidad. Libre no se puede ser más que entre justos. Y al revés, hacerlo comprender de ambos es iniciar la rebelión en los campos por el Comunismo Anárquico.

### DESDE LA TIERRA DE NADIE

En esta guerra europea, como en la otra, los anarquistas estamos entre dos fuegos. El coraje y el peligro no es en el foso ni en el aire, ni en la Maginot ni en la Sigfrido; es en el medio; en donde explotan y rasan los furios de ambos bandos. Ahí está el hombre; conciencia denunciadora del crimen; área moral que unos y otros quieren romper y bandear. Como una tierra de nadie.

Nazis, marxistas, demócratas pelean por formulaciones que son apenas matices de un sombrío oprobio: el gobierno. Ganar, para todos ellos, es apagar ese foco, cada vez más luminoso en el espacio y el tiempo: la libertad. Y a ésta es que arrear, cada cual desde su campo, para un solo asesinato. Sobre ella tiran, cautelosos y metódicos, antes que sobre cualquier objetivo.

Tiran con esta consigna: ¡Todo para el Estado! Muerte, pues, o infamia y cárcel, al hombre libre, de nadie. Porque éste es el peligroso y el corajudo, y no aquel que al otro lado quiere, al fin, lo mismo que el que aquí manda: mandar.

Y es que ellos sienten y saben. Donde quiera que estallara la rebelión a su mando sería el final de la guerra; la libertad creadora alumbrando el universo. Aquella que alumbró a Rusia, y contra la que baldaron sangre y plomo los marxistas. La que alzó el pueblo en España, y que tuvo más bomberos que atizadores.

A ésa le temen. Y por ello es el tanteo en que unos y otros se agotan, sin acabar de trenzarse. Tantean al Hombre; a su conciencia rebelde que hay que romper y bandear; como una tierra de nadie.

En esta guerra europea, como en la otra, los anarquistas estamos entre dos fuegos. Pero nunca, como ahora, hubo también en los pueblos menos convicción guerrera ni más escepticismo de la victoria. Sienten lo que nosotros sabemos: que el solo aprovechador de su coraje y peligro será el Estado, marxista, nazi o demócrata.

Es el desgano y la duda por la causa de los amos, que hay que hacer certeza y gana por la causa libertaria. Ésta es la pelea de hoy, y siempre, del anarquismo. Frente a ambos bandos; en medio a sus dos trincheras. Ganaremos cuanto más corajeemos, peligrosos. Desde la tierra de nadie.

Es para llorar o para morir. Pero hasta la voluntad, el coraje de matarnos, se fue también con la juventud. Y en cuanto a lágrimas... sólo lloran los que saben cantar...

Y en eso estamos, como con un trago de hiel en la garganta: los ojos cerrados, los brazos caídos, la cara hecha un puño de arrugas... Pero, de pronto... ¡iqué sol, qué viento, qué música nos arrebató, nos estremeció, nos ilumina?... La juventud de los otros, la primavera de los niños. ¡Cosa inefable! Miramos en cada mozo un fruto en sazón, en cada moza una flor abierta, en cada nene un pétalo de la vida. Y quisiéramos ser tierra, blando y poderoso terrón, para que ellos se nutran de nuestra savia.

La vida es bella porque no se reprisa y sigue siempre. Y, a propósito, ¿no es esta convicción nueva un terroncito también fecundo?... ¡Es! Y en él debemos plantar los viejos el carozo de una segunda juventud nuestra.

### HACHAS DE PIEDRA

Tan infantil como creer que delegando un derecho nos representan, es pensar que una fórmula de partido o de secta deba cumplirse a la letra. Siempre habrá los que rebasen los cuños, salten las tapias, se sueñen que es puro orégano el campo. ¡Felices ellos!

Es tal el hombre, que, si para que edifique le daís piedra, con la piedra se hará un hacha antes que nada. Y si plumas para su colchón, lo primero que intentará es ponerse alas. El que dijo que la ley se ha hecho para violarla, dijo muy bien; violar la ley es lo mismo que robar a los ladrones; una forma de la audacia que tienta a todos.

Sectas, partidos, escuelas, no son más que transacciones con el ambiente. A veces son transacciones con una determinada filosofía. Pero siempre leyes hechas, inamovibles, contra las que alzaré el hombre su inquietud de cosa viva.

La razón es de los jóvenes. Y éstos son, precisamente, los que rebasan los cuños, saltan las tapias, se sueñan que es puro orégano el campo. Felices ellos. Felices también nosotros, si podemos darles piedras para que nos vuelvan hachas.

### NIDOS DE BOMBAS

No hay novedad en el mundo. Dios sigue en las alturas y el diablo en los abismos. Cualquiera de ellos que se asomara a la Tierra, no podría menos que volverse bostezando: -¡Ta, ta, ta; siempre la misma música!...

Y así es, en la superficie. Somos no más que ediciones nuevas de libros viejos: hombres, hombres siempre. Sueños y angustias nuestros: ¿qué? ¿No fueron soñados antes, gemidas miles, millones de veces?... Remontes hacia el impíreo, descensos a los infiernos, el cantar de los cantares y el clamor de los clamores, la rebelión de Espartaco y la renuncia de Cristo: ¿qué?... ¿No está todo en el mismo arco del destino sonando en la misma caja de la vida?

Sí, sí, sí. No hay novedad en el mundo. Pero hay extensión, siembra a voleo, desborde de los torrentes a las llanuras. Eso se ve, si no se mira, a los hombres, como a libros por las tapas, sino como a almas, a sus ideas; no a su carne, que es un triste garabato sobre la Tierra, sino al espíritu que fluye de ella y llena abismos, azota montes, registra el llano, como un gran viento que llevara a todas artes una misma semilla de fuego: ¡la inquietud, la angustia, la rebelión!

Hay novedad en el mundo. El ideal se une con la fiereza, la voluntad se abraza con el ensueño. Job, el de las lamentaciones, canta, y Espartaco, el de la acción, medita. Entráis al cuarto del pobre y halláis, bajo su jergón, su libro, y bajo su libro: ¿qué?... ¿Un collar de amuletos, una estampa de Cristo, un frasco de aguardiente?... ¡No, pues; no! Halláis un nido de bombas.

¡Eh, tiranos! ¿Qué hombre nuevo se alza en vuestro esclavo viejo?... Toneladas de cartuchos bajo toneladas de literatura recogen diariamente los policías vuestros. Garras y alas, canciones y blasfemias, abrazadas, confundidas, juramentadas para este solo destino: ¡vivir libres o morir peleando!

¡Eh, dios! ¡Eh, diablo! ¿Hay, o no hay, novedades en la Tierra?... ¡Asomaos a ver esto!

## GUALEGUAYCHU

Más que clamar y enfurecernos, hagamos brillar sobre la horrible tragedia que nos circunda, el resplandor de nuestra entera conciencia. Todo el mundo es Gualeguaychú ahora. Echemos en el enorme prosencio en que los bárbaros fusilan trabajadores, aventan niños a tiros, flagelan pechos de madres, nuestra razón anarquista, como una antorcha chisporroteando resinas. Y sea a su claridad que busquemos a las bestias para ultimarlas.

La sangre, la vida humana no valen nada ya; ni las nuestras ni las de ellos, esto se ve. Vamos a otra cosa, entonces. Total, si hay que morir, moriremos; y moriremos más pronto si en vez de alumbra la escena, clamamos en la oscuridad furiosos.

La hora es de acción y de crimen, sí. Pero las horas sociales no valen por los horrores que marcan sino por los derroteros al destino que abren. No son los muertos los que contamos, sino los derechos que alzaron los vivos. La Revolución francesa, la Comuna de París, la propia actual que están enterrando los bolcheviques en Rusia, son, no más, cañonazos al suelo, hacheaduras en la selva, explosiones en los montes: furia, desquicio, clamores. Y, si no las alumbrara un sueño, un ideal, la antorcha eterna de la libertad, no estarían ni en el recuerdo siquiera.

Sí, sí. Contra este crimen burgués, este Gualeguaychú que va de plano a plano del mundo, tenemos que levantar la acción, el hecho, la voluntad justiciera de los pueblos. Y tenemos que ir nosotros, los anarquistas, entre ellos. Hay que apurar la tragedia hasta sus últimas consecuencias. Pero hay también que alumbrarla con una ideal libertario, de claridad meridiana, santo y alto, universal y profundo: icon el comunismo anárquico!

Pues cuando pase esta hora, tampoco aquellos que vengan van a contar los caídos. No van a ser nuestros huesos los que alzarán de la tierra, sino nuestros pensamientos de amor, de paz y de vida libre. Caigamos, pues, por algo más que por odio o por venganza: ¡por la libertad, que ha de perdurar eterna; más allá de nosotros, más allá de los tiranos, más allá siempre!

[1921]

## LOS TRIUNFADORES

El triunfo no lo dan hoy más que los poderosos y los estúpidos. Pero he aquí que éstos no tocan ni oyen sino lo externo, la superficie y el ruido de cualquiera obra. Lo puro en Arte, lo noble en Ciencia, lo que fluye como luz para alumbrar el misterio o se clava como afán de mejorarse a sí mismo, les deja ayunos. Eso sólo lo aquilata y lo bendice el pueblo.

Pero el pueblo no corona, ni aclama, ni alza en sus brazos a los triunfadores. Aunque quiera hacerlo, no podría tampoco. Está muy débil, muy pobre, muy bajo.

A los fuertes, a los buenos y a los bellos, el pueblo pide más. Con la desesperación del que, ahogándose, pide tablas, pide más; con el clamor sombrío con que el que está en un abismo pide alas, pide más; con el doliente suspiro con que un niño con hambre pide pan, pide más. ¡Pide más!

¡Eh! Qué vienen a contarnos que tal o cual compañero triunfa y es coronado por los burgueses. Ése, o erró, giró de sí una pura bagatela y es presa a esta hora de una mortal vergüenza, o se ha alejado, se ha ido de nosotros definitivamente. Y en vano será que rece o grite lo contrario; no hay más hermandad de orígenes ni de fines. Ahí está para proclamarlo la sanción de los de arriba.

Ah, pero alegan: la belleza es para todos, la ciencia alumbra lo mismo a los buenos que a los malos... ¡No, no! No hay buena ni bella obra si no es revolucionaria: fuerte de espíritu y filuda como un hacha. La verdad pega en la cara, muerde a la mentira en la garganta, pelea siempre; y así aparece en la historia, llena de heridas, sangrando de los pies a la cabeza, y sería una injusticia horrible que fuera de otro modo.

Pero no, no. Sólo cuando combatimos de abajo arriba valemos algo. Las iras que desatamos son como

va, al finar el día, del taller o de la fábrica, como de odiosas cárceles; éste hasta quisiera dormir cobijado por las melgas, como semilla, o sobre los pastizales, como las bestias. La diferencia entre ambos es más de sensibilidad que de aptitudes; es la de estar en la vida con pasión o con desencanto.

Sobre uno y otro el Estado ha impreso deformaciones terribles; ya lo sabemos. Crean y producen bajo el mismo signo cruel, matador de todo estímulo. Pero, aun así, ese entrañable salario por el que el hombre trabaja, además que por comer, todavía lo percibe el campesino, mientras que el obrero ni lo recuerda.

La cuestión, entonces, no era de despojos ni de palos, como colectivizaron los marxistas de Hungría y Rusia. El problema no es solamente económico; es sentimental también. Su solución tenía que buscarse en la libertad. Y ahí fue donde la encontraron C.N.T.-F.A.I.

El celoso de su pedazo de tierra se la queda a amarla él solo; el que tiene la conciencia comunista, la comuniza... Y pasó como en la “La dama del mar”: al ver que no eran esclavos, los más torvos propietarios olvidaron el mío y tuyo; entraron todos en las colectividades. Y esto, mejor y más rápido que los trabajadores industrializados.

En plata: si algo pudiera extraerse de las patrañas marxistas sería esta sola verdad: la industria sirve al Estado, porque deforma al hombre; hierde de muerte el sentido de lo solidario y cósmico. Mientras que en las labores del campo va implícita la alegría de crear en base al apoyo mutuo y al libre acuerdo. Y esto no es cuento o leyenda: es viva historia en la vida de los labriegos españoles.

## EL GAUCHO

El literato es el hombre que charla el arte. No es aquel de quien se ha dicho que se le dio la palabra para que oculte el pensamiento. ¡Quisiera! Esto sería suponerle una riqueza celada, la flor bajo la hojarasca. Todo lo contrario de él, que cree que ha venido al mundo al solo fin de expresarse y, lo que es más grave, a ayudar a que los demás se expresen. Y da carmín a lo rosa y yeso al mármol... Resultado: para saber de sus héroes lo único que no hay que hacer es leer lo que él dice de ellos.

El cientifista, en cambio, es otra cosa, más seria. Su contratipo. Es el hombre al que la ciencia –que es a la sabiduría lo que el ingenio es al genio– se le ha hecho cifra. Tanto como aquél, al desmesurar, falsa, éste, para verificar, elimina. Pero lo vivo es fluido, y no tiene más remedio que operar sobre lo muerto. Busca la claridad de la llama en las cenizas. Se va al estómago o a las venas y, desde su salud o su peste, proclama el fatalismo de los destinos. No hay voluntad ni misterio. Hay microbios y factores económicos... Resultado: todos los interrogantes tienen respuesta. Los abismos interiores que aterraban a Pascal y la angustia metafísica que confiesa Einstein, son casos clínicos. ¡Ahora sabemos!

Lo que sabemos del gaucho por ejemplo, después que ellos lo han tratado al microscopio y a la escayola. ¿Es un superhombre o un pobre diablo?... “¡Palo desgraciao es la guitarra!”

La conquista de estas tierras se hizo con aventureros; con españoles de toda laya, pero de un solo instinto andariego: con santos o perdularios mordidos por la ansiedad de vivir para adelante. De esta semilla es el gaucho, hombre de vista clavada en el horizonte; con mínimas inquietudes por la sociedad y la hacienda, y máximas y sustanciales por las distancias. La llanura en que nació le solucionó el problema que le legaron, y que era llano también. El sentido de la libertad es horizontal. Se sentía libre, porque nada ni ninguno limitaban sus andanzas.

El hecho de que hoy –como ayer, desde San Martín a Rosas– quien quiera marchar lo encuentre sobre el caballo, prueba que sigue fiel a sí mismo. Se va para ganar lejanías que, para él, es ganar vida. A esta ausencia de compulsas utilitarias se debió el fácil desistimiento de sus derechos de poblador de la pampa. ¿Para qué acotar un campo y defenderlo?... Mejor era galopar, “refalarse” más afuera.

Sarmiento lo comprendió hasta las cachas. Con este nómada se pudo hacer una patria, pero no se podía organizar un Estado. Había que inmovilizarlo, haciéndolo peón o amo. “La propiedad es la autoridad sobre las cosas; la autoridad es la propiedad sobre los hombres”. Lo intuyó aquel gran mandón y se puso a gritar a los cuatro vientos: ¡Alambren! ¡Alambren! Y desde que hubo alambrados, el gaucho fue lo que

de bravura, de cordialidad sencilla. Se vuelve el hombre que fue cuando era gaucho. Y lo mismo que nosotros queremos a los bohemios, empiezan ahora a querer los trabajadores del campo a los lingheras. Ven en ellos la encarnación de sus sueños de vida libre, los perseguidos, igual que en otros tiempos sus héroes, por las policías brutales, los reivindicadores de sus derechos pisoteados por los ricos. Todavía no saben todo, pero ya presienten mucho: que el linghera es un trovador rebelde; algo así como el brazo de Moreira con la garganta de Santo Vega. Un gaucho nuevo, con más arbitrio y más voz; más completo.

Quien haya visto un linghera, ha visto, puede decir, a la mayoría. Porque eso se es por esencias, como se es triste o alegre, artista o santo. El equívoco no cabe, pues que sería equivocarse a sí mismo. Lingherear para concluir en peón, capataz o dueño de chacra, sería un fracaso. Y aquí no hablamos de fracasados. Hablamos de un hombre fuerte, romancesco y belicoso. De un tipo a cuyas espaldas parece que llamara siempre un gran incendio. Es la ciudad, con sus ideas libertarias, sus gestas bravas y sus ensueños gentiles, que le alumbraba, le sigue, le guía.

Un pasado de fuego y un porvenir de aventuras. Sobre esto, la melancolía sin término del desierto. Y en medio a todo, de pie, el linghera.

He aquí el hombre que aparece entre los gauchos y sopla sobre sus vidas un viento de rebelión que les alborota el alma y les requinta el chambergo. Les da folletos, periódicos, vacía su “mono” sobre sus recados. Y si no saben leer, les declama él nuestras prosas con el mismo énfasis con que un bohemio declama versos.

Cumple lo que otros escriben, vive la propaganda que otros propagan. El linghera es un compañero nuestro, nuestra palabra hecha carne, la Anarquía nuestra vivida al aire y al riesgo. ¡Salud, hermano!

## EL LABRIEGO

Una patraña marxista: la emancipación del pueblo vendrá sólo a través del industrialismo. Y cuando, como en Rusia, país de campesinado, se hace la revolución, otra patraña más: para acelerar la marcha sobre esa etapa fatal, la industria, es necesaria la dictadura bolchevique. En plata: palo, porque no te industrializas y, porque te industrializas, palo.

Campesino, obrero o técnico, la capacidad de convivir en un mundo sin tiranos ni parásitos, o está en el que padece a éstos, o no está en ninguna parte. Está, pues que si hay Historia de que se puede extraer algo más que embustes, es la de su ininterrumpido esfuerzo por emanciparse. Su vida es una espiral que no se cierra nunca, mientras que la de los amos ha debido cerrarse e ir a otras formas incontables veces. Son los Estados que se adaptaron al pueblo, y no éste a ellos. La decadencia está en el Poder, no en los proletarios. Tan cierto es esto que hasta los propios marxistas tienen que hablar en su nombre, y no en el de los gobernantes.

La rebelión en los campos no es más difícil ni menos sentida que en las ciudades. Es al revés: más fácil y menos prorrogable. Y ello, precisamente, porque sus hombres no están industrializados.

La tierra tiene encantos de sirena, decía Reclus. Lo que hay –y esto sólo lo siente el que abre el surco o cría el árbol– es que más que vivir de ella, con ella se convive, como con una hembra arisca y ruda que hay que hacer hermosa y tierna a fuerza de trabajos y caricias. Nos da lo que le encarnamos, y con sus donaciones nos remece el alma. Y si nos da poco y malo, no por eso la queremos menos. De esposa pasa a ser hija: por fea y triste, la queremos más.

El socorrido concepto del egoísmo y tozudez campesinos; cuando no es una incompreensión, es una blasfemia. El que habla de eso no ha trabajado la tierra. En ese peón desvalido o pequeño propietario que se resiste a entrar en las colectivizaciones que en Rusia imponen los bolcheviques, no hay una mala fe estúpida, sino un gran amor por una amada, que otros, sin amor, quieren gozarle.

El terrón no es la máquina con que el obrero produce cosas mecánicas. El talento será de éste; pero el fervor que irradia de lo que nuestras manos siembran y amparan, es del labriego. Aquél huye, más que se

nubes deshechas sobre los surcos: hacen prender y brotar mejor nuestras sementeras. Sabios, artistas, poetas: irayos debierais pedir, no palmas!

¡Éxitos, triunfos, coronaciones, bah, bah!... U anarquista, solidario de los hombres, combativo por el bien, responsable en sus ideas, desprecia eso, se avergüenza de tocarlo con unas manos que debieran estar rompiendo puertas de cárceles, o repartiendo pan o acariciando nenes. ¡Todo, menos triunfar ahora!

Derrotas pide el fuerte, no victorias. Armas y no laureles. Nacer de nuevo cada mañana, no apoltronarse como un dios reumático en el sillón del éxito. Porque él quiere dar más. Debe dar más.

## JUECES

Con el pie sobre el cuello de la víctima, el juez ya no ve sino sangre ni siente otra cosa que odio. Es una bestia confiada en su impunidad, y convencida, también, que eso la honra y la talla, la saca por arriba de los hombres como a algo grande, sereno y respetable... Sería curioso saber en qué abismante locura funda su creencia de ser superior al criminal que condena; con qué se lava las manos para ,no manchar a sus hijos después que mata; dónde pone la conciencia para dormir; cómo resiste, en fin, la tentación de ahorcarse.

En el fondo, todos los tribunales son lo mismo; todos los jueces. Y no variarán de esencias si, en vez de la burguesía, salen del pueblo. Sea de hierro o de cristal el frasco, el líquido autoridad hiede y envenena igual, si se le destapa y se le esparce. El poder de sentenciar: ¡ése es el crimen!

No hay derecho a matar nunca. Aunque hay, sí, el deber, a veces, de llenarse de dolor, cegar de luz y estallar de justicia. Pero esto es una defensa, no un crimen. Acto de héroe, no de bestias. Entre los jueces del mundo, ningunos tan bárbaramente cínicos como los de Norte América. Éstos unen el fondo a la forma: su odio se abraza con su fiereza; su ceguera con su locura. Y así dan esas sentencias que quedan luego en la historia como obras maestras de infamia, como espectáculos que se recuerdan siempre con angustia y asco. El ahorcamiento de nuestros compañeros en Chicago, por ejemplo. No menos bestial que aquél es el fallo recaído ahora contra Vanzetti y Sacco. Y con no menos cinismo seguirán sus juzgadores viviendo, aunque, después de cumplida la sentencia, la revisión del proceso pruebe que eran inocentes. Ni tuvieron piedad ni tendrán remordimiento.

Compañeros: Contra el derecho a matar de todos los jueces, alcemos nuestro deber de llenarnos de dolor, cegar de luz y estallar de justicia. ¡Contra la ley, la bomba!

## EL SEÑOR TODO EL MUNDO

Es inútil que busquemos fuera o dentro de nosotros, en los hechos o en las tácticas: no se encuentra otra salida a la sociedad presente que por la puerta ferrada de la revolución. Es el dilema. O pasamos por ahí o continuamos golpeando los muros con la cabeza.

Hemos llegado al momento en que lo único práctico es la utopía; todo lo demás conduce a desalentar y desalentarnos. Ya veis los huelgas: por más que amplíen su radio, si no se acompañan de sangre y fuego, no preocupan ni a los burgueses. Éstos saben que el fin es la tratativa o el sometimiento tácito de los obreros. Resisten, capean el temporal y, en último caso, trabajan ellos.

Por su parte, los huelguistas van viendo, cada día más, que es un sacrificio sin porvenir que se les exige. Vencedores o vencidos, saben que el fondo real de las cosas no se mueve a favor suyo. Siente, también, que como gimnasia está bueno ya, que en vez de tonificarles les agota tanto ejercicio.

Va, pues, resultando estéril y retardada cualquiera acción que no se enderece a un cambio fundamental de la sociedad presente. Sólo ella tiene el porvenir abierto, el camino firme y limpio de sorpresas, como una calle alumbrada hasta más allá de donde alcanza la vista. Las otras vana morir al cansancio y al pesimismo.

Es inútil que busquemos... El pueblo no quiere holgar ni oír discursos, sino batirse, hacer cuanto antes

su guerra. Darle motivos heroicos, bases de una libertad definitiva y le veréis poniendo su fuerte puño y su planta audaz en los sitios de mayor peligro. ¡No va a regatear su sangre, no!

Hemos llegado al momento en que lo sólo real es la utopía. Nadie de nosotros sabe cuándo ni de qué manera va a estallar la revolución social. Pero otra cosa sabemos: que no será decretada ni por los sindicatos ni por las federaciones. Éstos andan, hace tiempo, golpeando los muros con la cabeza.

La iniciativa va a corresponder a UNO. A uno que tiene más espíritu y más genio que Voltaire, según Bakunin. A el SEÑOR TODO EL MUNDO.

## LOS MONOS

Ésta es la hora del calzón quitado. Mirad adonde queráis y no veréis sino cosas al aire, cinismos al descubierto, camisas arrolladas a los riñones. ¿Qué son éstos: hombres o monos?... Monos, monos orangutanes.

—¿Y qué quieren? ¿Cuál es el fin que persiguen; por qué enseñan así todo?

—Nada o muy poco: mando, poder, gobierno. Pero eso sí, lo quieren por sus cabales, de prepotencia, por ese parque muestran, precisamente...

Ésta es la hora del calzón quitado. Los principios de la moral política, como los privilegios de la unión divina, han sufrido un bajonazo bárbaro. Reyes, burgueses o frailes no le fían ya a nada de eso sus destinos. Arman ejércitos, producen golpes de Estado, organizan para la guerra de conquista sus rebaños. Dios y la legalidad son una simples futezas deleznable.

—¿Qué es esto, pues?... ¿Se han vuelto anarquistas todos?... Sí, sí, anarquistas; anarquistas en la acepción que le daban ellos a esta palabra cuando hacían de hombre de orden; es decir, monos, monos orangutanes.

Esto es trágico, sin duda, por las víctimas que inmola, pero también es edificante. El móvil autoridad se nos muestra al fin desnudo. Se ve, se toca y se huele que, echada la púrpura o el manto, el frac o la blusa al aire, lo que queda al descubierto es algo sucio, bestial y hediondo. Lo que le queda a Lenin en Rusia; al ex rey de Austria y Hungría, al fraile Sturzo de Italia; a todos, a todos: cinismo, impudor y sensualidad de mando; como quien dice: un culo y un par...

Monos que zangolotean los vientres y los riñones aparecen en la tierra todos los que puján por gobernanos. Socialistas o conservadores, reyes o frailes: monos, monos orangutanes.

Que cada pueblo se ponga a cazar los suyos. Los embolse o los enjaule. Pero, por lo menos, que los cubra, que los tape. ¡Ya está bueno de tanto calzón quitado!

## SOLDADOS DESCONOCIDOS

Hay en todo ser, oculta, una corriente de simpatía y de ideal. Es la que, en horas supremas, moja los ojos, o canta, como en una caracola, en el cerebro, o rompe, como en un acantilado, braveando, en el corazón. Es el río de la vida que besa, empapa, fecunda la costra humana.

De ahí que, igual que ciertas tierras, separadas por la distancia y el clima, producen no obstante idénticos frutos, haya a través de las clases y la historia, hombres que nos dan de sí los mismos gestos e ideas idénticas. Que son como los soldados de una milicia civil que pelean sin verse ni oírse, pero con la vista puesta en un común horizonte. Hermanos y compañeros desconocidos unos de otros.

El viejo río de la vida mojó sus plantas, como, a una tierra maldita, un manantial subterráneo. Y los tornó así fecundos, audaces, bellos, en medio de un ambiente estéril, cobarde, feo. Y son los genios, los mártires, los revolucionarios.

¿Será a ellos a quienes honran los gobernantes de Europa ahora?... ¿A estos soldados de una milicia insurrecta, subversiva, sin disciplina ni jefes?... ¡Ah, no, no! A ellos nunca los glorificarán aquéllos. No puede ser; su sementera es de ideal, de libertad, de justicia, en un mundo cultivado para el odio, la ignorancia y la violencia. A ellos se les da caza, se les quema o se les befa. Su hogar no es el palacio, sino la celda; su

bohemia!

Ser bohemio quiere decir estar solo contra todos. Haber quemado las naves que iban a anclar en el puerto de la fortuna o la gloria. Echarse a la mar braceando, sin tablas y sin objeto. Reír, pensar y batirse porque sí: por no ser triste o bruto o cobarde. ¡Por la sola vida, vaya!

La bella holganza, la bella disipación y, la más bella de todas, la pobreza, serán tus bellas amigas. Tres muchachas que, según los filisteos, agotan la voluntad, el talento y otras yerbas. No creas. Nadie podrá saber nunca de qué especie es la semilla, ni de qué ubre o de qué napa abreva o lacta su savia el árbol de que yo te hablo. Y ese milagro será también tu milagro.

Y cuando llegue aquel día —¡ay!, el día que a todos llega—, y sientas cómo te cercan con rejas de sedas y oros; cómo te cubren la vida de azucenas y de rosas; cómo te aplauden y besan; entonces, penetrado de perfumes, ebrio de amor o de fama; amante o héroe, sé todavía bohemio. Abre una ventana arriba, en el cielo de tu dicha, y saca afuera tu estampa melenuda, corbatuda, sombreruda. Y bebe tu primer vino a la salud del padre sol, la novia luna, las hermanitas estrellas. ¡Bohemio! ¡Siempre bohemio!

## EL OBRERO

No hay más ni menos en las tareas de los hombres: más valor, menos derechos. Y de haber eso, sería a favor de quienes realizan las más ingratas. Pero no hay sino otra cosa: que en todas falta lo mismo; que todas están carentes de esa gracia elemental, plomada o fiel, que algún día ha de asentar a cada trabajador, recto y firme, sobre la tierra que pisa: justicia. Falta justicia.

Ved al obrero. Miradlo, si os es posible, haciendo abstracción total de toda idea o preconcepto; sin sobre ni subestima. Solito en su obra. Apartando la factura que os presente su burgués, lo mismo que la etiqueta que yo le cuelgue. Y sin pensar en qué luz o sombra ciega o alumbra su frente. En rama y en bruto. Sin adjudicarle nada: virtud ni vicio, dignidad o conciencia que puedan luego bajar o alzar vuestra calibración y vuestro fallo. En trabajador, no más... ¿Ya está?...

Y bueno. Ponedlo, ahora, en un campo, abriendo el surco; o al pie de un yunque, batiendo el hierro; o trepado en un andamio, con la canción, no en los labios, que ya sería muy poético, sino en la punta o el filo de su herramienta. O hacedlo gatear entre el grisú y el carbono; o doblarse, resoplando, bajo una carga; o tranquear junto a las ruedas de un carro que lleva trigo o estiércol... ¿Ya está también?

Decid, entonces: ¿qué veis?... mas con total exclusión de esa tabla de valores que os han dado para guiaros sobre el precio de sus obras; limpios, igual del sentido utilitario que del romántico. Como veriáis, si llegarais de un mundo claro y sencillo, a un sabio en su gabinete, a un artista en su taller o a un reformador social predicándole a la gente... ¿Qué veis?

¿No veis una afirmación, hecha con hechos, de una alta filosofía, y de un arte tallado en cosas que rezuman fuerza?... ¿No os sentís, viéndole a él sembrar, sembrados, y a oscuras cuando él apaga su fragua, y coronando la tierra cuando él corona una torre?... ¿En qué es menos que los otros que nos dan verdad y belleza?... ¿Decís que éstos crean las almas y modelan los espíritus?... Y os digo que antes que criaturas del genio, somos hijos del obrero, que nos mantiene y nos tiene. ¡Sus hijos!... “sin pecado concebidos”.

Lo que hay es que no hay justicia. Esa gracia elemental, plomada o fiel, falta aquí. ¡Falta justicia!

## EL LINGHERA

Es el bohemio de la ciudad trasladado al campo. El mismo tipo romanesco y belicoso. El mismo hombre, libertario por esencias, de pie al margen de las vías, como el otro de pie al margen de las sanciones burguesas.

Trae al desierto lo que su igual ciudadano trae al trabajo y al arte: nervio, audacia, libertad. Un nuevo valor activo que escandaliza al terrateniente y despierta entre los pobres dormidas notas fraternas, gestos flameantes y actos gentiles. Donde se mete un linghera es como si se metiera una herramienta fluida que cava, rompe y aflora, sobre la costra que ciega el alma del paisanaje, las escondidas vertientes de poesía,

blan las cárceles, pelean y mueren por la anarquía: mujeres y hombres, generalmente ignorados. ¡Salud a ellos, este primero de Mayo! ¡Salud siempre a los compañeros de la acción directa!

## LOS CURAS

El pueblo los llama cuervos. Pero esto es una calumnia: calumnia al cuervo. Comparado con el cura, el cuervo es un ave real. Mora en el cielo, en el aire limpio. Se lanza sobre su presa como un carnicero sobre su res: belicosamente. Es fuerte. Y lo que arranca y se lleva, carniza o músculo, va a hacerse en él carne también musculosa. Fuerza.

¿De dónde salen los curas?... De donde salen las moscas: de abajo siempre y siempre de la carroña. De Cristo aquí, donde hay un cuerpo llagado o un sucio espíritu, ahí están ellos, no para airearlo o sanarlo, sino para hozar en su podre, aquerezar en sus llagas y, lo que es peor todavía, para alentar y dar forma a otras larvas asquerosas.

Como las moscas. Y mal ha de estar un pueblo, a punto de pudrición hasta en la piel de los dientes, cuando, de la noche al día, se ve cubierto de este enjambre necrofórico. Y ni lo aplasta ni espanta. ¡Muy mal! ¿Estamos así nosotros?... Estamos con cientos de obreros y profesores, periodistas y estudiantes, radiados o perseguidos o presos. Y con muchos miles de éstos en lucha franca y abierta contra el malón militar. Tan, tan podridos no estamos.

¿De dónde remonta, entonces, ese cardumen luctuoso?... Curas y curas y curas. Curas, ya no hasta en la sopa, como se dice; ahora hasta en los mingitorios. Y de derecha y de izquierda: de D'Andrea y de Copello. ¿De dónde?...

Nadie se llamea misterio. Los remontó el cuartelazo: porque así también fue siempre. Nunca se levantó un sable ni se desbocó un caballo, que no le siguieran ellos en un chorro zumbador y pegajoso. Olfatean la carne herida y la altive pisoteada, y acuden a beber pus y a zumbar resignaciones. A aquerezar en las víctimas.

¡Ah, no! No nos asusta tener la vida llagada. También las llagas son bellas; tienen un color de aurora. Y el que marcha, sueña o piensa llaga su frente, su corazón y sus pies. ¡Vivan las llagas! ... Pero sin moscas. Con moscas ya sería lo último; la pudrición de todo. A aplastarlas, compañeros. ¡Campaña contra los curas!

## ¡BOHEMIO! ¡BOHEMIO SIEMPRE!

He aquí que ya tengo canas; que mis guedejas se plagan, como la copa del sauce al acercarse el invierno, de hojitas secas. Y si es verdad que las aves no se posan, para hacer nido y cantar, más que en los ramajes vivos, he aquí que se acerca el tiempo en que mi encendida planta quede sola, muda y fría. Que seré viejo también...

Canto a la bohemia, entonces. A las melenas frondosas, las voladoras corbatas y los aludos chambergos. Tres atributos bohemios que hacen una sola cosa ondeante, como una bandera de guerra a muerte a la burguesía.

Le canto a mi propia estampa sonora y atrabiliaria como un cartel futurista. Me canto a mí, bohemio siempre. A esta altiva facha mía, desgajada y polvorienta como un árbol del arroyo, refugio de pájaros y pilletes.

Un árbol... ¿Qué más que un árbol plantado arbitrariamente en el medio de la calle es un bohemio?... ¿Qué menos?... Nadie podrá saber nunca qué viento trajo hasta allí la semilla de su vida; ni de donde sacó fuerzas para tenerse y crecer bajo los pies del rebaño; ni de qué napa o de qué ubre lacta o abreva la savia que lo mantiene y lo enhiesta.

Un árbol... ¿Qué mejor destino quieres que ser un árbol muchazo?... Siéndolo, ya serás más que un monarca, o un ministro, o un banquero. Igual que la bien amada de “El Cantar de los Cantares”, tú, entre mil, y entre diez mil, serás siempre el preferido: preferido de los niños, los pájaros y los pobres. ¡Sé

tumba no es el panteón, sino la zanja; su apoteosis no es de himnos, sino de escarnios. Los reniegan, los descalifican y los desconocen aquéllos.

Y, sin embargo, a través de la tierra y de la historia, oímos sus voces que vibran siempre; percibimos sus ideas como relámpagos en una selva; siguen siendo como franjas de verdura sobre comarcas estériles. Son lo único real que existe, que queda, que se perdura en los siglos: estos soldados desconocidos...

## EL CIUDADANO

Va entrando a la hora de su auge este animal doméstico, buen levantador de piezas sobre las que se descarga la escopeta del político. Porque el elector es eso: perro atraillado que se suelta tras la pista del puesto público, la canongía oficial, el faisán o la perdiz, de cuyos él no conoce sino el vólido y los huevos mondos... Sí que es bestia el ciudadano libre.

Y ya se acerca su día. De los sectores patricios empiezan a partir órdenes a capataces y mayordomos: cuidar los perros, gritarles a las orejas las fórmulas de combate, que las aprendan mejor que sus propios nombres. Y embravecierles, también, poniendo un poco de pólvora en su bazofia, de alcohol en sus aguas sucias.

Y el ciudadano bravea en su cubil o su cadena. Gruñe, ladra, muerde el viento. ¿Hay algo más importante que él sobre la tierra?... ¿Qué ha de haber, si de él depende –de la hediondez de su bofe y las babas de sus fauces– la felicidad de todos los habitantes de la república! ¿No hace él la ley y el gobierno? ¿Entonces?... Y pavonea su estampa de hurón en trailla. Si lo sueltan, corre a gritar a las plazas, los comités y los teatros. Se aturde sin comprender y loquea sin destellos. ¡Sí que es bestia!

Delegar el poder es perderlo, decía Reclus... ¡Oh, perdón! Es más aún: es ser perro de la libertad ajena, del derecho de los otros, de la belleza que duerme o vela en la selva o en el monte. Es una inmoralidad y una barbarie, delegar el poder.

Sí, sí, pálidos u oscuros seres que desde la guardilla o la mina, encorvados sobre el surco o sobre el bloque, empapáis de claridades la tierra: es sólo contra vosotros que se organizan y se llevan adelante estas cacerías de votos. Tiran a vuestros ensueños de libertad los políticos, a vuestro esfuerzo fecundo los haraganes, a vuestra vida: en total los cazadores burgueses. Y los “ciudadanos libres” no son más que sus jaurías, sus animales domésticos.

## BANDOLERÍAS

Sin duda que hay una alarma de simples competidores entre el gobierno y quienes le desconocen y operan contra su ley y su orden. Parecería que teme que le arruinen el negocio, que prosperen y levanten frente a él una tienda similar en bandolerías; de tal modo se apresura a blindarse hasta en, la piel de los dientes y a hacer gritar a su prensa todo el registro de sus fulminaciones. Cualquier castigo, reacción, escarmiento, le parece poco. ¡Bandoleros, bandoleros!

Pero yo sudo en mis surcos de la mañana a la noche, sueño sobre mis carillas años tras años, crío mis hijos, los alzo de sus pañales hasta que me pasan en estatura; trabajo, trabajo... Y un día llegan la leva o el recaudador o el juez, patean mi puerta y me lo quitan todo: la libertad de escribir cosas que no les convienen, el mejor nutrido grano de mi cosecha y hasta el muchacho que he criado y que es como un brazo nuevo en mi cuerpo viejo. Necesitan mi silencio, el producto de mi esfuerzo, la carne moza, el retoño nacido al pie de mi vida. Y hay que dárselo, no más, pues si protesto o me niego me llevan a mí también, me arrancarán como a un árbol de raíz para hacerme secar en sus calabozos. ¡Bandoleros, bandoleros!

¿Hacen más los que, al decir de los diarios, en Santa Cruz y el Chaco, asaltan las estancias y los comercios, comen, beben y se llevan camiones y caballadas? Hacen menos. Protestamos que ésa es una competencia de minoristas frente a las bandolerías en gran escala y de todo el ramo que realizan los gobiernos. Los dueños legales de eso ni sudaron en los surcos, ni soñaron libertad, ni hicieron más que apropiarse lo que pertenece a todos. Eran sólo propietarios, bandoleros protegidos por la ley, hijos donde otros son

entendados.

Digámoslo de una vez: bandolero es ser patrón, presidente de república, diputado o general. Esas sí que son bandolerías de órdago. Las otras, ¡bah! ... Estamos con toda el alma con esos bravos muchachos que bandolerean al Sur y al Norte, en las selvas y en las pampas. Si bajaran hasta aquí, ahora que empiezan las campañas electoras, los harían candidatos de algo. Seguro, no saldrían nada, como no saldrán de pobres bandolereando; pero gritarían tanto burgueses y socialistas competidores. Y, si salieran, paciencia; peor para ellos. Serían gobierno, entonces. ¡En vez de bandoleros, bandolerazos!

## MUCHACHOS

Lo mejor nuestro lo gastamos, sin tasa ni previsión, de jóvenes. Y esto es lo bello.

Gracias a ese oscuro afán de hechar al aire y la noche el espíritu y la carne hay todavía en el mundo flores y serenatas. Belleza y esperanza.

La juventud de la vida es una fuente que no se agota nunca, que se renueva siempre.

¿Para quién canta, por qué florece? ... Tanto valdría preguntarle a una mata o a un ave. Es un profundo y celeste misterio.

Y si es bella la juventud porque se da y se siembra, más bella es cuando se alza a un ideal de justicia y aparece entre los viejos para imponer sus sueños, edificar sus quimeras. Entonces completa en sí el sentido de la vida, porque une al candor la audacia, a la ternura el empuje. Podrán doblarla o batirla, pero su paso se queda como un rastro de perfumes y de cantos.

¿Qué otra cosa son los genios más que niños grandes, muchachos viejos? creen en todo lo noble y salvan de un vuelo todo lo feo. Asmilan como las plantas todo y vuelven flores. ¿Y en quién pondremos los ojos sino en ellos?

Muchachos, muchachos: atropellad al destino, guerread la sombra, daos besos o pegaos por lo que creáis bueno o malo. Haced, intentad hacer a vuestra imagen y semejanza la vida. Eso es ser jóvenes.

No temáis soñar de más, ser demasiado locos o audaces. Mirad alrededor, qué triste, estéril, cobarde es todo. Empapadle vuestro aliento, voltead vuestros frescos puños sobre tanta cosa seca: textos, conciencias, costumbres. Sacudid a los que duermen y a los que velan; todos son viejos. Sembrados, sin tasa ni previsión, a voleo. Hay que remozar la tierra esclava y burguesa con cantos y hechos subversivos y anárquicos, muchachos. ¡Muchachos!

## EL MESIAS

Lo mejor de la vida del hombre se le ha ido esperando revelaciones. Siempre hubo un hueco lleno de sombras y misterio donde ubicar algún ser providente y salvador. Las religiones sirvieron bien esta debilidad, y la exploraron; arquitectos del vacío, crearon el cielo, donde todo ensueño trunco halla su jardine-ro: la planta seca en su pie reverdecerá en la altura. Esperemos...

Y aun aquéllos que lograron arrancarse esa ilusión, como una muela cariada de la mandíbula trituradora de errores, no están indemnes tampoco. Les quedó un baldío en la boca, y ahí se agazapa la débil esperanza. Les infecciona la sangre, les sube o baja la temperatura de la voluntad. Y oscilan, como un péndulo, del loco ideal a la desesperación demente.

Seguimos siendo mesiánicos. Deísmo o materialismo no son más que el revés y el derecho de la antigua medalla. Depositar un exvoto a los pies de dios o en los cuernos del diablo es variar la dirección de la mano, pero no el móvil. En el fondo es igual cosa, puesto que eso no mueve la rueda del destino; quedamos donde estábamos.

Ejército en la noche, con las armas flameantes y listas, atento a una orden divina o terrena, eso somos. El heraldo no suena ni llega. A veces tomamos por él a la estrella que cae o al huracán que vuela; saltamos entonces... Hasta que la realidad, hecha de vacío y silencio, nos vuelve a tender en tierra.

¡Ay, no! Lo más difícil de la obra anárquica no es la de crítica a la sociedad presente ni la de exposición de

¿Paso?... ¡Ni paso ni miedo! Ni hacerse cruces ni perder el tiempo en invocaciones. Porque, al fin, cuanto ocurre hoy no es nada más que el desboque de lo que enfrentamos siempre: ¡siempre el Estado! Contra él, y todo lo suyo: piedra, agua, viento, con todo lo nuestro, pues: huelgas, bombazos, puebladas. ¡Paso a la revolución!

## EL POLÍTICO

Desde lo que se plasma bajo los puños hasta lo que se enciende sobre la frente, todo es pensar. Pensamiento. Trabajador, poeta o sabio, el que hace o crea es porque piensa. Y hasta ahí las cosas van bien. Pero luego viene lo otro: el comercio o el destino de esas obras o creaciones, y aquí comienza lo estúpido. En esto ya no interviene el creador, sino el parásito; no el que siempre todo lo hizo, sino el que nunca ha hecho nada: el político.

Aunque decir: no ha hecho nada, quizás sea mucho. Visto de otro ángulo, desde el que se ve lo inútil, es verdad que es un campeón pensando y haciendo todo; todo lo que puede hacerse en contra del que produce; hasta reducirlo a nada. Gracias a su obra campeona, en ningún orden o régimen cuentan el hombre de ciencia, ni el artista ni el obrero. ¿Conocéis alguna parte donde uno de éstos cuenta algo?... Como no cuenten sus penas, miserias y humillaciones... Para organizar el mundo sólo cuenta él: el político.

¿Es que es un técnico?... ¡No! La técnica, aun la del crimen, es pensamiento. Es pensar. Baraje o fulmine el rayo, te arme la máquina o te desarme la vida, es la mano al servicio del cerebro.

Y mi calumniado, ¡no! En cuanto a eso es un tullido; no movió un dedo jamás. Pero administra y legisla. Desde la raíz de la tierra hasta la copa del cielo, rehenchido está el universo, como un árbol, de estas tres potentes savias: la ciencia, el arte, el trabajo. Parecería que quienes han levantado su aliento desde tan bajo a tan alto debieran saber también cómo organizar el mundo de sus relaciones físicas, morales e intelectuales. Y no; no saben. El que sabe es el político.

¿No es esto estúpido?... ¡Ah, muy estúpido! Estúpido hasta dar risa.

## ACCIÓN DIRECTA

El anarquista es la acción directa. Es un obrero, y la idea es su herramienta. Ama su anarquía y sabe que el solo modo de hacerla amar por los otros es actuando su anarquismo.

Sabe también otra cosa: que él es un tipo todavía minoritario, de posición, casi siempre, opuesta a la mayoría. Y que esto no ha de traerle ni la gloria ni el respeto que a otros seres excepcionales, genios o santos, les trae, sino el escarnio o la muerte por rebelde o por hereje. Porque él no está por arriba ni al margen de los conflictos sociales, sino en la entraña de todos; allí donde la corriente es más caudalosa. Está con su acción directa.

No puede haber paz para él en un Estado al que él le planteó la guerra. Ni puede ni le conviene. Su crecimiento en la Historia, como hombre nuevo entre los viejos hombres, y como creador también de un nuevo pueblo entre el histórico pueblo sometido y embaucado, es la feliz consecuencia de su posición siempre guerrera. De haber concedido algo, no sería nada. A la ceñida coherencia entre su ser y su hacer le debe toda su vida, tan hondamente dramática, como rica en eficacia. Sin su acción directa, que lo contiene entero, el anarquista hubiera muerto al nacer, como esos monstruos que, por no ser viables, mueren matando a su madre. Hubiera muerto con él a la anarquía.

Pero no es un monstruo, sino en cuanto a la incoherencia o pequeñez de los otros. Él es la guerra contra un sistema social monstruoso, planteada a fondo y con todos los peligros que la guerra implica: derrota, prisión, muerte. Que son tales solamente para quien se cree el principio y el fin del mundo; mas no para quien ve el mundo desde la obra que deja, la vida nueva que anima, los pensamientos de rebelión al Estado que en el pueblo alza.

Tenemos una doctrina, un plan de convivencia social y hasta un arte también, los anarquistas. Pero tenemos, a más, a quienes todo esto militan, encarnan, viven. Y éstos son los que levantan las huelgas, pue-

caída otra cosa que voluntad solidaria. Afirmarnos en su acción para volver a pararnos.

Decir que cayó porque fue iluso, o porque, imbuido de un entusiasmo teatral, sacó el brazo o el pecho más allá de esta línea o de aquella experiencia es, no sólo cantar al desánimo, sino algo más feo: declarar-nos superiores. Derrotarlo más aún. Pegarle porque es caído.

No debemos hacerlo. Ni ante ese hombre ni ante las multitudes. Éstas también, muchas veces, avanzan sobre nosotros, a destiempo. Juegan libertad y vida por causas que nos parecen mezquinas o de planteo inoportuno. Por el triunfo de una huelga que, al fin de cuentas, las dejará como estaban, asalariadas, o por reacción instintiva contra una vulgar infamia que les golpea en la cara, atropellan y se hacen diezmar. Ir luego a los cementerios a plañir que estaban locas, o a las cárceles a dictarles cátedras de cordura es, todavía, más que feo, repugnante.

La rebelión, individual o del pueblo, no será, estamos de acuerdo, la revolución, pero es su nervio y su esencia. Es el sentimiento de ésta, sin el cual no hay anarquistas ni habrá Anarquía. De ella hemos partido todos, partirán siempre el hombre y las masas, y no de nuestras consignas.

¿Qué podríamos reprocharles?... ¿Que su caudal de indignación y coraje es más hondo e irrefrenable que el nuestro?... ¿Que el dolor les duele más y la injusticia les es más injusta? ¡Linda cosa!

Nunca tenemos más jefes y catedráticos que cuando estamos en el suelo. Todos somos excelentes para acaudillar carneros; muy pocos para enseñarles que tienen cuernos como los toros; menos aún para atropellar con ellos y romperlos donde ellos se rompan. Los esperamos de vuelta para decirles, a los que llegan desangrados y deshechos, lo que alguien les dice a los obreros y campesinos de España: “la revolución perdió lo que tenía que perder”... Que es decir: los que yacen en cementerios y cárceles por la intentona de Asturias, que revienten y se pudran por estúpidos.

¡Coño, sí! Hay que sacar lecciones de las derrotas; pero no de posibilismos y de consignas, sino de audacia y conciencia. De solidaridad más firme con los caídos y de redoblada acción al lado de los que quedan. No para hacernos sus jefes, sino para ser, más que nunca, sus compañeros. ¡Con los rebeldes siempre!

## VIENTO, AGUA, PIEDRA

Esto le ocurre a veces a un labrador. Cansado de los trabajos del día, duerme en la habitación mísera que alzó en medio de sus campos. Antes de recogerse, echó una última mirada a sus frutas y a sus mieses, ya a punto de madurar. Vio la cosecha segura, y duerme tranquilo.

De pronto, la atmósfera se enrarece, las paredes son batidas por el viento, las puertas gimen, y una agua helada, de nieve que fundió el aire, empieza a piruetear sobre el techo. Despierta el hombre con frío, manotea un poncho, y se abriga. ¡Qué bien se está ahí! Ahí, arropado y adentro, mientras afuera los elementos desnudos se descuelgan y se agitan como locos. Le comezonen el estímulo de una tibia ensoñación. Cierra los ojos y vuelve a dormirse, ahora poseído de hermosos sueños.

Mas la lluvia, helada y dulce, que pirueteaba en el techo, comienzo a redoblar sus porrazos. Arrecia, hasta hacerse un solo fragor, como de metralla. Parece que se desboca. Y es que, en efecto: ¡ahora es piedra! ¡Es piedra lo que ahora llueve! Y ya no es tibia ni fría que siente su vida el hombre, sino apedreada. Salta y sale a ver sus campos, y lo que ve e eso sólo: piedra y piedra. La patear con el pie y la recibe de lo alto en la cabeza. Su tierra, su negra tierra, donde crecían sus mieses y maduraban sus frutas, su huerta y su chacra, son ahora una sola sábana que junto piedra...

Compañeros: Algo así como al labriego, nos ha ocurrido a nosotros. También sobre nuestros campos, maduraciones y ensueños se descolgó la pedrea. Sólo que, en lugar del cielo, el chubasco se nos viene del cuartel, la piedra es la soldadesca. Pero, en lo demás, fue igual. Igual, primero fue el viento, fantasmal y aporreador, de la reacción burguesa. Después, fue el agua, la lluvia dulce y helada con que los legalitarios –socialistas, comunistas y los “camaleones” nuestros– piquetearon y durmieron el coraje popular. –¡Qué bien se estaba!– Pero ahora es piedra: la piedra que humilla al hombre, le paraliza la sangre y le golpea los sesos. ¡Paso a la brutal deidad!

una futura: es reencarnar en el hombre la confianza en sí propio. Serenarle. Barrerle del alma no sólo la loca esperanza en una fuerza suprema, sino, igualmente, la desesperación por su debilidad humana. Hay muchos siglos de error contra esa tarea.

Hace cuatro años, cuando el pueblo ruso hizo su lucha contra lo zares, corrió, como una parábola de fuego por todos los ámbitos, este signo: ¡bolchevismo, bolchevismo! Era el Mesías. De los más oscuros cruces de los caminos del mundo empezaron a moverse las cavernas hacia esa Jerusalén de la felicidad al fin revelada.

Celosas del nuevo verbo, no permitían que se dudara siquiera de que toda la verdad estaba en él. Era la Biblia. Hasta políticos aventureros y escritores segundones corrieron a ponerse en primera fila y en los más próceros puestos. Los anarquistas que dudamos entonces aparecimos como retardatarios o cobardes. ¿Qué pintoresca esperanza o qué espejismo risueño ondeaba como una flámula en los pecho de esas gentes?... Preguntarle a la estrella que cae o al huracán que vuela.

Y hoy, hoy ¿qué?... No se ve sino un solo salto de la aurora a la noche, del loco ensueño a la desesperación demente. Todo se inmoviliza de nuevo, se arropa en silencio estéril; hasta que suene otro heraldo, se pronuncie otro Mesías resonante y, como siempre, hueco.

¡Ay, no! No es la más difícil obra la crítica de lo actual ni el planteamiento de lo futuro, sino reencarnar al ser en la confianza en sí. Que todo lo fie en él, lo ponga de pie y lo empuje. Que cada día que se alce, se diga: a cumplir mi tarea de ensueño o de yunque. El Mesías soy yo, fuerte dios que busca en la tierra la amistad de otros dioses. ¡Hombre soy!

## EL TORRENTE

Y parecía una fuerza que no iba a pararse más. Abrió la marcha a empellones, desgarrando las lianas del miedo, y avanzó, pisando su propio lodo, en dirección a una playa de arenas doradas. ¡Bello espectáculo! Semejaba, más que un mar, un despeñadero de aguas en que las ondas eran torsos de hombres; las crestas, brazos crispados, y el mugido caudaloso y vasto, un solo grito de redención y victoria... Era el pueblo que avanzaba; su dolor y su esperanza que se crecían marchando.

Era un torrente, en verdad. Multitud de olas y muchedumbres de ansias. Arroyo y río y mar surgido de quién sabe qué sombrío y lejano barranco.

Y llegó a los muros mismos de los palacios en un envión de mareas que teñían de rojo sangriento el sol y de reflejos de espadas las estrellas. Y astilló con sus puños los vidrios y golpeó con sus palmas las puertas. Sacudió hasta los cimientos las murallas que le atajaban el paso... Era el pueblo que luchaba, su esperanza y su dolor que se crecían peleando.

Cien asaltos, mil asaltos llevó contra aquella muralla de fierro y de piedra, de esclavitud y de crimen, que le cerraba el camino y el cielo. ¡Lucha gigante! Sobre el plano de la tierra no se vio cosa igual en ningún tiempo. Era la hora, el minuto de que depende el destino, el grano de arena que, en el reloj de la Historia, decide de la vida o de la muerte. Manos y ojos, deseos y miedos estaban como imantados hacia aquél espectáculo: ¡Sí! ¡No!... ¡No!... Era el pueblo que cedía, el torrente que refluía a su cauce.

¿Quién no lo vio más o menos de esta suerte, cuando se puso en marcha desde Rusia?... Todos, patronos y obreros, gobernantes y anarquistas, lo vimos de esa manera: como un río, como un mar, como un diluvio brotado de abajo. Y luego, como un torrente que refluye a su cauce.

Se fue, se perdió, se hundió en los barrancos sombríos. Y ya de él no queda apenas que el suelo empapado en que resbalan los pies y charcas, baches de donde las salpicaduras parten como salivazos. Desperdicios de pasiones, detritos de odios, resacas de ansias; nada más.

El torrente ha refluído a su cauce. Muchedumbres encendidas en un ideal libertario, ¿dónde están?... Porque esos grupos dispersos que bravean todavía no son ellas. Son los que bravearon siempre: montoneras corajudas y porfiadas, que no se rinden ni vuelven la espalda nunca. Revolucionarios de todos los tiempos; ¡compañeros!

El torrente, el verdadero torrente, aquel que se crece andando como un río que llamara a las vertientes del suelo con su paso, ése ha refluído a su cauce. ¡Cuánto se alegran de ello los amos y sus voceros! Miradlos y oídllos, mientras tapan y revocan las grietas y los buracos de sus castillos, cómo cantan: ¡El torrente ha refluído a su cauce!

Y bien, sí; bueno. Si el torrente ha refluído a su cauce, quedamos donde estábamos, burgueses: frente a frente, una minoría rapaz y una minoría rebelde. Con esta única ventaja de vuestra parte: que estáis adentro y parapetados, y nosotros afuera y al descubierto.

Pero siempre ha sido así y no es para que os alegréis tanto ni para que nosotros descorazonemos nada. Mejor es que cada cual vuelva a su obra en silencio; vosotros a reconstruir las murallas que atajan el paso de la justicia; nosotros a los sombríos barrancos, a hinchar las olas del pueblo, erguir las para un futuro próximo ataque. Porque sí, sí, ya sabemos: el torrente ha refluído a su cauce...

## ENSAYOS

Desde que, sobre la guerra, vinieron las convulsiones sociales, asistimos al ensayo de las más variadas formas de convivencia: dictadura proletaria, colaboración de clases, impuestos a las fortunas, subvenciones a los pobres; toda la gama de las reformas, del rojo sangre hasta el blanco tísico. Y nada cumple al objeto que se desea: la paz del pueblo.

¿Qué quiere éste, que los líderes, con su sagacidad bien probada y su talento por ninguno puesto en duda, no aciertan a darle gusto? Porque la convulsión continúa poco o mucho, estalla temprano o tarde y late en los organismos, aunque la mayoría de los cráteres haya desaparecido. ¿Qué pretende?

Lo más que le pueden dar ya se lo han dado. Cierto que los que dan no lo hacen hasta quedarse en la miseria ellos. Pero, así y todo, esto mismo parecía, antes de la guerra, un sueño, una gran cosa. Y ya lo tiene, y la paz no está, ni con mucho, cerca. Y lo peor es que los que hasta ahora han dado, parece que están tocando el fondo de sus bolsas (porque las bolsas de dar son siempre chicas) y amenazan cerrar las de tener (que son las grandes). ¿Qué se hace, pues, cuando las dadas se cierran y la solución no se abra?... ¿Ensayos más avanzados?... y aunque se hagan, ¿se conseguirá la paz con ellos? Decimos: ¡no! Seguirán las convulsiones.

El asunto no está en dar poco ni mucho, sino en no retener nada del todo. No es hacer ricos, sino hacer libres. En el final de la cuesta que ahora subimos, el último bandolero que hay que batir no ha de ser el propietario, sino el gobierno. Muerto éste, ya no habrá que dar ni que pedir. Y la armonía será.

Ensayos... fachadas nuevas en casa viejas. Pobres los ricos o iguales en fortuna todos, dictadura de alpargata o comunismo de cetro, no harán la paz en la tierra nunca. Bien que adivina esto el pueblo; por eso quiere una sola cosa: la libertad. Una vez ella lograda, entonces sí: el que quiera gobierno, que se gobierne; el que ambicione campos, que los cultive; el que se sienta pastor, que pastoree carneros. Que hay bastante trabajo en este mundo; todos pueden darse el gusto. ¡Libres, libres!

## MONTAÑAS

Miles de gauchos, trabajadores y empleados de Santa Cruz se han alzado, ganando la cordillera. Han ascendido dos veces: contra el llano y contra el orden. ¡Felices hombres!

Ahora sobre sus crines revolotean las águilas y a sus espaldas braman encadenadas los volcanes. De día, el sol acuchilla el hielo, lo desata en ríos sonoros, como a una virgen el deseo en cantos; y ellos lo ven. De noche, los mastines del pampero suben, ladrando al silencio como a una fiera encaramada en un árbol; y ellos los oyen. Sus horas son grandes, altas; tiene que empinarse mucho para distinguir apenas la esclavitud que serpea al fondo de nuestros valles.

Querían ser libres. ¿Y dónde colgar las ansias, lanzando al aire los sueños o hundiéndolos sin temor de que se manchen? Allí, donde el surco es bueno y la cumbre azul; donde escarban, como toros de fierro campos de piedra, los volcanes. En el desierto alto.

el Estado, que cae en la dictadura.

Fuego en las venas o fuego en los fusiles, no revelan ni salud ni coraje, sino instintos de conservación desesperados.

Son éstos que reaccionan, editando ante el peligro sus más ocultas fuerzas. Ni más ni menos que el dueño del taller o de la estancia, que delega en el capataz, insensible a las sugerencias de la justicia, que serían su muerte, la defensa de su vida de parásito. Es el sicario, el negrero, el bandido asalariado, anónimo hasta ese instante y ahora munido de la suma de poder, mando e impunidad. El burgués está detrás, escondido y temblando, pero listo también para, una vez acalladas demanda y protesta, escamotear la violencia de sus dominios; como se escamotea, de la cabecera del enfermo que cura, la droga repugnante.

El gobierno de los pueblos ha caído en las garras de los capataces de los burgueses. Nadie podría afirmar y el que lo afirme miente, que hay un solo dictador cuyo volumen de genio o de audacia se destacara antes de este momento de crisis y moribundez burguesas. Ocultos, inéditos, anónimos, sólo la enfermedad del Estado ha podido revelar siluetas de una mediocridad tan flagrante como las de Mussolini, Machado, Uriburu, etc. Del profundo ser burgués han avanzado, no como inteligencias, sino como instintos, para defender la vida de un sistema que no se va a entregar sino tras la más sangrienta y encarnizada batalla. Y esto era lo que se quería demostrar. No hay dictaduras transitorias ni gobiernos provisionales. Hay sólo una burguesía que no quiere morir y enfila contra los pueblos la barbarie de sus capataces. De nosotros depende su suerte: Si nos humillamos, vive; si la atropellamos, muere.

La vida sólo es violencia cuando está enferma. Y la nuestra está también enferma de servidumbre. Para curarla, todos los medios son igualmente sagrados y buenos. De lo más hondo del ser yerga cada uno la más viril, contundente y audaz reserva de energía que posea: la oración o el grito, la barricada o el dinamitazo.

¡Por la libertad! ¡Por la justicia! ¡Por el comunismo anárquico!

## CANCIONES

De entre las rendijas del lóbrego calabozo, donde transcurren monótonas e inciertas las horas del rebelde, emergen roncas voces que sobre el taconeo de los guardias, el rastrear de los tachos y el chocar de llaves y grilletes, dicen de justicia y esperanza.

—A ver, hagan callar a ese alocado. ¡Échenle agua!

Horadando los muros del presidio, barrenando los oídos de los carceleros, barriendo el despacho del alcalde, llegando como un trueno lejano a la calle desierta, en los pabellones de sociales ruge la canción protestataria; arrulla auroras de bonanza y flamea ensueños, el verso rebelde:

—¡A ver, manguera! ¡Gases!... ¡La guardia!

Atravesando engrillados el puente de embarque, hacinados entre la inmundicia de las bodegas, apretados de frío y de rabia entre el rolar del transporte enfilado al Sur, por encima de los reclamos de la carne maltratada, voces agudas de muchachos, duras de hombres, cavernosas de viejos, confían al huracán y las olas su eterna esperanza y decisión.

—¡A ver, una marimba de palos a estos canallas!

Pero el canto sigue, se agranda, llega al hogar desmantelado y a los camaradas dispersos, a la masa acobardada.

Canciones nuestras que dicen de juventud imperecedera; canciones nuestras que centellan en las noches más noches, versos rebeldes, que hablan de espíritus jamás acallados: en la cárcel, en el confinamiento, en el exilio, alientan la lucha: “¡Hijos del pueblo, te oprimen cadenas!”...

## CON LOS REBELDES SIEMPRE

Nosotros, anarquistas, no podemos olvidar, ni aun en aquellos momentos en que una negra derrota nos llama a la prudencia, al hombre valeroso y arrojado que cayó por la Anarquía. No debemos extraer de su

la entraña del globo suena la hora de la libertad, ya no hay más muros de piedra o de fierro que la detenga o la ahogue. Se abre paso cantando o rugiendo.

No en vano brotamos del suelo como los cañaverales y los robles. En las sociedades humana pasa igual cosa. Con esta coincidencia ahora: que lo mismo que la tierra, paralela a ella, estamos atravesando una crisis de crispaduras, violencias y angustias. ¿Dónde no se pelea, qué alma no vela un arma, qué vida no está entregada al trabajo de despedazar algún prejuicio?... En la entraña de los pueblos, como en la entraña del globo, la hora de la libertad ha sonado.

¿Quién la enmudece?... ¿Qué muro de bayonetas o qué cortina de plomo podrá detener y apagar esa avalancha de luz que viene de abajo?... Cuervos sacrílegos, militares y burgueses, graznan la misma impotencia frente a esta otra fuerza de la naturaleza.

Explosiones de minas, avenidas de mares, derrumbes de montañas. Cataclismos. ¿No estará pasando la Tierra, como la humanidad, por una crisis purificadora? ¿No se estará renovando, como la madre en el hijo?... ¿Por qué no, si es vida? En todo cado, el que esto niegue no tiene más razones que el que lo afirme... ¡Oh! ¡Quién sabe qué metal nuevo, qué gente inédita, qué belleza solemne aflorará después de estas catástrofes, sobre el suelo del hombre!

Para gozarla, extasiarse, ser digno de ella, la humanidad tiene también que renovarse. Paralelo al tesoro que brote del globo, deberá brotar un tesoro en su alma. Lo siente, lo intuye, lo sabe. Y se contorsiona y suda sangre y aúlla, como una hembra que está pariendo algo muy grande, muy noble, muy dulce: ¡la libertad!

## ¡VENGAN! – ¡VAN!

Desde los cuatro horizontes de la Argentina, van cayendo a Buenos Aires, todos los días, los presos. Arrancados del taller y del caballo, la biblioteca y el surco, cuando los juntan aquí, forman un raro revuelto de alpargatas y de greñas, de ponchos y de mandiles. Son estudiantes y obreros, gauchos y “gringos”. Huelen a tierra y a hierro, a viento de campo y libros.

Son pensamiento y trabajo. Y así los echan y apilan en pabellones y celdas: como a herramientas o bestias, bolsas de granos o paquetes de periódicos. Así: a que los roa y los pudra la inacción sombría e infecta.

Presos y presos y presos. Desde los cuatro horizontes, por rieles y carreteras, por agua y aire, los traen. ¿Será un deporte?... Parece. Al grito de. ¡Vengan!, del jefe de policía, los comisarios responden: ¡Van! – ¡Vengan! – ¡Van!

Apartemos de este juego aquello que ya sabemos: el odio de los que mandan a los que piensan. Veamos lo que hay más abajo, como entraña o como hueva. Es todavía más sucio, más animal y más torpe. ¡Es miedo! Un miedo desesperado, de manos en la cabeza.

El miedo dicta estas *razzias*, y el miedo las ejecuta. Entre todos estos presos, EL MIEDO espera que caiga aquel que nadie conoce, pero que EL MIEDO presente; que EL MIEDO sabe que existe. ESE, al que el dolor despierta, y la dignidad levanta, y la justicia le dice: Es tu hora. ¡En marcha!

– ¡Vengan – ¡Van! – Pero ESE no cae; no llega. ESE nunca cayó preso antes de hacer lo que debe.

Y ESE llegará también. Desde los cuatro horizontes, tras el rastro de estos presos, y oliendo a tierra y a libro, a viento de campo y hierro, llegará. ¡Ha Llegado siempre!

– ¡Vengan! – ¡Van! – ¡Vengan! – ¡Van! – Presos y presos. Todos presos menos él... (perdón, pero no hallo otra palabra ni más justa ni más bella) ¡el que los va a hacer cagar!

## CAPATACES

Todo organismo vivo posee reservas ocultas e inéditas que sólo revela o edita cuando la enfermedad o la muerte lo rondan y amenazan. Del profundo ser avanza, militante furiosa, la defensa de la vida que no se entrega sino tras una encarnizada batalla. Hasta el último soplo es para la pelea y para la esperanza.

La vida sólo es violencia cuando está enferma. Lo mismo en el individuo, al que le sube la fiebre, que en

Y hacia allá fueron, gauchos, obreros y empelados; a acampar a cielo abierto, entre las peñas desnudas, junto mismo a las bocas que desatan ríos como himnos. Guardados por los pamperos que ladran y se abalanzan sobre el silencio. ¡Felices hombres!

Han ascendido dos veces: contra el llano y contra el orden. Para cuantos padecemos la baja y sucia esclavitud de estos valles, ellos son blancos y azules. ¡Son montañas!

## LOS REYES MAGOS

Hay una serie de farsas que lo barajan al hombre no bien nacido, y que no lo sueltan más, hasta que muere. Crecen con él, se lo pasan de la mano, y no lo dejan sino en la boca del hoyo. Y ahí todavía, y en honor de sus “sagrados despojos”, le hacen la última, letanía o discurso; la fantochada póstuma.

“Los reyes magos” es una de éstas, pero no la primera ni la segunda. Antes están la cigüeña, el coco, Dios. Después, la patria, la ley, las jerarquías sociales... Con un solo embuste de éstos, bien remachado, tenemos un embustero, tan malo de la cabeza, como bueno de la voz o de la pluma; un disco o un loro.

Asusta oír cierta gente cuando se larga, sin control ni prevenciones, a decir lo que es para ella la noble verdad desnuda. Es un descarte que tira de espaldas. ¡Cuánta inocencia! Pero no de esa inefable y porosa de los niños, como un terrón que todo lo germina; no. De la otra, torpe y grotesca; de zanguangos que no han podido pasar de los primeros palotes.

Como al alcohol y al veneno, igual se acostumbra el hombre a asimilar la mentira. Y una vez hecho su estómago, traga ya, sin morir de asco, hasta un escuerzo. Y lo digiere y deyecta para que lo traguen otros. De estas deyecciones tuyas son también “los reyes magos”. Y hoy es el día que los chicos, después de soñar con ellos, se despiertan como flores que esperaran un cortejo de mariposas. Esperan esos juguetes que sus calzonudos padres les han mentido que les trajeron aquéllos... Y, si lo creen, ya son tontos; y si no lo creen, y se hacen, ya son unos mentirosos.

¿Decís que luego, o mañana, no se acordarán más de esto?... No sé. Pero sé otra cosa: que ahí comienza la mentira, el escamoteo alevoso de la verdad que, sea sapo o estrella, es más poética que cualquier leyenda de dioses o hadas. Sobre esa primera farsa se amontonarán las otras, como en una corola las orugas puercas: la patria, el amo, la ley; toda la serie, y a cual más idiota. Y así hasta el hoyo.

## ¡OH, LIBERTAD, LIBERTAD!

Todo se puede alcanzar en este mundo; paz, fortuna, y gloria encima. No hay más que arrastrarse un poco. Sólo la libertad no se rinde a las bajezas. A ella se la conquista.

Tanto cual la autoridad es sima y libertinaje, la libertad es cumbre y pureza. Quieres ser libre y, al solo deseo, ya notas que se te despegan de los pies el lodo, del pecho el miedo. Sientes que vas para ala y para altura; que asciendes, que creces.

¡La libertad! Somos tus carceleros los hombres. La tenemos bajo el cráneo maniatada con prejuicios, sufriendo condenaciones sin número y sin fecha. Pero he aquí que dos distraemos un rato (el segundo del amor, el minuto del trabajo, la hora de la meditación) y ella burla aquel encierro y aparece en nuestros labios, en nuestras frentes o en nuestras manos. Y besa, acaricia, alumbrando lo que en ese instante hacemos y ellos se nos torna airoso, profundo, fuerte; al punto que no parece más una obra nuestra; ¡tan bella es! En cambio, cuando ella gime lejos de nuestros quehaceres y nuestras ansias, qué triste cosa nos sale todo: yerto y mecánico, extendiendo a cordel y elevado a plomada, sin giros de alas ni resplandores de genio. Y así hemos poblado el mundo de garabatos estériles –ciudades, caminos y pensamientos feos y esclavos como nosotros mismos.

¡La libertad! ¡Cómo florecerá la tierra el día que la conquisten los hombres! ¡Qué unción fresca y poderosa bañará todo lo que nos rodea! Las manos serán como alas, ágiles, libres, y los ojos como lagos transparentes hasta el fondo y los labios como surcos humeantes, cálidos. Y lo que de éstos nos brote será como árboles poblados de aves y lo que los dedos labren entrará por las pupilas como imágenes santas. ¡Y en

cada ser estará resumido el universo armonioso y sugestivo!

¡Oh, libertad, libertad! Yo creo, estoy convencido que podré alcanzar muchas cosas de este mundo: paz, riqueza y gloria, también, encima. Pero yo te quiero a ti. Y como sé que tu lema es, o todos o ninguno, trabajo y lucho solamente por que venga tu reinado entre los hombre. ¡Tu reinado es la Anarquía!

## UN CANÍBAL

Hoy hay muy pocos capitalistas de hombres; quiero decir que posean una cantidad de éstos, de cuyas vidas sean amos, como de las de un rebaño. Es casi un sueño creer que al pisar en los Estados de un Gran Kan, o de un príncipe rabudo, éstos nos harán saltar, como corchos de los frascos de un buen vino, unas cuantas cabezas de esclavos para honrarnos. Ya no hay más potentados de esta clase. Nadie tiene ahora un cautivo para darnos; para hacerlo andar al trote hasta el matadero próximo y satisfacer allí nuestros deseos de crueldad y de sangre.

El primero y el más fuerte capitalista de hombres ha sido el jefe caníbal que poseía un rebaño para su mesa. “Ve –decía él– y prepárame el almuerzo”. Y el salvaje iba y le asaba, entre dos piedras ardientes, un prisionero vivo. Pero este rico fue empobrecido hace mucho. Los últimos que quedaban eran los rumbosos reyes del Dahomey y los Anchastis, que poseían los súbditos al solo fin de darse degollaciones de homenaje. Fueron depuestos por Inglaterra y por Francia. Y parecía no haber más...

¡Pero había! Teníamos uno aquí mismo. Un caníbal con el poder de ultimar hasta 1.600 hombres de una sentada. (Justo el doble de lo que, el más glotón antropófago, tenía por toda su vida; pues que, a lo sumo, su haber era de 800)

¿Quién posee tal riqueza, constituida por el dolor y la sangre, los sudores y los fríos de la agonía de tantos seres humanos?... ¡Llor a la patria argentina! Un solo capitalista en la redondez del mundo: ¡el Teniente Coronel Héctor Varela!

Él convirtió Santa Cruz en un país dohemeyano. Lo que cazaba era suyo. No había más que acercársele y apartar de sus cautivos huelguistas los que de ellos se deseara, y sin temor a pasarse en cuanto al número. “Vayan –decía–, diviertan a este señor”. Y sus soldaditos iban; iban a volar las vidas de los obreros como corchos de los frascos de un buen vino. Y así es como ahora cuenta en su haber hasta 1.600 fusilamientos...

Y tanta gloria debía tener su contra... Se habla de elevar allá, sobre las tierras del sur, que sé yo qué monumento a “sus” pacificadores. ¡Injusticia! Corazón y cerebro y voluntad de esa patriótica hazaña, fue él solito. ¡Solito él! Él, el que emuló, doblándolos, a los más rumbosos capitalistas de hombres. Él. Sólo él: Héctor Varela. ¡El caníbal!

## LAS MANOS

No vengo a alambicar este asunto. Yo tomo ahora las manos en su valor específico y plebeyo, de herramientas de cavar o de construir, como palas o alicates. Las manos trabajadoras, entre las cuales no cabe otra distinción que la de su destreza o la de su fuerza; como quien dice: de sus remaches o de sus temples.

Fundamentalmente, no hay más diferencia tampoco. Van, por ejemplo, del martillo calibrado que usa el joyero para repujar sus joyas, hasta el pilón o la maza del machucador de fierros. Pero igual son manos todas, y salen del mismo lingote vivo: el cuerpo del operario. Como salen de una misma mina y se purifican en un mismo horno, para luego desparramarse en el mundo, una hacha, un formón, una guadaña...

Tomadas de esta manera se simplifica el asunto, que es como yo quiero tratarlo aquí, simplemente. Y digo: todo tiene que caer en manos de los pobres; nada ha de ser retenido, se escapará como el agua de una cesta, en las manos de los ricos. Tal como pasó la tierra, desde las rojas y estériles de los señores feudales a las astutas y exangües de los señores burgueses, tiene que pasar ahora a las fornidas y sabias de los proletarios, todo.

tierno germen de un árbol oculto. Es la mujer o es el hombre de almas finas o sabrosas, gracias a quienes la vida readquiere su verdadero sentido bello y fecundo.

Vivir no es saberlo todo, ni tampoco proponerse lo infinito. Es fluir la esencia de lo que amamos, o apretarlo en la arista de un carácter. Es tener las venas llenas de algún secreto encanto. Y cerrarse como piedra, o abrirse como lata de tabaco.

Ved aquí un idealismo bien vivido: Es un eucalipto joven, en cuyo tronco dos amantes esculpen sus iniciales entrelazadas; fragante herida de amor sobre la que él extiende su fina piel, como quien cubre y recata una delicada flor del alma. Cada día que pasa, espesa más su defensa; son más gruesas las letras; se ve que bajo ellas circula una savia más densa y más potente; ya parecen unos labios que congestiona el deseo de dar un grito o un beso. Y al fin desaparecen. ¿Es que volaron?... No, no; las sorbió, las tragó el árbol. Y ahora son crispadura en sus raíces, cuando el vendaval lo ataca, o balanceo de fresca zahumada en su copa. Ahora son fibras y atmósfera; encantamiento suyo, bravío o melancólico. ¡Son siempre, siempre!

Esos dos enamorados son la vida y el destino cuando esculpen en nosotros la palabra Anarquía. Sólo cuando la absorbemos, hasta llenarnos de ella, para fluirla más luego hecha fragancia o fuego, podemos recién decir que somos anarquistas. ¡Siempre! Ya hasta el rótulo nos sobra. Ya ni morir nos preocupa. Porque en verdad os decimos que sobre la mujer o el hombre que esto alcanza no se cierra más la tierra; porque desde el mismo hueco en que ellos se hunden, o desde la misma cruz en que los martirizan, surge el nombre o fluye el zumo de lo que encantó sus vidas, más encantador que nunca.

El que tiene un encanto, tiene un secreto. Y éste es quien talla y ahonda su expresión de vena llena y fecunda; de ser, que hasta después de su muerte, estará presente y vivo entre sus compañeros de idealismo. ¡Siempre, siempre!

Así están entre nosotros, peleando por la Anarquía. Sacco y Vanzetti. ¡Siempre! Peleando por Radowitzki.

¡Siempre! Entre los anarquistas. ¡Siempre!

## REBELIÓN

El rebelde es una roca entre el barro. Todas las salpicaduras que el lodazal que le rodea escupe, se estrellan en su mole y chorrean por su flanco. Pero ni una lo penetra ni lo mancha; todas juntas son impotentes para desvalorizar su valor de piedra, de fuerza limpia que se abre paso entre la debilidad inmunda.

Al rebelde le es tan fácil tenerse erguido entre el barro, como volar al ave o florecer a la mata.

Limpio es el vuelo del pájaro, limpia surge la flor sobre el tallo; limpia, como corola o volido, brota, del que es anarquista, la rebeldía. Y contra de esta limpieza, consustancial a su vida, no hay infamia que pueda ni inmundicia que valga.

Están perdiendo gargajos, que harían mejor en tragarse, los sapos que nos escupen ahora. Periodistas, policías, militares, todos juntos, pueden chapotear su lodo y salpicarnos de sus basuras. El anarquista asesino, el delincuente anarquista, el pueblo sabe que es la única cosa limpia, erecta y firme en medio del lodazal que lo degrada y lo ahoga. Y desde el fondo de su alma, de su angustia honda, saluda a su acto rebelde, como de noche, el perdido en un desierto saluda la fogarata que anuncia que no todas son bestias traidoras; que hay también hombres.

Éste es nuestro momento, anarquistas. Con alegría de fuego en la noche, con firmeza de roca en el barro, con limpieza de vuelo de ave, brote, téngase derecha, cruce el espacio la acción rebelde. ¡Rebelión, rebelión, rebelión!

[1930]

## LA LIBERTAD

Explosiones de minas, avenidas de mares, derrumbes de montañas. Cataclismos. Y sobre ello, cuervo sacrilego, revoloteando, esta verdad terrible: la impotencia del hombre frente a la naturaleza. Cuando en

menta su bella planta, la flor de su pureza delicada.

El delincuente es un despojado de su honradez; la prostituta es una desposeída de su amor virtuoso. Un anarquista frente a ellos nunca puede preguntarse si son buenos o son malos, sino atraerlos al foco de sus reivindicaciones contra los burgueses y contra las burguesas. Reparto y reparto de todo; si aquí, en el mundo de la delincuencia, faltan muchas virtudes, es porque en los que los persiguen, y, lo que es peor todavía, en los puritanos, sobran, sobran hasta corromperles el alma.

Mujer caída, befada de todos: si habría de hacerse una tabla para valorizarte, diríamos: siempre eres más humana que una virgen, como ésta es menos zorra que una monja, como ésta nunca es de sentimientos tan corrompidos como una presidenta o una reina. Es tu savia caída en el fango que nutre esas plantas. Eres una despojada. Quien toca a ti toca el despojo. Quien sea hombre tiene que ayudarte a erguirte contra las despojadoras.

En verdad que debemos deshonrar muchas cosas en nosotros, si es que queremos honrar la verdadera justicia. Sin esto tampoco nunca nos comprenderán los deshonrados. ¡Menos virtudes legales; más militancia anarquista!

### LUISA LALLANA

Somos hombres entusiastas. Viejos árboles, a los que la aparición en su tronco de una yema, o el descender de un pájaro entre sus ramas, estremece hasta las cachas. A mil leguas de nosotros que el pueblo relampaguee un grito o plante una barricada, nos sacude y huracana.

Somos hombres entusiastas. El luminoso entusiasmo con que se estrellan las noches, el cotidiano entusiasmo con que reverbera el sol y el perfumado entusiasmo con que florece la tierra, están también en nosotros. Los anarquistas tenemos el entusiasmo de la vida.

¿Qué nos dicen?... ¿Que a las estrellas las apaga el día, que la luz es un punto y la sombra el espacio, y que el invierno arrasa las galas de los jardines?... ¿Quieren decirnos con eso que las revueltas del pueblo son siempre, al final, vencidas?... Pero si se rehace y vuelve, no hay vencimiento, señores, sino al revés: la afirmación victoriosa de un gran destino. Su receso, su derrota, su ostracismo es el repliegue de la sangre al corazón, el aplomarse del árbol en sus raíces, el beber y el aspirar, en el silencio y la sombra, de esa savia, de ese humus, de esa fuerza de la vida a la que, por darle un nombre, nosotros denominamos Anarquía. Y cuando de ella se llena, sea primavera u otoño, sobre un surco de la pampa o sobre una calle adoquinada, canta o estalla, gloriosamente entusiasta.

El pueblo es cosa más grande y más profunda que las más hondas y abarcadoras reflexiones de los sabios. Hay más estrellas en él que las que se ven en los telescopios; más misterios que los que pueden desvelar los poetas; más audacias libertarias que en todos los apóstoles futuristas. Hay en él lo que en nosotros: ¡el entusiasmo de la vida!

Por eso peleó en Rosario los otros días. ¿Venció?... ¿Perdió?... ¿Quién lo pregunta?... Mejor sería que se pusiera al trabajo de darle o de florecerle a su ciudad o su barrio, una jornada como esa rosarina.

Luisa Lallana, querida hermana entusiasta: sobre la tierra negra que ahora te cubre, deshojamos nuestras más entusiastamente rojas. Que florezca tu muerte como floreció tu vida. Que tu tumba sea como una fragante hoguera. ¡Y que tu recuerdo de muchacha heroica corone siempre de entusiasmo al pueblo!

### ¡SIEMPRE!

Todo ideal es un encantamiento. No hay vida intensa sino dentro de esa atmósfera bravia o melancólica. Sólo cuando un encanto nos llena, hasta fluir de nosotros hecho fuego o fragancia, podemos decir que somos alguna cosa. Ya hasta el rótulo nos sobra. Ya ni morir nos preocupa. En nuestra embriaguez de zumos o de potencias, llegamos a sospechar que en el mismo sitio en que nuestros huesos se disuelvan, va a aparecer el nombre de lo que amamos, más encantador que nunca. ¡Siempre!

El que tiene un encanto, tiene un secreto. Es como un surco sembrado; como un áspero carozo con el

Esta guerra que se ha abierto es la de las herramientas contra las armas, del trabajo contra el robo, del hombre útil y bueno contra el parásito y el bandolero. La victoria, como siempre, corresponderá a la mayor fuerza. Y ¿dónde está ésta?... En las manos de que yo hablo, trabajadoras, y entre las cuales no cabe otra distinción que la de sus remaches y de sus temples; como quien dice: de su destreza y de su coraje.

Miserables que os revolvéis en las minas y esculpís capiteles en las torres; libertarios que lleváis en las muñecas las marcas de las cadenas; poetas, bravos poetas cazadores de relámpagos; compañeros: el mundo viene a vosotros. ¡A trabajar! Hacedlo bueno, fecundo, libre. ¡Vibrad sobre él vuestras manos como martillos, como guadañas, como cinceles!

### COMPAÑERO; MI COMPAÑERO

¡Oh, sí!, amamos al optimista; a aquel que parece decir siempre: voy a surquear este campo, a remover esta piedra, a cumbrear esa lomada. Vemos en él una fuerza alegre y sana. Su sola presencia barre de nuestros nervios la mala fiebre de la esterilidad y el desaliento.

Y no importa que no haga cuanto promete; ya sabemos que no hay nada que se logre enteramente; que lo mejor de la vida o de la obra más completa es apenas un fragmento. Nos basta con lo que quiere; por fulgor querer es vibrar, y el que vibra hace la luz, y a su fulgor pueden verse contornos nuevos, matices inesperados en muchas cosas. Le amamos.

Si es un joven que se allega hasta nosotros, nos parece ver en él toda la juventud de la tierra. Se florecen nuestros huesos. Si es un viejo, creemos que en él, sobre sus curvados hombros, vienen en ruidosa cabalgata todos los niños del mundo. Y se nos vuelven chiquitas, hasta producirnos risa, nuestras penas más grandotas. Y si, en cambio, es una moza, ¡ah!, entonces en ella lo vemos todo, frente a ella sentimos todo: el dulce terror, la loca audacia, la vida irisada y cambiante; el misterio, y cada uno de ellos tiene –¡oh, sí!– de nuestro amor una gran parte...

Pero hay otro al que amamos más que a éstos, al que amamos entera y completamente. Otro ni joven ni viejo ni misterioso. Al compañero curtido, veterano del ideal, peonador de la Anarquía. Especie de pala o pico, mellado el filo, reatado el mango, roto y rehecho muchas veces en su vida. A ese que salta el primero, ágil como un muchacho, al andamio, y que lo abandona el último, despacioso y rezongando como un abuelo. ¡Ése es nuestro hombre!

Míradlo: más que un ser vivo, parece una cosa inerte en las manos del destino. Fatal y ciego y sordo a cuanto no sea la obra. Dan ganas de sacudirlo y preguntarle: ¡Eh! ¿qué has hecho tú del deseo, de la ambición, de tus nervios?... Pero es inútil: no comprendería siquiera.

Es como un loco que lo ha concentrado todo –todo lo que el joven canta, el viejo vela, la moza sueña– en un solo punto de su palanca. ¡Y qué pobre es, pobrecito! No tiene estilo, ni propiedad, ni madre, ni hijos. Pero no le compadezcáis: ¡no seáis brutos! No tiene eso, como un herrero no tiene, porque le estorbarían, cuello ni blusa. No tiene nada en la tierra ni en el cielo; nada... ¡Y está de pie donde la injusticia rueda sus más grandes bloques! ¡Y los para y los pelea!

Salta su hierro mellado o se le astilla en el mango; lo afila o reata, y vuelve. Y pasa su juventud, traspone la madurez, descendiendo en la ancianidad, y sigue: curvado sobre su surco, picando la misma piedra, blandiendo la idea querida. Y cuando muere, no tiene más que una pena: que el sol del día siguiente no le verá sobre su obra, dándole y dándole.

Hombre de la fe y la acción, obrero de la Anarquía; es cuando te miro a ti que yo comprendo mejor esta cosa enorme y honda, de rumor y de misterio, de estruendos y de silencios que tengo dentro del cráneo. La veo hecha punta y filo, pico y pala entre tus manos. Y siento que venceremos, ¡oh, compañero, mi compañero!

### LA MUERTE

Dígase lo que se quiera: vivimos hermosos tiempos. Una dura responsabilidad se cierne sobre cada hom-

bre. La misma para todos, buenos o malos, valientes o cobardes: la muerte; no la natural, que dicen; la otra, arbitraria y violenta.

Cada mañana que nace es cosa de preguntarse qué político o qué obrero, qué insurrecto o qué arzobispo recibirá en la cabeza un salvazo de plomo; qué palacio o qué tugurio estará en esos instantes rajado hasta los cimientos; dónde, en qué tronco o qué tallo se habrá asestado el hachazo. Pues somos como una selva sobre la que revolotea esta caricia: un tajo. ¿Qué roble hoy, o qué matojo?... Nadie se aterra pensándolo; hay como una subconciencia de que esta muerte, impúdica y caprichosa, que nos tumba en cualquier parte, a cualquier hora, es más moral que aquella otra que antes sólo nos tumbaba a plazo fijo y sobre nuestros catres.

La muerte... la muerte resulta desde las sombras, fallada en el secreto de los instintos y ejecutada sin asco ni vanagloria, con la impasibilidad de las máquinas que limpian cloacas o acuñan oro. Ha de haber sido la guerra la que violó este pudor, el último que teníamos, agazapado y temblando tras de los músculos: el de la vida. Ahora, morir... ¡qué! Matar... ¡bah!

Y bien. Dígase lo que se quiera: hermosos tiempos son éstos en que la muerte entra por tanto en todos nuestros asuntos. Hasta hoy, únicamente ciegos de cólera o enloquecidos de angustia, matábamos o moríamos. Donábamos lo más caro y lo más íntimo con un furor de doncellas ebrias. Ahora, no; somos concientes y, por lo mismo, fatales. En el fondo de cada hombre, como en una catacumba, clama un fúnebre Bautista: “para que crezca *Él*, es preciso que yo disminuya”.

Vivimos horas de fe y sacrificios. Apunta una nueva era, pero antes que en la tierra, en nuestra carne. Y nos desgarramos para alumbrarla. Eso es todo.

## EL PERIODICO

No hablamos de los que edita la burguesía. Eso es estruendo industrial, tinta arrojada a la cara de los lectores, una flota de papel echada al agua de los arroyos. Policromos y copiosos, no alcanzan, sin embargo, a aprisionar un pétalo de la Belleza; aunque levanten las manos todos los monos y monas que reproducen sus páginas.

No hablamos de éstos, sino del tuyo, del nuestro, del de aquel otro. De cualquier periódico revolucionario. De estos que, más que papeles, parecen hombre; hombres que salen de la muchedumbre, trepan a una mesa y hablan.

Este periódico amamos. Tiene algo de primitivo, de hacha labrada, de muro escrito. En él resuena la urgencia de la tarea y se le hincha como un músculo el vocablo. Lo que nos grita o nos canta, no lo podría callar aunque quisiera; callarlo sería como guardarse un revólver gatillado.

Es lo menos grave, clásico, *pretencioso* de Ciencia o Arte. Es el día de hoy, no el de mañana. El brote que no sabe si será flor o fruto o árbol, pero que aparece siempre apuntando a lo alto.

El arraigo de la revolución en un pueblo se comprueba en la cantidad de sus periódicos. Ellos son el alma de ella; le toman todos sus jugos, los amargos y los dulces, y los graban, los esculpen, los estampan. Y así aparecen después, violentos y desparejos, fatales y esperanzados.

Así hay que amaros, pequeñitos, mal escritos, peor impresos, como sean, pensemos que son, no más, golpes de hacha contra el muro; clamores de libertad dentro de los calabozos. Las rebeliones del pueblo.

Miremos a ellos y no a lo de los burgueses...

## SOLDADITO

¿Qué te crees?... Pareces la muestra de un tintorero: rojo, amarillo, verde; saltado de una caja de juguete: duro, mecánico, seco; un bastonero de baile; cómico de belicosidad inoportuna. ¿Y qué te crees, que no lloras ni protestas, que no te desnudas y huyes?... ¿Qué estás muy bien, soldadito?... ¡Vamos, hombre!

Enfocas todas las cosas a través del cañuto de tu máuser. ¿Cómo vas a ver la vida que fluye de cada ser,

gestos ascenderían trenzados a nuestros gestos y palabras. Muestro, podemos poner sus firmas en toda página nuestra contra las cárceles.

Eran hombres que pulsaron la vida hasta lo más hondo. Como nosotros. Como nosotros sabían que de todos los horrores que el anarquista encara, no es la muerte lo más horroroso. Morir... Se puede siempre morir con gesto altivo o magnánimo. En una sola mirada se abarca el mundo y se le desafía: tal como Sacco. O tal como Vanzetti: se le perdona.

Lo más horrible es la cárcel. Entre un muerto y un preso hay la misma diferencia que entre dos árboles, cuando de uno se hace leña y al otro se le corta a ras del suelo y se le pone a secar echado. Aquél se quema y se apaga; éste insiste en vivir siempre. Sí; porque el ansia de vivir es más potente en los mutilados que en los perfectos. Abre los poros hambrientos; chupa barro de abajo, luz y rocío de arriba. Y en un esfuerzo de parálisis mudo, suspira yemas, retoños, hojas. Y tal vez piensa: ¿y qué?... El leñador no ha hecho más que cambiarme de postura; antes era una columna; ahora soy un cimiento. Pero ¡vivo, vivo! Y hasta quizás también sueña: En la primavera próxima estos suspiros míos, pálidos y temblorosos, van a ser canciones verdes, arbolitos robustos. Ya empiezo a sentir sus raíces a lo largo de mi cuerpo. Soy como una madre echada, dando de mamar a sus cachorros. Yo soy un surco de tierra.

¡Ah, el mutilado iluso! Es un árbol que han puesto a secarse. Para que lo sepa, ahí está el leñador que cada tanto le tala y le pisotea los brotes de su ilusión demente. Él lo ha cortado para puntal o estaca. Lo necesita seco.

Un anarquista preso es un hombre al que a toda hora, en todo instante, el carcelero despoja y le pisotea una yema de su vida, un gesto de su conciencia, hasta el suspiro de un sueño. Él, el de la fecunda entraña y el corazón ardoroso, debe abortar y secarse. ¡Peor que morir! Esto lo sabían muy bien Sacco y Vanzetti.

Debemos flamear sus nombres en la pueblada del 23 de agosto. Éste será, sin duda, el mejor homenaje a sus memorias. Y a propósito: ¿Quién pedía un monumento perpetuador del universal repudio al macabro crimen de que ellos fueron víctimas?... Ahora es la hora. ¡Un monumento, sí, un monumento! Pero no de bronce o piedra: de puños y corazones. No en Norte América; en la Argentina. ¡Sí, un monumento! ¡El monumento de la protesta anarquista por la libertad y la vida de Simón Radowizky!

Esto sí que será honrar a Sacco y Vanzetti. Que aquel día de sus muertes nos halle como aquel día que los agarraron a ellos: ¡ipeleando por nuestros presos! ¡Un monumento, sí, un monumento!

## DELINCUENCIA

¿Son buenos los delincuentes, o son malos?... ¿Qué puede importarnos eso a nosotros, compañeros?... Esta duda, que debería plantearse el juez, y que nunca se plantea, tiene que ser superada por nosotros, absorbida en la llama pasional de nuestras vindicaciones: son víctimas.

Sin caer en sensiblerías frente a los que hacen ilegalismo, podemos afirmar que son siempre mejores que los que los castigan. ¿Tablas para valorizarlos?... Si alguna podría aplicarse, debiera ser ésta: el llamado delincuente es más humano que el vigilante, éste menos perro que el comisario, éste todavía menos bestia que su jefe y, en fin, este último nunca tan canalla como el presidente de la república o el rey del reino.

El que encarna el poder, encarna el daño. Los demás son simples grados, eslabones de una cadena que termina en una argolla que aprieta el cuello del que cayó más bajo. Éste hace el gasto de la bacanal de sangre y lágrimas en que los otros se ahitan, con su miserable vida aherrojada.

Éste es la víctima; pero no sólo de la pena que le infligen los perversos, sino también de aquellos “hombres honestos” que no han deshonorado en ellos toda la legalidad. Ésta es la palinodia que hay que cantar frente a los delincuentes. Todo puritano, aunque se diga anarquista, es en el fondo un legalitario; como toda mujer que se envanece de la castidad de su alma, es en el fondo una burguesa. Su capital de virtud, como el del burgués, de oro, está hecho de la desventura de sus hermanas; es este lodo infecto que ali-

diano, se llena los ojos de sus destellos, y, como dice Han Ryner, después, donde quiera que se vuelve, ve siempre soles.

La diferencia es obvia y definitiva en quienes miran de estos dos modos la misma cosa. Aun concediendo que los dos la amen con fervor idéntico –lo que es conceder bastante– uno arreará al porvenir sólo esclavos y fanáticos, contra los cuales el otro, donde quiera que los halle, tendrá que revolverse y libertarlos. No hay lucha más enconada y a muerte que la de los anarquistas contra los bolcheviques y sus secuaces. Estos tales dictadores nos recuerdan aquel fraile empeñado en que un ateo moribundo entrara al cielo. De pie ante él y agotada su dialéctica, terminó por blandir su crucifijo y estampárselo sobre la boca lívida: ¡bésalo! ¡Me ca... igo en Cristo!

Frente al pueblo –el de Rusia, por ejemplo– ansioso de libertarse, pero hoy, y no pasado mañana, él, y no sus tataranietos, ellos también blandieron su dictadura y se la encajaron por la cabeza. ¡Sé libre! ¡Me ca... igo en la libertad!

Son dos modos, y no de hoy, sino de siempre. Son perder o ganar hombres. Es Torquemada y Cristo. Es Lenin y Malatesta. Sí, sí. Pueden cantar victoria los comunistas. Aquél le hizo besar, y hasta comer, el marxismo a Rusia: éste morirá, sin duda, sin ver florecer la Anarquía en Italia, pero cuando de aquél, como de todo tirano, sólo quede el horror a su obra, de éste seguirá cosechando fe en su destino el pueblo. Porque aquél manda y éste siembra.

–¡Bésalo, me ca... igo en Cristo! –no ha hecho un solo cristiano ni para la tierra ni para el cielo. ¡Sé libre, me ca... igo en la libertad! –no hará un solo libertario. Es otro el modo, ime ca... igo en Marx!

## LEON TORAL

El tirano no es sino un espantajo, vestido y condicionado por nuestras propias miserias. No ha traído nada a la vida; es siempre más indigente de savia o luz que un palo seco. Lo recibe todo; todo lo abyecto y hediendo que, en determinadas épocas, fluye de nuestras entrañas como de una cloaca. De lo más compactos de esto se hace este monstruo. (De los miasmas de esto mismo se hizo Dios). No surge de nuestros sesos sino de nuestro vientre. No lo concebimos; lo defecamos. Suprimirlo y enterrarlo es un acto de sanidad y de estética.

Desahoga el mundo el que abate un tirano; clarifica el aire. Poco importa, para el caso, que el ejecutor ofrenda su sacrificio a la anarquía o a Cristo. Por otra parte, en ninguno de estos credos de fervor y libertad hallaría justificación a su acto; los dos dicen: no matarás. El que mata está por bajo de ellos; pero lo está porque fue precipitado a un abismo de dolor que justifica todo, hasta el crimen. Está donde está el pueblo; entre los perseguidos y lo pisoteados. Donde estamos nosotros: contra la tiranía.

Ese joven artista católico que ha matado al presidente recién electo de México, nos es, pues, muy respetable. Más respetable, sin duda, que su Dios o su Papa. Respetable como Satán, por ejemplo.

No sabemos si ese respeto nuestro, de enterarse él, lo hará feliz o desgraciado. Ni nos importa. Pero sabemos, en cambio, lo que frente a su acto gritarán los liberales, los socialistas y los bolcheviques. ¡Hay que colgar a los frailes e instituir la dictadura! ¡Matar! ¡Matar!

¡Ah, Obregones asesinos, Lenines cínicos! Siempre habrá para vosotros, por debajo de Cristo y de la anarquía, algún León Toral rebelde. Y no seremos nosotros que iremos a preguntarle qué ideas tiene o qué dolores, ni a quién ofrenda su sacrificio. ¿Para qué?... Nos ha limpiado la tierra, clarificado el aire, aliviado de un tirano. Sea quien sea: ¡muchas gracias!

## EL MONUMENTO

No es a llorar a nuestros muertos que nos llama la anarquía. Es a salvar a los que se nos está matando. Esto lo sabían muy bien Sacco y Vanzetti; tanto que en esto estaban, precisamente, cuando los agarraron para matarlos a ellos: peleando por nuestros presos.

De vivir ahora, aun desde la cámara de la muerte, pelearían por el cautivo de Ushuaia. Sus palabras y sus

que flota desparramada en sus sonrisas, sus gestos y sus afanes? Toda grandeza se achica ante tu punto de mira: igual la altitud de un monte que tape el cielo que la extensión de una idea que llene el mundo. Tú no ves sino aquello a que te ordenan que apuntes. ¡Eres un ciego!

Tampoco oyes. A tu alrededor vocea la libertad, clama la justicia; gime el dolor y cantan las esperanzas. ¿Qué concierto mejor que éste puede llenar el corazón e un muchacho de más elevadas ansias, de más viriles designios?... Y tú no sientes... ¡Eres un sordo!

Si ni recuerdas... Ayer, no más, seguías tus impulsos como a una llama en el viento. Llama, sí, era la reja que hundías, relampagueando, en la tierra; llama que volaba, rauda, enhorquetada a un caballo; llama que bajaba, mansa, a ceñir el cabo de una herramienta. Obrero, gaucho o gañan, entonces eras la vida; la vida, de la que todo trabajo, todo afán y todo ensueño son como la claridad, el resplandor, el caprichoso arabesco de una hoguera. Y ahora, ¿qué eres?... ¡Un ciego, un sordo, un muerto!

Soldadito: ¿sabes qué eres?... Pues el vaso de noche de la patria. En ti descome lo que a nosotros nos traga, vacía en ti lo que a nosotros nos chupa... ¿Qué otra cosa crees ser, que no protestas, ni lloras, que no te desnudas y huyes?... ¡Vamos, hombre!

## EL PROGRAMA

Esto parece endémico. Cada vez que nuestras cosas prometen un desarrollo más amplio, se aprestan a entrar a actuar en más vasta escala, de los labios de los propios compañeros se nos viene esta solicitud angustiada: ¡Un programa! ¡Den un programa al pueblo!

Confesamos que antes de ahora ello nos tomaba de sorpresa. Con las muñecas calientes de machacar en un solo punto durante años, sin ojos para otro objeto que la tarea, llenos los corazones de un entusiasmo loco, pequeños, es la verdad, pequeñitos ante la mole que habíamos atacado y que veíamos, sin embargo, caer deshecha por momentos, abriéndonos paso hacia otra, esa palabra – ¡el programa! – nos paralizaba en seco. Era un balde de agua. Porque es humano. Quien se cierra para una dada labor y enfila todas sus fuerzas a un determinado fin, pierde o inhibe, al menos temporariamente, muchas otras facultades que cree él que, para la causa a que se dio y en la que está prendido, son secundarias. Así el que apunta, no oye; el que oye bien, ve poco; el que camina mirando al cielo, casi siempre tropieza en la tierra... Estábamos trabajando por el comunismo anárquico. Y ¡el programa! nos volvía a una realidad que de primera intención no alcanzábamos a oír, a ver, a abarcar. ¿Cómo?... ¿Qué?... No entendemos, compañeros.

Tal fue cuando el centenario: éramos ochenta mil hombres en la Avenida, listos a todo, y nos disolvieron; no los patriotas, no, sino aquellos propios nuestros que gritaban angustiados: ¿Dónde van sin un programa? ¡El programa! Y cuando el auge bolchevique, con todo el proletariado de pie, esperando la voz que lo llamara a la lucha, nos pasó igual: nos ofrecieron para redactar un diario –el que fue luego “Bandera Roja”–, y no pudo ser tampoco, porque Antillí no sabía de qué le hablaban cuando le pedían un programa... ¡El programa! Y ahora, ¿qué es lo que salen diciendo de nuestro primer congreso algunos compañeros? Que ha sido un fracaso, puesto que no ha elaborado ningún programa... ¡El programa! ¡Diablo con el programa! Nos ha dado tantos sustos que hemos terminado por detenernos a ver qué es él, seriamente. Estamos al cabo. El programa que nos piden a nosotros, primero con buenos modos, después a gritos, es... ¡el de ellos! Y lo más curioso aún es que ya lo tienen concluido, listo, cuando vienen a clamarnos: ¡El programa! ¡Den el programa!

Sí, lo tienen. Lo tenían cuando el centenario, cuando la revolución de Rusia y hasta cuando la asamblea del mes pasado. Un programa que no era, precisamente, de libertad, de actuación franca y derecha del comunismo. Un programa que es la muerte de la libre iniciativa, la entrega en las manos suyas de lo que los anarquistas hemos trabajado durante tan largos años en el país: ¡la Anarquía!

¡No puede ser! ¡No nos asustan más! Volvemos a nuestras fiebres, a hervir como marmitas de bronce sobre las trébedes rojas de nuestros músculos, y a repartir a jarros la propaganda. Y el día que nuestras cosas prometan un desarrollo más amplio, actúen en más vasta escala, llegue la Revolución, en fin, entonces,

¡oh, compañeros!, sólo un programa queremos: hervir aún más, hervir hasta quedarnos sin gota, hervir hasta volarnos de nuestras trébedes hechos campanas. Y astillarnos y rompernos llamando al pueblo a la libertad. Ese es nuestro programa. ¡El gran programa!

### CORDIALIDAD

Al fin, después de todo, lo único que hay eterno, a través del universo, es este solo ideal: ser buenos. Por él palpita y vive, pálida y desvelada, la humanidad. ¡No me digáis que no!

Hombres ásperos, candentes, implacables, van lo mismo hacia un destino de amor que los más santos. Tal vez con más fuerza, como barretas lanzadas hacia un agua celeste y lejana. Que en un corazón de acero es donde tiembla más angustiosamente esta nostalgia: ser blandos.

¿Qué había en la tierra al aparecer el hombre?... Sombra y abismos, peligros y misterios; una sola oquedad, una constante agresión que, en vez de disminuir, crecía, como nacida, evocada por sus pasos. Y él avanzó, sin embargo. Hizo la luz, tendió el puente, refrescó el aire. Sembró bajo la intemperie, en surcos agrios, lo que tenía de más dulce. ¡Cuántas veces fue arrasada su cosecha! ¡Con qué insistencia de madre tendió, como senos, hacia delante, sus manos llenas de gérmenes! ¡Con cuánto amor, con qué inefable coraje!

¿Para qué grababa piedras, abría senderos, cavaba el suelo, pulía sus gritos hasta trocarlos en estas joyas de las palabras?... ¿Para qué, si debía perecer, calcinado de arriba, sorbido de abajo?... ¡Ah, divina locura, ideal desvanecido como un sueño, es tuyo el único rostro que hay en el mundo, indeleble! –¡Cordialidad, te llamas!

Ella es la sola que ha renacido de generación en generación con los hombres. Ella la que ha hecho la estatua y el libro, la ciudad y la vía. Y la que avanza siempre, a través del dolor y el misterio, del peligro y la muerte, cada vez más amplia, cada vez más alta; hasta que envuelva la tierra con las manos unidas de las gentes cordiales.

... Sí, sí; después de todo lo único que hay eterno en el universo es este ideal: ser buenos. Hombres ásperos, candentes, implacables, van lo mismo hacia un destino de amor que los más santos. Que en un corazón de acero es donde tiembla más angustiosamente esta nostalgia: ser blandos. Lo más débil de nosotros es lo más fuerte. ¡Y cordialidad se llama!

### LOS HUERFANITOS

No hagamos literatura. Ésta es una cosa pobre y fría frente a los niños. Ellos vienen con la aurora, en bandadas de avecitas, a los prados de la vida; nosotros vamos, tartajeando maldiciones, hacia la muerte. Saltan ellos de sus cunas como de nidos; nosotros, de nuestros catres como perros de los cubiles. Van a la calle, a la escuela y hasta al taller, como a las verdes lomadas los pajarillos; nosotros para el andamio o el surco mordiendo enconos... somos angustia, impotencia, sombra; ellos son paz, claridad, perdón.

No hagamos literatura. Escribir sobre los niños es clavar espantapájaros en los huertos de la vida. ¿Qué madre traería sus hijos a jugar bajo esta selva de garabatos sombríos en que aúlla el viento entre las ramas secas y agita la hojarasca de nuestra ciencia?... Se asustarían sus nenes.

No, no, no. Que no nos lean; que esperen aún. La vida es grande y tal vez algún día seamos buenos...

Ahora: ¡cancha a la garra; guerra a las alas! Que nuestra senda de piedra, que bordea un precipicio cortado a pico, se hunda en la noche fría. Que no nos bese la aurora; que no nos roce una flor. ¡Que ningún pajarito se alce en su nido y nos cante: padre!

Padre... ¿Quién no oye las voces que están llorando este nombre en Rusia?... ¡Padre! Son millones de nenitos que claman: ¡padre! ¡padre! De éstos, los que no mató la guerra, huyen ahora, según los diarios, abandonando a sus hijos por no comérselos. Y ellos, los huérfanos, desde sus cunitas rotas, sobre los campos helados, a las puertas de sus chozas en escombros, los siguen con sus gemidos, los traspasan con sus llantos: ¡padre! ¡padre! ¡padre!

Y nosotros lo sabíamos. Procesadnos ahora, jueces. Hundidnos en las mazmorras; arrojadnos al redondel de vuestras bestias patriotas. ¡Yo lo sabía!

Sabía que hablarían los muertos. Que más abajo de las grandes palabras de Sacco y de Vanzetti, de France y de Debs, había otras, aún más grandes; que al fondo de los sollozos de Rosina y de Luisa, había un mar de llanto; que la pena de Dante, el niño, y de Malatesta, el anciano, sería una sombra de muerte que seguiría a todos, a todos los hombres de trabajo. Sabía que con las limaduras adheridas a las uñas de los herreros, con el cemento que polvorea las blusas de los albañiles y el resplandor de todas las herramientas, se estaba forjando un casco –¿sólo uno?– a cuyo seno confluirían todo el dolor y la ira que desatasteis vosotros –¡oh, burgueses!– sobre el mundo. Y otra cosa más sabía: que un desconocido iba a recoger aquello para ir a hacerlo estallar frente a vuestras cajas fuertes. Porque tenéis la cabeza llena de oro. Porque ahí tenéis la cabeza iba a romperlos los tímpanos.

Nadie, ni el pobrecito Taboada, sintió la llamarada en el rostro y el sacudón en la entraña que nos sacudió y llameó a nosotros, al saber, camino de la prisión, que, al fin, habían estallado aquellas bombas. Porque nosotros sabíamos y esperábamos. Sabíamos que habíais puesto de pie y en marcha a la fatalidad y esperábamos y esperamos sólo cosas fatales. Bienaventurados vosotros que nunca sabéis ni esperáis nada.

¿Daréis con el autor ahora?... Tampoco. Aunque apresarais a todos los anarquistas del orbe, a ése no lo apresaríais. El que no ve su crimen, tampoco ve su castigo. Él pasará ante vosotros con su bomba invisible en la mano como un muerto con su lengua muda en la boca. ¡Pero los muertos hablan!

### ¡COCODRILOS!

Frente al dinamitazo del consulado italiano, no nos desdecimos ni en una coma. Pensamos lo que pensábamos: el sistema de barbarie por el que arrean al mundo los gobernantes va a continuar produciendo estas explosiones. Son ellos, con sus violencias bestiales y sus podridos cinismos ante las más inefables aspiraciones del pueblo, sus más primarios instintos de libertad y justicia, los únicos responsables.

No nos ponemos al margen ni le sacamos el cuerpo a ninguna sospecha, por más infame que sea. Nunca podrá herirnos nada tan hondamente, como nos hiere y desgarrar la angustia ahora. ¡Quisiéramos ser uno de los despedazados por esa bomba!

Sí. Haber caído ahí. Ser rotos, aventados y revueltos entre escombros y llamas. Y con el último aliento arrastrarnos de rodillas hasta esa nenita herida –isagrada como mis hijas!– para pedirle perdón por la infamia de los hombres. ¡Y morir jurándole que eso no es la Anarquía!

Y no nos desdecimos ni en una coma. Pensamos lo que pensábamos: el culpable, sea quien sea, es un producto de este sistema burgués delirante de violencias y cinismos. Él es el criminal que arrea a la carnicería a diez millones de humanos, como en la pasada guerra; que aventar hogares y templos, mutila y relaja espíritus; él. Él, el que corrompe todo, ensucia, con sólo mirar, la vida, como a una bella virgen un mendigo sensual y leproso.

Pero esa bomba allí, barriendo y despedazando obreros y niños, ¿qué significa, entonces? Lo que significa la peste que propagan los podridos a sus hijos o sus nietos inocentes. La cosecha de la pudrición moral burguesa.

Lloren los cocodrilos sicarios. Nosotros no lloramos. No le sacamos el cuerpo a ninguna responsabilidad tampoco. Nada ni nadie nos puede herir tan brutalmente como nos hiere y desgarrar la angustia ahora. ¡Quisiéramos ser uno de los despedazados por esa bomba!

### BESALO

Hay un modo de perder y hay un modo de ganar a los hombres para la libertad: metiéndolos en un puño, como reses en un brete, o despertando en ellos el dormido ser sagrado que todos llevan dentro. Uno es expeditivo y autoritario; el otro es fraterno y entusiasta. Aquél ve sólo lo actual, la noche tenebrosa del presente, y de ella quiere sacar su recua, aunque sea a palos; el otro mira al futuro, como a un sol coti-

lo principal es que el dolor continúe, no termine en los cadalsos. El cartel que antes se ataba al cuello del victimado, para escarmiento y pavor de los de su calaña, la ley burguesa se lo clava en el corazón ahora a las criaturas vivas que más amaron al mártir. ¿Quiénes son éstas?... Mujeres, mujeres siempre. Madres, esposas, hermanas.

En ellas se reinicia la tragedia. Son Rosina de Sacco y Luisa Vanzetti. El polo que fulminó a los que amaban, quema hoy sus corazones, los ulcera sin matarlas. ¿Qué bálsamos enviarles, qué palabras, qué ofrenda?...

Alzad el rostros de los que van a morir –decía Vanzetti–. Pensad que la vida está adelante, varonil y jubilosa. –Sí, grande y fuerte camarada; para nosotros sí. Pero, ¿para ellas?... ¿Para las que siguieron por amor vuestros rumbos de luz en la tierra y a las que se les devuelve ahora un puñado de ceniza negra y fría?... Hay los que luchan entre los hombres y hay las que aman a los luchadores; son las mujeres. Para unos hay la justicia o la venganza; para ellas hay el dolor y no hay consuelo. Es bueno pensar en esto para eruir, cada día más poderosa y más gruesa, la ola del repudio universal contra los yanquis bárbaros. ¡No hay consuelo! Aunque todo el universo se agolpara a consolarlas, no las consolaría. Se sentirían lo mismo solas, solitas, inconsolables. Rosina y Luisa.

### DE MI CONDENA

No había pensado hablar de ella, y si hablo ahora es movido por ciertas insinuaciones que quiero parar antes que se concreten. No hacerlo sería una oblicuidad de carácter de que siempre he protestado yo en los otros y que, por lo mismo, en mí, más que en ninguno, sería una infamia. Y aunque la pena que me adjudican sea poca y no valga para valorizarme como hombre de grandes resoluciones, menos valdría si callara, me hiciera el sordo, dejara correr la bola, como quien dice.

He aquí la cosa: yo no autorizo, y al revés, protesto de todo paso o palabra que se dé o se diga PIDIENDO mi absolución a la cámara. No soy un necio, que conteste a los oficios de quien quiera que se empeñe en beneficiarme, con guarangadas. Pero creo mi deber velar por que lo que se haga por mí esté de acuerdo con mi conciencia anarquista. Y quizás me exceda un poco en mis prevenciones, pero, en este caso, prefero excederme a quedarme corto.

Si mis amigos, autores y periodistas, quieren protestar de esa sentencia por lo que ella significa un atentado a la libertad de pensamiento, yo acepto maravillado cuanto hagan. En ese plano estamos de acuerdo y cómodos, ellos y yo. Salidos de ahí, estaremos muy mal todos.

Por otra parte, yo no puedo ampararme en mi calidad de dramaturgo tampoco, porque eso sería en mí una hipocresía. Yo amo más esa bomba de Wilckens, cargada con dolor, los fríos y las fiebres de la agonía de los mil seiscientos trabajadores asesinados en Santa Cruz por Varela, que todo el teatro del mundo, cargado de genio, desde el de Esquilo hasta el de Pirandello. Y me condenan por eso.

Y a más, no es para tanto la cosa. Que este juez me dé seis meses y que la cámara me dé lo mismo, o el doble, es todavía lo de menos. Habrá que ver si yo agarro...

### HABLAN LOS MUERTOS

Nadie, ni el pobrecito Taboada, para el que el dinamitazo habrá sido como un rayo, sintió la llamarada en el rostro y el sacudón en la entraña que nos deslumbró y nos sacudió a nosotros al recibir, camino de la prisión, la noticia de las bombas. Porque nosotros sentíamos, desde hace meses, el corroer de los ácidos sobre el tabique de corcho. Porque nosotros veíamos forjar el casco, rellenarlo de explosivos y ajustar las tuercas. Porque nosotros oíamos el paso de aquel que nadie conoce, de aquel que marcha con su cilindro frío en la mano, como un muerto con su lengua muda en la boca. Porque nosotros esperábamos...

¿Sabéis qué es esto: saber que la fatalidad está en pie y avanza?... Y la angustia que ello implica en los días y las noches del hombre que ama a los hombres, aun a los más miserables?... No lo podéis saber si no sois anarquistas.

¡Hijitas mías queridas: perdonarme! Sí, sí. Perdonarme, porque en vez de salir para la calle y ahorcar al primer burgués que topara al paso... escribo, mancho papeles, creo que estoy llorando también... [1922]

### “CAMISAS NEGRAS”

No bien llegado al poder, tras una revolución, el general Huertas, de México, llamó ante él a todos los opositores –caudillos, periodistas, diputados–, y les dijo: “Caballeros: hasta hoy el gobierno les ha dado pan o palos, según que se sometían o se rebelaban. Conmigo se acabó el pan”...

He aquí, pues, un precursor de Mussolini, un “camisa negra” americano. Lo recuerdo con la secreta esperanza de que se le haga justicia; de que, a lo menos, su nombre, ya que no su cuerpo de orangután, ha tiempo disuelto en lodo o betún, vibre o brille junto a esa constelación cesárea que alumbraba ahora el escenario italiano. Es justo y es oportuno.

–Caballeros: esta cámara puede durar dos días, o dos meses, o dos años; ello depende de cómo os comportéis frente a mi gobierno. Pero, de todos modos, no os hagáis ilusiones: estáis vencidos, y no tenéis más derecho que los deberes que yo os imponga–. Esto ha dicho Mussolini al Parlamento.

Ha dicho más, que no le reproducimos, porque ello es, precisamente, la parte floja, la grieta de decadencia del espíritu sintético y contundente de Huertas. Farolerías tenorinas. Lo esencial, lo virtual, lo medular está todo en lo transcripto y, compendiándolo un poco, cabe bien en aquella frase histórica: conmigo se acabó el pan.

¡Se acabó el pan!... ¿Comprendéis la alarma de socialistas, republicanos, católicos y los demás tiburones jefes de tiburoncitos?... ¡Se acabó el pan!... Turatti se pasa a Bélgica, el fraile Sturzo renuncia a la política, Nitti se larga a América... ¡Se acabó el pan!... ¡Accidente!

Sin embargo, no es para tanto tampoco. Pan y palo, y palo y pan son la diástole y la sístole del gobierno. Diputados, periodistas y caudillos, por más opositores que sean, recibirán siempre su porción de unos y otros. Dulce y amargo. Cinco y cinco. Como cinco de yerba y cinco de azúcar. ¡Ay, sí! El palo, el palo seco, el palo toda la vida, sólo lo recibe el pueblo. Él, a favor y en honor de quien, a creerle a los dictadores, se hacen esta clase de revoluciones. Fue así en México, con Huertas; así es con Lenin, en Rusia, y lo será así también con Mussolini, en Italia. ¿Por qué ha de ser de otro modo?...

Ese italiano camisa negra no va a ser más que el ruso camisa roja, ni el mexicano camisa sucia. Será el Poder. El Poder, cuya esencia no varía, sino en su apariencia física, con las encarnaciones que sufre. El Poder, que tiene, tuvo y tendrá sólo una cosa que darle a los descamisados: ipalo; más palo; palo siempre!

### MAÑANA

El día, lejano o próximo, que la Revolución baje del labio al puño, de la idea al hecho, de flor de ideal a raíz de vida, nosotros, los anarquistas, tenemos que preocuparnos por que ella sea lo más profunda y extensa. Por que vaya más allá de nuestras fuerzas y nuestros sueños. Por que nos pase y nos burle, como se burla, pasándonos, el árbol del que pusimos la semilla en tierra y que luego no alcanzamos ni en su copa ni en sus aves.

Preocuparnos de esto, sin miramiento a otra cosa. Caiga todo, destrúyase cuanto ha creado el hombre esclavo y aparezca y organice el monstruo nuevo; el monstruo de la audacia libertaria. De él, y no nuestro, será el mundo, mañana.

¿Qué sucede ahora?... Aún no quemamos el primer cartucho y ya estamos cavilando cómo vamos a comer cuando la Revolución triunfe; y hasta cómo se hará el pan, quién nos lo traerá a la mesa y con qué le pagaremos al panadero. Nos preocupa, desde ya, el debe y el haber futuros; ese debe y ese haber que fue, según Kropotkin, el principio de esta sociedad burguesa; sociedad de bandidos. Queremos cambiar de vida, como actualmente de hogar; con las costumbres y hasta con los cachivaches.

Y no. La Revolución será un estado de conciencia nuevo, inusitado, hasta parecernos quizás salvaje. Creará un sentido ideal, un ambiente alucinante del que no tenemos ni memoria ni idea. Y todo habrá que hacerlo dentro de ese medio, como hacen su nido los desposados pobres, sin más riqueza que su fe ardorosa. Los desposados de entonces serán la libertad y el pueblo.

Amenazan con el hambre y con la muerte para mañana, si hoy no disponemos todo de modo a no interrumpir la producción, la distribución, las relaciones, en fin, de la ciudad con el campo. ¿Y quién afirma que a los hombres nuevos van a cuadrarles los negocios actuales nuestros?... ¿Valdrán menos o más que nosotros, ellos?... Valdrán más, y, sobre todo, querrán saber muy poco de nuestras miras sociales, tablas de moral y valores económicos.

El hambre y la muerte... ¡Diablo! Con la mano en la conciencia, compañeros: ¿qué lloráis de la fracasada Revolución rusa: las víctimas que hizo o los ideales de libertad que no pudo cumplir? ¡Éstos, éstos!

Si la especie humana tiende, naturalmente, a conservarse, si la Anarquía es consustancial al hombre, si el comunismo es el único sistema en que ella puede vivir y, finalmente, si la sociedad burguesa es mala desde su base a su cúpula, sólo un cosa nos corresponde llegada la hora revolucionaria: hacer con todo lo actual –costumbres, ideas, DEBES y HABERES– lo que se hace con los dados sobre la mesa cuando se empieza otra partida: trastocar posición y valores, lanzar al pueblo a través de la tierra a la busca de su ficha original, la nueva, la libre. Y que empiece a vivir.

Por lo demás, eso hará, y no otra cosa, la Revolución Social. Los hombres que de ella surjan irán más allá de nuestras fuerzas y nuestros sueños. Nos pasarán burlándonos. Como el árbol del que pusimos la semilla en tierra y que luego no alcanzamos ni en su copa ni en sus aves. ¡Así sea!

## ASCO

Se ha presentado al Congreso un proyecto restableciendo la pena de muerte. Esto viene al filo de los asaltos, asesinatos, verdaderas orgías de sangre que nos ofrecen a diario algunos locos estúpidos. Suelta la bestia, con las bridas rotas y el apero de la ley en las verijas, se la piensa detener con cuatro tiros.

Nosotros no sabemos nada. Ya no sabemos siquiera qué es mejor para la mayoría de los hombres, si la pena de muerte o la pena de vida. No vemos otra cosa que barbarie y cinismo. Y no es horror, sino asco, lo que nos tupe el cerebro y nos vela los ojos. Sí. Horror podríamos sentir ante los criminales, pero esto está superado por el asco que nos causan los burgueses. A la madre de un bandido tendríamos, en última instancia, que decirle llorando: ¡mira lo que hemos hecho de tu hijo! Pero a la madre de un juez, un carcelero o un verdugo, ¿qué le diríamos?...

Éste es el caso, el clavo de fuego que nos taladra la entraña, mientras alrededor la sangre corre, salta, espumarajea. Y ante la sombría inminencia de la sanción de esa ley, lo único que sentimos es que una bocarada más, un hipo sangriento nos será escupido al rostro. ¡Qué asco!

¿Remedio heroico, decís; amputación necesaria del miembro gangrenado para salvar el cuerpo sano? ¡Mentira, farsa! ¿Qué?... ¿Somos niños o idiotas, sordos o ciegos que nos decís también eso? ¿Qué?... ¿Nos haréis creer ahora que os preocupa la salud ajena, el respeto a la vida del pueblo? ¡Ah, no, burgueses; no!

En la soledad febril de nuestras noches oímos escupir a nuestros tísicos los pulmones que vosotros les rompisteis. ¡Sangre! A la claridad del sol, las manos de los obreros se desnudan de su piel como vosotros de vuestros guantes. ¡Sangre! Dentro de vuestras prisiones, los carceleros arrancan la confesión que quieren junto con las uñas, los dientes y los cabellos de los presos.

¡Sangre! Una sola cinta roja brilla al cuello de toda esa juventud que alojáis en vuestros cuarteles fétidos; es la señal de la muerte, el signo de la fatalidad que les espera. ¡Sangres! Y en nuestros cuerpos exangües, sobre la claridad impávida de nuestros pechos y nuestras frentes, ¿no sentimos que nos hinca y que nos quema la lanza farisea de vuestros jueces y vuestros polizontes? ¡Sangre, sangre!

Tábanos en nuestros flancos, chinches en nuestros Jergones, lobos hambrientos tras de los rastros de

aquí brama y allá fulmina, dios de voz gruesa y de barbarie ubicua. Esta irradiación de su sombra y de su furia es lo que ha determinado nuestra posición, y la de todos, filósofos y sociólogos, no frente a él precisamente, sino frente a sus irradiaciones. No es al burgués que hemos ubicado, sino a la burguesía.

Del hombre pueden darse cien o mil definiciones. El juego social que él hace o que a él lo obliga, ese modo de un cincel que labra, afina o desgasta su superficie. Mas quien tome esa careta por su verdadera faz, se equivocaría; su naturaleza es otra; más sagrada o más sacrílega, pero otra siempre. Como el bloque de mármol, del cual el artista saca ya una estatua o ya una fuente, la diferencia está adentro, en la veta o el grano constitutivo, y no en las múltiples formas o figuras que le adapten o le esculpan. Esto lo saben los escultores y nosotros –perdón– los psicólogos.

Quien desbroce la hojarasca que, so capa de profesión o de oficio, no es sino un mimetismo que la sociedad impone, dará con sólo dos clases de hombres: doblado uno en su labor; alerta el otro para la rapiña. El que produce y el que lo roba; el que crea y el que lo explota. Los demás, aunque sean la mayoría, son sus caricaturas o sus abortos.

El productor es, por excelencia, un ser que desconoce la propiedad y la medida; incapaz, por propia gravitación de su madurez interna, de alzar la vista para ponerle tasa a sus producciones. De sus puños o su frente; cae la luz o cuelga la obra como de una rama los racimos. Y no hay espectáculo de envergadura más trágica, cargado de más electricidad dramática, que un hombre de éstos, obrero, artista o sabio, condenado al ocio o reducido a sobrevivir a una fecundidad

ya agotada. Acaban envileciéndose o suicidándose.

Ubicado éste, mal que bien, ubiquemos al otro. ¿Qué es un burgués?... Es el animal que vive en verbo positivo. Su entraña y su gesto aúllan un solo grito: ¡imío! Entre el coro de las voces que el hombre arrancó a la piedra y al hierro, a la tierra y al cielo –dulces, patéticas, risueñas o melancólicas– la suya es la que apuñala, como al canto del ave el bramido de bestia: ¡imío!, ¡imío! Desconoce en absoluto el valor de la vida y de las cosas, y a este desconocimiento se debe la tabla de los valores que juega y por los que se guía, tanteando, como un monstruo ciego, a lo largo de una cuerda con nudos. Lo que atrapa es de él: ¡imío! Mas como, a pesar de todo, en cuanto cierra la boca su posesión caduca, cerca entonces sus rapiñas y pone, a que se las guarden, leyes, soldados, lacayos, que también son suyos, ¡isuyos!

Y llegamos al último. Cuando decimos que sólo hay dos clases de hombres, es porque la tercera no puede contarse ni como carácter ni como variedad de la especie. Es neutra; mixta. Es la mediatización del productor y el parásito, fruto de un ayuntamiento sacrílego condenado a morir sin descendencia. Un verdadero mulo humano. El socialista, el bolchevique.

Éste no tiene esencias para catarle. Los otros sí y, mal que bien, se las catamos.

Y, ahora, a crear, los creadores, el repudio al sentido burgués de la vida y el amor al sentido anarquista. ¡Nada es de nadie; todo es de todos!

## ROSINA Y LUISA

La vida, pasión y muerte de los mártires no acaba en la silla eléctrica. Entre los miles de corazones que el héroe sacude o exalta a su paso, hay siempre alguno que se echa tras él y lo sigue. Aquéllos le admiran, le lloran o le aplauden; éste, suave y silencioso, le ama. Es la madre, la hermana o la enamorada. Cuando el hacha o la hoguera termina su obra, empieza para ellas la tragedia. El tajo del verdugo cortó también sus destinos, cavó a sus pies un abismo en que la huella de luz que seguían en la tierra se hundió apagada. Y aunque todo el universo se agolpara a consolarlas, ya no hay consuelo; se sienten solas, solitas en el mundo.

Los bárbaros de antes parecían al menos más comprensivos. Dijérase que intuían que el amor es más poderoso que la muerte, más sagrado. Mandaban todo, mujeres e hijos del héroe, al sacrificio. Y así rendían, concientes o ignorantes, un tributo a lo que su enemigo, rebelde o perjurio, había amado.

El instinto de venganza progresó con los burgueses. No todo es mata ni, con mucho, lo más importante;

o sus corolas abiertas. En el fondo y no en la superficie. El político, que es canalla o es estúpido, hace su enjuague arriba, manipula sólo superficialidades. El caudillo, negro o rojo, hace lo mismo: maniobra y explota fugacidades. Al hombre entero, en lo que tiene de eterno e inapagable en su entraña, sólo lo abraza y comprende el anarquista.

La obra modela también su obrero. En la carne lacerada y nutridora del pueblo, él está como el labrador entre sus terrones. Pero terrón él mismo, y lacería y tragedia. Vedlo: surge a la acción por su ideal con una rotundidad, un coraje y un ardor siempre nuevos y siempre desconcertantes. ¿Qué lo enhiesta, qué lo remacha a la tierra, qué lo embandera de tan vivos tonos como a una torre sobre el gris monótono del caserío del valle?... Nadie lo ve, pero él lo sabe. Los hombres; los mismos hombres de abajo, que él trabajo y ama.

Y ya sabéis de qué cosa, tierna y brava, está hecha esta firmeza anarquista, mezcla de visión y encanto, que nada nubla ni nadie merma. De pueblo, de fondo de humanidad, de amor que nunca reniega de los hombres, ni cuando fugan a los barrancos sombríos de su instinto tembloroso, ni cuando vuelve y, en un solo impulso, llevan las piedras de sus profundos odios a las más altas cumbres. De eso, y de mucho más, para lo que todavía no hay frases con que decirlo, tan delicado es, tan inefable. ¡Ah, compañeros!

### ANGUSTIA DE REVOLUCIONARIO

Hay en todos nosotros una angustia por la acción que no tenemos por qué ocultar ni debe avergonzarnos. Donde se levanta un hombre hay una posibilidad tan libertaria, por lo menos, como donde alumbraba una idea. Esta precisa la encarnadura y aquél la conciencia. Pero una y otro son por igual promesas que no vamos a llevarnos por delante o no mirar, porque no cumplan, desde su nacimiento, punto por punto, con nosotros, con la ideología nuestra. Al contrario: lo que hacemos es seguir su desarrollo, tratando de atraerlo al centro de nuestros propios principios para que desde él cumbree también nuestras posibilidades.

Ésta es la historia de las intervenciones de los anarquistas en movimientos que no responden a su ideología. Es no más que la angustia por la acción, el sentido que tenemos de la vida militante, audaz y plena. Y la confianza en nosotros. Donde estemos, lo que hagamos será anarquía, comunismo anárquico.

En general, el que hace el gasto de su libertad y su sangre, codo a codo con el pueblo rebelado, es el anarquista, son nuestros compañeros. ¿Debe ocultarse esto o debe avergonzarnos como un error o una ingenuidad?... ¡Nunca! ¡No! Debe proclamarse como una gloria, más vale; debe encarnarse como un deber en cada revolucionario.

Mariscalear es más fácil. Aquí tenemos muchos de estos mariscales que rastrean con el dedo sobre el mapa las insurrecciones de las indias de América. Y que de pronto se paran y se vuelven a nosotros para decirnos: tal o cual sublevación no cuenta, no puede tomarse en serio porque es de origen político, católico, reaccionario. Lo que no dicen, y les decimos nosotros, es lo que ellos son: saltarines, gambeteadores a lo único que vale en el anarquista y sin lo cual no será nunca en la Tierra la Anarquía; la pelea, el codo a codo con el pueblo sublevado.

Compañero que ahora llegas de Bolivia, perseguido o deportado tras el fracaso del último movimiento de los indígenas: nosotros te comprendemos. Aunque te hayas desangrado en una causa que no cumplía totalmente a tus ideas, no necesitas justificarte. Ya sabemos: era la angustia, no más, por hacer algo: la angustia del verdadero revolucionario.

[1927]

### PRODUCTORES, BURGUESES Y BOLCHEVIQUES

Si no catamos la esencia de la cosa, la propia cosa no existe como verdad para nosotros. Saber no es, en definitiva, más que situar.

Ubiquemos al burgués. Hasta hoy se ha estado bajo su imperio como bajo una hinchada tormenta que

todos los que atraviesan vuestra sociedad salvaje, ¿nos diríais también, ahora, que nos defendéis la vida matando a los criminales?... ¡Ah, no, burgueses; no! Todo el horror que queráis ante esos locos estúpidos; pero, ante vosotros, algo mucho más profundo: lo que hace cubrirse el rostro, subir la entraña a la boca. ¡Asco!

### ¡A PULSO, A PUÑOS!

Se vive la vida fuerte, fresca, verdadera, hasta tanto que se avanza en la producción de un capullo o de una espiga; después, hasta que se desaparece o muere, solamente se vegeta. Y es porque mientras se crece, se empuja, se pule o se redondea el fruto, las savias suben, rehinchan el tronco y templan igual que ramas los músculos. Toda nuestra planta vibra en un solo ideal de fuerza y superación. Y carga a puños la vida.

Al revés, si no hay fruto a que cumplir, sueño o pensamiento audaz, enérgico, a que entregarse, es la vida quien nos carga. Somos matrices exhaustas o cansadas. Plantas viejas. Pesos muertos, cuyo papel, entre la gente idealista, es el de las bolas de detención en algunas máquinas: roce entre la rueda y el riel con el que apenas se obtiene una vuelta para atrás cada muchas adelante.

Se vive la vida fuerte, fresca, verdadera, hasta tanto que se avanza en la producción de un capullo o de una espiga. Entonces es que alcanzamos toda nuestra plenitud, el desarrollo cabal de nuestra personalidad. Y somos frente a los hombres, y contra sus más agudas o rotundas negaciones, fuerzas vivas, potencias originales y enérgicas.

Siempre ha de haber diferencia entre aquel que carga a puños la vida para dar realidad a un sueño y aquel que, por el contrario, como un despojo, un inválido o un viejo, es cargado por la vida. Sus salarios de alegría también deben ser distintos. Lo son los de las plantas que crecen, pulen y alumbran, como arriates con lamparitas, con flores vivas, las sendas de verdes ramas por las que van al fruto, y los de aquellas que ya no tienen ni esperan corola en que beber agua del cielo ni grano en que sonar como metales al viento.

También sus filosofías serán opuestas. Hombre agotado o exhausto es, lógicamente, egoísta. No puede extraer de sí ni levadura ni harina. No cree, por tanto, en la bondad del que amasa y goza dándose en panes. Está cargado en la vida y es fatal que encuentre tonto, ingenuo o estúpido cuanto sea alumbrar, bruñir, dar cumbre y gloria a un capullo.

Sin embargo, ésta, y no otra, es la razón de vivir. El egoísmo no existe para los fuertes, los plenos, los verdaderos. Ninguna planta retiene para sí, avaramente, sus frutos, y son contadas las bestias que se comen a sus hijos.

Nosotros somos concientes de la tristeza mortal, del desconsuelo profundo de aquellos que se revuelven contra esta pujanza nuestra para repechar el medio, hacer sociales los dolores de los hombres, caracterizar, en fin, con sello propio, enérgico, inconfundible, la Anarquía. Comprendemos también su filosofía. Su salario, que es el roce entre la rueda y el riel, no se lo disputaremos nunca.

Pero marchamos. Vivimos la vida fresca, airosa, promisoría, de la planta que se crece, se avanza, grana y redondea su espiga. Y somos sólo por eso: porque cargamos a pulso, a puños la vida.

### VIVIR SU VIDA

Es una necesidad plantearse al frente proposiciones de lucha todos los días. Entrar en cada mañana apuntando la razón a un polígono distinto o, al menos, desde un distinto terreno. Correr la voluntad de uno a mil y de mil a uno, en toda la línea.

El hombre tiende a asentarse, a fijar su residencia mental en determinados campos; justamente donde le es más fácil “vivir su vida”. Cumple así una ley de esfuerzo mínimo. Entrega el cuerpo al oleaje del ambiente, que lo mece sin golpearlo, como con flotadores de corcho.

Dejarse ir al golpe del hacha, que dicen los leñateros, es modalidad común hasta en quienes desgajan o

talán leña social para las hogueras de las revoluciones. Pero lo que aquí interesa es hacer fuego, prenderle lenguas de llamas a la selva, descerrajar, tal cual vez, nuestra escopeta. Pues somos, antes que nada y que todo, revolucionarios.

Vivir su vida... ¡Oh, no! Buscarle sentidos nuevos, descubriremos cada día capacidades distintas para las conspiraciones. Porque es increíble la fuerza que radica en cada nervio, las raíces de voluntad que yacen tapadas, mudas, polvorizadas, en cada hombre. He ahí la filosofía. ¡Vida vivida!

## LA COMPAÑERA

De la vida humilde extraigo el símil que corresponde a la mujer del artista y del revolucionario. Con sus hombres metidos en la pelea, al pie de la obra o sobre la barricada, ellas no aspiran tampoco a ningún homenaje verbal, de esos que hacen la gloria o la gala de las otras mujeres, de políticos o reyes. Ésas son reinas o damas. Ellas son las compañeras.

¿No reparasteis?... A aquéllas se las ve siempre al lado de sus esposos; a éstas no se las ve nunca; apenas sabéis que existen. Y, cuando mueren, resulta, como al morir la de Zola, que nadie puede decir cómo se llamaban. Nadie se acuerda...

Humildad se llaman todas. De la vida humilde, pues, saco la comparación que les conviene. Y es ésta: toda obra es para nosotros como un vehículo, carreta o carro que, cada cual con lo suyo, carga, atalaja y echa camino adelante. Y así es que vamos, unas veces sobre la caja sonora, embriagados de horizontes, y otras al pie de las ruedas, trizando barro. Cantando sobre las lomas, blasfemando en los pantanos, marchan los artistas grandes, y nosotros, los que empujamos también las ideas poderosas.

Pero el carro o la carreta no es todo él encajadura o remonte, como no es tampoco todo blasfemia o canción el carretonero. Hay allí, bajo el piso del vehículo, colgada del eje, palpitando, una luz: una luz tan pequeña y tan suave que no alumbrada adelante ni atrás, ni parecería servirle para ver nada. Todos la portan, no obstante y en su dulzura se acogen de noche, todos. A su humilde parpadeo duermen o sueñan, o ingieren sus atalajes, o afilan sus herramientas. Esa luzcita es ella: la compañera.

Con el día se apaga. Ante los ojos del hombre vuelven a brillar las llamas del deber o del destino; se encienden o se despliegan como espadas o banderas. Ella cierra sus párpados. Y al moverse de nuevo la carreta o el carro, lo acompaña de abajo, lo sigue vacilante, como una cieguita al amado o al padre...

Lámpara de carretonero cantor o blasfemo; mujer de artista o de revolucionario sustraída a cuanto es para otras su gala o su gloria; hermana nuestra querida, de quien, ni cuando te mueras, sabrán tu nombre: no eres, no, dama ni reina, sino algo más tierno y puro. Eres nuestra compañera. ¡La compañera!

## EL MUNDO EN FLOR

Trabajos, sueños, pasiones debieran ser en la vida las flores de más penetrante aroma, de más intensa y más rica policromía. Hombre, mujeres y niños poblarían así la Tierra, de plano a plano, igual que tallos que balancearan al aire, como cabelleras cálidas, sus tiernos, suaves o poderosos amores. De agua y de barro somos, como los cañaverales y los robles: ¿por qué no hemos de esperar que nuestra existencia actual, triste y árida, pueda también algún día erguirse al sol y la luna, florecida de fragancia y de belleza? El mundo en flor... Ved que no hablamos ahora de mutilar los instintos, dirigir el crecimiento de las mareas de las almas, esterilizar o torcer los oscuros móviles de la naturaleza humana. Tarea que hasta nos parece inútil, por otra parte. Por más que se haga y se diga, la Tierra no será nunca sitio propicio a dioses ni ángeles. De agua y de barro somos.

Hablamos de remover en los hombres la costra estéril de la cobardía, la astucia, la esclavitud. Que nada de eso oprima al terrón fecundo. Que entre más bien en sus vidas, como la sal de las tierras de aluvión entra por las raíces de los más altos y rectos y fragantes pinos.

Al principio todo estuvo para la flor en nosotros. Mirad los niños. ¿Qué veis si no tentativas de actos intrépidos, de bellos gestos, de una libertad balbuceante e impaciente?... Se los compara a menudo con

demócratas, son moléculas de un hierro que, tarde o pronto, debe concretarse en sable.

Y todo parte de estos modos de plantearse y de lanzar la vida: en espiral o en círculo. O creerse eje o sentirse ala. Centro muerto o corriente viva. Autoritario o anarquista.

## ¡HOY, EN LA CALLE!

En la calle. El pueblo, la muchedumbre dueña del mundo. La cita es ésta y para ahí, para la calle. Y no a llorar ni muertos ni moribundos; no a agregar sal a la hiel que han bebido, por siete años, nuestros mártires, sino a afirmar la vida, la esperanza, la anarquía.

Que nuestras voces lleguen hasta sus celdas. ¡Ah! si el resplandor de nuestras iras pudiera alumbrar su última noche. Si al disponerse a morir carbonizados, tuvieran la sensación de que el carbón de sus cuerpos serviría para avivar nuestras hogueras... ¡Hoy! ¡En la calle!

Mueren por la Anarquía. Son anarquistas. ¿Qué muerte más gloriosa que morir en el seno del combate, rodeados por el formidable estrépito del proletariado universal peleando?... Sería nacer para ellos. Y para nosotros.

¡Hoy! EL pueblo, la muchedumbre dueña del mundo. ¡En la calle!

## HAY UN DESCONOCIDO

No sabemos en qué rincón de la tierra trabaja y cavila a estas horas aquel que nadie conoce. En el silencio que arropa las almas, hay un hueco que él llena de audacias y fiebres, como un casco de bomba con dinamita y recortes de acero. Y ya lleno, atornilla su tuerca, se yergue y se pone en marcha. ¿Oyes?... El desconocido viene.

¿Quién es?... ¿De qué raza; cuál es su rostro que besaré el propio viento que él va a purificar de infamias? Misterio, misterio. No lo sabrás nunca. La única cosa que de él podrás conocer será su obra. Su radiosa justicia. Su venganza silbante. Con el oído en la tierra gritamos a los hombres abatidos de pena o vergüenza: ¡Alzaos! Él viene; él vuelve otra vez; él llega siempre. El gran desconocido –cuyos ojos nadie puede mirar porque sus resplandores ciegan, cuyos brazos no hay verdugo que corte o que quemé, porque son de una llama más fuerte, de un acero más puro– avanza, se acerca, ya está entre vosotros.

Y cuando el estampido raje el silencio, y la noche, como hembra que pare, lance al cielo un alarido de llamas, descubríis y saludadle. Es él que ha hecho justicia. Aquel que nadie conoce. El gran desconocido.

## LOS HOMBRES

¿En qué fía el anarquista; a qué carta juega su fe y su vida; en qué cosa, en fin, tan serena y tan segura ha clavado su esperanza inmovible?... En el hombre. Él cree en los hombres.

Él mismo, ¿qué es entre el pueblo?... Es una firme columna en la que éste se puede apoyar siempre; algo que, cuando todos gritan la palabra fría y triste: ¡imposible!, contracanta con voz llena, como la copa de vino fuerte que se da a los moribundos: ¡es posible! ¡Aún es posible!

La derrota empequeñece al vulgo; la victoria deforma a sus elegidos. ¿De qué está hecha esta firmeza anarquista, mezcla de visión y encanto, que nada nubla ni nadie merma?... Pues, de esto, y mucho más, para lo que todavía no hay frases con que decirlo, tan delicado es y tan inefable: de su confianza en los hombres.

Fía en lo que son, tanto como en lo que pueden ser. Le son sagrados sus puños y sus canciones, pero no menos tampoco sus silencios y sus huidas. Ama también sus fugas a los barrancos sombríos de su instinto tembloroso, como sus avenidas rugientes cuando, de un solo impulso, lleva piedras de sus profundos odios a las más altas cumbres que el sol dora. Ama el estío y el invierno humanos; la noche conspiradora y el día revolucionario. ¡Ama a los hombres!

Su posición frente a todos los problemas, que el juego de relaciones suscita y no resuelve, está dentro de la vida y de las cosas, donde muerden y se enraízan, y no en las reventazones de sus ceñidas espinas

plata y de oro vivos. En tus cestas de mimbre, latían, como los pensamientos en las celdillas, plateados, dorados, rosados peces. Y hoy todo lo entregaste, todo lo diste. Y cuando el sol tocó el cenit, en el momento que cae derecho y vibrante, como una flecha, sobre las cabezas, ¡en la mitad de tu vida!, te quedaste de pie, paralizado y sonriente ante tus cestas, como tu cuerpo vacío de voluntad, vacías de pesca. ¿Muerto o soñando?... ¡Muerto! ¡Electrocutado!

¿Por qué?... Porque en el país de las latas ponzoñosas y de las conservas nauseabundas, sólo tú repartías pesca sana. ¡Repartías la Anarquía!

Desde la CÁMARA DE LA MUERTE, esto has tú comprobado a las gentes, Bartolomé Vanzetti. Te saludamos en tu final victoria. En la certeza, que lograste clavar en las almas, de que es por anarquista que te asesinan.

Con pupila serena y altiva te vemos ahora a ti, Sacco, el zapatero. Tú también esta mañana terminaste tus tareas. Zapatos de todos números, formas y clases se te fueron de las manos a correr el ancho mundo; a defender los pies de los peregrinos de los guijarros, las espinas y los lodos. A erguir hombres sobre tus suelas trabajadas. Y cuando el sol, como un señorón estúpido, fue a arrojarte a la banqueta sus discos de oro, te halló inmóvil y crispado. ¿Muerto o soñando?

¡Muerto!

¿Por qué?... Porque en el país de los hombres con pezuñas, como burros o bisontes, sólo tú tenías piedad de los piececitos tiernos, de las plantas ensangrentadas de tus hermanos. Porque calzabas con tu coraje y tu fe a los proletarios; fe en la Anarquía, coraje para hacer el camino largo...

Desde la CÁMARA DE LA MUERTE esto has tú comprobado a las gentes, Nicolás Sacco. Te saludamos también en tu final victoria. En la certeza, que lograste clavar en las almas, de que es por anarquista que te matan.

Saludamos... Pero, ¿basta esto?... ¡No! ¡No basta! Comprender una infamia no quiere decir consentirla. Sacco y Vanzetti, hermanos: nuestro saludo a vosotros es de una sola palabra: ¡VENGANZA!

## CÍRCULOS O ESPIRALES

Hay dos modos de explicarse y de lanzar la vida: en espiral o en círculo. O creerse el centro del universo, algo así como el eje de una rueda cuya llanta aprisiona lo posible y desecha lo imposible, o sentirse rama viva, ornada de ágiles hojas que aletean a su flanco, como paloma lanzada hacia las posibilidades. Esto distingue al dictador del libertario.

El dictador es el hombre que quisiera que los ríos no bordearan sus dominios, no penetraran cantando bajo extranjeros sauzales; que cercenaría las cumbres que se le pierden de vista entre las nubes. Toda su ambición es ésta: tener la suerte del pueblo bajo sus ojos y obedeciendo a su rienda, dentro de su visión de la vida, que es una visión de circunferencia. Y pues que la libertad es agua en marcha y el libertario es un monte que crece en punta, ella y él son sus enemigos clásicos.

El historial de los dictadores no es, precisamente, político, sino clínico. Se trata de simples locos, de alienados de las más variadas y abominables manías. Obvia ahora una incursión a la historia, donde aparecen gasteando o enchalecados, ridículos o sombríos, los Nerón y los Calígula, los Rosa o los Lenin. Basta tomarles el pulso, a través de su ladrante retórica, a un Mussolini, a un Rivera o a un Ibáñez. Son casos de manicomio.

Son enfermos de esta enfermedad: el círculo. Son la crisis de una dolencia que padecen todos los autoritarios, desde los negros hasta los rojos: el Estado. Son los locos que concretan y rezuman una locura latente, aunque débil y dispersa, en el cerebro de las mayorías: el gobierno. Queremos decir con esto que el dictador no niega a la democracia, como se afirma, ni es tampoco contrapuesto a la mentalidad de los mismos proletarios que aspiran a una dictadura para su clase, sino que es su consecuencia más lógica. Mientras floten y vibren en la circunferencia de sus ideales, como sola posibilidad de realizarlos, ansias de mando y de tiranía, su más fiel representante será el mandón, el tirano. Unos y otros, bolcheviques y

las flores; pero es una exageración, nos parece; son botones, son pimpollos.

Flores, gloriosas flores serían si la sociedad a que más luego se acogen o los somete, no fuera lo que es: burguesa, reaccionaria, propia más para domesticar fieras que tratar gentes. Vedlos apenas bandean la pubertad, cerrados, mustios, reseco; cuando no esclavos, mentirosos y cobardes.

El mundo en flor es un sueño, todavía; esto es cierto. Pero hay una realidad que nadie puede negar: son los hombres florecidos de esperanzas, ideales, visiones grandes. Genios, rebeldes, artistas.

Trabajadores, obreros: floreced también vosotros. De agua y de barro sois, como los cañaverales y los robles. ¿Por qué no habéis de querer que vuestra triste existencia se yerga al sol y la luna florecida de fragancia y de belleza?... Luchad, pelead, insurgid, con vuestra dignidad de productores en alto, como una maza en el puño. Ésa será vuestra flor: la roja flor sobre tallo oscuro con que ayudaréis vosotros al florecer del mundo.

## PANGLOSS

Atropellan, depredan y calumnian los gobiernos a los pueblos, y de todos estos hechos, en lugar de deducir debilidad, decadencia y, sobre todo, una falta absoluta de moral, el comentario burgués se vuelca a esta deducción absurda: que son fuertes, que su vida es larga y que esa, y no otra, es la salud del Estado. Pangloss no es más optimista. Cuando el que manda pasa del consejo al palo, de la verdad, que nos moraliza siempre aunque nos hiera, a la mentira que indigna hasta cuando adula, en fin, de colgarnos cruces o escapularios a escupirnos o crucificarnos, lo que debe deducirse, nos parece, no es una seguridad a todas luces tremenda, sino esto otro: una impotencia bastante desesperada.

Ya no hay arreglo. Y como “más allá de la muerte todo es ganancia”, miente, atropella, depreda. O muere o salta la zanja. Esta es la posición moral y física de todos los gobiernos, hoy, frente a los pueblos.

Lo que dicta sus medidas de represión cada vez más bárbaras, no es la defensa social que dicen, sino la guerra en que están metidos. No defiende la sociedad Mussolini, por ejemplo, cuando prepara una ley con penas hasta de muerte para los revolucionarios; defiende sólo el Estado. Y no es igual. Porque el Estado es la casta, el feudalismo político, el castillo del señor y sus sicarios. Dicta la ley ahora como antes ordenaba la invasión y el diezmo. Y resistencia a esto debe interpretarse la rebelión de los súbditos, del proletario, del pueblo llano. Y éste, no aquél, es la sociedad.

No somos discípulos de Pangloss. No creemos que todo marche, para nosotros los insurrectos, bien en el mundo; ni que lo que venga va a ser lo mejor tampoco. No; todo marcha mal, y cada día más mal, puesto que aumenta en nosotros la capacidad sensible y visionaria: sentimos más dolores y abarcamos más horizontes. Malo, malo es todo y hay guerra con la maldad y los malvados tal vez por siglos. Esta verdad no consuela a nadie; pero es siempre más saludable que la mentira. Tan saludable, que ya estáis viendo: en lugar de acobardar a los nuestros, parece que los redobra en número y en coraje; los levanta y los conduce, como a los antiguos siervos, a poner sitio al castillo y obligar al señor y sus sicarios a presentarles batalla franca y de exterminio.

La muerte al que conspire contra el Estado... Y a esta medida a todas luces desesperada, los periodistas la llaman ley de defensa social. ¡Ay, Pangloss, Pangloss, optimista impenitente! Que te guarden como regalo los burgueses.

## PALABRAS VIVAS

Hablar es darse a los otros en una suprema ley de trasladaciones. Asir el ruido que pasa, como un pañuelo en el aire, y marcarle nuestra cifra roja y cálida. Entregarnos en el habla lo mismo que en obras de arte; cada vez más terminados, más propios e íntimos.

Pero para esto es preciso tener la lengua en la entraña como una herramienta atada al puño. No desatarla si no es para trabajar, para ennoblecerse hablando. Sólo así el trabajo rinde palabras limpias y claras, como de agua, extendidas como cielos, o prietas, duras, torneadas, como carne de pezones.

De éstas reclamamos, ahora, a cuantos hablan o escriben. Queremos voces que tengan modeladura vital como obras plásticas. Que abran calles, horizontes, perspectivas. Y que sean a la retórica lo que los higos al natural son a los higos pintados.

Palabras vivas pedimos. Ésas que fueron amadas de Sócrates y de Nietzsche. Aquellas de las que dijo Barrett que tienen cada una en sí mucha más vida que un libro. ¡A ver, quién las tenga, dígalas!

## LA CHACRA

La tierra duerme. Aquellas savias que, hace apenas unos meses, empujaban de abajo las cañas enjovadas de espigas, una vez entregado su tesoro a los hombres, se han dormido en la chacra. La que fue calidez e hinchazón de los surcos, es ahora una plitud marchita de seno o vientre materno que se ha despendido un hijo, lo ha dado al mundo. Es el receso, el paréntesis blanco y baldío, sin cosechas ni siembras.

No hay qué hacer en la chacra. La visión floribunda de ayer, es hoy una descarnadura hasta los huesos. Osamenta de madre es la tierra; esqueletos de pie son los árboles; nervios desparramados y yertos, después de un festín de cuervos, son los yuyos tiritantes bajo la escarcha. Aquella pompa de granos, de flores, de hojas que parecía un chorro multicolor, fragante e inacabable, se ha ido, ha desaparecido de la chacra como ardida o volada por un viento o un fuego de exterminio. Lejos de allí, como pájaros rapaces entre las nubes, bajo otros cielos, gordos y relucientes, estarán los que robaron la cosecha al chacarero.

Pero esto no sería nada tampoco, si hubiera algo que hacer en la chacra. Lo triste, lo desolante es el receso, el paréntesis, este sueño pesado y huraño del surco, del que no quiere salir ni a caricias ni a fierrazos. ¡No hay que hacer en la chacra!

Y a esta visión impotente de las cosas de fuera, se le suma todavía esta realidad del panorama propio: el chacarero envejece. Las neblinas, los años y los despojos han venido acumulando sombras sobre su esperanza, tiritantes hilos blancos en su cabeza, arrugas, como zarpazos o mordiscones, en su rostro. Siente que la melancolía le ahonda el pecho, le vacía la entraña, como se ahonda y se vacía el suelo del que se arranca un roble...

¡Ah, visión mala, realidad cobarde! El chacarero la rechaza de sí, la rempuja más allá de los lindes de su chacra. ¿Quién ha visto a un labrador de la tierra vencido por el receso del surco, acoquinado por pobre o viejo?... ¡Ninguno, nadie! Él ama aquellos terrones, los acaricia o los aporrea con un fervor y una fe contra los que toda adversidad debe estrellarse. Siembra y siembra, porque es de su corazón, más que de sus graneros, siempre exhaustos, que extrae los granos; de sus puños, de sus uñas, más que de los almacenes que se los venden, que le brotan las rejas, los picos y las azadas. Esto grita y patea el suelo, cual si clavara una pala.

Compañeritos: esta visión de la chacra y el chacarero en otoño, puede ser de la Anarquía y los anarquistas aquí, hoy. Viejos, tristes o mellados, también por nosotros para el paisaje del receso, del no hay qué hacer en el pueblo. Éste duerme, y no quiere despertarse ni a las caricias ni a los fierrazos.

¿Qué hacer, entonces?... Lo que el gañán de la gleba: ahincarnos en el destino, testarudearle a la suerte. ¡Somos y somos! Y aunque todo se derrumbe fuera y dentro, nos basta con querer ser para que vuelva a nosotros, y con renaciente impulso, la primavera de los años mozos. Y brote de nuestras vidas, en chorro multicolor, fragante e inacabable, la mejor de todas nuestras cosechas: de ideas como flores, de gestos como espigas. ¡Ah! ¡Sí! ¡Cuando la tierra se rinde y se acobardan las masas, todavía el anarquista puede ser él la Anarquía, el chacarero la chacra!

## JORNADAS

Nada termina, se apaga, claudica sobre la Tierra. En el laboratorio inmenso, hasta las huellas de las hormigas integran líneas de luz. Marchita la flor, deshecha, con los pétalos ausentes, surge, para continuarla, el fruto. Empújense como olas, de fin a fin, los destinos. Donde uno cae, otro empieza.

Los hombres con un ideal somos como pies oscuros que llevarán una estatua resplandeciente al sol,

Quién sabe hasta hoy en qué parvos menesteres ocupó su existencia. Quizás fue la Marta del Evangelio, hacendosa y cerrada, de ásperas manos y cerebro tupido por mil pequeñas preocupaciones; la hormiga, la abeja. Ningún viento pasional destrenzó sus cabellos, en ninguna aventura se desgarró las carnes. A la puerta del hogar, bajo la turbia mirada del padre octogenario, vería pasar la vida melancólicamente. Serenada en sus años, como el agua en la fuente de su aldea, la Anarquía, como el Amor, serían sólo locuras para ella –¡Oh, Bartolomé, mala cabeza!

Y de pronto la tragedia. Van matar a aquel *loco*, predilecto de la *mamma*, bendecido, por bueno, por todas las viejas del pueblo, besado, al irse, hasta por las recién desposadas. Prometido a una muerte infamante el que ella, *a pesar de todo*, creyó siempre un romántico prometido a las más bellas cosas...

Un aroma que el huracán desarraiga y se lleva a través de la tierra: eso es ella, sacudida y llevada por la noticia terrible. Columna de amor y de fragancia hogareña que vuela a gritarle a los hombres, no con palabras, sino con ramos de esencia, quién es su hermano, el más noble y gentil de los seres. Y en la arena candente y llameante, Luisa gotea sus penas, como granos de mirra, mientras la columna libertadora avanza.

## ¡A LA CALLE!

La calle es la cara del pueblo. En ella, y no en su corazón y su cerebro, canta o ruge su verdadera vida. Ahí se encrespa, y por ahí, hinchada vena, se precipita al asalto de las más ariscas cumbres: la libertad y la justicia.

La calle es el verdadero rostro nuestro. En él, en ella, deben estar hoy nuestro enojo y nuestro grito. En sus puertas y ventanas –bocas y ojos– deben ser las protestas y las tormentas. Negras y rojas, como los hierros y como las llamas.

Si no ganamos la calle, no ganaremos nada; no habremos siquiera entrado al combate. Si en ella no está a esta hora –¡oh, compañeros!– nuestra sangre y nuestra vida, alborotadas, calientes, es que en realidad no estamos en ninguna parte. Es que no tenemos cara.

Que te duela el corazón no te estalle el cráneo, que llores o amenaces, y más, ¡mucho más!, que brames o agonices en tu cuarto, tu taller o tu oficina, significa poca cosa, no vale nada frente a la vida. Si no vas a la calle con eso, no eres nadie, no tienes rostro humano. Eres puro testuz o pura espalda.

La calle es tu cara, obrero. Tu gesto duro y penetrado debe estar hoy entre los miles de gestos de tus hermanos. Únelo con los de ellos, como una vena a otra vena, para que sean incontables las calles en que circule la indignación del mundo. ¡Ah, no permitas que por ti saquen otros la cara! ¡La tuya, la tuya!

La calle es tu cara, tu fino y ardiente rostro, muchacho, aprendiz o estudiante. Lo que en ti besa tu madre o te acaricia tu novia, es lo que en ellas florece en nobles gestos o en promesas de bellas audacias. Saca a la luz de las calles lo que ellas, santas y enamoradas, te miman y te aman: ¡la cara!

Hombre y mujer del pueblo: tu rostro es la calle y en la calle debe estar hoy toda tu vida. Si por Sacco y Vanzetti no ganamos la calle, no ganaremos esta batalla. ¡A la calle! ¡A dar la cara!

## A SACCO Y VANZETTI, NUESTRO SALUDO

Lo mejor de los hombres –tú lo sabes, Vanzetti– no es su cuerpo, que cualquier asesino carboniza. De ser así –también tú lo sabes, Sacco– sería más noble y piadoso ser verdugo que anarquista.

Lo mejor de los hombres en su coraje y su fe; aquél es manto que arropa a los que tiemblan; ésta es sandalia para los pies llagados. Hoy, las almas proletarias están calientes y erguidas gracias a lo que vosotros, moribundos, les donasteis: audacia, esperanza. ¡Os saludamos en vuestra final victoria, hermanos! Desde la CÁMARA DE LA MUERTE, eso –fe y coraje– irradiasteis a los hombres de toda idea y toda raza, Sacco y Vanzetti.

Con pupila serena y altiva, te vemos a ti, vendedor de pescados, esta mañana de tu último día: has terminado de vender tus frutos marinos. Ayer noche, ríos y mares habían volcado en tus manos su riqueza de

los Olivos que hizo llorar a Jesús, lo que no quiere decir que sea para nosotros la hora de los ejercicios espirituales o las penitencias físicas. No somos cristianos, sino anarquistas. No es celeste esta hora, sino roja. Hora de hierro y de bronce, de clarín y de bomba.

¡Bah! Ya sabemos. En cada anarquista vive, sereno y agudo, un hombre de pensamiento o de arte. Y más decimos: la idea nutrida al seno del que la alumbró, la idea que no se echa en brazos de convenciones sociales como a los de nodrizas mercenarias, lo mismo que la belleza que no tiene en cuenta más que su propio destino, son siempre y siempre anárquicas. Pero ese anarquismo ni vale ni basta ahora. La angustia nubla los ojos, tupe el cerebro de los trabajadores. Ni ven, ni oyen. Es que no es hora de santos ni de filósofos. Es la hora de los revolucionarios.

No discutimos con los apaciguadores: con los que ponen sus manos frías y abiertas sobre nuestras olas hervidoras de coraje y de odios. Se las escupimos y se las mordemos. Como los buzos, ellos quisieran bajar al fondo de los abismos, luchar con monstruos y arrebatarles el oro del porvenir, pero sin perder el contacto con la superficie. ¡Córtense los cables, maulas! ¡Peleen, no lloren!

Todo está ya discutido y serenado en nosotros. Ni optimismos ni desconsuelos nos ganan. Ni otra idea ni otro ritmo que aquel que marca y replica en nuestros pechos la campana de nuestros corazones: la hora roja. La hora del bronce y el hierro, del clarín y de la bomba. Ésta es la hora. ¡Para ella estamos aquí y para ninguna otra cosa ahora!

### ¡ANARQUISTAS!

El anarquista es un hombre de batalla. La pelea es su juego: es la arena en que él destaca mejor su bravura fatal: o es el mar, cuyas crestas amargas cumbrea él, jubiloso. La derrota o el triunfo no cuentan; son los dos impostores de que habla el poeta, que él supera o desprecia mientras marcha a cumplir su destino; su destino, que no es tan poquita cosa como un manojo de palmas o una corona de espinas, sino más, y más del hombre: libertar y libertarse. Y, si no, morir peleando.

Cuanto no sea la batalla le viene chico o le queda ridículo al anarquista. Vedlo en cenáculos de intelectuales o en tratativas de cualquier orden con los burgueses: un montañés con los pies charolados o un arador con guantes no estaría más incómodo ni haría un papel más triste. Como en una balanza tramposa, su valor ya no es valor, pues debe estar referido al no-valor de los otros; al peso que echen al otro platillo los que tienen prudencia o miedo o, simplemente, no creen en la anarquía.

El anarquista es un hombre de pelea, y no de componendas o sutilezas. Con él no hay arreglo nunca. No pacta ni desiste; lucha y afirma. Tipo nuevo en la historia, generador de otra especie de hombres, macho ardiente y poderoso que avanza, bramando amor, a poseer la vida. Y la batalla es su juego; es la luz en que él destaca su musculatura fornida y ágil. Su arena candente y su oleaje amargo. Lo que él cumbrea y donde él se clava.

No ven mal –ino!– los que le ven como un insurrecto eterno, tenaz y diabólico. ¡Es él! Los que tiran a matarle, le conocen; los que le llaman “peligroso”, a él, al anarquista nombran. Timbre es esto, y no calumnia; flechas bajo cuya lluvia canta, sin romperse, su talla de granito.

¡Anarquistas! Vengo a hablarlos con la voz de huracán de la anarquía: la guerra contra el burgués es hoy, fue ayer y debe ser siempre, definitivamente y a muerte. No peséis vuestras acciones en la balanza tramposa de los legalitarios, negros o rojos. Sólo un peso debéis sentir en vosotros; el peso que os clave al suelo, que os afirme en el destino y que os aplome, machos ardientes y poderosos, frente a la Vida: ¡el peso de los testículos!

### LUISA VANZETTI

A un hombre como Vanzetti debía aparecersele una hermana como Luisa, que anteaer fue a la cabeza de los 200.000 parisienses que protestaron del crimen yanqui. De su misma sangre, ardiente y sabrosa, debía de ser esta columnita tierna y fragante. De ese varón, esta varona.

cuesta arriba. ¡Más alto, más lejos siempre! Hasta que las fuerzas ceden, se empalizan nuestros nervios y se nos dispersan rotos. La carga se bambolea, rueda y nos aplasta sin ruido.

¿Termina todo ahí?... No. Aparecen otros que rodean la mole y, a veces, hacen también el panegírico de los caídos. Fueron bravos, temerarios, consecuentes. Han cimbreado su jornada. ¡Bien por ellos!

Pero la estatua está ahí, y su destino está allá, adelante, arriba. Es sueño nuestro, idea nuestra. Nosotros hemos de alzarla a la luz inmensa, infinita. ¡Vamos, compañeros?... ¡Vamos!

Y cuando los años pasan, mueren atrás, se escalonan yertos, nosotros vamos aún. Y cuando ya hasta los nombres de los caídos nos son palabras sin eco en el corazón, nosotros vamos y vamos siempre. Y cuando de la montaña o el mar en que perecieron no quede un polvo de piedra, una gota de agua, habrá alguno de los nuestros que todavía siga yendo.

De mano a mano, como de fin a fin, pasa el ideal de anarquista en anarquista. Empújense como olas sus destinos: donde uno cae, otro surge. Tales son las jornadas nuestras.

Y bueno: para un de éstas es que hemos surgido ahora. Tenemos para sacar adelante, de entre la sombra, hacia el sol, un sueño como una estatua de hierro caldeado al rojo blanco. O como una cruz que se ha florecido al ritmo de nuestras corazónadas. Somos sus oscuros pies, sus lomos transportadores, sus raíces andariegas. ¿Vamos, compañeros?... ¡Vamos!

### EN MARCHA

No hay más que una cuestión para cada hombre. Se le plantea al nacer y, de cómo la resuelva, dependerá el bien, o el mal; que marche sobre sus pies o baile cabeza abajo. La cuestión fundamental es saber lo que se quiere.

Ahora que esto no es fácil. La prueba es que, muchas veces, quien corría tras el placer, apenas lo apura, rompe su copa: no era eso. Y que aquel otro, caído como un meteoro, desde su brillo social, a la oscura lucha nuestra, no bien toca fondo, arranca, igual que llegó, volando: no era eso. Y el otro más, al revés, que vivió para trepar, y que cuando llega, al fin, es para tirarse abajo: porque no era eso. ¡No era eso! Y de mujeres y de hombres que no saben lo que quieren se llena el mundo; lo que es decir que se llena de infijos y de arrepentidos, desencantados y locos.

La vida que, al cabo, es hembra, despliega ante uno su repertorio de imágenes. ¡Elegid! Pero una sola. Si es el amor que queréis, conformaos con su rosa; no querráis al mismo tiempo la arisca ave de la gloria. Y si es ésta la que ansiáis, olvidaos de vuestra carne, que se os romperá en los riscos, los abismos y las zarzas. Mas, si es la paz lo que os gusta, renunciad a todo lo otro; a todo lo que no sea cebar vuestro cuerpo espeso y graso; cuanto más pacificado, más graso también, y espeso.

Elegid vuestra cuestión. Y aun la más humilde y triste os podrá dar un salario de alegría y de eficacia. Pero elegidla a conciencia, y para toda la vida: como al surco que os da el pan, o a la amada que os da el hijo. Y os dará la añadidura: una corona de besos, mientras viváis, y un regazo en su seno, cuando hayáis muerto.

Una solo cuestión, y sólo una; puesto que nadie es tampoco dos ni tres, sino uno solo. Y esto es lo que no sabéis cuando os dejáis agitar, seducir y arrebatar por cuantas cuestiones brillan y danzan y cantan sobre los cuatro horizontes. Quisierais llegar a todas y a todo: a santos y aventureros, a anarquistas y a burgueses. Y a lo que llegáis se ve, pues de los que sois está rehenchida la entera tierra: de impotentes y mediocres, de amargados y aburridos; de mujeres y de hombres que no saben lo que quieren.

¡Y hay que saberlo! Planteárselo, hasta saberlo. Solucionar primero eso; porque de esa solución dependerá lo demás: el bien o el mal de cada uno. La marcha sobre los pies, o el baile cabeza abajo.

La anarquía es una marcha. Marcha que hace el anarquista, peleando contra un sistema, que le resiste peleando. Marcha sin paz. Marcha, y no por las alturas, y a la vista de los tontos que vitorean desde el llano; sino abajo y por cañadas que sólo dolor arrastran. Marcha sin gloria. Marcha que no lleva ni a patrón, ni a gobernante, ni a obispo; a nada que explote a nadie. Marcha sin plata. ¡Marcha, sí! Marcha del hombre

que sabe hacia dónde marcha.

Sabedlo también vosotros, criaturas que llegáis. Y si la queréis marchando, que sea a conciencia y por siempre. Como al surco que os da el pan, o a la amada que os da el hijo. Y os dará más todavía: una corona de besos, mientras viváis, y un regazo en su seno, cuando hayáis muerto. Pero: ¡queredla! Y en marcha.

## CURSILERIA

Hay algo peor, como limitación de nuestra personalidad, que la ignorancia propia, la injusticia ajena, la incompreensión general de nuestros actos e ideas. Todo esto que, en efecto, nos limita, nos mella y termina casi siempre por envenenarnos cuerpo y alma, puede aún ser superado, a poco que afilemos nuestros hierros, dejemos obrar al tiempo, ir a su resolución los síntomas. De cualquier crisis moral, caída de fuerzas, baile cabeza abajo, que decía Nietzsche, un hombre de verdadera energía puede todavía salir, como las aves después de la empolladura o las víboras de entre su piel vieja: con plumas nuevas, con más encendidos y más elásticos tonos. Y aletear y viborear, agradeciendo a la vida la trastada que nos hizo.

Siempre, hasta ya moribundos, sobre una existencia triste, amargada por los otros o entenebrecida por vuestras propias cavilaciones, es posible florecer una sonrisa. Abrir, sobre la última derrota y con nuestro último aliento, una corola en que brillen y se besen la conformidad con la ironía. Los fuertes mueren sonriendo, y no a la muerte, que nadie quiere, sino al recuerdo de lo que han hecho. Parecen decirles a los que quedan: total, no era tan brava la fiera como decían, puesto que, si me mató, también ella se fue herida. De aquí a su cueva, hay un reguero de sangre por el que podéis seguirla y rematarla. De todos modos, ya tiene lo que asegura su inevitable ruina: el miedo al hombre.

Esto es ahincarse al destino, testarudearle a la suerte, ser no más, y contra toda limitación propia, injusticia ajena, general incompreensión. Superar toda derrota, de dentro y fuera. Por ejemplo –hago el ejemplo con lo que tengo más cerca–: ¿qué puede importarme a mí no ser un gran escritor, un literato tremendo, y que aun lo poco que sea nadie me lo reconozca, si sé que soy lo que quiero: un anarquista?... Mi vida mata a los que me niegan. Y si no los mata, los pelea. ¡Es algo, pues!

Cuando no es nada, cuando da lástima, cuando debiera llorarse sobre ella, como sobre lo desvalido e inútil, es cuando es cursi. La cursilería es ese estado enfermizo que nos mantiene suspensos, como de un pelo sobre un abismo, del juicio ajeno; que hace que no pestañemos sin mirarnos en quienes imaginamos espejos de sabiduría y buen tono, que nos empuja a imitarles y a buscar en su aplauso o su obsecuencia el resorte que mueva nuestros músculos, el aliciente de todas nuestras determinaciones; que nos torna penitentes ante grotescos pastores, cuando debiéramos ser lucíferos, satanases ante todo Cristo o dios.

Y cursi no es solamente el mozo de filiación burguesa, que viste la última idea del penador o filósofo de moda, sino también el revolucionario, el joven nuestro, anarquista, que piensa al último libro o se agita al grito más estridente de las masas. Uno y otro son algo menos que un ignorante, un sectario o un incomprendido. Éstos pueden superar, y casi siempre, con sólo insistir, superan las limitaciones propias y ajenas; aquél no lo podrá nunca, porque su cursilería le inhibe afilar sus hierros, remacharse en un destino, o florecer, si es vencido, sobre su última derrota y con el postrer aliento, una sonrisa en que brillen y se besen la conformidad con la ironía.

Moraleja: ser como se es, y serlo en todas sus consecuencias, vale más que parecerse a los otros, querer ser como son ellos. Hay más posibilidades de libertad y justicia en un bárbaro que esgrime y nos hunde su barbarie, que en quien, a pueril pretexto de estar mejor informado, parasitea de todos, se licencia de sí mismo, huye de su personalidad hasta perderla. ¡Por amor a lo virtual y rotundo, oponemos al cursi el bruto!

## NOSOTROS, LOS ANARQUISTAS

Tenemos un ideal ultra, de justicia, irremplazable. Dentro de él caben hasta los sueños más líricos, esos que tocan el sol y flamean gentiles sobre las nubes. Hemos hendido el futuro, la puerta oscura de todas

las imposibilidades. Y, hendidas, parecen surcos que esperan los sembradores.

No hubo hasta ahora doctrina que albergara más rebeldes y más santos, más hombres de acción y ensueño, superadores de ciencias y artes. En cada anarquista vibra un pensamiento creador, una cuerda de arco tensa que envía flechas al futuro. Las flechas son las ideas. A veces son las cabezas también, voladas de entre los hombros como flores guadañadas bajo el sol... ¡Juventud, juventud, juventud! Nosotros, los anarquistas, somos la claridad de la Tierra; poseemos el divino arte de crearnos nuevos, de nuevo. Nuestras ideas son, más que deducción de libros, vibraciones de la carne eterna, insomitable, inmortal: palabras vivas, de vida.

Torrentes de idealidad, de cauces que cantan a la presión de las aguas, somos nosotros, los anarquistas. El más humilde y sencillo, tiene un pensamiento propio, un sueño en flor, una idea en grano, por médula. Libres audaces, resueltos, conquistaremos la Tierra.

¡Verán, verán! Ahora silbamos al viento las flechas de nuestras ideas. Ya silbaremos los hechos. Y las cabezas también. ¡Nosotros, los anarquistas!

## ¡META Y META!

No acaba de comprenderse al anarquista. Y esto se debe –parece una paradoja– a su propia sencillez, su rectitud, su coherencia con su idea. Siendo, como es, la mayoría de la gente, infija y bailarina, su marcha firme, su talla a plomo, la desconciertan; su rotundidad hace gritar a los flojos, su fe encendida ciega o hace que sólo puedan mirarlo de reojo, torcidamente, sus biógrafos.

De él sí puede decirse, parodiando al poeta: de blanco, de claro que es, a la luz no puede vérselo... Y cuando algo no se ve, ¿qué mejor cosa, más fácil que imaginarlo?... De imaginaciones sobre anarquistas se han llenado muchas planas de periódicos y libros. De folletines. El hombre está ausente siempre, o caricaturizado en una forma que irrisiona o enerva de rabia o risa. Con rabia o risa, tuvo Malatesta, hace poco, que salir a decirle a un propio admirador suyo: yo no soy ese que pinta, ni he dicho ni quiero eso que dice. Y esto él, ya cumbreado el medio siglo de decir y de querer una sola clara cosa... Es trágico y bufo. Parecería el anarquista un condenado a accionar frente a un espejo cóncavo y a hablar para un lenguaraz idiota. Ni lo entienden ni lo ven; lo proyectan; lo imaginan. Y nunca en bien, sino en mal, por descontento.

Hasta hoy ningún compañero pudo hallar emulación o alegría de vivir en la fama o la leyenda que le crearon. Echada a rodar su vida, es una mota de nieve echada al fango, crece, sí, pero ¡ay! en oscuridad, en basura, en proporciones ya siniestras, ya risibles, pero siempre para el asco o el escarnio.

¿Es fatal esto?... ¡Hermanitos! Parece fatal. Pero ¿para qué sois vosotros lo que sois, anarquistas, sino para vencer también las fatalidades? ¡Meta y meta!

¿No os comprenden? ¿Hay quienes, chotos o infijos, inocentes o malvados, vacían sobre vosotros el tacho hediondo de sus imaginaciones? ¿Os cargan todo lo suyo, os vierten en jerigonza y os reflejan, ante su público imbécil, panzones o narigudos?... Allá ellos ¡cristo!, si eso les gusta, les sirve para asustarse o enfurecerse. Nosotros, vosotros, los anarquistas, dele no más. ¡Meta y meta!

Sería ridículo, tonto y flagrantemente tonto que, teniendo las carillas en la mesa, el clavo bajo el martillo o el bloque al frente, en vez de vuestra labor de machos, forzuda, tenaz, fanática, os dedicarais a ponerlos lindos, empolvaros los hocicos y hacer mohines graciosos para la galería como hembras. Sois y somos en la obra, en los hechos y en la vida. Si esto no se tiene en cuenta, dele otra vez. ¡Meta y meta!

No acaba de comprenderse al anarquista. Y bueno, se comprende y le basta. Sabe lo que quiere, y lo hace. Se dio una línea, y la sigue. Y por eso cuando siente, oye o ve que le maltratan, le calumnian o le niegan, ni se encoge ni se asusta. Se enoja, sí, pero consigo, pues piensa: seguramente, lo que le metí a la vida no lo remaché como es debido. Hay que darle todavía. Darle siempre. ¡Meta y meta!

## LA HORA ROJA

La hora es de muerte; hay que exaltar la vida. La hora es de angustia, de aquella angustia del Monte de